EVA BENAVIDEZ



CONQUISTAR a un LORD

SERIE: LOVELACE I

EVA BENAVIDEZ



Serie: Lovelace 1

© EVA BENAVIDEZ
Sello: Independently published
Primera edición, abril de 2024.
Corrección y Edición: Florencia Giralda, C. Higgins.
Diseño de portada: Audry Lefebre.
Maquetación: Dayah LitWorks

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

INDICE

SINOPSIS
CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPÍTULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18
EPILOGO
NOTAS DE AUTORA
ENAMORAR A UN PIRATA
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Serie Lovelace 1

SINOPSIS



Lilian Lovelace siempre ha sido el ejemplo de la dama perfecta. No sabe de escándalos, ni de rebeldía, ni mucho menos de travesuras. Ha crecido siendo testigo del sufrimiento que puede causar el perder una buena reputación, y se ha esforzado por ser una digna representante de su posición como hija del conde de Hampton. Su único objetivo ha sido llegar a su puesta en largo y obtener un excelente matrimonio a pesar del escándalo que pesa sobre el apellido familiar. Tiene claro que su futuro está al lado de algún caballero elegido por sus padres en la próxima temporada social, y que pasará sus días en un apacible hogar criando a sus hijos y bordando almohadones. O eso creía, hasta que una noche de luna llena, un inesperado encuentro hará que ponga en riesgo no solo a su reputación, sino a su propio corazón. Lilian se encontrará frente a un enigma y un hombre que irrumpe en su tranquila rutina, para arrastrarla a un nuevo mundo de aventuras fuera de las paredes de Hampton Manor.

Eric Rochester es considerado un renegado de la aristocracia, un rebelde, un proscrito, y todo lo contrario a lo que la buena sociedad espera del hijo de una de las familias más antiguas de Inglaterra. Su única pasión es el mar y no piensa cambiar sus aventuras por una anodina vida de aristócrata. Por fortuna, solo es el hijo de repuesto, y su hermano mayor, el distinguido marqués de Harrow, goza de una excelente salud. Cuando regresa a Bristol, descubre que sus planes de volver a alta mar pronto, no serán posibles. Su vida se verá trastocada cuando un viejo enemigo pone en riesgo a la familia Rochester y a una mujer que parece divertirse llevándole la contraria, metiendo la nariz en sus planes y rechazando sus banales intentos de seducción, que pronto se convertirán en un ardiente deseo muy difícil de ignorar. Eric deberá enfrentar a sus propios demonios para poder escuchar a su corazón y apagar así el anhelo que solo una mujer ha logrado encender en él.

CAPITULO 1



Bristol, Inglaterra. Mayo de 1818.

Lilian Lovelace, tercera hija de los condes de Hampton, sabía que era una pésima idea secundar a su hermana Georgiana en otra de sus travesuras pero una vez más se encontraba siguiéndola a lomos de un caballo bajo el sol intenso de una tarde calurosa.

Sus padres no le tenían permitido salir de los límites de Hampton Manor, ya que, tenían mucho terreno alrededor de la mansión donde podían entretenerse. No obstante, conocían cada tramo de esa tierra de memoria y como ya tenían la edad de unas jovencitas, se aburrían en sobremanera encerradas en la propiedad. Su hermana, que era más grande que ella por dos años, era la más audaz y temeraria de las dos. Lilian solía tener muchas menos agallas a la hora de transgredir las reglas, aunque, con dieciocho años, necesitaba algo más que pasar las tardes correteando por los jardines de su padre.

Lilian ansiaba que llegara su puesta en largo, cuando haría como su hermana mayor. Felicity había sido presentada en sociedad y no había resultado una grata experiencia para ella, pues había sido rechazada por una injusticia.

A pesar de que su hermana había sido expulsada, su madre había creído que seis años serían suficientes para haber aplacado a las malas lenguas.

Cuando había llegado el turno de Georgiana, ella tampoco había tenido éxito como debutante, ya que, muchas personas aún murmuraban sobre su parentesco con Felicity. Por otra parte, la personalidad irreverente, poco mundana y elegante de Georgiana no ayudaron a hacerla popular entre los partidos solteros. En su primer intento no habían logrado los contactos necesarios para que la mediana de las Lovelace lograra ser incluida en las invitaciones más importantes, y solo habían asistido a unos pocos bailes antes de tener que desistir y regresar a casa. Su madre había concluido que debía resignarse con Georgiana y esperar para conseguirle un esposo de entre los candidatos de Bristol y sus alrededores.

En su caso, no podía más que imaginar cómo debería de ser asistir a los elegantes bailes, ser cortejada por un galante caballero y disfrutar de todos los divertimentos de la capital, puesto que acababa de alcanzar la edad necesaria para ello. Lilian temía que cuando su momento llegara sufriera el mismo destino de sus hermanas, pues tenía como antecedentes la mala fama de Felicity, la rebeldía de Georgiana, y Lilian tampoco era lo que se llamaba una beldad. Por otra parte, su timidez muchas veces la hacía parecer torpe y distante ante los demás

Sin embargo, el destino tenía otros planes y unos meses después de aquel estrepitoso fracaso su hermana mayor había recibido de manera inesperada una propuesta matrimonial de un par del reino considerado un partido de oro. Felicity se había convertido en la nueva marquesa de Harrow, y todos los que antes les habían negado la invitación harían fila para que ellas asistieran a sus eventos.

La condesa de Hampton se encontraba en la ciudad realizando los preparativos necesarios para que Lilian hiciera su presentación en Londres en cuanto la temporada otoñal diera comienzo. Por supuesto, Georgiana también tendría una segunda oportunidad, por más que hubiese protestado y perjurado que no se sometería de nuevo a aquella tortura; su madre la llevaría a la rastra si era necesario.

Mientras tanto, ellas aprovechaban la ausencia de sus progenitores para escapar de la vigilancia del ama de llaves, a quien los condes habían encargado supervisarlas el tiempo que ellos estuvieran ausentes.

En esta ocasión tenían pensado llegar tan lejos como pudieran, incluso hasta el Arco de Arno[1], antes de emprender el regreso. Ambas debían estar en sus cuartos, donde fingirían que dormían una siesta cuando la señora Cole las despertara para la hora de la cena.

Lilian se estaba poniendo cada vez más nerviosa al tratar de seguir el ritmo endemoniado con el que cabalgaba su hermana, que era muy diestra como jinete. Ambas lo hacían a horcajadas usando pantalones de montar masculinos bajos las faldas de sus vestidos, pero a ella no se le daba tan bien como a la mayor. Georgiana, fiel a su espíritu alocado, le había propuesto hacer una carrera de la que, como siempre, Lilian saldría siendo la perdedora.

—¡Georgiana, espérame! —gritó una vez más al ver que ella le sacaba demasiada ventaja.

La morena no la oyó y se perdió de vista tras una hilera de árboles.

Lilian suspiró y expolió su montura clavando los talones en los flancos. Su yegua, que no estaba acostumbrada a galopar a esa velocidad, comenzaba a cansarse y no respondía. Tendría que detenerse y rogar que en algún momento Georgiana mirara hacia atrás, advirtiera que ella no la había seguido y volviera a por ella.

Más tranquila, decidió bajar del animal para que este pudiera pastar en una zona de arbolada cercana al camino y así descansar mientras esperaba a su contrincante. Comenzó a atardecer y no vio aparecer a su hermana. Ofuscada, cayó en la cuenta de que Georgiana debía de haber pensado que la había adelantado por otro camino alternativo y continuado la carrera hasta el destino fijado. Por lo que no regresaría de inmediato, sino cuando llegara al Arco y constatara que ella no se encontraba allí.

Los minutos transcurrieron, el sol ya había caído y la noche se acercaba. Lilian se hallaba sentada bajo un árbol, imaginando lo que debía de estar haciendo su madre en la ciudad, tal vez encargando un nuevo guardarropa para sus compromisos sociales, cuando un trío de jóvenes a lomos de caballos flacos y mal cuidados aparecieron por el camino.

Lilian se encogió, rogando que no la vieran y siguieran de largo. No obstante, no tuvo esa suerte. Julieth, su yegua de lustroso pelaje blanco, relinchó nerviosa al percibir la presencia de los otros caballos y llamó la atención del grupo de hombres. Al instante su conversación animada se detuvo, y se oyeron unos silbidos y palabras que Lilian apenas pudo comprender, puesto que aquel lenguaje soez no era lo que estaba acostumbrada a oír. Su acento era distinto; parecían hablar su idioma, aunque de una manera brusca y tosca.

—¡Mirad con qué nos encontramos! ¿Veis lo que yo? —silbó con guasa uno de ellos.

Lilian no se asomó para ver quién había sido, pero siguió en su sitio, refugiada detrás del árbol.

—Parece que estamos de suerte.

—Vamos, lindura, no seas tímida, sal para que te veamos bien.

Lilian apretó los puños y se fundió más contra el tronco como si así pudiera desaparecer. Deseaba que Georgiana estuviera allí, porque ella sabría qué hacer y no se quedaría paralizada como una boba. Por otro lado, quizá lo mejor fuese que no estuviera, porque podría empeorar la situación al increpar a los desconocidos y ponerlos más violentos.

—Vamos encanto, o sales tú sola o vamos a por ti —amenazó el primero con evidente diversión.

—Nos divertiremos, lo prometemos. Mis amigos y yo no mordemos —acotó el segundo.

—Habla por ti, porque lo que es yo, me muero por hincarle el diente —intervino un tercer joven que no había hablado antes, provocando que todos se carcajearan.

Su voz se había sentido más cerca, lo que quería decir que estaba a punto de abordarla. Lilian decidió que era momento de reaccionar o la atacarían como estaban amenazando. Escuchó que uno de ellos saltaba del caballo, y se puso en acción. Con un solo movimiento salió de su escondite y esquivando los brazos del sujeto alto y desgarbado que apareció frente a ella, se lanzó hacia su yegua que estaba relinchando y golpeando sus corvas contra el suelo, como si supiera que su dueña estaba en peligro. Casi había subido el cuerpo sobre la montura, cuando dos manos la tomaron por la cola larga de su trenza y por su pierna derecha y la bajaron de Julieth con un brusco tirón que la hizo aterrizar con dolorosa fuerza sobre el piso. Su cabeza comenzó a dar vueltas en cuanto sintió el impacto; perdió el control de sus extremidades, y no pudo hacer nada más que ver aparecer tres cabezas sobre ella, que yacía desmadejada sobre la hierba con la respiración agitada y la mirada desorbitada de temor.

—No es tan hermosa como parecía de lejos —comentó en tono despectivo el que apenas había hablado examinándola con sus ojos azules saltones. Su pelo rubio, aparentaba no haber sido lavado en mucho tiempo.

—Es cierto, es tan plana como una tabla —agregó el que más hablaba haciéndola estremecer con el escrutinio lascivo de sus orbes marrones.

—No interesa. Ninguno de nosotros se puede permitir pagar a una mujer que nos caliente el lecho, así que, esta flacucha servirá. Su piel es perfecta y huele bien. Yo voy primero —les cortó el que parecía llevar la voz cantante.

De los tres harapientos, que no debían tener más de veinte años, este era el más alto, también el de peor aspecto: su cara estaba plagada de marcas de viruela, y sus pupilas amarillentas le causaron escalofríos.

Lilian salió de su aturdimiento, y sintiendo que la adrenalina recorría sus miembros, pateó en sus partes íntimas al que se había cernido sobre ella, ocasionando que cayera sentado sobre sus posaderas mientras emitía un ronco alarido. En ese instante agradeció que su hermana la hubiese obligado a aprender aquel movimiento.

Los secuaces abrieron los ojos, sorprendidos, y ella aprovechó la distracción para levantarse y echar a correr en dirección al bosque, tomando el camino por el que solo podrían seguirla a pie, ya que, era demasiado estrecho para que la persiguieran a caballo.

Era su única posibilidad.

Los hombres la siguieron, esgrimiendo insultos y amenazas que solo sirvieron para que corriera más deprisa, agradecida por llevar la ropa de criada y las calzas de hombre debajo de

esta, la cual, a diferencia de sus vestidos pesados, le permitía tener más libertad de movimiento.

Lilian no era buena con animales como Felicity, ni diestra para cabalgar como Georgiana, pero era buena en algo, y eso era en correr. Tenía la marca de velocidad de Hampton Manor, y superaba a la mayoría de criados de más edad que ella. Era veloz como nadie, y esto sirvió para que pudiera alejarse de los atacantes que, incrédulos, resoplaban a su espalda, tratando de alcanzarla.

Cuando menos se había percatado, notó que había salido del lindero del bosque y estaba muy cerca de los riscos que llevaban al gran estuario de Severn[2]. Recordó que había un escondite cerca en donde podría refugiarse, pero para su mala suerte, había corrido en dirección opuesta y ya no podía volver. Había salido por el extremo contrario y llegaría a un precipicio, por lo que quedaría atrapada entre el mar y sus perseguidores. Estaba acabada. Abusarían de ella y, con suerte, la dejarían viva. Pese a que lo más probable es que preferiría estar muerta después de que esas tres bestias terminaran con ella.

Resollando debido al esfuerzo, frenó justo antes de caer al vacío y giró para ver que los tres hombres se acercaban a ella esbozando sonrisas perversas y un brillo depredador en sus miradas malvadas. Dos ellos comenzaron a reír y a disputarse el segundo puesto para atacarla.

Lilian gritó que no se acercaran, y solo rieron más fuerte. Así que, a sabiendas de que no tenía escapatoria se abrazó a sí misma y cerró los ojos, esperando que se abalanzaran sobre ella.

—¿Qué está sucediendo aquí? —ladró alguien a su costado.

Ella abrió los párpados, confundida. Esa voz era distinta. Melodiosa, no muy grave aunque tampoco la de un jovencito.

—No es de tu incumbencia. Vete por donde viniste o te machacaremos como a un perro —respondió el líder con tono agresivo.

Lilian siguió la dirección de sus miradas y advirtió que había una figura apostada a unos pasos.

—Alejaos de ella ahora mismo —casi gruñó el recién llegado.

—¿Y si no lo hacemos, qué harás, ah? —se burló el líder— Somos tres, y tú, tan solo uno. Mejor ahórrate un problema y piérdete.

El otro sujeto no se dejó amedrentar por la amenaza directa. Dio dos pasos hacia delante, y entonces la sombra se convirtió en la imagen de un hombre con expresión seria. Aparentaba tener más edad que el resto, y no solo llamaba la atención por ser mayor, algo en él era muy diferente. Sus ropas estaban en mejores condiciones y parecían de mejor calidad, se notaba que se ocupaba de su aseo personal.

Sin embargo, lo que lo hacía diferenciarse, era el hecho de que se había plantado frente a tres bandidos con suma autoridad, y resultaba claro que estaba acostumbrado a que se le obedeciera, que estaba seguro de que así se haría.

En cuanto la escasa luz del atardecer iluminó sus rasgos, a su alrededor se hizo un denso silencio.

—Se-señor, n-no sabíamos que era usted —tartamudeó el que la había perseguido primero.

El susodicho no respondió, se limitó a taladrarlos con una mirada funesta. Eso fue suficiente para que el trío infame comenzara a empujarse entre sí, en la prisa por alejarse de allí. Casi habían logrado su huida, cuando su salvador los detuvo con una frase cortante:

—Una cosa más. No quiero que volváis a acercaros ni a diez pasos de ninguna mujer de estas costas. Si vuelvo a saber que molestan de cualquier modo a alguna niña o mujer, será vuestro último día de libertad. Ahora, largo.

No hizo falta más, con esa letal advertencia los tres se alejaron con los rostros lívidos de pavor.

Lilian soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo, y observó todavía recelosa cómo aquel desconocido se acercaba. Este advirtió su reticencia, porque se detuvo a varios pasos de ella.

Desde esa distancia, pudo ver que se trataba de alguien joven, delgado y bastante alto, mucho más que su padre, aunque no tanto como para parecer enorme.

Sus ojos eran de un increíble verde y llevaba el pelo de color claro rizado en las puntas, mucho más largo de lo considerado correcto, varios mechones acariciaban su frente. No era tan claro para ser rubio, pero tampoco lo suficiente oscuro para ser castaño. Era probable que bajo la luz del día se viese como dorado.

Su piel estaba tostada, muy tostada. Su vestimenta era simple: una camisa blanca que había visto mejores días, un pantalón negro desgastado y un chaleco del mismo color algo deshilachado. Sus botas estaban raspadas en varias partes y muy usadas. Estaba claro que no se trataba de alguien noble, sino de un sujeto de clase baja o trabajadora. Quizá un pescador, si tenía en cuenta que los que la habían atacado parecían ser también trabajadores del puerto. A Lilian no le importó. Solo estaba aliviada de haberse cruzado con alguien decente. Y agradecida, sobre todo agradecida.

Como se habían limitado a estudiarse en silencio, se sintió incómoda, y retrocedió un paso. Él le mostró las manos con las palmas hacia afuera, en una señal cautelosa.

—No voy a hacerle daño. Le doy mi palabra.

Ella asintió y se abrazó a sí misma, luchando para que desapareciera el temblor de una vez. Quería darle las gracias, pero se apoderó de ella el nerviosismo y no pudo emitir palabra.

—¿Se encuentra herida? ¿Necesita que vaya en busca de alguien o la lleve para que la revise un doctor?

Lilian negó. Pensó que él debía conocer mucha gente a pesar de que ella nunca lo había visto antes, si se podía permitir llevarla con un matasanos. Quizá era del pueblo, de la zona donde ella y sus hermanas nunca se aventuraban.

—¿Por qué está sola?

A esa pregunta no podía responder con un movimiento de la cabeza. Así que, se aclaró la garganta y se obligó a contestar.

—Perdí de vista a mi hermana. De-debe estar buscándome.

Él la estudió con curiosidad. Se fijó en su aspecto desaliñado y ella reprimió el impulso de acomodar la maraña de cabello que debía de tener en la cabeza.

—No debería haberse separado de ella. Es muy peligrosa esta zona, sobre todo para una niña.

Lilian se sonrojó, ofendida. Tanto le afectó que el gallardo joven la llamara de ese modo, que olvidó su timidez y espetó:

—¡No soy ninguna niña!

El desconocido pareció muy divertido con su exabrupto.

—De acuerdo. Estos caminos no son aconsejables para una pequeña jovencita de… ¿tan solo…quince años?

Lilian lo miró exasperada.

—¡Tengo dieciocho años, en breve cumpliré diecinueve!

Él pareció sorprenderse, y no pudo evitar examinar su figura de pies a cabeza. Ella se enderezó, tensionada. Sabía que, a pesar de que no era de baja estatura, a menudo su complexión y su peso la hacían parecer mucho menor. Agradeció que él no mencionara nada de su poca corpulencia ni del hecho de que a su lado resultaba diminuta. Él la rebasaba por más de una cabeza.

—De acuerdo —carraspeó en su lugar.

—Y ahora debo irme, o mi ama de llaves mandará a una cuadrilla en mi búsqueda—soltó sin pensar.

En cuanto dijo aquello, Lilian quiso golpearse. Estaba tan afectada por todo, más que nada por el atractivo salvador, que había soltado lo que estaba pensando, olvidando que no se suponía que ella fuera alguien por quien el ama de llaves se preocuparía demasiado. Se suponía que era una simple criada.

Él la estaba viendo confundido, por lo que balbuceó una explicación rápida, para enmendar el error.

—No es que literalmente vayan a mandar a buscarme, pero sí me despedirán si... si no regreso con los ingredientes que me encargó el ama de llaves para la cena.

—¿Por qué la familia para la que trabaja la envía a hacer los mandados a pie y sola?

El hombre sospechaba.

Lilian apretó sus manos para evitar retorcerlas. Nunca había sido una buena mentirosa.

—No me envían sola, le dije que estaba con mi hermana. Y tampoco lo hago a pie, mi montura está cerca. Ahora, sí me permite...

Él se movió al mismo tiempo que ella y se cruzó en su camino.

—Permita que la acompañe hasta donde sea que viva. Ya ha anochecido para ir a hacer su mandado. Seguro que lo entenderán.

Ella se tensó de nuevo.

—¡No!

—¿No?

Lilian repitió la negativa con la cabeza. De ningún modo podía aparecer con él en Hampton Manor.

Angustiada, le dedicó un rápido saludo, y pasó por su lado sin rozarlo.

Apenas había dado unos pasos cuando sintió una fuerte mano sobre su brazo derecho.

—Espere —dijo con suavidad el extraño, algo que contrastó con la fuerza que ejerció su mano para mantenerla en el lugar.

Lo miró y a esa escasa distancia notó que sus ojos la examinaban con atención. Su proximidad y el tacto caliente de su piel sobre la fina tela del vestido hicieron que ella no pudiera evitar estremecerse. Su pulso se desbocó en sus venas, y se sonrojó al percibir que él había bajado la vista hasta posarla en sus labios entreabiertos. La boca de él era llamativa: su labio inferior era más grueso y el superior estaba cincelado a la perfección. Sus comisuras se elevaron hasta adoptar un rictus travieso, y ella notó que él tragaba saliva de manera compulsiva. Atontada y temerosa de sentir aquel extraño ardor en su cuerpo ante el mero contacto de aquel desconocido, se liberó de su agarre y tomó impulso para salir corriendo. Él habló antes de que pudiera hacerlo, frenando su huida esta vez sin tocarla:

—Escuche, no puedo dejarla ir sola. Deje que la escolte.

Ella se estrujó el cerebro pensando cómo podría negarse y librarse de él. Sospechaba que si se marchaba sin más, el joven la seguiría.

—Si me presento, ¿estará más tranquila? —Ella no respondió, así que, él suspiró y agregó —: Me llamo Eric.

—¿Solo Eric?

Él pareció desconcertado con su pregunta, pero se repuso con rapidez, y asintió.

Solo Eric, sin apellido. Tal vez era huérfano, supuso ella con lástima, y no insistió.

—¿Conocía a esos salvajes?

Lilian lo dijo con desconfianza, pues él no parecía ser alguien del montón. Recordó que a pesar de que su vestimenta no era de buena calidad, los que acababan de huir le habían obedecido con solo una orden.

—Sí, trabajo con ellos en el puerto.

—No parece ser de esta zona, ellos tampoco. Conozco a muchos pescadores —afirmó, tratando de parecer sincera.

Lo cierto era que no conocía a nadie fuera de los sirvientes o eventuales visitantes de Hampton Manor, aún así, su instinto le decía que ese hombre y los demás eran forasteros.

Él, entrecerró los ojos y volvió a darle un repaso a su ropa desgastada.

—Soy de Green Hill. Queda cerca de Londres, pero en este momento formo parte de una tripulación proveniente de América. Ellos son americanos. ¿Cómo te llamas?

Lilian se sonrojó cuando la tuteó de manera descarada. Acababa de caer en la cuenta de que era el primer hombre con el que hablaba a solas en toda su vida.

—Eso queda muy lejos —comentó, evadiendo su pregunta.

—Sí, aunque he vivido más tiempo aquí que en Green Hill o en América. Conozco bien esta zona y nunca te había visto.

—¿Su familia trabaja aquí? ¿Tienen un barco?

Ahora fue su turno de quedarse callado. Él se balanceó sobre sus talones y contestó:

—Se puede decir que sí.

Ella frunció el ceño ante aquella respuesta ambigua, pero no tuvo ocasión de replicar, ya que, en ese momento, se escuchó un grito atronador en las cercanías. Ambos se sobresaltaron, pues hasta dicha interrupción solo se había oído el sonido de las olas que rompían contra los

riscos. Lilian reconoció de inmediato a la persona que gritaba con creciente desesperación. Por suerte, a esa distancia apenas se entendía lo que decía.

—Es mi hermana, me está buscando.

Eric asintió con expresión indescifrable, aunque no dejaba de mirarla haciéndola sonrojar bajo su escrutinio.

—Yo…debo irme. Gracias por rescatarme. Creo…creo que estoy en deuda con usted, no lo olvidaré —le dijo de manera apresurada antes de arrepentirse.

El marinero sonrió entonces con franqueza, y todos sus rasgos se iluminaron, haciéndolo parecer más joven. Lilian no supo cómo reaccionar, se limitó a despedirse con un ademán de su cabeza, y con nerviosismo, pasó por su lado y comenzó a alejarse casi corriendo. Estaba a punto de llegar al bosque cuando oyó que él le hablaba.

—¡Lily!

Ella se detuvo otra vez.

Así que,, él sí había oído el apodo con el que la llamaban sus hermanas. Al menos no sabía que derivaba de Lilian. Ella no lo corrigió, solo lo miró expectante.

—No tiene que agradecer nada. Si vuelve a pasar por aquí, grite mi nombre. Estaré este verano trabajando cerca, si necesita ayuda, iré en su búsqueda. O si solo desea compañía, no dude en volver, la esperaré a medianoche.

Ella asintió, y se estremeció porque sus palabras habían parecido más una promesa que una afirmación. Claro estaba, que él pensaba que era una criada a la que podía seducir sin consecuencias y no la dama soltera perteneciente a una familia noble que en realidad era.

Como su reputación estaba en juego, no lo sacó de su error. Solo sonrió en respuesta, y miró una última vez su apuesta cara. Él arqueó las cejas, intrigado por su enigmático silencio. Ella encogió un hombro, y salió corriendo en dirección hacia donde Georgiana continuaba llamándola.

Así, dejó atrás al joven extraño, pero no pudo apartarlo de sus pensamientos con la misma facilidad por más que lo intentó con denuedo. Tampoco le contó a nadie sobre él. Ni siquiera a Georgiana, quien la interrogó hasta el cansancio sobre su desaparición. Sin saber la razón, guardó para ella lo sucedido y atesoró aquel encuentro hasta mucho tiempo después.

Su intención había sido no volver a pisar aquel lugar. No obstante, no pudo cumplir ese objetivo, ni reprimir la curiosidad, sino que se encontró en más de una oportunidad fantaseando con la temeraria idea de ir hacia esos riscos otra vez.

Pasados unos días desde el encuentro con el joven extraño, llegó a la casa una carta proveniente de Londres. En esta, su madre las ponía al tanto de todo lo que había encargado para ellas a la mejor modista de la ciudad y de que pronto emprenderían junto a su padre el viaje de regreso a Bristol.

Fue entonces que un sentimiento desconocido despertó en el interior de Lilian. Sintió el impulso de hacer algo prohibido, de transgredir las reglas bajo las que siempre había vivido sin protestar. Aquel temerario instinto no le permitió conciliar el sueño, y durante las horas en vela llegó a la conclusión de que si de verdad quería hacer realidad aquella aventura nocturna, tendría que hacerlo antes de que sus progenitores regresaran, porque con ellos en la mansión sería casi imposible escabullirse de esta.

Su madre las tenía muy bien vigiladas, no tanto a ella, que nunca le daba dolores de cabeza, pero sí a su hermana, Georgiana, quien solía cometer travesuras, lo que significaba que siempre hubiera un lacayo haciendo guardia. Lilian cayó en la cuenta de que a ella nunca un sirviente la había supervisado, porque jamás había hecho nada digno de su atención, nada fuera de la norma, no se había saltado una regla ni contrariado nunca una orden. Era la imagen de la dama perfecta y no se podía decir nada más interesante sobre su persona.

Lilian decidió que cometería una travesura por primera vez en su vida, y que iba a hacerlo ella sola, sin la ayuda de Georgiana, pues ella insistiría en conocer los detalles y tendría qué explicarle sobre el hombre secreto. Gigi no aprobaría que quisiera verlo, ya que,, ella no era propensa a lo romántico y vería con malos ojos que se citara con un extraño. La morena era capaz de impedirle salir. Incluso de llegar al extremo de encerrarla, si creía que era por su bien.

Lilian no deseaba que nadie le impidiera sentirse viva por una única vez. Después de todo, cuando el verano pasara, serían llevadas a la capital para su puesta en largo, y de seguro no volvería a tener la posibilidad de cabalgar hacia la aventura, ni de ir al encuentro de un hombre atractivo y misterioso. Se casaría y la instalarían en la casa de su nueva familia, muy lejos de Bristol y de todo lo que conocía.

Por la mañana, mientras la doncella la asistía y ella permanecía inmóvil frente al espejo dejándose peinar, supo que no volvería a ser la versión de sí misma que era en ese momento, nunca sería tan joven ni libre como entonces. Una intensa necesidad de probarse que no era una cobarde o pusilánime la sobrecogió, y concluyó que aceptaría la invitación del desconocido. Se arriesgaría por una vez en su corta existencia, y lo haría a riesgo de arrepentirse después de aquella temeridad.

CAPITULO 2



Una vez tomada la decisión, Lilian esperó a que todos en la casa durmieran y a que ni un alma de la propiedad estuviera en vela, para levantarse de la cama en la que había fingido dormir cuando su hermana había entrado a buscar conversación.

Se quitó el camisón que tapaba el atuendo de mozo de cuadras que llevaba debajo, y se colocó las botas, tratando de no hacer ruido. Había decidido que usar ropa de uno de los jóvenes criados que trabajaba en las cuadras, y que había renunciado el verano pasado sería más conveniente, por si se encontraba con alguien durante el camino. Debido a su tamaño y a la vestimenta masculina, podría pasar con facilidad por un joven sirviente que daba un reparador paseo nocturno.

Cuando tuvo la capa bien sujeta bajo la barbilla y su cabello rubio oculto en la capucha, tomó su alforja, donde llevaba el cortaplumas, lo único que había hallado para tener encima en caso de necesitar defenderse, y se acercó de puntillas a la puerta de su habitación.

Estuvo a punto de regresar en por lo menos tres ocasiones, y en cada una se recordó que sería solo una vez, una única vez, para tener la oportunidad de ser algo más que la anodina lady Lilian. La niña de salud frágil a la que, a pesar de haber crecido, todos continuaban protegiendo porque la consideraban débil y cobarde, y nadie esperaba de ella nada más que obediencia y pasividad. Ella era como una planta más de esa mansión: nunca le sucedía nada extraordinario. Sus días pasaban uno tras otro, todos iguales al anterior, y estaba harta de ello.

La escasa iluminación la ayudó a salir de la casa sin sobresaltos. Durante todo el camino sintió como si su corazón estuviera a punto de salir de su pecho. Esa vez había decidido hacer el trayecto a pie, para no llamar la atención de algún caminante inesperado ni alertar al personal de las caballerizas. Su capa negra le permitía camuflarse entre las sombras, pues la luz de la luna era nimia y apenas alumbraba el suelo que pisaba. Por fortuna, no necesitaba guía alguna, dado que conocía aquellas tierras de memoria, casi podía recorrerlas con los ojos vendados.

Estaba llegando al bosque, al mismo claro donde había sido atacada días antes, cuando cayó en la cuenta de que no sabía en realidad cómo hallaría al joven. Él le había dicho que ella solo tendría que llamarlo y él acudiría, pero ¿y si no lo había dicho en verdad? ¿Y si ya no trabajaba cerca? Después de todo, habían pasado bastantes días desde su encuentro.

Lo cierto era que Lilian no había estado pensando con claridad, no había planeado aquello como tendría que haberlo hecho. Solo había supuesto que saldría de la casa y llegaría al sitio a la hora indicada por él, y que cuando llegara, Eric estaría allí. No obstante, la realidad era que no sabía nada más sobre el joven, no algo útil que pudiera ayudar a localizarlo, al menos. Solo conocía su nombre y que trabajaba en el puerto de Bristol, el cual era enorme, uno de los más grandes de Inglaterra y en el que trabajaban miles de personas. Ella de ningún modo podría aparecer por allí a buscarlo, ni aunque fuese a plena luz del día. Además, ¿quién le aseguraba que aquel extraño no hubiese ya zarpado hacia América o hacia cualquier otro destino?

Aquel plan había sido un error. No hallaría al marinero, y ella no tendría que estar ahí. Con solo pensarlo, quiso golpearse. Su inexperiencia e ingenuidad eran rasgos muy inconvenientes de ella que comenzaban a molestarle.

«Te esperaré a medianoche», le había dicho, y ella le creyó. De eso habían transcurrido algunos días. Dudaba que el joven estuviera cada noche esperando verla aparecer, de seguro tendría algo más útil que hacer.

Pese a sus dudas, era demasiado tarde para regresar, y quería probarse a sí misma que tenía las agallas suficientes para hacer aquello.

Cuando llegó al lugar, lo encontró vacío, tal y como había pensado que iba a estar. No se veía a nadie en los alrededores, y ella se detuvo suspirando.

Decepcionada, se acercó al precipicio, y se asomó para ver la gran extensión de agua que golpeaba las rocas. Era hermoso y salvaje. Como el recuerdo que tenía grabado de aquel hombre enigmático. Al parecer se tendría que conformar con la remembranza que tenía de él, porque no volvería a verlo. Era hora de olvidarse de aquella mala idea y volver a la protección de su hogar.

Alicaída, tomó aire, para disfrutar del aire marino que tanto le gustaba antes de regresar al encierro. La brisa fresca llegó hasta ella, y acarició la piel de su cara, trayendo consigo el sonido del agua, de la naturaleza y de... de murmullos de voces hablando y riendo no muy lejos.

Lilian abrió los ojos de golpe.

El sonido cesó. Ella contuvo el aliento y aguzó los oídos. No oyó nada más que las olas acariciando la orilla. Pensó que lo que había oído antes solo era parte de su imaginación, y comenzó a dar media vuelta, cuando sucedió de nuevo. Otra vez llegó hasta ella aquel sonido de conversación. Alguien gritó una orden, y le siguió un coro de carcajadas. Esa vez no tenía dudas, había personas cerca, en algún punto por debajo de donde ella se encontraba.

Intrigada, retrocedió, y miró en todas las direcciones, buscando algún camino que descendiera hasta la playa. No había uno a la vista. Entonces recordó la dirección desde la que Eric había llegado aquella noche, y se dirigió hacia allí. Se encontró con mucho follaje. De un lado estaba el bosque, y del otro, el abismo. Por lo que dedujo que el camino tendría que estar detrás de los altos arbustos.

Con temor, se adentró entre las hojas y las ramas. No tuvo que recorrer demasiado, porque pronto vio aparecer el nacimiento de un camino de tierra que descendía hasta la playa.

Comenzó a bajar, agarrándose de la pared de piedra que bordeaba el camino en las repetidas ocasiones en que sus botas resbalaban. No le pasó desapercibido que el ruido de voces se intensificaba con cada paso que daba. Lilian creía que la senda la llevaría recto, pero bajaba en círculos y el final de esta apuntaba al oeste, hacia donde, no muy lejos, comenzaba la propiedad del esposo de su hermana. Ella nunca había llegado tan lejos de su casa, y sabía que muy pocos se aventuraban por esos lados. Todo aquel terreno pertenecía al marqués de Harrow, quien no tenía visitantes asiduos.

Lilian frunció el ceño, y se le ocurrió que esa gente estaba invadiendo la propiedad de su hermana, y que, en todo caso, lo menos que podía hacer era averiguar de quiénes se trataba e informarle a Felicity de inmediato.

Al final del recorrido, había un gran círculo rodeado de enormes rocas. En el medio yacían los restos de una fogata, y no muy lejos había tres botes de tamaño mediano anclados y ocultos en parte por otro conjunto de rocas.

Lilian siguió el sonido del diálogo que a esa distancia le resultaba ininteligible, y descubrió que provenían de una cueva, cuya entrada estaba a su derecha, justo por debajo de la cima en donde ella había estado antes mirando hacia abajo.

Por unos segundos se debatió entre la idea de volver sobre sus pies y dejar el asunto así, para correr a refugiarse a la seguridad de su habitación. No obstante, se recordó que ya había llegado muy lejos y que, si quería demostrarse que no era ninguna cobarde, no podía marcharse sin más. Así que, avanzó hacía la entrada de la cueva, y de súbito, las voces estuvieron muy cerca de ella. Asustada, miró para todos lados, y corrió a esconderse detrás de una de las rocas, justo cuando los hombres emergían del interior de la cueva.

—¿Esa es toda la carga? —preguntó uno de ellos con marcado acento extranjero.

—Sí, capitán. El resto llegará a puerto en unos días—contestó otra persona que parecía venir atrás.

—Ya debería de haber llegado. Bastante nos hemos atrasado desde que anclamos.

—Como te dije, no tenía previsto que Harrow se instalara aquí por tanto tiempo. De todas maneras, eso no cambia nuestros planes. Solo hay que esperar a que su luna de miel acabe, y se marche. Pronto tendremos nuestro propio almacén, y ya no será necesario que usemos este sitio para guardar la mercancía.

Lilian se tensó al oír esa tercera voz muy próxima a su posición, y advirtió que no eran todos desconocidos. Ella reconoció aquel tono que tenía un leve deje extranjero pero que sonaba al fin y al cabo como el de un inglés. Era la voz de Eric.

—¿Cuánto tiempo? —exigió saber el primero.

Eric suspiró.

—Me temo que unas semanas. Eventualmente, él tendrá que regresar a Green Hill, no podrá eludir sus responsabilidades para siempre. Cuando lo haga, nosotros comenzaremos a distribuir la mercancía, tal y como lo planeamos.

—No podemos esperar demasiado. La mercancía se echará a perder, y nuestros clientes no pueden seguir esperando. Tenemos que cumplir con los plazos —se quejó el otro.

—Lo sé...

—Además, la tripulación está impaciente por volver a alta mar, capitán —intervino el tercero.

—Zarparán en la fecha fijada para traer la próxima carga. Eso no va a cambiar —prometió el supuesto capitán.

No obtuvo respuesta, ellos solo se alejaron. Lilian lo supo por el sonido de las pisadas. Ellos abordaron los botes, y oyó a los remos chocando contra el agua. Ella esperó varios minutos, y cuando supo que no habría moros en la costa, salió de su escondite.

El claro estaba vacío.

Lilian miró con aprensión hacia la oscura entrada de la cueva. Quería averiguar de qué se trataba aquella operación clandestina. Porque estaba claro que esa gente estaba llevando a cabo alguna clase de plan delictivo. No había que tener muchas luces para darse cuenta de que esa gente no eran más que contrabandistas, usando de manera secreta ese lugar para esconder su mercancía.

Eric no era un marinero, ni siquiera un simple trabajador del puerto, era un contrabandista. Eso explicaba la clase de calaña a la que conocía, si tenía en cuenta a esos horribles jóvenes que la habían atacado.

Asustada, se envolvió más en la capa, y avanzó temerosa hacia la cueva. Primero sabría con seguridad con qué clase de mercancía estaban comerciando de manera ilegal, y después iría con Felicity y lord Harrow para ponerlos al tanto. Una vez lo decidió, se armó de valor, y dio dos pasos hacia la entrada. No había dado el tercero cuando oyó un sonido metálico a su espalda.

—Yo que usted no daría un paso más.

Lilian se congeló en el sitio, y sintió cómo las náuseas le subían hasta la garganta. Le estaban apuntando con un arma, justo en la base de la cintura. Al parecer el trabajo de espía no se le daba nada bien, y moriría a manos de un pirata.

—Muy bien, veo que al menos sabe lo que le conviene—siguió diciendo el maleante con tono grave y amenazador—. Ahora, levante las manos donde pueda verlas.

Lilian obedeció, agradecida de que su abrigo la cubriera de pies a cabeza y de que sus manos estuvieran cubiertas por los guantes de cuero viejo del mozo, ya que, no podía salir a deambular por la noche con sus guantes de cabritilla nuevos.

—Excelente —rumió su atacante—. Aléjese de la entrada, y no intente nada. No dudaré en ponerle una bala en el cráneo.

Lilian tragó saliva, y sus piernas temblaron cuando comenzó a retroceder tal y como le había indicado el. Su cabeza comenzó a maquinar alguna posible salida a su terrible encrucijada. No quería morir, pero si se delataba, él tendría que matarla de todos modos, porque ella podría arruinar sus planes y él lo sabría en cuanto descubriera su verdadera identidad.

Una vez que estuvieron bastante alejados de la cueva, él ladró otra orden con tono seco.

—¡De rodillas!

Lilian abrió los ojos como platos. ¿Es que acaso planeaba asesinarla allí mismo? ¿Era, además de un mentiroso, un vil asesino? Si así era, ella lo había juzgado muy mal. Creía que Eric era alguien decente. Un hombre trabajador y respetuoso. Su ingenuidad resultaba humillante.

—¿No me ha escuchado bien? ¡He dicho que de rodillas!

Un gemido, amortiguado a tiempo para no delatar su género femenino, salió de su garganta cuando la golpeó en las corvas de sus rodillas, provocando que cayera de manera brusca sobre el suelo. Lilian puso las manos sobre la arena para no golpearse la cara, y gruñó molesta. Podía añadir a la infame lista de cualidades que él era un bruto.

—Mejor. Ahora me dirá quién es y qué está haciendo metiendo su nariz aquí —dijo con tono cortante.

Lilian no respondió.

—Muy bien. Como no parece dispuesto a cooperar, le quitaré esa capucha y lamentará no haber colaborado conmigo.

Ella se tensó; no era buena idea intentar sacar el cortaplumas que tenía en la bolsa, pues le podría disparar antes de que siquiera llegara a rozar el arma. Eric se acercó para tomar la tela de su capa.

Entonces Lilian supo qué hacer, y agradeció haber aprendido aquel truco de Georgiana y

sus inadecuadas bromas. Cerró las manos en puños y se preparó.

—Vamos a ver.... —comenzó Eric, poniéndose frente a ella, que estaba con la cabeza gacha, impidiéndole ver su cara.

Él bajó el arma lo justo para agacharse a levantar su capucha, y fue allí que Lilian se puso en acción. Levantó los brazos como resortes y lanzó justo al rostro del hombre toda la arena que había acumulado en sus puños. Eric retrocedió emitiendo un jadeo, cerró los ojos y trató de quitarse la arena con la mano libre. Lilian no se quedó a esperar que recuperara la visión, sino que salió corriendo en dirección al camino, ignorando sus gritos de advertencia.

Aprovechó la ventaja y su capacidad de correr rápido para alejarse y evitar que la alcanzara. Con dificultad, llegó hasta la cima del risco, y cruzó el claro como un rayo mientras sentía que Eric le pisaba los talones. Él le gritó que se detuviera o le dispararía por la espalda.

Lilian no le hizo caso, siguió adelante, y alcanzó la hilera de árboles que sabía serían su salvación.

Él soltó una retahíla de maldiciones, pero no disparó, ya fuera porque su puntería no era buena debido a la casi nula iluminación crepuscular o porque ella se había adentrado en el bosque y comenzado a correr en zigzag.

Aliviada, continuó la marcha, sintiendo que los pulmones le ardían por el esfuerzo. Echó un vistazo hacia atrás y vio la sombra de su perseguidor siguiéndola de cerca.

Lilian tenía la suerte de su lado, estaba ya en los alrededores de la tierra de los Lovelace. Conocía el terreno como nadie, pues ella y sus hermanas habían pasado toda su vida allí. Por lo que no tardó en encontrar uno de los escondrijos que de niñas habían descubierto y usaban a menudo como guarida.

Corrió hasta un gran tronco caído, se dejó caer sobre sus posaderas, y se arrastró por debajo de los arbustos que estaban a un lado del tronco y que llevaban a una depresión natural, en la que cabía un adulto de pie o tres niñas pequeñas.

Una vez estuvo bajo el follaje que tapaba el orificio y se hubo hecho un ovillo doblando sus piernas y sus brazos, esperó a que Eric pasara de largo sin advertir su refugio improvisado. A los pocos segundos, oyó sus pisadas rápidas, las cuales no se detuvieron al pasar cerca del tronco. Después, solo silencio.

De todos modos, Lilian no salió. No cometería el mismo error dos veces. Se quedó allí dentro hasta que los músculos se le entumecieron, y empezó a dormitar, incapaz de mantenerse despierta debido al esfuerzo y a la energía perdida.

La despertaron las primeras luces del alba que se colaban entre los arbustos, y el sonido de los pájaros trinando terminó de espabilar su sueño. Estaba amaneciendo. Lilian decidió que ya había esperado suficiente tiempo. No creía que Eric y sus secuaces todavía estuvieran buscándola.

Era momento de regresar a casa y escabullirse a su habitación antes de que alguien descubriera su ausencia.

Con dificultad, se levantó, y tuvo que sostenerse de las paredes de tierra para evitar que sus piernas cedieran. Cuando se hubo recuperado, trepó por la pared, y se arrastró hacia afuera.

Mientras caminaba de vuelta a Hampton Manor, se prometió que no dejaría que aquellos bandidos la asustaran. Regresaría a esa cueva, pero esta vez con un plan organizado, y

averiguaría lo que se traía entre manos esa gente.

De ningún modo permitiría que los contrabandistas, usaran los dominios de su cuñado para sus pérfidos planes. Sería ella quien los delataría con lord Harrow y este lo haría con las autoridades portuarias.

Eric la había engañado aquella noche haciéndole creer que era un galante salvador, tan solo para que se alejara de allí sin sospechar que acababa de descubrir el escondite de su banda, y no dejaría el asunto tranquilo hasta que todos ellos estuvieran entre rejas.

Después de lo sucedido esa noche, Lilian tenía claro que si Eric hubiera sabido que ella no era ninguna doncella incauta, sino lady Lilian Lovelace, la hermana de la dueña de esas tierras, su destino habría sido otro. Estaría muerta.

Más animada, apresuró sus pasos y empezó a planear su nueva misión. Atraparía a los contrabandistas.

Para su mala suerte, sus planes tuvieron que posponerse debido a la llegada de sus padres al día siguiente. Lilian se sentía frustrada porque Agatha, la condesa, había llegado antes de lo esperado, y desde entonces requería de su compañía a toda hora. Había incrementado sus horas de clases de protocolo y modales con el argumento de que les hacía falta refinar sus habilidades sociales, y así estar lista para su presentación en Londres.

Georgiana estaba a punto de enloquecer con tanta clase innecesaria y ella no podía evitar compartir el mismo sentimiento. Al tercer día de tormento, llegó a su casa una visita sorpresiva. Felicity, su hermana mayor, a quien no habían visto desde el día que había partido para comenzar su nueva vida con el marqués de Harrow, apareció en la puerta.

En un principio, ellos se pusieron muy contentos de tenerla de regreso, hasta que advirtieron su expresión decaída y su actitud taciturna. Aquello, sumado al carruaje con sus baúles que venía detrás de ella, les hizo concluir, que no se trataba de una mera visita familiar.

Felicity había abandonado a su esposo, aunque, por supuesto, lo negaba argumentando que el marqués había tenido que viajar y ella no quería estar sola.

Lilian deseaba contarle sobre los contrabandistas, pero no encontraba la manera de hacerlo sin preocupar aún más a su hermana. No era el momento de decirle que estaban usando las tierras de su esposo como guarida de piratas. Debía esperar a que al menos ella estuviera de mejor ánimo y hubiese arreglado las cosas con su marido.

Felicity llevaba más de una semana viviendo en la casa, cuando se enteraron de que el marqués de Harrow había partido hacia Londres poco después de que su esposa lo dejara, y no se sabía cuándo regresaría. Aun así, el caballero se había ocupado de mandar cada mañana presentes para su hermana, destinados a granjearse su perdón.

Lilian recordó a Eric diciendo que esperaría a que lord Harrow dejara la zona para trasladar la mercancía, y sintió que el pulso se le aceleraba. Tenía que ir sin falta aquella noche a la cueva, tal vez podría sorprender a los contrabandistas trasladando la carga y dar aviso a las autoridades.



La luna estaba en lo alto cuando llegó al claro. Esa vez había elaborado un plan más detallado: había preparado su montura al atardecer, dejándola atada en una casilla cercana a la propiedad, con su debida comida y agua. Esto le permitió llegar en pocos minutos a la zona costera, recorrer

la playa a buena marcha, y dejar a su caballo atado detrás de las grandes piedras a una distancia prudente; así, si tenía que escapar, no lo tendría que hacer corriendo.

Con decepción, observó que los botes no estaban anclados, y tampoco se oían voces desde el interior de la cueva. Al parecer no había nadie más allí. No hallaría *in fraganti* a los contrabandistas, lo que no quería decir que no pudiera averiguar algo útil. Por el contrario, que el lugar estuviera vacío era una ventaja que no podía desaprovechar. Aun así, decidió ser prudente: sujetó el arma improvisada que llevaba, y se aseguró de que no hubiera nadie cerca antes de salir de su escondite.

Avanzó hacia la entrada oscura de la cueva, sintiendo que las piernas le temblaban, y miró varias veces a su alrededor, comprobando que nadie apareciera a atacarla por la retaguardia. Eso no sucedió; y ella se internó en la caverna, después de dudar unos segundos.

El interior era tal y como lo había imaginado: oscuro, frío y oprimente. Al principio se estrechaba, y a medida que avanzaba, se iba ensanchando.

Lilian apenas podía vislumbrar dónde colocaba sus pies al caminar, ya que, había instaladas en las paredes rocosas lámparas de quinqué[3], y sus mechas no estaban encendidas.

Lilian tembló de miedo al pensar que no tendría que haber ido sola. Georgiana la habría ayudado sin dudarlo, pero ella había querido ocultar sus planes. Estaba claro que desde que había conocido a ese hombre su buen criterio se había esfumado, y que debería dar media vuelta y salir huyendo de ese horrible lugar.

Sin embargo, no lo hizo; siguió adelante, sosteniéndose de la pared con la mano en la que no llevaba el puñal, hasta que llegó al final del camino, y se encontró en el medio de un círculo rodeado de paredes de piedra y piso de arena vacío.

Se habían llevado la mercancía.

Decepcionada, miró a su alrededor, en busca de algo que le diera una pista sobre la naturaleza de lo que habían estado escondiendo allí, y no vio nada. Exasperada, suspiró, y guardó el puñal en la alforja que llevaba debajo de la capa. Se quitó la capucha y caminó por el lugar, empecinada en hallar algún rastro de la mercancía o del destino de esta.

La cueva era bastante grande en el interior, el techo era alto y tenía un orificio que dejaba colar los destellos de la luna. En los rincones había piedras de gran tamaño que estaban en parte ocultas por las sombras, y podían resultar un buen escondite.

Lilian se dirigió al extremo más alejado, donde había un banco de madera agrietada, y fue entonces que un destello llamó su atención. Se agachó y sacó de debajo del banco un objeto de vidrio. Era una botella de licor. Con curiosidad, la levantó, y observó que estaba llena y sellada. Ella no sabía nada de bebidas etílicas, nunca había probado más que vino rebajado y jerez. De hecho, había estado esperando ansiosa su viaje a Londres, para probar por fin el champán en alguno de los bailes, si sus padres lo permitían. Así que,, estudió con atención la botella, el líquido era dorado y olía fuerte. Se fijó en la letra que llevaba escrita, y frunció el ceño: Rumbullion[4].

—Le invito a un vaso de ron —dijo de repente una voz a su espalda, y ella se sobresaltó tanto, que gritó y soltó con rapidez la botella—. Eso sí, tendrá que beber directo de la botella, porque no tenemos vasos aquí. Le gustará, proviene de Barbados.

La voz venía del rincón opuesto, de algún punto detrás de ella.

—Eso…Eso no queda en alguna plantación agrícola francesa —apuntó mientras pensaba con rapidez cómo salir ilesa de esa cueva.

De allí provenía el ron comercializado legalmente.

—Claro que no, proviene de las Indias Occidentales, o como a un amigo le gusta llamar, de América. Este ron es más fuerte y dulce.

Ella no contestó. Él prosiguió:

—¿Ha venido hasta aquí para conocer los detalles de su elaboración o, más bien, a entrometerse en asuntos ajenos? Debo confesarle que es la segunda visita inesperada que recibimos en tan poco tiempo.

Lilian tragó saliva y se puso en pie despacio.

—No debí haber venido. Mejor me marcho —contestó con los ojos cerrados.

No tuvo oportunidad de dar un paso hacia la salida, su orden la paralizó.

—No se mueva. Ya que, está aquí, será mi invitada. Dé la vuelta para que pueda ver su cara.

Ella no obedeció. La voz sonó más cerca.

—Ahora.

CAPITULO 3



Lilian maldijo el instante en que había tomado la fatídica decisión de aventurarse fuera de Hampton Manor. Se había dejado llevar por un impulso de rebeldía y un aburrimiento que podía terminar en su propia muerte. Aunque ella era de naturaleza pragmática, y aún en una situación extrema, se inclinaba a pensar que estaba exagerando y que nadie le haría un daño mortal. Aun así, estaba muy asustada cuando se armó del valor suficiente, y giró para encontrar a pocos pasos a una figura alta y delgada, apoyada con languidez en una de las paredes de piedra.

Al instante, supo de quién se trataba, y su temor mermó en gran medida cuando fue evidente que él la había reconocido también. Aunque antes él se había cuidado de no dejar entrever su acento inglés, lo que le había impedido identificarlo desde un principio, ella vio el brillo de reconocimiento en sus ojos. Pese a eso, la manera en la que el hombre la observaba, con expresión fría, hizo que su vello se erizase.

Lilian, no pudo pensar en nada más que en huir, y eso es lo que hizo: comenzó a retroceder con rapidez. Eric no se inmutó, se limitó a torcer la boca.

—No es buena idea querida —le advirtió con sorna, mientras ella seguía alejándose sin despegar la vista de él, temerosa de que le saltara encima—. Es paradójico, pero tengo que advertirle que, en este cuento, a la heroína le conviene quedarse justo en la guarida del lobo. Créame que si sale, se encontrará con una compañía que no será tan indulgente con usted como yo.

Lilian se detuvo de sopetón.

—¿Qué quiere de mí?

Una sonrisa maliciosa apareció en su cara, que apenas vislumbraba en la oscuridad. Él se enderezó y emergió de las sombras. Se acercó despacio hasta detener sus pies junto a las botas de ella. Él no estaba armado, al menos en apariencia, y eso la tranquilizó un poco.

Lilian temblaba, pero aun así no se movió del sitio. Si iba a morir, lo iba a hacer luchando por su vida, eso lo tenía claro. Colocó la mano en la alforja, preparándose. Él advirtió su gesto, mas no dijo nada al respecto. Ambos sabían que ella ni siquiera tendría ocasión de desenvainar el puñal y que, en una lucha cuerpo a cuerpo, no tendría nada que hacer. Él la superaba en tamaño, fuerza, y también en habilidades.

Eric levantó la mano y ella se tensó, pero él la sorprendió posando un dedo en su mejilla y recorriéndola con pereza.

—Me temo que la respuesta a esa pregunta es muy amplia. Aunque puedo empezar por pedirle que me diga qué es lo que está haciendo aquí.

Lilian tragó saliva. Su cerebro trabajó con rapidez. No podía decirle que venía a descubrir su ardid delictivo. Era mejor escudarse en la versión original: venía a una cita nocturna, con el hombre que la había salvado de unos maleantes.

—Recordé que me había dicho que me esperaría a medianoche, y vine en su busca. Porque, bueno…yo… no he podido dejar de pensar en usted —contestó con tono coqueto, el cual no sabía si resultaba creíble, pues jamás había flirteado con nadie.

Él la estudió con sorpresa, y una sombra de duda tiñó sus pupilas.

—Pero no le dije sobre este lugar, ¿cómo ha sabido de él?

Lilian maldijo para sus adentros. Bajó la mirada para obtener tiempo, y pestañeó buscando una excusa plausible. Lo mejor sería apegarse lo más posible a la realidad, porque ella era una mentirosa deplorable.

—Lo siento, arriba no había nadie, y como en la otra ocasión en la que nos encontramos lo vi salir de esta dirección, yo seguí ese camino y llegué hasta aquí —dijo con tono contrito, y alzó la vista para verlo con sus ojos agrandados de pesar—. ¿Acaso hice mal? ¿Está molesto? Si no quiere verme, me iré de inmediato.

Eric sacudió la cabeza, negando.

—No, no. Claro que quería verla. No estoy molesto. Solo que me sorprendió encontrarla aquí. De hecho, me asombra que aceptara mi invitación.

Lilian sonrió para sus adentros. El nefasto hombre había caído en su trampa. No había descubierto que ella era la misma persona a la que había apuntado con un arma días atrás. Al parecer solo tenía que ser lo tímida que ya era por naturaleza, y eso lo distraería lo suficiente como para salir de esa situación y volver a la seguridad de su casa.

—Bueno, lo importante es que estoy aquí. Creí que no volvería a encontrarlo —le confesó, sonriendo lo más encantadora que pudo.

Eric la miró con intensidad y ella se sonrojó esta vez de manera espontánea.

—Tiene razón. La esperé cada noche, y ya casi había perdido la esperanza de que viniera. Pensaba que si me buscaba hace unos días, no me habría encontrado, ya que, tuve que viajar a Londres de manera imprevista y apenas acabo de regresar.

Lilian asintió. Claro. No le creía una palabra sobre ese viaje. Seguro había estado distribuyendo la mercancía junto a sus secuaces. Había llegado tarde, tendría que ganarse su confianza y esperar a que volvieran a traer más carga. Pues ellos habían dicho que esperaban otro barco. Solo sería cuestión de tiempo.

—Lamento haberme demorado, mis señores me tenían muy ocupada.

Él sujetó su mano, y ella agradeció haber venido vestida esta vez como doncella, porque el traje del mozo se había echado a perder en su anterior excursión. Como Eric tampoco llevaba guantes, sus pieles entraron en contacto, ocasionando que sintiera un estremecimiento. No sabía si a él también le afectó aquel contacto, pero no pudo evitar ruborizarse todavía más.

—¿Dónde dijo que trabajaba? —preguntó él interrumpiendo el derrotero de pensamientos extraños.

Su voz sonó engañosamente casual. Su mirada la escrutaba. Lilian se tensó. Como no había muchas propiedades en las inmediaciones, él descubriría rápido la mentira si no tenía cuidado.

—Yo…

—¡Eric!

El fuerte grito la salvó de responder justo a tiempo. El joven gruñó y la soltó con rapidez.

—Quédese aquí. Si no regreso, espere unos minutos y váyase. Bajo ninguna circunstancia salga ni me siga. ¿De acuerdo?

Lilian asintió con los ojos agrandados. ¿Él pretendía protegerla de los demás? Le haría caso, pues si él la hubiese querido matar, ya lo hubiese hecho, así que,, se inclinaba a sentirse más segura con él.

—Debe prometer que no le dirá a nadie sobre este lugar, ni mucho menos hablará acerca de mi persona —la apremió, mirándola con seriedad.

Lilian frunció el ceño mientras analizaba su petición. No podía prometer eso, porque pensaba denunciarlo, pero él no sabía que ella ya lo había descubierto. Si se lo decía, la llevaría con sus secuaces y a saber qué harían con ella. Por lo que no tuvo más remedio que volver a asentir.

—Lo prometo.

Eric pareció aliviado con su rápido consentimiento, y la soltó cuando volvieron a gritar su nombre. Avanzó hacia la salida tras dedicarle un saludo con la cabeza.

—¿Lo volveré a ver? —inquirió ella sin pensar y quiso no haberlo hecho.

Eric se detuvo y regresó sobre sus pies. Lilian se quedó sin aliento cuando él, en lugar de detenerse, la sujetó por la cintura y pegó sus cuerpos. Su pecho parecía ser de roble y su aroma era terrenal: olía a viento y arena, a una esencia amaderada que la hizo marear de gusto. Su aliento era cálido cuando murmuró sobre sus labios:

—No lo dude. La veré otra vez y, entonces, me dirá qué diablos busca. Además de un buen revolcón, claro está.

Lilian abrió los ojos, espantada por su vulgar comentario, pero se reprimió antes de reprocharle su falta de educación y darle un escarmiento, ya que, se suponía que ella era solo una criada, una mujer que estaría acostumbrada a ese trato. Una dama jamás lo toleraría y reaccionaría como si la hubieran insultado.

«Revolcón». Lilian no sabía a ciencia cierta los detalles que implicaban a aquel término, aunque tampoco era tan inocente como para no entender el significado de aquella palabra. Se había criado en una casa de campo en la que solía espiar a escondidas las conversaciones de los criados. Eric hablaba de un acto en el que estaban involucrados los cuerpos desnudos. Y sospechaba que un revolcón era un ritual de apareamiento similar al de los animales que había presenciado en más de una oportunidad.

Pese a que una sirvienta no se ofendería, sino que era probable que la pobre aceptase encantada, Lilian no quería darle la impresión equivocada. El joven podía ser muy apuesto, pero era también un delincuente. Bien le valdría a ella recordarlo. Así que,, se tensó y lo empujó con las palmas abiertas.

—No regresaré, me he equivocado con usted. No busco nada más que una amistad —espetó, intentando soltarse.

Eric emitió una carcajada y la retuvo entre sus brazos.

—¿Amistad? Los hombres y las mujeres no suelen ser amigos entre sí. Además, ¿a medianoche y en una cueva oscura?

Ella se sonrojó hasta el escote. No existía una amistad en esos términos, hasta ella que era ingenua lo sabía.

—Está bien, buscaba solo distracción de mis deberes. Nada más.

Eric no parecía creerle. Su expresión era sardónica cuando susurró en su oído, provocándole multitud de sensaciones:

—Estás en el lugar correcto, bonita. Me encantará ser tu distracción.

Lilian no respiró.

Él no se contentó con provocarla con esa declaración, sino que fue más allá y dejó que sus labios atraparan el lóbulo de su oreja, lo que causó que sus entrañas se retorcieran y las rodillas le temblaran.

—Te veré mañana a medianoche. No faltes, dulce Lily.

La punta de su nariz acarició con parsimonia la piel de su cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Ella jadeó, él sonrió y dijo con voz ronca:

—Hueles delicioso, a mar y misterio. Me gustas, ardo en deseos de saborearte. Sé que volverás a mí, porque puedo sentir que tu cuerpo también me desea.

Dicho esto, la soltó y se marchó sin mirar atrás.

Ella lo había logrado engañar, o al menos no la había identificado como la intrusa de la noche anterior; eso era suficiente para sentirse aliviada. Sin embargo, no sintió tranquilidad alguna. Más bien huyó de ese lugar en cuanto pudo, y se dijo que no volvería a arriesgarse de aquel modo.

En esa ocasión, no vio a nadie en su huida, y cabalgó como alma que llevaba el diablo, sin detenerse hasta que estuvo dentro de los límites que rodeaban a Hampton Manor.

Lilian asumió que terminaría con esa aventura sin contratiempos, y que solo quedaría en su memoria como un recuerdo, de cuando había perdido la cabeza y cometido una imprudencia peligrosa. Sería su secreto, y lo llevaría contenta a la tumba. Eso sí: antes buscaría la manera de hacerle llegar un mensaje anónimo al marqués de Harrow, para que este supiera sobre lo que sucedía en sus tierras. Decidió que seguiría con su vida rutinaria y tranquila, como si nunca hubiese estado en brazos de un extraño atractivo y malvado.

Eric la confundía. En su primer encuentro la había salvado, y por eso casi hubiese pasado por un caballero si no supiera que no era más que un contrabandista. La había amenazado de muerte, le había apuntado con un arma. Y al final se había comportado como un infame al asustarla, pues le había mostrado sus intenciones carnales sin tapujos. Convivían en él, tres hombres diferentes en un solo ser: el caballero, el bandido y el seductor, y ella no sabía cuál era el verdadero. Tampoco lo averiguaría, había tenido su cuota de aventura.

Era probable, que él se hubiese propuesto justo eso, espantarla lo suficiente para que no regresara porque había descubierto su guarida. Si esa era su intención, lo había logrado. Lilian no quería arriesgarse de nuevo. Después de todo, sería demasiado ingenuo de su parte, creer que ella sola podría atrapar a una banda de contrabandistas. No obstante, no se quedaría callada, diría lo que sabía a su cuñado. De lo contrario, no podría dormir en paz.

Mucho más tranquila, entró a hurtadillas en su habitación, y se acercó en la oscuridad a la cómoda en donde tenía los utensilios para asearse.

Entonces, la luz de la lámpara se prendió, y todo el cuarto quedó iluminado. Ella se asustó y se tapó la boca con la mano, para evitar emitir el chillido que despertaría a toda la casa.

—Buenas noches. ¿El aire nocturno estaba a tu gusto?

Lilian se dejó caer sobre el mueble y observó a su hermana, que se hallaba reclinada sobre la silla de su escritorio, vestida con su camisón de dormir blanco, mirándola con una ceja arqueada.

—Todo tiene una explicación —murmuró, todavía sintiendo que su corazón latía agitado.

—Ya lo creo que lo tiene —se burló Georgiana.

Ella entrecerró los ojos y se cruzó de brazos, tomando una postura defensiva. Conocía a la perfección aquella estrategia de su hermana: usaba el silencio para poner nervioso a su interlocutor y obligarlo a confesar lo que quería oír, sin tener que interrogarlo hasta el cansancio. Era la misma que usaba su padre cuando las llamaba a su estudio para reprenderlas. No funcionaría con ella.

—Estoy cansada, Georgiana. Me voy a ir a dormir ahora. Mañana puedo contarte lo que desees.

Su hermana no contestó, solo la escrudiñó con su penetrante mirada azul.

Lilian bufó.

—Vuelve a tu cuarto.

De nuevo, silencio.

Ofuscada, le dio la espalda y se quitó la capa y el vestido arrugado. Después se lavó con rapidez, y se sentó en la cama para quitarse las botas.

Georgiana no la presionó para que hablara. Se levantó y se subió al colchón, en donde se acostó y esperó sin emitir palabra.

Lilian fue a apagar la lámpara, y ocupó su lugar del otro lado de la cama.

Los sonidos de la noche las envolvieron, al igual que el de sus respiraciones.

Al final ella suspiró, y murmuró:

—He salido dos veces, más una que solo llegué hasta el cerco y me arrepentí.

Su hermana se puso de costado y ella sintió que la miraba, a pesar de que la penumbra no le permitiría ver mucho.

—No estás obligada a decirme dónde ni con quién estabas, pero debes saber que esta noche madre casi te descubre.

Lilian se horrorizó y se sentó en la cama.

—¿Sabe que dejé la mansión?

—No. Vino a tu habitación para pedirte un jarabe, porque tenía calambres en el bajo vientre, y la última vez lo usaste tú. Escuché que decía en voz alta que no estabas y se ponía nerviosa. Deduje que lo habías vuelto a hacer, que te habías escapado. Con rapidez puse una almohada bajo mi sábana, abrí la puerta y le dije que estabas durmiendo conmigo porque habías tenido otra pesadilla.

—¿Y se lo creyó?

—Evidentemente, sí. En caso contrario, madre hubiera puesto el grito en el cielo y armado un jaleo descomunal —remarcó Georgiana con tono seco.

Lilian dejó salir el aire, aliviada.

—Gracias. Te prometo que te lo contaré en cuanto pueda.

—¿Has estado en peligro? — preguntó Georgiana.

Aunque su tono intentó sonar casual, dejaba entrever su preocupación.

Ella dudó. Si le decía que sí, su hermana querría saber todo con premura, y no la dejaría tranquila.

Volvió a recostarse.

—No esta noche —contestó, esperando apaciguarla con esa media verdad.

Georgiana vaciló.

—¿Acaso tienes un enamorado secreto? ¿Alguien que nuestros padres no aprobarían?

Lilian se sonrojó y agradeció que la otra no pudiera verlo. No tenía un enamorado, pero sí que había un seductor inapropiado para ella.

—Nada de romance. ¿Cómo se te ocurre? —negó, tratando de no atragantarse con su propia saliva.

—Si estuvieras enamorada, me lo dirías, ¿verdad? —inquirió Georgiana con tono somnoliento.

Lilian cerró los ojos, y al instante apareció en su mente un rostro bellamente cincelado, y una mirada color verde que parecía esconder placenteros secretos.

—No estoy enamorada Gigi. Y claro que te lo diría.

Su hermana se limitó a gruñir en respuesta. Después ya no habló, y Lilian supo que había sucumbido al sueño.

Ella no pudo imitarla de inmediato. Su última pregunta quedó flotando entre ellas, provocando que algo en su interior se agitara.

Lilian se dijo que no estaba enamorada. Mucho menos albergaba sentimientos por un desconocido que además, era un contrabandista.

No obstante, cuando al fin Morfeo la visitó, su sueño estuvo plagado de confusas imágenes, las cuales tenían a esa misma cara como protagonista.

«Tu cuerpo me desea», le susurraba una y otra vez aquella voz grave mientras un extraño la perseguía entre los árboles. Lilian corría atravesando el bosque, hasta que agitada, se detenía frente a un abismo, y enfrentaba a su perseguidor, pese a que sabía que no podría escapar de aquel embrujo pecaminoso.

A pesar de que las siguientes noches Lilian apenas pudo conciliar el sueño con tranquilidad y ponderó la conveniencia de acudir a otro encuentro nocturno, no regresó a la cueva.

Consideraba que ya había tenido bastante aventura para el resto de su vida y no creía que pudiera salir ilesa de un nuevo escarceo con aquel hombre. Era probable que, si lo volvía a ver, él descubriera su verdadera identidad, y su vida corriera serio peligro. Por lo que como la cobarde que siempre había sido, se quedó tras las paredes de su casa, tratando de ocupar su

mente con diferentes actividades.

Una buena distracción era la situación delicada que estaba transitando su hermana mayor. Felicity había recibido la visita de su esposo unos días atrás sin que nadie se hubiera percatado, y al parecer no había salido nada bueno de esta. El marqués se había marchado, y desde entonces, la joven se había recluido en su habitación y parecía invadida por la pena.

Lilian estaba muy preocupada y se sentía impotente por no poder hacer nada para ayudarla. Tanto Georgiana como ella habían tratado de animarla proponiéndole salir, pasear, ir al centro de Bristol, e incluso visitar las obras de caridad con las que colaboraba, pero no habían logrado que accediera a salir de su cuarto.

La situación era complicada. Y a pesar de que Lilian no pudiera saber lo que Felicity estaba sintiendo, porque no estaba casada ni le habían roto el corazón, sí que podía comprender lo que era sentirse sin esperanza y vacía por dentro. Solo esperaba que su hermana pudiera encontrar la manera de perdonar a su esposo, y así dejar ir el dolor que tanto la entristecía, para que al menos pudiera vivir sin la amargura y el rencor oscureciendo su alma.

Por su parte, se había convencido de que lo mejor para ella era olvidar todo el asunto con aquel extraño y seguir con su vida como si nada hubiera sucedido. Aun así, no podía dejar atrás todo el asunto sin antes denunciar las fechorías de la banda con su hermana y el marqués de Harrow.

Ese día, ella se propuso hablar con Felicity y revelarle sin falta lo que había descubierto. Debía hacerlo rápido y quitarse de encima el problema, aunque no fuera oportuno. No había podido encontrar el momento adecuado, y lo había postergado para no importunar ni preocupar más a su hermana. No obstante, dado que no parecía que su matrimonio fuera a componerse en un futuro próximo, se armó de valor y fue hacia el cuarto de la mayor.

Llamó varias veces, pero nadie respondió. Pensó que tal vez ella se había acostado a dormir una siesta, pues estaban a media tarde, y en el último tiempo su hermana dormía mucho. Incluso se levantaba pasadas las nueve de la mañana, cuando de las tres hermanas siempre había sido la que madrugaba. Así que,, para asegurarse de que Felicity estuviera bien, abrió despacio la puerta y metió la cabeza para espiar el interior.

Felicity no estaba en la cama, sino en el asiento de la ventana, con la espalda encorvada, la mano apoyada en su estómago y la mirada perdida en el exterior. No parecía consciente de nada a su alrededor, como si su mente estuviera muy lejos de allí. A su lado reposaba la bandeja del almuerzo que apenas había tocado.

—¿Algún cambio? —susurró de pronto Georgiana en su oído.

Lilian se volvió hacia ella y negó con pesar. Con lentitud, cerró la puerta de la habitación, y le hizo una seña para que la siguiera.

—Ninguno. Sigue allí sentada en el banco de la ventana, con la vista perdida en algún punto del horizonte.

—¡Lleva varios días así! Apenas ha probado bocado más que el necesario para no perecer. No puede seguir en ese estado —se ofuscó Georgiana, adelantándose y abriendo con ímpetu el acceso a su propia habitación.

Lily la siguió emitiendo un suspiro hondo.

—Creo que aunque lo ha negado con vehemencia, espera que su esposo venga a buscarla.

No ha dejado de mirar hacia el camino de entrada desde el día que la visitó. Yo creo que quiere resolver las cosas con el marqués, pese a que su orgullo se lo impide.

Georgiana bufó y comenzó a pasearse por el cuarto con gesto pensativo.

Lilian suspiró, agobiada con sus propios problemas. Había fracasado una vez más en su intento de denunciar a los contrabandistas, y si no se apuraba, podría ser que terminaran poniendo en graves problemas al marqués.

Tenía que hacer algo.

Felicity no estaba en condiciones de lidiar con aquel conflicto. Podía recurrir a su padre para que fuese él quien se comunicara con lord Harrow, pero no creía que el conde se tomara nada bien saber cómo y dónde había descubierto el delito. La encerrarían de por vida.

Tendría que ser ella quien hablara con el temible marqués. Nunca lo había visto, ni siquiera en la boda, ya que, había sido por poderes; su cuñado no había estado presente, sino su abogado. No obstante, su fama de ser severo y frío era extensa. Era un noble estirado e inflexible. Quizá a eso se debiera que su hermana lo hubiese abandonado. Felicity era la antítesis de todo aquello.

De todos modos, concluyó que debía darle igual el tenor del carácter del marqués. Si se había enfrentado a esos bandidos, podría tener una conversación ríspida con el esposo de su hermana.

Más tranquila, se dirigió al tocador de Georgiana y tomó uno de sus cepillos para comenzar a peinar los cabellos que caían del semirecogido que llevaba.

Su hermana se plantó en medio de la habitación y dijo con tono frustrado:

—Me pregunto qué le habrá hecho el canalla de su esposo para haberla sumido en ese estado de desolación. Os advertí que ese matrimonio era sospechoso, que las intenciones de ese hombre y su abogado no parecían honorables. ¡Si tan solo me hubierais escuchado! No soporto verla sufrir. Deberíamos ir a buscarlo y confrontarlo para que nos lo confiese, ya que,, ella no ha dicho ni una palabra al respecto.

—Gigi, no es momento para dirimir culpas —la regañó Lilian, dejando de cepillarse el pelo para mirarla con el ceño fruncido—. Mejor pensemos en una manera de animar a nuestra hermana. El asunto entre ellos dos solo concierne a su matrimonio. De todos modos, tengo el presentimiento de que el marqués va a venir por ella. Si algo significan todos los presentes que le ha enviado, es que el hombre está arrepentido. Solo Felicity podrá decidir si encuentra el perdón en su corazón, no nosotras.

La otra puso los ojos en blanco, y ella volvió a la tarea de cepillarse, pensando que bastante problemas tenía, como para encima entrometerse en los asuntos de pareja de su hermana mayor. Sin embargo, sabía que si Georgiana se empecinaba en hablar con el marqués, nadie se lo impediría. Tal vez ella podría aprovechar esa visita indeseada que la otra le haría para acompañarla y contarle sobre los piratas a lord Harrow. Así matarían dos pájaros de un tiro.

—Yo no me quedaré de brazos cruzados si ella se niega a recibirlo de nuevo y él aparece a llevársela por la fuerza —amenazó Georgiana, comenzando a quitarse el traje de montar masculino que llevaba puesto y que escandalizaba a más de un habitante de Hampton Manor.

—Esperemos que el marqués no olvide sus modales, y que ante todo, se comporte como un caballero civilizado. No obstante, llegado el caso, de ningún modo le permitiremos tamaña afrenta. Ni nuestro padre lo hará.

—Por suerte, no necesitaremos su intervención. Tengo mi puñal—le recordó con una sonrisa maléfica, sacando de su bota el cuchillo forjado en acero y plata.

—¡Georgiana, guarda eso!—exclamó horrorizada Lilian.

Solo su hermana podría estar armada dentro de la casa. Si su madre la veía, le daría otro de sus soponcios.

Entonces recordó que ella misma se había hecho con un arma, que había escondido en el fondo de uno de sus baúles, y se quedó callada.

No pensaba volver a usarla ni a ponerse en riesgo de nuevo. No importaba si no podía sacar de su mente el rostro, la voz y hasta el olor de ese hombre atractivo.

«Olvida a Eric, es un delincuente», era lo que se repetía una y otra vez cuando los recuerdos comenzaban a tentarla, sobre todo por las noches cuando el insomnio la desvelaba.

—Lo haré, si me cuentas adónde te escapaste hace unas noches— respondió Georgiana con tono incisivo.

Lilian se ruborizó, boquiabierta ante el cambio brusco de conversación, aunque era algo frecuente en su hermana.

No estaba dispuesta a hablar todavía sobre lo que había visto cuando salió de los límites de la mansión.

—Prometí no decir nada… No se trata de lo que estás imaginando.

Esa era una verdad a medias. Georgiana creía que se estaba encontrando con un enamorado y ella no estaba haciendo nada de eso, a pesar de que sí había visto a un hombre que la intentó seducir sin escrúpulos, pero su hermana no necesitaba saber eso.

—No creo que llegues a adivinar lo que estoy imaginando. Agradece que soy la hermana rebelde, porque Felicity ya te hubiera delatado con nuestros padres. No obstante, si vuelves a salir, tendrás que darme todos los detalles —advirtió, cruzándose de brazos.

—No volveré a salir…por el momento —balbuceó Lilian, evitando su mirada escéptica.

Giró y retomó la acción de pasar el cepillo por su pelo, esta vez de manera frenética.

La única manera de que decidiera arriesgarse de nuevo sería si era necesario buscar alguna prueba que ayudara a su cuñado a encarcelar a esa gente. Ella estaba dispuesta a regresar a ese lugar solo con esa condición, y no para ver a lord Eric. Eso sí se había acabado.

—Mejor bajemos. Lady Wendy está suelta en la cocina, y madre llegará de sus visitas muy pronto —dijo Georgiana después de unos segundos. Refiriéndose a la coneja de su hermana mayor.

Lilian asintió, aliviada de que su hermana no insistiera con el tema. Quería confiarle sus secretos, de hecho, lo necesitaba, pero no podía hacerlo cuando todavía estaban los contrabandistas cerca de sus tierras. Si Georgiana se enteraba, cometería alguna locura, como ir a enfrentar a la banda e intentar detenerla ella misma.

No podía permitir que le sucediera algo malo, no se lo perdonaría jamás. Por lo que le contaría todo, una vez que lord Harrow se hubiera hecho cargo del asunto.

Georgiana terminó de ajustar el lazo de su vestido de tarde, y se encaminó a la puerta. Ella la siguió, evitando echar un vistazo a su reflejo en el espejo. No quería enfrentarse a su propia imagen, ya que, temía ver en su cara la verdad que intentaba acallar, la cual era como una voz

recurrente recordándole que no podría evitar a aquel hombre para siempre. Pues, de algún modo, tenía el presentimiento de que su camino y el de Eric se cruzarían de nuevo, aunque ella estuviera intentando alejarse de él.

Una vez que abandonaron el aposento de Georgiana, ambas recorrieron el vestíbulo, no sin echar una mirada preocupada a la habitación donde la mayor de ellas seguía esperando como alma en pena a su esposo.

CAPÍTULO 4



Carretera entre Londres y Bristol.

Lord Eric Rochester, segundo hijo del difunto marqués de Harrow, abrió la cortina del carruaje que lo transportaba y comprobó la distancia que faltaba para arribar a su destino.

Para algunos él era conocido como un filántropo, un viajante especializado en geografía oceánica. Para otros, era experto en perseguir faldas femeninas de damiselas de dudosa reputación y viudas varias. Y para la mayoría, no era más que un caballero que había abandonado su posición privilegiada como par del reino, para convertirse en una clase de marinero, dejando atrás la vida de juerguista. Lejos de esa persona estaba su realidad actual, en la que solo era un hombre a punto de perder la poca paciencia de la que hacía gala en contadas ocasiones.

Suspirando, se aferró al costado del coche, conteniendo a duras penas el malhumor.

Para ser alguien que había atravesado medio mundo en barco, se encontraba bastante cansado por el largo viaje en coche. Estaba claro que ya había pasado más tiempo del que podía soportar en tierra, y necesitaba volver al mar, al aire puro y a la aventura. Sin embargo, eso no iba a ser posible mientras lo que lo retenía en Inglaterra no se solucionara.

Hastiado, fijó la vista en su compañero de viajes de los últimos cinco años.

Nadie que viera a Logan Weiss podría decir que aquel era capitán de un barco mercantil. Vestía ropa elegante, su barba lucía más prolija y su abundante cabellera rojiza había sido recortada y peinada para adecentarlo lo mejor posible. Aunque su aspecto podía mejorarse, si se tenía en cuenta la ausencia de afectación y clase que padecía. Lamentablemente, ni siquiera su madre la marquesa viuda de Harrow, con su vasta experiencia en buenos modales y moda, había podido lograr ese cometido. Ya que, implicaba hacer un milagro en el tosco americano, pues había que ser un verdadero mago para convertir al capitán Weiss en un caballero inglés.

Eric ya había renunciado a toda esperanza, perdido el optimismo y abandonado el barco con la cola entre las patas. Tal y como su hermano mayor le había advertido que pasaría, cuando le comunicó que se quedarían unos días en Londres, para departir en sociedad con el apoyo de su madre.

—Tu amigo no está listo, las matronas alejarán a sus hijas de él.

Le había dicho Harrow, quien no había querido perder tiempo; y en cuanto solucionaron el asunto con el antiguo abogado de la familia, se había marchado con premura a la casa señorial de los Rochester, en la cual estaba retirado desde sus recientes nupcias con una joven noble de la zona.

Su presencia no había pasado desapercibida en Bristol, pues tener a un noble de su rango instalado allí había causado un gran revuelo entre los lugareños, debido a que hasta la boda de

Harrow con la hija mayor del conde de Hampton, este llevaba todos los asuntos del marquesado desde Harrow On The Hill, en las inmediaciones de Londres. Al parecer el matrimonio no había empezado con buen pie, y después de la llegada de Eric a Bristol, la marquesa había abandonado a su hermano. Lo cierto era que estaban a las puertas de un escándalo sin precedentes.

El camino a través de la campiña inglesa suponía un trayecto de tres días, los cuales se habían convertido en cuatro gracias a que su entrañable amigo, había cogido una borrachera descomunal en una de las tabernas de paso y necesitado un día entero para recuperarse de esta.

El americano dormía a pierna suelta y no parecía demasiado afectado por el hecho de haber sido casi expulsado por la nobleza, y mucho menos preocupado por el estrepitoso fracaso social en el que se había convertido desde que pusieran un pie en tierra inglesa.

Su corta estancia en Londres la habían ocupado tomando compromisos sociales, con parte de la nobleza que no estaba instalada en sus casas de campo. Asistieron a almuerzos, tentempiés, al teatro y a tediosas meriendas. Todo aquel esfuerzo se había echado a perder por completo. Y de manera indefectible, debía destacar.

El objetivo del capitán era encontrar una esposa inglesa de buena posición, de estatus importante y, sobre todo, con la influencia social suficiente para posicionar su negocio de comercio marítimo en Inglaterra. Eric, que lo conocía desde hace varios años, se había ofrecido a ayudarle a insertarse entre la nobleza inglesa y así lograr su propósito. En su momento le había parecido que no podía ser mejor idea, ya que,, la empobrecida aristocracia británica recibía con los brazos abiertos a los nuevos ricos que llegaban procedentes de América para encontrar esposas nobles, y Logan era, además de su amigo, su socio comercial, y necesitaban establecer una base en Inglaterra.

Desde el avance de las nuevas tecnologías y el ferrocarril, la nobleza veía cada vez más lejana aquella época de feudalismo, y eran afectados tanto por la emigración de sus aldeanos y criados hacia las grandes ciudades, como por el mal estado general de la tierra y de las antiguas mansiones señoriales. Las arcas de los nobles estaban vacías, y estos urgidos de casar a sus hijos con un partido que pudiera aportar un dinero significativo a la unión.

En este marco, Weiss era el candidato perfecto. Rico, joven, soltero y en la búsqueda de una mujer noble. Eric había creído con ingenuidad que nada podía salir mal, pues si algo abundaba entre la nobleza, eran las damas en edad casadera.

Claro que no había contado con que el capitán, con sus modales bruscos, su aspecto atemorizante, su lengua soez, su mal genio y su ácido sentido del humor, espantaría a cada joven y matrona a las que se había acercado. El hombre no tenía el mínimo sentido del tacto social, de la ironía, el sarcasmo o la simulación, sino que soltaba por la boca cualquier pensamiento que se cruzara por su mente, al punto de hacer llorar o salir corriendo hasta la dama más experimentada.

Y allí estaban, de regreso a Bristol, y ni una propuesta matrimonial realizada. Ninguna candidata había sido tan valiente como para soportar el temperamento y la singular personalidad del americano, y las pocas que lo habían intentado, acuciadas de seguro por una desesperada situación económica, habían resultado o demasiado empalagosas o en exceso desinteresadas para el afinado gusto del capitán.

—¿Qué tiene de malo lady Rowena? Es hermosa, elegante y educada. Además, desciende de una de las familias más antiguas de la nobleza —había cuestionado exasperado Eric solo una semana atrás.

—No quiero atarme de por vida a una mujer que solo me ve como un costal de monedas andantes—le había dicho Weiss cuando despachó sin miramientos al conde de Redmond, quien le había ofrecido la mano de su hija mayor en matrimonio.

—Creí que estabas buscando un enlace por interés, un acuerdo comercial que nos permita expandir el negocio.

—Y así es, pero el matrimonio es un asunto demasiado importante para tomarlo a la ligera.

—Has tenido suficiente tiempo para analizar tu elección y perdido aún más intentando civilizarte en vano. No creo que la ligereza sea un término que se aplique a nuestra situación—exclamó incrédulo Eric—. De cualquier manera, parece que no has entendido que no eres tú quien debe elegir con quién casarse, sino al revés: será la dama quien decida si acepta o no el acuerdo.

—No veo por qué. Soy yo quien me echaré el guante y, además, vaciaré mis arcas.

Eric se pasó las manos por la cara.

—Porque tú eres el americano. Tú eres el extranjero que viene a buscar una esposa de entre nuestras mujeres, y eres tú el plebeyo. Así lo ve la sociedad y así lo saben todos.

—Eso no quiere decir que deba hacer lo que les dé la gana a tus pares. Solo porque en mis venas corre sangre roja no significa que deba inclinarme ante nadie. La hija de ese hombre apenas me dedicó una mirada distante en las veladas en las que coincidimos. Ella apartaba la vista y rehuía mi presencia. Es obvio que desprecia mi persona y mi procedencia, y no quiero a una mártir en mi casa ni a una víctima en mi cama.

Eric bufó, y negándose a darle la razón, se levantó para abandonar la habitación.

—Pues esa era tu última oportunidad de hacer un matrimonio antes de la temporada. Al menos en Londres ya no quedan familias importantes ni fiestas a las que asistir. Tendremos que regresar a Bristol, y rogar porque mi hermano y su esposa puedan ayudarnos a organizar algunos encuentros sociales para encontrar alguna muchacha de los alrededores o de condados cercanos.

—Me parece excelente, ya no soporto el olor fétido de esta ciudad vieja y ruidosa. En Bristol hay aire fresco, mar, arena y mujeres menos estiradas.

—Y también pocas posibilidades de que alguien acepte entregar a su hija a un americano de malos modales —contestó, girando a mirar a su amigo que estaba demasiado relajado para su gusto tomando un vaso de coñac.

—Alguien habrá, no puede ser que todas las inglesas sean tan remilgadas y aburridas.

—Eres demasiado pretencioso viejo amigo. Deberías conformarte con cualquier dama que se digne a aceptarte como esposo. En lugar de eso, pretendes que la mujer en cuestión sea ingeniosa, atractiva y divertida.

—¿Acaso es demasiado pedir? No soy de los que se conforma con migajas; si quiero tenerlo todo, voy a por ello. Además, aún me queda la próxima temporada social de otoño en la capital. Tendré una segunda oportunidad cuando las familias regresen a la ciudad de sus casas de veraneo —espetó, vaciando el contenido de su vaso con tono indolente.

—Tu amor propio me impresiona. Has olvidado que no solo regresarán las damas solteras, también lo harán los partidos solteros que buscan una esposa. La competencia se triplicará para ti. Suerte encontrando a ese dechado de virtudes, que, además, deberá ser ciega para no reparar en esa indecente cantidad de pelo que llevas en el rostro y en la cabeza.

—Por enésima vez, no me afeitaré —advirtió Weiss, llevándose las manos a la espesa mata pelirroja que cubría su cara curtida por el sol de mar abierto.

—Entonces prepárate para regresar solo a Nueva Orleans. Nadie en Bristol querrá tener tratos con un plebeyo con aspecto de pirata malvado —se burló Eric, y se apresuró a abandonar la habitación antes de que sus oídos se regaran con los insultos del americano.

Unos días después de aquella conversación, y de regreso al presente, Eric se enderezó y pateó el asiento en el que roncaba Weiss de manera brusca, para alertarlo de que el carruaje ya traqueteaba por el camino que llevaba a la mansión campestre de su familia.

Kings Harrow House[5] era una enorme propiedad de tres pisos y terrazas superiores frente a un patio de entrada de tres lados. La fachada estaba construida con ladrillos rojos colocados en enlace flamenco, una clase de uniones muy finas. La arcada formada por la unión de las chimeneas, que se elevaba por encima del techo, era una característica externa notable del edificio y confería una sensación similar a la de un castillo para quien posara sus ojos sobre ella.

El parque que delimitaba la casa era extenso contaba con una avenida que se extendía hacia el camino, incluida la creación de parterre y jardines «silvestres», avenidas formales y el trazado de caminos a través del bosque. Además, contaba con las dependencias anexas a la casa principal, y los jardines posteriores, que se extendían hasta el río Avon.

Bristol no había sido nunca el hogar de su hermano, a quien su padre había educado entre Londres y Eton, un internado para jóvenes nobles. En cambio, para Eric aquel lugar simbolizaba su faro, su espacio y su casa. Tanto su madre como él habían pasado temporadas largas en aquel lugar, alejados del difunto marqués, sus exigencias, su frialdad y sus infidelidades.

Arabela, la marquesa viuda, había sido una esposa correcta y fiel, pero demasiado digna para convivir con los excesos de su esposo. No había dudado en exiliarse a Bristol para llevar con dignidad y civilidad su relación con el marqués. De ella solo se había pretendido que diera herederos al título y que callara ante todo lo demás, y así lo había hecho.

Eric era consciente de que para Benjamin tener a su madre lejos, y estar a merced de la exagerada demanda paterna debía haber sido muy duro, no obstante, ser por completo ignorado y echo a un lado por un padre que nunca lo había vuelto a mirar más que para dejarle claro que jamás sería digno de llevar su apellido, lo era más todavía.

Por su parte, cuando se había dado cuenta de que nunca tendría el afecto del marqués, Eric había crecido fingiendo para su bien que su padre había muerto mucho antes de que de verdad estirara la pata, y se había dedicado a pasar su tiempo en aquella casa y en la costa del estuario del Severn, donde no existían las expectativas imposibles de cumplir del marqués, la opinión de la sociedad, ni el desprecio de su progenitor.

Eric amaba las vistas de las costas de Bristol, desde el gran canal, hasta el río Avon. Siempre que había vuelto lo había hecho con inmenso anhelo y alegría.

Sin embargo, desde su última estadía en aquella ciudad, algo había cambiado para él.

Cerró los ojos, y de inmediato apareció en su mente la imagen de una joven rubia y de luminosos ojos azules. La muchacha era un misterio. Había aparecido cerca de la cueva que Logan y él estaban usando como depósito para la mercancía proveniente de América, antes de que tuvieran que viajar a Londres a cumplir el encargó de su hermano, y a presentar al americano en sociedad. Y a pesar de que la habían estado a punto de atacar unos salvajes, de los que ya se había ocupado, ella se había comportado con entereza y valentía.

Su aspecto era simple, suave y cálido. No poseía una belleza despampanante ni un cuerpo curvilíneo. No destacaría entre decenas de mujeres ni llamaría la atención de alguien en un baile a primera vista, pues era tal y como alguien esperaría fuese una inglesa al uso: rubia y de piel pálida

Pese a esto, él no había podido apartarla de sus recuerdos, y en más de una ocasión se había encontrado rememorando el nítido brillo de sus pupilas y la tersura de sus labios, que eran perfectos, llenos y de un color cereza intenso.

A tenor de la verdad, debía reconocer que algo en la simpleza de su rasgos juveniles, en la luz que irradiaba su mirada, y en la energía sutil y femenina que despedía, lo había atrapado. Eric no recordaba que alguna otra mujer hubiese permanecido tanto entre sus pensamientos. Lo preocupante era que se estaba encaprichando por alguien de la que apenas sabía el nombre y a quien, con toda seguridad, no volvería a encontrar.

Tal vez debía hacerle caso al capitán, y dejar la insólita abstinencia que venía guardando desde que arribaron a su tierra natal, para buscarse una mujer experta que le calentara la cama. No necesitaba a una pueblerina para satisfacer sus necesidades.

El problema era que nadie había logrado llamar su atención desde antes de embarcar hacia Inglaterra. Había llegado a encontrar tediosas a las féminas con las que solía relacionarse, y entonces apareció aquella mujercita extraña, despertando en un santiamén todos los impulsos y deseos que creía muertos.

Aun así, su instinto le decía que la tal Lily era sinónimo de problemas, y su intuición rara vez erraba.

Ella se había presentado como una criada de la zona, y él casi le había creído de no ser porque sus modales y su forma de expresarse parecían los de una joven bien educada. En sus viajes se había relacionado con personas de toda clase social, como para poder reconocer la diferencia. Ella no era una criada del montón. A lo sumo era hija de algún clérigo, doctor o profesor, alguien que le hubiese podido brindar algo de distinción a su crianza. Y a pesar de que su vestimenta era de baja calidad y lo que uno podría esperar ver puesto en una sirvienta, había algo en el conjunto que ella componía que no encajaba.

Por otra parte, el hecho de que en apariencia le hubiese mentido no hacía más que despertar su curiosidad, y también su desconfianza. Después de todo, ella debía tener alguna razón de peso para engañarlo, para que no le hubiese revelado su verdadera identidad, como él tampoco le había dicho con precisión quién era.

Aunque, en su caso, no le había mentido. Solo había omitido algunos detalles y dejado que sacara sus propias conclusiones. Si lo pensaba bien, ella no parecía lo suficiente sofisticada ni tener la elegancia de las damas con las que había tratado en sociedad. Tal vez, sí era una criada a la que sus patrones le habían permitido educarse a la par de las hijas de los dueños.

Eric la había invitado a regresar a medianoche cuando quisiera, y estaba intrigado por saber si lo había hecho y si se había decepcionado al no encontrarlo. En cuanto llegaran, pensaba regresar al claro junto al canal donde ella podría aparecer. Si acudía a la cita, sería porque se sentía atraída por él, y así Eric podría seducirla a su placer, porque ella sabría en qué se estaba metiendo. Por fortuna, la joven no era ninguna dama noble con la que lo obligarían a contraer matrimonio si pasaran un buen rato juntos.

Sus intenciones con la muchacha no eran caballerosas, pero tampoco sería un canalla que

le robara su virtud. Se aseguraría de que ella ya fuera experimentada en los placeres carnales antes de ponerle un dedo encima. No quería problemas, ni mucho menos pervertir a una inocente.

El carruaje se detuvo frente a la puerta de la mansión, y mientras esperaba a que el lacayo extendiera la escalerilla, Eric pensó que era la primera vez que regresar a aquella tierra no le causaba un vacío en el estómago. En su lugar, sentía como si se hubiera tragado un panal de abejas, una clase de anticipación que lo tenía alerta y con las sensaciones a flor de piel. Emoción que no estaba dispuesto a analizar en ese momento. Se negaba a creer que una simple muchacha de campo pudiera lograr sacarlo del hastío que había empezado a sentir en los últimos años. Ya nada lograba captar su interés el tiempo necesario para significar algo importante, y era probable que aquella vez no fuera la excepción. Estaba seguro de que en cuanto lograra tener en su cama a la criada, toda falsa expectativa desaparecería. Pues para compromisos duraderos ya estaba Benjamin, que tan bien se había ocupado del asunto de ser el hijo mayor. Aunque, gracias a Dios, no se parecía al anterior marqués más que en su apariencia. Su hermano sí que era capaz de sentir compasión, empatía, humanidad, y hacía poco había descubierto que también tenía un corazón. Uno que estaba desecho desde que su esposa lo había abandonado.

Al parecer, el Harrow que conocía ya no existía. En su lugar habían dejado a un hombre que sentía la inmensa pena del desamor y no tenía las emociones prisioneras bajo cuatro llaves como antes. La transformación era casi divina.

Eric no hubiese apostado jamás que así era, si no lo estuviera comprobando con sus propios ojos en ese preciso momento.

—¿Está vivo? —preguntó consternado Weiss.

Ambos se hallaban bajo el umbral del estudio del marqués, adonde habían llegado después de que el mayordomo los recibiera y les informara que lord Harrow no estaba disponible para nadie.

Eric le lanzó una mirada áspera, y despidió al criado que estaba a su espalda retorciendo sus manos; de seguro preocupado porque su señor lo reprendiera por dejar entrar a alguien a su estudio sin el debido permiso.

Harrow presentaba un aspecto terrible. No estaba consciente, sino derrumbado sobre un sillón, despeinado, a medio vestir, y con aspecto de no haberse aseado en un par de días. A su alrededor había varias botellas vacías.

—¿Qué demonios le ha sucedido? Creí que ya estaría aquí su esposa y todo estaría solucionado —se preguntó Eric incrédulo mientras se acercaba al durmiente, quien además apestaba a licor.

—Pues parece que no lo recibieron como imaginábamos. No hay señales de la marquesa, y tu hermano se dedicó a ahogar las penas empinando el codo. No lo culpo, la situación con su esposa no es un problema que le desearía a nadie. Las mujeres son seres tan tentadores como peligrosos— comentó Logan.

—Tiene que haber sucedido algo muy malo para que Benjamin esté así. No es propio de él —murmuró Eric.

Le quitó la botella de whisky que sostenía entre sus dedos inertes, y procedió a sacudir su brazo para despertarlo.

Agradecía que su madre a último momento hubiese decidido quedarse en Londres. De lo

contrario, asistir a tamaño espectáculo le hubiese causado un enorme disgusto.

—Benjamin. ¡Benjamin! ¿Me oyes? Despierta.

—Está como una cuba, no despertará con facilidad. Mejor vamos a la taberna por nuestro propio trago y dejémosle que duerma la mona —observó Weiss con sorna.

Eric lo soltó y analizó cómo actuar. No podía dejarlo así sin más. Tenía que hacer algo.

—Ven, ayúdame. Vamos a llevarlo a su aposento.

Weiss gruñó en protesta, pero obedeció, y entre los dos lograron levantarlo del sillón.

Trasladarlo les supuso una tarea complicada.

El criado seguía aguardando afuera del estudio, y en cuanto los vio salir con el cuerpo de Benjamin a cuestas, se les acercó con premura.

—*Milord*…

—Parker…, que llenen la bañera del marqués. Y que sea con agua fría, lo más fría posible —le ordenó Eric mientras, sudando, intentaban subir a su hermano por las escaleras.

—¿*Milord*?

—Ahora, Parker.

—Sí, *milord*.

—Maldición, hagamos una pausa. ¡Cómo pesa el desgraciado! —gruñó Weiss.

Su hermano era un hombre de complexión grande, medía más de metro noventa y en su estado pesaba el doble. Aun así, lograron llegar al piso superior, y avanzaron por el pasillo arrastrando los pies del marqués, que emitía quejidos cada vez que alguna parte de su anatomía se golpeaba contra un mueble.

—Muy bien, lo dejaremos en su cama hasta que Parker tenga la bañera lista.

—Yo iré a mi habitación —anunció el capitán una vez depositaron a Harrow en la gran cama.

—Sí. Gracias. Pide que te suban algo de comer, ya ha pasado la hora de almorzar. Deberías ir al puerto, tu tripulación debe estar ansiosa.

Weiss asintió con gesto pensativo. Se detuvo junto a la puerta.

—¿Crees que el intruso habrá vuelto?

Eric negó. A su amigo le preocupaba que el sujeto que habían encontrado merodeando cerca de la cueva unos días antes de su partida a la ciudad hubiese vuelto. Por lo que se apresuró a tranquilizarlo.

—Dejamos a dos hombres vigilando todo el tiempo. Si alguien se hubiera acercado, nos habrían dado aviso como les indicamos. No creo que haya regresado.

—Todavía tenemos que averiguar quién era y qué quería el bastardo.

—No pude verle la cara, pero por su tamaño parecía ser un crío aburrido que andaba vagando por ahí. Créeme que nunca vi a nadie huir tan rápido, le di un buen susto.

—Mejor, lo último que necesitamos es a alguien metiendo las narices por allí. ¿Te espero para ir al puerto?

—No, iré a la cueva antes de medianoche para controlar que todo esté en orden y que tus

hombres hayan trasladado la mercancía. Te veré allí.

Weiss asintió, y se marchó para darle al marqués algo de privacidad.

Se acercó de nuevo a su hermano y procedió a despojarlo de sus ropas. Durante todo el proceso él no despertó, y Eric lamentó verlo en aquel estado. Esperaba que la situación con su esposa tuviera arreglo, o se temía que su hermano nunca recuperaría la paz.

Benjamin necesitaba estar centrado y contar con el apoyo de su marquesa para los días que vendrían. Era indispensable que estuvieran juntos para acallar el posible escándalo. Pues el matrimonio tenía un enemigo suelto, y pese a que este ya debía saber que sus planes habían fracasado y que estaba acorralado, podía decidir vengarse de algún modo. Ya había demostrado no tener ningún tipo de escrúpulos.

Eric tenía que informarles que no habían logrado atrapar a *sir* Miles, ya que, cuando habían llegado a la ubicación dada por el abogado, el infame hombre ya no se encontraba allí.

Sir Miles era un hombre acaudalado, y pertenecía a una de las familias más influyentes de Bristol. También era conocido por su corrupción, su ambición desmedida y por la fuerte aversión que sentía hacia los Rochester. La había heredado de su difunto padre, quien había sido rival del anterior marqués de Harrow.

Los Miles siempre habían codiciado aquella propiedad en particular por ser la de mayor acres y opulencia de la zona. El hijo se había obsesionado con la idea de que Harrow se la vendiera, algo que su hermano no estaba dispuesto a hacer bajo ningún concepto.

Eric sospechaba que Miles había regresado a Bristol y debía estar escondido en alguna de sus casas. O tal vez en alguno de sus barcos. Tarde o temprano darían con él, y pagaría por todo el daño que les había causado. Ya habían iniciado un plan de acción, en el que Weiss era su aliado y cómplice. Aunque aún tenía que poner a Harrow al tanto del plan y esperar a que su hermano los apoyara, porque se trataba de una estratagema que podía resultar peligrosa y fuera de lo corriente, habían lanzado el anzuelo. Era cuestión de tiempo para que Miles lo mordiera y saliera de su madriguera.

CAPITULO 5



Meter a Harrow a la bañera con la sola ayuda del enclenque mayordomo fue una labor titánica. Sobre todo porque su hermano despertó unos segundos antes y empezó a debatirse, gruñendo y ordenando que lo dejaran dormir.

—¡Con un demonio! —vociferó Harrow cuando, tras resbalar Parker, el cuerpo del marqués se le soltó de las manos, y se sumergió en la bañera salpicando agua en todas las direcciones.

Parker miró a Eric horrorizado y él le hizo señas para que se fuera. El pobre hombre salió corriendo antes de que su hermano terminara de incorporarse escupiendo agua.

—Buenos días, querido. Por fin despiertas —se burló.

—Que te aspen, el agua está helada —se quejó el otro, mirándolo con un ceño feroz.

Eric se apoyó contra un mueble que contenía los utensilios para el aseo y lo miró con una ceja alzada.

—Yo también me alegro de verte. Más bien me alegro de que estés vivo. ¿Acaso pensabas matarte a base de alcohol?

Benjamin desvió la vista, y se relajó en la bañera evitando contestar a su pregunta. Resultaba obvio que se sentía avergonzado por haber sido hallado en aquel estado deplorable, por lo que decidió no aumentar su humillación. Tomó el jabón y los demás utensilios de baño, y se los acercó en silencio.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó después unos segundos de tensión.

—Hace un rato. Terminamos nuestros compromisos en Londres, y partí a cumplir con tu encargo sobre *sir* Miles. Tenemos que hablar de ese tema, pero puede esperar a que soluciones lo urgente.

—¿Dónde está Weiss?

Eric encontró su mirada apagada, y decidió que era mejor no decirle que el capitán lo había visto ebrio.

—A esta hora ya debe estar en el puerto. Parker me ayudó a meterte en la bañera. ¿Qué pasó con tu esposa? Saliste de Green Hill decidido a recuperarla.

—Y lo estaba, pero ella no tenía deseos de regresar a mi lado.

—¿Cómo lo sabes?

Eric dudaba que así fuera. En los días que había convivido con el matrimonio, le había resultado obvio que la dama estaba encandilada por su hermano. La mujer lo quería más allá de un enlace arreglado.

Harrow lo miró con mal gesto.

—Me lo dijo ella misma. Primero se negó a recibirme. Pasados unos días, logré abordarla fuera de la casa, y entonces...

Él no siguió hablando, comenzó a frotar con energía sus brazos.

—¿Entonces?

El marqués tragó saliva y en un murmullo hosco siguió:

—Felicity se negó a escucharme y me echó de su lado con cajas destempladas.

Eric casi rio al ver la mueca contrariada de su hermano. Parecía un niño al que le habían negado su dulce favorito.

—Entiendo… —contestó, y se ganó otra mala mirada.

—¿Qué entiendes?

—Que no le dijiste que la necesitas para vivir, y que estás arrepentido por haberla acusado de esas horribles cosas.

—¡Claro que lo hice! —se indignó Benjamin—. Le expliqué que ya sabía que lo sucedido no era su culpa, que ella era inocente, y le conté todo lo referente a *sir* Miles. Le supliqué que volviera a casa conmigo, de forma que pudiéramos volver a casarnos de inmediato.

Eric lo observó con escepticismo.

—¿Lo hiciste así con exactitud? ¿No le dejaste claro que la quieres a tu lado porque la amas?

Harrow empalideció y se aferró con fuerza a los bordes de la bañera. No contestó, lo que resultó respuesta suficiente.

—Benjamin, ¿es que no sabes que a las mujeres no les agrada oír excusas ni pretextos? Solo quieren hablar de amor. Sobre todo las que son como tu esposa, que es de naturaleza romántica y dulce.

Harrow se sonrojó.

—Yo no sé nada sobre asuntos de romance. Diablos, no sé nada sobre sentimientos siquiera. No puedo llegar y humillarme de nuevo soltando palabrería inútil. No lo haré. Ella vendrá a mí en algún momento. Debe hacerlo. No tiene más opción.

Eric se cruzó de brazos.

—Entonces prefieres rendirte y beber alcohol hasta morir. Está bien, espera a que regrese por su cuenta. Seguro lo hará, aunque no regresará la mujer que conociste. En su lugar, lo hará la marquesa fría y distante que pretendías desposar.

—¿Y tú qué sabes? No te has casado. Ni siquiera has tenido alguna relación fuera de tus aventuras con viudas o mujeres de mala reputación. Nunca te has querido comprometer ni a tu corazón —respondió Benjamin enfadado.

Eric suspiró y se enderezó para dirigirse a la salida. Sabía que intentar hacerlo entrar en razón con palabras sería inútil. Era mejor dejar que sus propios pensamientos lo carcomieran y hacerlo enfrentarse con sus demonios.

—Tienes razón. No sé nada de amor ni de relaciones, pero me crio una madre muy sensible, a la que vi sufrir por un amor no correspondido toda mi infancia. Escuché el destrato que recibía cada vez que nuestro padre se dignaba a aparecer, y a sus sollozos desconsolados cuando se iba. De algún modo, comprendí que ella esperó hasta la muerte de él que se disculpara, escucharle decir que la amaba y que estaría a su lado. Nunca sucedió. Nuestro padre fue un hombre arrogante, cruel y frío. Y parece que, después de todo, logró convertirte en su réplica cuando te alejó de nosotros.

Harrow respiraba agitado y lo observó con dureza cuando Eric terminó de soltar todo aquello que tenía atragantado en su interior. No se arrepentía de haberlo dicho. Su hermano necesitaba que alguien lo despertara y le arrojara las verdades a la cara, así tuviera que recurrir a los fantasmas del pasado que nunca los abandonaban del todo. El marqués no le replicó, y tras esperar unos segundos, él se encogió de hombros y giró para marcharse.

—Espera —lo detuvo, aclarando su garganta.

Eric sujetó el picaporte y echó la vista atrás.

—¿Qué me aconsejas que haga? Yo…la amo…y…no quiero vivir sin ella—siguió con gesto atormentado—. No deseo parecerme a él. Es lo único a lo que le temo.

Eric sonrió. No todo estaba perdido.

—No eres como él. Solo intentaba que entraras en razón. Con respecto a tu pregunta, es sencillo: solo tienes que ir hasta ella y decirle lo que acabas de confesar. No creo que ella necesite oír nada más. Mucho menos le interesa recibir un reporte sobre lo sucedido con Miles.

—Es cierto —asintió Benjamin, pareciendo aliviado.

—Tienes que decirle lo que sientes, si de verdad deseas que te perdone.

—Nunca dije las palabras necesarias para llegar a su corazón. Ahora lo entiendo… —suspiró abatido Harrow.

—Vamos, hombre, que yo también te hubiera echado a patadas si vienes a decirme algo así.

—Pero ella me dijo que no vuelva. No quiere verme.

—Roma no se hizo en un día. ¿Acaso te piensas rendir? —comentó Eric, divertido con la actitud alicaída del mayor.

—Por supuesto que no. Tampoco iba a obedecerla. Estaba dándole tiempo para que su furia se calmara.

—Mira, como dije, no soy ningún experto. No obstante, sospecho que cuando se trata de féminas, darles tiempo para que su enfado se cueza es la peor de las decisiones. Recupérate, y quizá mañana puedas ir a su casa a verla.

Harrow asintió pensativo y se puso en pie para salir de la bañera.

—¿Crees que es lo mejor?

Eric puso los ojos en blanco. Jamás había visto a su hermano tan consternado e indeciso. Tendría que tomar cartas en el asunto o soportar aquel despojo de persona. No dejaba de sorprenderle lo que hacía el amor en un hombre que antes había sido inconmovible.

Si hasta le llamaban lord Témpano, por Dios.

—Ve mañana, o Weiss y yo te llevaremos a rastras.

Dicho esto, salió del cuarto de baño para ocuparse de sus propios asuntos. Tenía una cueva que visitar.

A la mañana siguiente, Eric y Weiss cabalgaban detrás del caballo de Harrow mientras mantenían una discusión en voz baja. Se dirigían a la mansión del conde de Hampton, en donde el marqués buscaría hacer las paces con su esposa.

—Tenemos que hablar —masculló el americano.

Eric mantuvo la vista al frente.

—¿De qué?

—Lo sabes muy bien.

—Si es sobre el permiso de mi hermano para seguir con nuestros planes, aún no he podido hablar con él.

Weiss gruñó.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué?

—Rochester. Hace un tiempo que estás actuando extraño. Sospecho que me estás ocultando algo, y sabes que no me gustan los secretos. Son peligrosos —murmuró con tono

mordaz el capitán.

—Todo el mundo tiene al menos un secreto—Se encogió de hombros Eric—. Incluso tú.

—No de esa clase. No guardo secretos que puedan poner en riesgo nuestro negocio. Esto no me gusta, ¿admites que estás ocultando algo?

Eric suspiró y sacudió las riendas de su montura, dejando al americano relegado. Para su mala fortuna, la paz no duró demasiado: en pocos segundos lo tuvo de nuevo junto a él.

—Rochester…, contesta.

—No admito nada. Pareces una amante celosa, dando la lata.

Weiss le dedicó una mirada furibunda.

—Y tú, una esposa promiscua actuando como si estuvieras siendo infiel.

Eric emitió una sonora carcajada, que hizo que su hermano girara la cabeza para mirarlos. Cuando Harrow regresó la vista al camino, él contestó:

—No sé de qué me hablas.

—Antes de irnos a cumplir el encargo de tu hermano a Londres, merodeabas la cueva a medianoche, aún cuando sabías que ya había hombres custodiando la entrada y la mercancía. Después que regresamos y la trasladamos, continuaste merodeando el lugar.

—¿Y eso qué tiene de malo? —replicó Eric sin dejarse presionar.

—Que es extraño, porque desde que llegamos a Inglaterra no ibas por ahí a menos que fuera necesario. ¿Por qué ese interés repentino?

—No veo el problema en querer involucrarme más en el negocio en el que invertí todos mis ahorros.

—Ya estás demasiado involucrado, y lo sabes. ¿Acaso no confías en mí? Creí que éramos amigos.

Eric no quería mentirle al único amigo sincero que había tenido, tampoco deseaba contarle sobre la mujer misteriosa que había conocido. Por alguna razón desconocida, quería guardar aquella relación solo para él. Tal vez fuese porque, si le contaba, Weiss sospecharía de la criada, exigiría conocerla para interrogarla y alguno de sus hombres podía hacerle daño, no confiaba en todos ellos.

Eric le echó un vistazo y se encontró con su clásico ceño fruncido y su mirada severa fija en él.

—Y somos amigos. Si hubiese algo importante para contar, lo haría. Créeme no hay nada de eso, nada que perjudique nuestro acuerdo —afirmó siendo lo más sincero que podía, dadas las circunstancias.

Weiss miró al frente, y tras unos segundos de mutuo silencio dijo con tono pausado:

—Anoche, cuando llegamos con mis hombres a la cueva, actuaste extraño. Saliste de allí con prisa y nos urgiste a regresar a los botes. Parecía como si estuvieras nervioso y ocultando algo. Como si quisieras impedir que entremos en la cueva.

Eric se tensó. Era cierto. Al fin la joven había acudido a la cueva a medianoche, y él estaba ahí esperándola. El problema es que cuando ella entró, no advirtió su presencia en un rincón y él había aprovechado ese descuido para observarla. Lo que vio no le había gustado: ella no parecía una joven yendo al encuentro de un posible amante, sino una fisgona investigando todo el lugar.

De inmediato se prendieron sus alarmas. Primero, fingió no reconocerla para evaluar su reacción. Notó que tenía miedo, aunque no sé amilanó, lo que despertó su admiración, pero no mermó su desconfianza. Era lógico que ella estuviera en guardia después de lo sucedido con aquellos idiotas que Weiss había contratado para ayudarle a descargar la mercancía y que ya habían despedido. Aun así, algo en su actitud le daba mala espina. Entonces decidió ir al grano y

expresarle con crudeza sus intenciones con ella, para desenredar aquella situación. Si ella era una simple criada en busca de un amorío, ambos la pasarían bien y todo terminaría cuando saciaran sus apetitos. No obstante, ella no reaccionó como esperaba, su nerviosismo y evidente alborozo al escuchar su directa confesión pasional lo convencieron de que era aún inocente en los asuntos del placer.

Eric apenas pudo ocultar su decepción, porque su proximidad y el hecho de que hubiese acudido a él en medio de la noche habían despertado sus instintos carnales como pocas veces recordaba. Por lo que procedió a amedrentarla lo suficiente como para terminar con esa inconveniente relación, y así asegurarse que no regresaría por la cueva. Era peligroso, y él no quería cargar con la muerte de una jovencita en su consciencia. En cuanto escuchó que Weiss y sus hombres se acercaban, no dudó en protegerla de ellos; lo último que quería era exponerla a los hombres del americano. Decidió que primero saldría él, y ella podría marcharse de ahí después.

Se le acercó más de lo considerado decente, como para dejarle claro lo que pasaría si ella regresaba. Fue cuando su olor y la suavidad de su piel al tacto de su mano por poco le hacen olvidar toda consciencia y seducirla sin piedad; sin embargo, se contuvo y se marchó, no sin dejarle una advertencia firme y asustarla lo suficiente para que huyera despavorida.

Ella no regresaría. Eric había quemado todos sus puentes. Y a pesar de estar decepcionado, pensaba que era lo mejor. La mujer era una distracción que no se podía permitir y una tentación que podía causarle problemas.

Como los que tendría si Weiss se enteraba de que ella había estado en la cueva y que incluso había encontrado una botella del ron que contrabandeaban. Por eso esperaba que la joven hubiese escarmentado y no volviese. Así él nunca pudiera saciar el deseo que aún sentía por Lily. Así nunca supiera a qué sabían sus labios.

—Te has quedado mudo. Ya veo… ¡Lo sabía!

Eric se enervó al oír su tono jactancioso y lo miró con rapidez.

—¿Qué sabes?

—Te he visto esa expresión antes.

—No sé a qué te refieres —rebatió, componiendo un gesto de seriedad.

No podía ser que hubiese descubierto su secreto.

—¿Estás apostando de nuevo? Había un cobrador escondido ahí dentro ¿cierto?

Eric suspiró aliviado, pero permaneció impávido.

—¿Caíste otra vez en ese vicio que lleva a los hombres a la ruina? Si así es, no es necesario que lo ocultes, porque no es mi maldito problema. Y no pienses que te prestaré dinero cuando te arruinen ni que harás uso de la caja de la empresa.

Eric prefirió dejar que él lo creyera culpable de esa acusación, a tener que revelarle algo concerniente a la criada..

Era comprensible que Weiss pensara que estaba jugando y apostando en algún sitio clandestino. Así se habían conocido. Aunque esa vez se estaba equivocando, pues hacía mucho tiempo que no recurría a los juegos de cartas para abastecer sus arcas. En el pasado había hecho una buena fortuna en las mesas de juego. Cuando había perdido una gran cantidad, se había convencido de que la suerte ya no lo acompañaba y no había vuelto a apostar una moneda.

Al parecer su silencio fue suficiente prueba de culpabilidad para el americano, que azuzó a su montura y lo dejó atrás sin esperar una respuesta.

Eric sacudió las riendas y siguió a los dos hombres, guardando una distancia prudente.

La mansión de la familia Lovelace no era fastuosa, aun así, no carecía de opulencia y de

una elegancia clásica considerable. Pese a que no podía compararse con la majestuosidad de la propiedad de los Rochester, la edificación era tan grande y sólida como para ser una de las casas más importantes de la zona.

Lo extraño era que no se veía a decenas de sirvientes moviéndose por el lugar, ni siquiera habían salido a recibirlos al *hall* de la entrada principal. Resultaba evidente que la actividad que rodeaba al sitio era más bien adecuada a las costumbres campestres.

Eric pensó que debía ser positivo no tener tanta presencia ajena a la familia alrededor y, en cambio poder respirar sin que alguien estuviera ansioso por ayudarte a hacerlo. A menudo, él se había sentido agobiado por la permanente compañía de la servidumbre, quienes casi siempre sabían mucho más de la familia que los mismos miembros.

Benjamin se encontraba delante de ellos, parado frente a la puerta, mirándola como si esta pudiera de pronto transformarse en alguna clase de gigante que le arrancaría la cabeza.

Weiss bufó exasperado con la indecisión del marqués, y Eric, divertido, subió los escalones y se detuvo a su lado.

—¿Por qué estás tan nervioso? Ella te va a recibir.

—No estoy nervioso —rebatió con acritud. Eric se limitó a mirarlo con sorna. Harrow desvió la vista y suspiró—. ¿Y si no lo hace? Ya se negó a verme antes.

—Sí, y yo también lo hubiese hecho si recibirte significara que actúes como un palurdo.

Harrow lo miró exasperado, se quitó el sombrero y se pasó una mano por la cabeza sumido en sus pensamientos caóticos.

Después de tomar aire, se enderezó y llamó a la puerta levantando la aldaba. No obtuvo respuesta. En la segunda ocasión que lo hizo, la puerta se abrió, y apareció un delgado y regio criado que debía ser el mayordomo. El hombre los examinó con gesto crispado antes de saludarlos con una reverencia.

—Solicito ver a mi esposa, lady Harrow —dijo su hermano con voz firme—. No me iré hasta verla.

—Lo anunciaré, *milord* —contestó con acritud el hombre, y sin más les cerró la puerta en las narices.

Weiss se rio entre dientes, Benjamin masculló un juramento y Eric solo negó con la cabeza.

—Si no lo reciben, Harrow, no significa que no pueda salir con su esposa de aquí. Nos meteremos a su aposento por la ventana —intervino Weiss.

—No puede estar hablando en serio —se horrorizó Benjamin, moviéndose en el lugar.

Miró el ramo de flores que había llevado para su esposa y que estaba apretando con demasiado ahínco, y se lo puso en las manos al capitán, que lo sujetó con torpeza. Después se colocó de nuevo el sombrero de piel de castor.

—¿Por qué no? Si lo echan a patadas, ¿qué hará? ¿Agradecerles y volverse por donde ha venido? Si mi mujer estuviera aquí y me la negaran, no se librarían de mí tan fácil.

Harrow se puso lívido.

—Esperemos no llegar a esos extremos, después de todo, eres el marqués de Harrow —intervino Eric.

—¿Y si lo hacen? —cuestionó el americano.

—No veo cómo podrían hacerle tamaño desplante. Nos recibirán. De lo contrario tendremos que…

Eric acababa de vaticinar aquello, cuando la puerta de la casa se abrió de sopetón, y lo que fuera que iba a decir murió en sus labios. Se quedó sin palabras y, aturdido retrocedió hasta

quedar oculto por la figura de Harrow.

En el umbral habían aparecido dos jóvenes damas, quienes los escrudiñaron con severidad. Ellos se apresuraron a quitarse los sombreros y les hicieron una venia, la cual no fue correspondida.

—Buenas tardes, soy...

—Sé quién es…Me fue presentado hace unos meses en Londres —interrumpió la que parecía de mayor edad.

Se trataba de una joven de cabello oscuro, alta y algo robusta. No era hermosa al uso, sino de rasgos comunes, ojos claros y nariz chata adornada por pecas llamativas. Indicadoras de que no se cuidaba la piel del sol como debía ser debido a su posición social.

—¿Podemos pasar? ¿O es usted alguna clase de guardiana? Creí que las damas inglesas solo sabían decir: «¡Espléndido!». Y, claro, tomar el té —intervino Weiss con tono socarrón.

Esto causó que se desatara una acalorada discusión, de la que Eric apenas escuchó palabra. Se había escudado tras la figura de su hermano, para intentar recuperarse de la sorpresa que le había causado ver a la segunda mujer bajo el umbral de los Lovelace.

Confundido, se asomó sobre el hombro de Benjamin, y confirmó que no estaba ante un error. Era ella. La joven que se había presentado como una criada de la zona.

Estaba claro que le había mentido, porque acababa de responder al llamado de aquella casa como si se tratara de un miembro familiar.

Además, no podía pasar por alto su aspecto. No necesitaba mirar de nuevo para constatar que iba vestida como una dama hecha y derecha. Su atuendo era femenino y de calidad exquisita. Llevaba puesto un vestido color melocotón ajustado en el pecho y suelto alrededor de su figura delgada. Su pelo era más claro de lo que había vislumbrado en la cueva, refulgía bajo la luz matinal como oro bruñido, y su cara era tan lozana y sencilla como recordaba, pese a que de algún modo ella parecía ser una persona muy diferente. La mujer que tenía en frente rezumaba delicadeza, feminidad y prestancia.

Por un segundo caviló sobre la posibilidad de que ella fuera una dama de compañía y por eso antes había vestido como una criada, pero descartó esa opción cuando notó el parecido entre las dos jóvenes. Las semejanzas no eran muchas, sin embargo; se evidenciaba en el color de ojos que ambas compartían y en sus gestos. El parentesco era evidente. Como lo era también el hecho de que lo había engañado, se había burlado de él.

Su furia comenzó a calentarse a fuego lento al pensar que había estado a punto de seducir sin remedio a una dama noble, a la hija de un conde. Peor aún, a la hermana de su cuñada.

De haberlo hecho, tendría que haber reparado el error y casarse con ella, y eso era lo último que él haría. Menos lo haría con tamaña embustera.

—Me temo que ella no se encuentra en la casa, *milord*, y tampoco nuestros padres. Se han ido al pueblo —dijo la menor.

La voz suave que subió de tono para interrumpir la batalla verbal de los otros dos, sacó a Eric de su enjambre de pensamientos.

Eric se preparó para enfrentarla. No había escapatoria. A pesar de que ella aún no lo había visto a la cara, y no sabía quién era él, lo sabría en cuanto lo viera.

—¿No está?—cuestionó con desconfianza Harrow—. Necesito hablar con ella, es de suma importancia.

—No creo que Felicity quiera verlo, *milord*. No nos ha dicho demasiado, pero desde que ha regresado, no ha hecho más que llorar cuando cree que no la vemos. Usted la ha herido de alguna manera, por lo que no espere ninguna colaboración por nuestra parte.

—Georgiana… —murmuró la hermana con una mueca avergonzada.

Harrow tragó saliva, y aún a su espalda Eric pudo percibir que la desolación lo embargaba. Cansado de aquella pantomima, decidió tomar cartas en el asunto, y de paso, desenmascarar a la falsa criada. Así que, antes de que su hermano pudiera responder lo hizo a un lado y ocupó su lugar.

—Mi hermano ha venido dispuesto a asumir sus errores, quiere solucionar el malentendido con lady Harrow. Por favor, no le arrebaten esa oportunidad,

Sus palabras quedaron flotando entre ellos. Además debían solucionar otro malentendido, y ella debía haber advertido que esta vez no la dejaría ir sin hacerlo.

Eric sintió plena satisfacción al ver que el rostro de ella perdía todo rastro de color, y recorría las facciones de él como si pudiera hacerlas cambiar a fuerza de observarlo.

Fue obvio que ella concluyó que sus ojos no la engañaban, ya que, el reconocimiento tiñó sus pupilas agrandadas.

También se percató de que la dama estaba cayendo en la cuenta de que él la había reconocido a su vez, y de que no era ningún trabajador del puerto como ella había asumido.

Harrow gruñó, interrumpiendo su intercambio visual.

—Necesito hablar con ella —insistió, dirigiéndose a lady Georgiana, quien parecía llevar la voz cantante—. Por favor.

—La respuesta sigue siendo...

—Felicity está en la loma más alta, la que colinda con el lado este, en dirección a su propiedad. Allí la encontrará.

—¡Lilian! ¿Qué has hecho?

¿Lilian? Se llamaba Lilian Lovelace, no solo Lily sin apellido como le había dicho sin inmutarse. ¡Le había mentido hasta en eso! Aunque claro, él había supuesto que no era un derivado de otro nombre.

Acalló la inoportuna voz interna que le recordaba que él tampoco se había presentado como se debía, y a pesar de no haberle mentido, tampoco había sido transparente.

Apretó los dientes, mirando a la embustera con molestia apenas disimulada.

—Dejar que sea nuestra hermana quien decida si quiere escuchar o no a su esposo —rebatió lady Lilian.

Lady Georgiana resopló y se volvió hacia Harrow con un dedo alzado.

—Si la hiere de algún modo, le traspasaré el corazón con la espada de mi padre, y le advierto que soy una espadachín excelente —afirmó, llevando la mano al bolsillo que llevaba cosido al vestido como si escondiera allí alguna clase de arma mortal.

Lady Lilian alzó la barbilla, en claro apoyo a la amenaza directa que acababa de esgrimir la otra dama.

Eric no esperaba menos, sabía que la menor también iba armada con un puñal, y algo le decía que no eran amenazas vacuas. Y que por muy inofensivas que estas parecieran, cualquiera de ellas podían rajarte el cuello mientras dormías si era para defender a alguien de su familia.

—Si eso sucede, lo haré yo mismo, le doy mi palabra —respondió Harrow con solemnidad.

Con esa promesa, su hermano giró sobre sus talones, le quitó al americano el ramo de flores, saltó al lomo de su caballo y se alejó como alma que llevaba el diablo. Cuando su figura se perdió de vista, Eric se volvió hacia las jóvenes, y miró a la rubia con una ceja alzada.

—¿No nos va a hacer pasar, lady Lilian?

CAPITULO 6



Las mejillas de la dama se colorearon al oír su pregunta descarada.

—¿Có-cómo ha dicho? —balbuceó.

—Lo que ha oído. He preguntado si nos hará pasar para conversar a gusto.

Ella lo miró sin parpadear, casi horrorizada.

—No tenemos nada que conversar, *milord*.

Él se cruzó de brazos y torció los labios.

—Oh…, ya lo creo que sí.

—He dicho que no —espetó enervada.

Él enarcó una ceja. Si su intención era desafiarlo, él podía complacerla y redoblar la apuesta.

Casi se sobó las manos de anticipación.

—Resulta que hace poco conocí a una mujer que me dijo ser una antigua criada de esta casa. Quería saber sobre su paradero.

Su rostro volvió a perder el color.

—No sé de qué habla.

—Lo hablaremos dentro, entonces. Quizá recuerde después de un rato de charla.

Eric sentía las miradas intrigadas de su amigo y de la hermana, pero no apartó la vista del rostro de la impostora.

—No es posible, *milord* —intervino la hermana mayor, cuando se hizo evidente que la otra se había quedado sin palabras.

—¿Acaso no lo dictan así las normas de cortesía? ¿Nos dejarán aquí afuera esperando a Lord Harrow? Qué poca hospitalidad la suya —bufó Weiss.

Lady Georgiana lo miró con gesto exasperado.

—Pueden pasar, señor Weiss, pero tendrá que ser sin nuestra compañía, ya que, no hay nadie en la casa que pueda ejercer de carabina —le explicó lady Lilian, rompiendo el contacto visual entre ellos, para enfocar al americano.

Eric sabía que las damas tenían razón, no podían entrar a la casa con ellas debido a que eran dos damas solteras, aunque de todos modos, le divertía incomodar a la joven.

—¿«Carabina»? ¿Qué diablos es eso? ¿Es alguna especie de arma? No necesitan llegar a ese extremo, damas. Somos inofensivos, ¿verdad, Rochester?

Él solo se encogió de hombros por respuesta.

—Tan inofensivos como dos criaturas salvajes del bosque —murmuró Lady Lilian.

La confusión del capitán era genuina. Georgiana resopló, y Lilian parecía estar conteniendo la risa.

—Carabina es una persona o familiar de mayor edad que acompaña a una joven en edad casadera cuando ella está en compañía de otros caballeros y hombres solteros, para velar por su reputación y su buen nombre —explicó exasperada la mayor.

Eric se apoyó en la jamba de la puerta y desplazó la mirada por la silueta de lady Lilian. Ella estaba haciendo un buen esfuerzo por ignorar su presencia. No obstante, estaba claro que no podía eludirla. Como él tampoco parecía ser capaz de mirar hacia otro lado.

—¿Y si el estirado que nos atendió primero hace de carabina? —sugirió Weiss.

—La servidumbre no cuenta, señor. Ni siquiera el mayordomo o el ama de llaves resultan compañía adecuada. Si los hacemos pasar, los criados murmurarán y nuestra reputación se verá afectada. Los dejaremos para que el señor Peterson pueda guiarlos hasta la sala de visitas —dijo con tono divertido Lilian.

—Tamaña ridiculez. Ni que fuéramos a seducirlas a la vista de todos, solo quiero un maldito vaso de whisky —murmuró el americano.

—¡¿Cómo ha dicho?! —explotó Georgiana.

—He dicho que quiero sentarme y tomar algo frío, hace calor aquí afuera —corrigió Logan, fingiendo una expresión inocente.

Las damas intercambiaron miradas ofuscadas.

—Fue un gusto conversar con vosotros. Ahora, si nos disculpan… —interrumpió apresurada lady Lilian antes de que su hermana arremetiera contra el americano, y empezó a cerrar la puerta.

Eric se enderezó y colocó el pie, impidiéndoselo.

—Salga conmigo un momento —espetó, y no sonó como una petición.

La joven abrió los ojos de par en par, y él leyó en estos que pensaba estamparle la puerta en las narices.

—Yo no lo haría. Si lo hace, comenzaré a hablar aquí mismo. Usted elige.

Su cara se crispó, y ambos se enzarzaron en un duelo de miradas. Eric no cedió hasta que fue ella quien claudicó y emitió un suspiro de fastidio.

—Siga el camino lateral hasta el jardín trasero, iré en un momento.

Él asintió y se apartó. De inmediato ella cerró la puerta, y se oyó el sonido amortiguado de una discusión que por segundos subía de tono y después, silencio.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó confundido Weiss.

Eric se giró hacia su amigo, evitando mirarlo a la cara, y se dirigió a la escalinata. Weiss lo siguió.

—¿Acaso ya la conocías? ¿Para qué quieres hablar con ella?

— Te lo explicaré más tarde.

Weiss gruñó.

—Nunca terminaré de entender vuestros protocolos ingleses. ¿No podemos entrar en una casa repleta de sirvientes, pero sí puedes ir a reunirte a un jardín desierto con una joven soltera?

Eric se detuvo en el último escalón y lo miró con sorna.

—Así es. Se puede pasear por un jardín, siempre y cuando no nos salgamos de los senderos principales y estemos a la vista de la casa en todo momento.

—No sé qué buscas de la dama rubia, pero estoy seguro de que la bruja de la hermana los estará espiando. Ten cuidado o estarás ante el vicario antes de que caiga el sol.

Eric asintió y se despidió con la mano.

—De seguro estaremos vigilados. Te lo contaré después. Espérame dentro.

—No, no entraré ahí solo. Mejor iré a esperar en las caballerizas con los caballos. Son mejor compañía que esa mocosa impertinente —oyó mascullar a Logan.

Él se encaminó a la parte trasera de la propiedad, y siguió el camino hasta llegar a una gran extensión de jardín. Los rosales estaban muy bien cuidados y los arbustos y perennes estaban cortados con prolijidad. Las amapolas y margaritas bordeaban los costados del sendero, dando una imagen colorida y vivaz al caminante. Al final había una zona de huerto, a la que se accedía a través de unas puertas de hierro. Eric tuvo que reconocer que aunque no podía hacerle sombra a los exultantes jardines de Kings Harrow, la vista no dejaba de ser encantadora.

No tardó en avistar la delgada figura de Lady Lilian, sentada en el centro del jardín, en donde había una fuente circular de piedra. La figura que la adornaba era la de una mujer que llevaba un cántaro de agua sobre uno de sus hombros y del que brotaba un gran chorro.

La estatua era una representación de *Hipernmestra*[6]. Quien para evitar el matrimonio con los hijos de Egipto huyó junto a sus hermanas con su padre a *Argos*. Pero los pretendientes las siguieron, y en la noche de bodas, su padre, *Dánao*[7], les ordenó que mataran a los hombres. Una de ellas no lo hizo, e instauró así la dinastía de *Argos*. Como castigo por tal terrible acto, las hermanas fueron condenadas a llenar un cántaro de agua en el *Hades*, algo interminable, ya que, el cántaro estaba agujereado.

Si la dama lo escuchó acercarse, no dio muestra de ello: permaneció inmóvil, con la mirada puesta sobre las manos que tenía apoyadas en su regazo.

Él se sentó a una distancia prudencial, se quitó el sombrero, pasó las manos por su pelo desordenado, y decidió guardar silencio para obligarla a confesar sus delitos. No tuvo esa suerte. Al parecer ella era inmune a esa táctica intimidatoria y no tenía la necesidad de llenar los silencios. Aunque la manera en la que estaba retorciendo sus dedos delataba su nerviosismo. Tendría que cambiar de estrategia, abrumarla hasta que dijera lo que ocultaba. Decidido, carraspeó para llamar su atención mientras paseaba la mirada por el lugar.

—Así que, no es usted una criada.

Ella se tensó. Ya estaba dicho. No deseaba aparentar que no la había reconocido y ella no podría fingir que no lo reconocía a su vez. Para qué andar con rodeos, cuando lo que le interesaba eran sus razones para ocultar su identidad.

—Y usted no es un humilde trabajador del puerto.

—De hecho, sí que trabajo en el puerto —se burló.

Ella levantó la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Pero no es humilde. Ni un simple pescador. Es dueño de los barcos en los que trabaja, lo sé por mi hermana.

Él se encogió de hombros.

—Nunca le dije lo contrario.

Su gesto era de incredulidad cuando le espetó con tono acusatorio:

—¡Tampoco admitió que era un caballero y, sobre todo, que es el hermano del marqués de Harrow!

—Usted no preguntó. Mencioné que había nacido en Green Hill, todos saben que somos de allí, y que había crecido en esta zona.

La dama lo veía boquiabierta.

—¿Trata de hacerme creer que no mintió? Es usted un descarado. ¡Se presentó como solo Eric, sin apellido!

—Solo digo que no entré en detalles.

La dama bufó de manera muy poco femenina.

—Por otro lado, usted sí que me mintió, y con total impunidad. Se presentó como Lily, una trabajadora de una casa de la zona. Además, iba disfrazada de criada. ¿Quién de los dos mintió con claridad? ¿Quién es el engañado?

Ella se ruborizó y se removió sobre el banco.

—Omitir también es mentir —apuntó con acritud.

—Eso no es del todo cierto, depende del criterio de cada uno. Yo pienso que omitir es callar una verdad; en cambio, mentir es pronunciar falsedades. No es pecado elegir no confesar una verdad, mientras que decir una mentira sí lo es.

La dama frunció el ceño y él reprimió el impulso de sonreír. Su gesto era similar al de una niña a la que le explicaban algo por primera vez. Le pareció una reacción encantadora. Ella advirtió su gesto y se sacudió como si saliera de un encantamiento.

—¿Qué pretendía que le dijera a un completo desconocido? ¿Que era una dama sola, lejos de mi casa expuesta a los peligros de la noche? ¡Acababan de intentar atacarme! No podía confiar en usted. ¡No intente voltear las tornas con su palabrería! Me engañó, y lo sabe.

Él negó.

—Para engañarla tendría que haber tenido un motivo de peso, y créame que no lo tengo. ¿Para qué engañaría a una simple criada?

Ella lo apuntó con un dedo.

—Usted no necesita razones, solo ser lo que es.

Fue su turno de observarla confundido.

—¿Y qué soy?

—¡Un hombre! —exclamó como si fuera un delito.

Eric rio entre dientes.

—Bueno, eso no puedo negarlo. De hecho, ahora mismo me siento como uno… Aunque si tiene dudas, puede comprobarlo.

La dama contuvo el aliento.

—Es usted un… un…

—¿Un hombre?

—¡Un perverso! —espetó ofendida, poniéndose de pie con las manos cerradas en puños y la cara roja.

—Eso sí es nuevo. Me han llamado de todo en mi vida, pero nunca perverso —dijo Eric con sorna—. Creo que me siento halagado.

—Me marcho —anunció irritada.

Eric se levantó y la retuvo antes de que pudiera dar el segundo paso.

—Suélteme —ordenó bajando la voz, en lugar de exigirlo a gritos.

Eric la obedeció y liberó su brazo.

—La creía mentirosa, aunque no una cobarde.

Aquellas palabras fueron suficientes para anclarla en el sitio.

—¿Qué es lo que quiere?—preguntó con el cuerpo en tensión—. Si busca chantajearme para no revelar mi desliz, no logrará nada. Solo arruinar el buen nombre de su hermano. Somos familia, por si no lo recuerda.

Él retrocedió y perdió todo rastro de diversión.

—No soy ningún chantajista. Y la que parece haberlo olvidado es usted, que anda exponiéndose en la noche. Solo quiero saber por qué si había logrado librarse de mí, esa vez que la salvé de ser atacada, acudió de nuevo a la cueva. Sabía que mis intenciones no eran nobles y, aun así fue a medianoche a verme. ¿Tan poco le importa su reputación? Por más que lo pienso no termino de entender ese punto.

Ella no respondió de inmediato, sino que pareció desconcertada con su pregunta, tragó saliva, y se mojó los labios antes de responder con tono evasivo:

—Ya se lo dije esa noche, solo buscaba algo de distracción y salir de mi rutina. Nada más.

Él no le creyó del todo.

—¿Su concepto de distracción es dejarse seducir por un extraño y vagar en la oscuridad a merced de cualquier depravado?

Ella se ruborizó, y alzó la barbilla.

—¿Y su costumbre es seducir a criadas vulnerables? Porque si no me dijo que era un caballero fue para poder saciar sus deseos sin tener ninguna consecuencia. ¿O me va a negar que pensaba seducir a una pobre sirvienta sin ningún tipo de remordimiento? Le daba igual mi identidad.

Eric se envaró.

—Créame que de haber sabido que no era usted quien decía, jamás le habría hecho esa propuesta. De cualquier forma, el más afectado habría sido yo, porque habría tenido que casarme con usted en contra de mi voluntad.

Ella abrió la boca, pero él se adelantó, impidiéndole responder.

—Es más, pensándolo bien, ¿no será que mintió con ese mismo objetivo? ¿Por eso se

presentó a medianoche? Se dio cuenta de que yo era un caballero y decidió recurrir a ese viejo truco.

Lilian lo miró estupefacta.

—¡Por supuesto que no! Nunca me casaría con usted, ni aunque de eso dependiera mi reputación. Antes preferiría la ruina y el ostracismo social.

Eric notó que lo decía con sinceridad y la fulminó con la vista.

—Tampoco se lo había propuesto, ni borracho lo haría —espetó ofendido.

—Por fin estamos de acuerdo en algo —contestó tiesa.

—Bien.

—Bien —repitió ella con los brazos en las caderas.

Ambos estaban respirando con agitación, y él, sin percatarse, se había acercado hasta casi rozar las faldas amplias de su vestido.

A esa escasa distancia, pudo ver que sus ojos azules tenían minúsculas pecas de color negro cerca del iris y que su piel era tersa y nívea. No pudo evitar fijarse en que sus labios estaban entreabiertos y que de cerca eran todavía más cautivadores. Ella atrapó el labio interior con sus dientes, y Eric sintió que su entrepierna se tensaba en respuesta. Acalorado, retrocedió, y tomó su sombrero que había dejado en el banco para colocarlo sobre su cabeza con firmeza, no sin mirar por última vez a la condenada diosa, y notar la morbosa coincidencia. Allí había otra mujer dispuesta a matar para evitar un matrimonio. La diferencia es que él no la perseguiría para hacerla suya. Por él podía quedarse con su reino.

Se aclaró la garganta.

—Creo que no hay más que decir, salvo recordarle la inconveniencia de comentar lo sucedido con alguien de la familia o con alguien de afuera. De lo contrario, su padre exigirá que nos casemos.

—Por supuesto que no lo haré. Ya se lo dije, lo último que deseo es convertirme en su esposa.

Eric reprimió el impulso de zarandearla. O tal vez de acortar la distancia y besar esa boca insolente hasta que olvidara su propio nombre. En su lugar, inclinó la cabeza en una reverencia brusca y se marchó antes de ceder a sus bajos instintos.

Lilian pasó el resto del día refugiada en su habitación fingiendo tener dolor de cabeza, pese a que en realidad tenía unas ganas terribles de arruinar la anatomía ósea de cierto sujeto engreído y mentiroso. Quien no era otro que el caballero que había resultado ser, además de un posible contrabandista, un completo fabulador, y un granuja insufrible y pagado de sí mismo.

Todavía no se había podido recuperar de la impresión de ver al supuesto marinero en la puerta de su casa, vestido como un noble de buena posición y perfecta gallardía, cuando este le lanzó a la cara las peores acusaciones.

Acusarla a ella de haberlo engañado era el colmo del cinismo, cuando solo se había intentado proteger. En cambio, él estaba engañando a todo el mundo usando los dominios de su familia y su estatus social para llevar a cabo sus malos negocios.

Él era un impostor, un vanidoso que iba por la vida creyendo que todas las mujeres deseaban atraparlo, un embustero, y un mujeriego de la peor calaña. Y estaba a su merced, pues él podía decidir contar sobre sus excursiones nocturnas, y una simple mención al pasar mientras tomaba una copa con un amigo o jugaba a las cartas con cualquier caballero, podría significar la auténtica perdición para ella y para su reputación. Dependía de la buena voluntad y la honorabilidad de un contrabandista.

Su plan se había arruinado. Ya no serviría que lo denunciara con su hermana y el marqués de Harrow, porque él no era un simple trabajador haciendo una fechoría, era el hermano del dueño de esas tierras. No podía ir con el marqués y delatarlo así sin más, ya que, Rochester sabía a su vez quién era ella, por lo que en el momento que lo hiciera se delataría a sí misma también. ¿Cómo explicaría dónde y en qué circunstancias se habían conocido?

Sus padres exigirían que lord Eric la desposara si se enteraban de sus escapadas y de que había estado a solas con el caballero en cuestión.

Solo de pensarlo sintió un escalofrío.

Se imaginó siendo la esposa de ese hombre petulante y banal. Recordó el brillo travieso de sus ojos verdes, la forma cincelada de su boca, y la manera en que sonreía de lado. El modo lánguido en el que la había observado, como si ocultara oscuros y peligrosos pensamientos. Rememoró el aroma masculino que se desprendía de su piel, y la fuerza contenida y caliente con la que la había sujetado en el jardín.

Se vio casándose con él, y después siendo llevada a alguna propiedad campestre para ser abandonada allí mientras su esposo se dedicaba a seguir con su vida en el mar y con sus malos pasos.

Tendría una noche de bodas, claro está, en la que su marido la besaría de manera apasionada, como lo debía hacer un amante deseoso, y exigiría su derecho marital. Ella tendría que dejarse tocar por sus manos pecaminosas, tendría que someterse a sus lascivos deseos y entregarse a los placeres que él exigiera saciar.

La puerta de su alcoba sonó, y ella se sobresaltó y dio la orden de que pasaran, esperando ver aparecer a su hermana, pero se trataba solo de su doncella trayendo ropa limpia.

Agitada, se miró en el espejo, y vio que tenía las mejillas rojas y sus pupilas se veían más grandes. Aturdida, quitó la mano que tenía apoyada en los labios, y se enderezó componiendo una expresión seria.

Tenía que encontrar la manera de reunir alguna prueba de las andanzas delictivas de Lord Eric, y así poder tener algo con lo que protegerse en el caso de que él decidiera chantajearla o hablar de ella.

Dentro de poco empezaría la temporada otoñal, y ella encontraría algún buen pretendiente que le propondría matrimonio y dejaría de ser vulnerable.

Una vez que estuviera casada con un verdadero caballero, fuese la decente esposa de algún lord y estuviese protegida por el apellido de su cónyuge, se encargaría de entregar esa información a lord Harrow y acabaría con el menor. Mientras tanto, tendría que pensar en alguna excusa coherente para dar a su hermana, quien querría saber de dónde conocía a lord Eric y por qué el susodicho había insistido en hablar con ella. Sabía que no se libraría del interrogatorio de Georgiana, a quien había tenido que suplicar para que no preguntara nada y la dejara tener esa conversación con lord Eric a solas. Por fortuna, la mayor había salido a cabalgar en cuanto ella la

hubo dejado para salir al jardín, y al regresar se había encerrado en su aposento; parecía estar exhausta y de malhumor.

Por el contrario, la primogénita de los Lovelace, Felicity, estaba radiante de dicha, y se encontraba en esos momentos preparando sus baúles para regresar a la mansión de su esposo.

Lilian se encaminó al cuarto de su hermana. La encontró inclinada sobre un baúl abierto, acomodando sus medias y enaguas con cuidado.

Su doncella no estaba en el lugar, por lo que se adentró en la estancia cuando Felicity la animó a hacerlo con una cálida sonrisa de bienvenida.

—¿Así que, regresas a Kings Harrow House?

Felicity asintió, le extendió las manos y Lilian las aferró después de sentarse a su lado sobre el piso de madera.

—Así es. Benjamin y yo hemos solucionado nuestras diferencias —le dijo con gesto exultante.

Lilian no preguntó nada, solo apretó las manos de la mayor. Esperaba que el marqués hubiese reparado el error y estuviera arrepentido de lo que fuera había hecho. Su hermana ya había sufrido demasiado y merecía ser feliz.

—¿Te tienes que ir tan rápido? —preguntó un poco triste.

—Mi esposo vendrá a hablar con nuestros padres y me llevará de regreso. Pero prometo que vendré a visitarlas más seguido —le aseguró Felicity sonriéndole con dulzura.

—¿Y tus vómitos matutinos ya han desaparecido? Tal vez solo eran fruto de tu ansiedad por la separación y ahora tu estómago se calme.

Felicity le soltó las manos y la miró con un brillo singular en su mirada.

—Me temo que no desaparecerán con facilidad.

Lilian frunció el ceño.

—¿Por qué? Entonces tendría que verte un doctor, llevas muchos días así —se preocupó.

—No es necesario, el asunto es que…

—Que estás embarazada —dijo alguien desde la puerta con tono irónico.

Lilian se giró a mirar a Georgiana, que estaba observándolas con la espalda apoyada en la puerta cerrada, y miró de una a otra confundida.

—¿Qué estás diciendo? No creo que…

—Es verdad. Estoy esperando un hijo de Benjamin —la interrumpió Felicity.

Lilian miró su vientre, que de repente notaba más redondeado, y vio la dicha absoluta en su rostro iluminado. Era cierto que nunca había visto más hermosa a su hermana mayor, ella parecía brillar.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamó cuando pudo reponerse de la sorpresa, lanzándose a abrazarla con cuidado.

—Ya lo creo que lo es. Nuestro primer sobrino, porque algo me dice que será varón. Lo malcriaremos y llevaremos a nadar y a cabalgar para que no crezca siendo un estirado como el padre —bromeó Georgiana, y se lanzó a abrazarlas haciéndolas reír y caer sobre el piso.

Una vez se compusieron y estuvieron ayudando a Felicity a terminar de preparar sus pertenencias, Lilian miró a la del medio con curiosidad.

—¿Cómo supiste que Felicity está encinta?

—Sí, ¿cómo lo sabías? ¡Yo apenas me entero y soy quien lleva a la criatura dentro!

Georgiana resopló.

—Primero sospeché al ver que tenías sueño todo el tiempo y ya no madrugabas. Noté que estabas muy sensible, y lo achaqué a tu situación con el marqués. No obstante, cuando vi que habías perdido el apetito, y supe de tu malestar matutino, lo confirmé.

—Es cierto, jamás habías perdido el apetito antes, bajo ninguna circunstancia —acotó Lilian con diversión.

Felicity se rio y ellas la imitaron.

—Bueno, yo no fui tan sagaz. Si no me lo dice mi doncella, no me hubiera enterado. Me siento aliviada de que ya lo sepáis, porque les tengo otra noticia.

Ambas la escrutaron interrogantes.

—¡Me casaré con lord Harrow!

—Pero si ya estáis casados —cuestionó Georgiana confundida.

—Esta vez lo haremos con él presente y en una iglesia.

—Madre estará dichosa—comentó pensativa Lilian.

Eso significaba que volvería a ver a lord Eric y a tener que soportar su presencia cerca. Tal vez entonces tendría ya las pruebas contra él y se las podría restregar en la cara. Comenzó a urdir un plan mientras sus hermanas seguían conversando.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó, haciendo cálculos mentales.—En dos semanas, lo justo para que se puedan enviar las invitaciones y los invitados que no son de aquí puedan llegar. ¿Por qué? —preguntó Felicity intrigada.

Georgiana la miró con sospecha.

Ella se apresuró a encoger un hombro.

—Por nada, solo es para saber cuánto tiempo durará el frenesí de lady Agatha. Nuestra madre querrá que todos colaboremos en la organización.

Georgiana gimió.

—Bueno, no todos los días una solterona arruinada se casa por segunda vez con un apuesto marqués —bromeó Felicity.

Lilian asintió sonriente.

—Mientras no sea contagioso… —acotó Georgiana, y se ganó un coscorrón juguetón de la mayor.

—¿Esta vez también te llevarás a lady Wendy? —quiso saber Lilian cuando vio la cabecita gris de la coneja asomándose por uno de los baúles.

—¡Por supuesto! ¿Quién si no será la compañía de míster Abedul? Ellos se han vuelto inseparables —exclamó Felicity.

Y como si lo hubiera invocado, el gatito de horripilante pelaje claro esquilado al que había

adoptado en las tierras del marqués, apareció por detrás de la coneja y comenzó a jugar con la única oreja que tenía el animal pues había nacido con solo una. La coneja intentó quitárselo de encima y terminaron cayendo del baúl con un estrepitoso tumbo.

—Pues parece que se llevan como el ratón y el gato —observó Georgiana con sequedad.

—Igual que sus dueños, pero no podrían vivir el uno sin el otro —adujo Felicity, y las tres rieron viendo a los animalitos jugar.

Su madre apareció para saber las novedades, y su grito de alegría al enterarse casi las deja sordas. Lilian se escabulló en cuanto tuvo oportunidad, aunque no llegó muy lejos. Georgiana la persiguió y logró escurrirse dentro del cuarto antes de que pudiera cerrar la puerta.

Suspirando, se tiró sobre su cama y esperó a que la otra iniciara con el interrogatorio.

Pasaron unos segundos, y cómo nada sucedió, Lilian levantó la cabeza y vio que Georgiana estaba parada junto a la ventana con la vista fija en algún punto del exterior.

—No hace falta que inventes ninguna excusa —afirmó la mayor.

Lilian la vio sin entender. Ella giró y la miró con severidad.

—Lo sé todo.

—¿Qué…? —inquirió con un nudo en el estómago.

No podía ser que su hermana hubiese adivinado lo que sucedía entre lord Eric y ella. Tal vez la había seguido alguna de las noches y lo había visto.

—Sé que ese caballero te vio y se encaprichó contigo, Lilian. Fue más que evidente para todos —le explicó, poniendo los ojos en blanco.

Lilian parpadeó.

—Yo…

—Tú te viste avasallada y no supiste cómo reaccionar ante su decadente coqueteo —la cortó—. Créeme que te entiendo; nunca hay que subestimar el poder de un hombre atractivo, y más siendo una joven inexperta. Aun así, no puedes dejar que su encanto te subyugue.

Lilian carraspeó con incredulidad. Georgiana creía que ella estaba encandilada por el caballero y que este la pretendía. No era una teoría descabellada, aunque tampoco lo que estaba sucediendo con exactitud.

—No lo hará. Él no me gusta, y si está interesado no creo que sea por mucho tiempo. Para mañana estará persiguiendo alguna otra falda —contestó tratando de no atragantarse.

Georgiana resopló y se acercó a la cama, mirándola con preocupación.

—No lo subestimes, querida. Por lo que vi, lord Eric no es un hombre que esté acostumbrado a que lo rechacen, y mucho menos a aceptar una negativa. Eso solo despertará su instinto de cazador, y podría tornarse peligroso para ti.

Lilian la escuchó con creciente ansiedad.

No porque creyera que el caballero pudiera tener un interés romántico por ella, sino porque su hermana tenía razón. Si él se ponía entre ceja y ceja, perjudicarla de algún modo, no se rendiría hasta hacerlo.

—No sucederá nada —aseguró riendo nerviosa.

—No te confíes. Ese hombre no parece ser de los que tienen buenas intenciones, es de los granujas, y de los peligrosos.

Lilian asintió.

—No me acercaré a él —la tranquilizó.

De inmediato recordó las palabras del caballero. Acababa de decir algo que no estaba dispuesta a cumplir, porque pensaba seguir con su idea de desenmascararlo.

Después de todo, sí que se estaba convirtiendo en una mentirosa consumada.

CAPITULO 7



Los siguientes días fueron un torbellino de actividades, disputas y acuerdos entre las dos matronas de las familias Lovelace y Rochester.

Lord Harrow y Felicity deseaban una boda grande pero no suntuosa ni opulenta, algo con lo que lady Arabela, la marquesa viuda, coincidía. Mientras que lady Agatha, la madre de las hermanas, insistía en que no debían escatimar en gastos y quería que la celebración fuese ostentosa y digna de las dos familias nobles. Es decir, una boda por todo lo alto, para cerrar la boca a las malas lenguas que por años se habían ensañado con Felicity. Al final los esposos se habían desligado de la interminable discusión y dejado que las dos mujeres dirimieran solas sus diferencias.

En aras de fortalecer la floreciente relación entre las familias, la marquesa viuda había propuesto realizar una cena en la mansión de los Rochester, para celebrar que habían logrado llegar a un acuerdo y todo estaba listo para el gran día.

Lilian intentó alegar que sufría una jaqueca para no tener que asistir a la cena en cuestión, pero había bastado una mirada filosa de su madre para que tuviera que tragarse la excusa y subiera a prepararse.

Su renuencia a asistir no tenía que ver con compartir tiempo con Felicity y su esposo, sino con el hecho de reencontrarse con lord Eric. No se sentía preparada para enfrentarlo después de la discusión que habían mantenido en el jardín. Y menos cuando no había hecho ningún avance en la investigación, pues apenas había tenido tiempo entre los encargos de su madre para la boda. Por otra parte, no había logrado reunir el valor suficiente para regresar a la cueva sola. Hacerlo significaba arriesgarse a que la descubrieran, y en el caso de que la atraparan espiando, lord Eric ya no creería que estaba allí por un interés romántico. Sabría de inmediato que ella conocía la verdad sobre sus operaciones clandestinas.

De todos modos, poco importaba su reticencias, pues el carruaje que los llevaría a la cena acababa de estacionar frente a la gran entrada de la casa.

Como ella nunca había estado en Kings Harrow House y solo la conocía a la distancia, quedó tan impresionada con la magnificencia de la mansión que tuvo que ser su padre quien, con sutiles toques en la espalda, la apremiara a avanzar.

El mayordomo, que se presentó como el señor Parker, los guio a través del vestíbulo que tenía un impresionante techo abovedado de gran altura y pisos de lustroso mármol a cuadros negros y blancos. Llegaron a una estancia grande rodeada de ventanas que daban a la parte del jardín trasero, en la que había una larga mesa ya preparada con candelabros y floreros a rebosar de magnolias y rosas de varios colores. Junto a la chimenea, que estaba apagada, había un sector para sentarse, en donde vieron a su hermana levantarse acompañada de su esposo.

—Buenas noches. Bienvenidos —los saludó lord Harrow de manera formal.

Sus padres saludaron y Georgiana y ella ejecutaron la venia correspondiente, dejando a su madre muy orgullosa.

—¡Oh, basta de tanta formalidad! Os extrañé demasiado —exclamó Felicity, acercándose para darles un abrazo y besar a sus padres en la mejilla.

Lilian notó que lejos de molestarle a Harrow aquella muestra de desparpajo, parecía encantarle, pues sus ojos cristalinos brillaron brevemente mientras observaba a su esposa.

Una vez estuvieron instalados en los sillones, Felicity y su madre comenzaron a conversar sobre los últimos detalles para el enlace, que sería dentro de tres días.

Lilian se relajó poco a poco cuando, al pasar los minutos, nadie más que la marquesa viuda apareció en el comedor para sumarse a la cena, y se entretuvo mirando el salón. Había estatuas de mármol, bustos y esfinges de cristal fino apostados en los rincones que debían valer una fortuna. El techo tenía acabados de yeso labrado y colgaban de este varias arañas de gran tamaño, las cuales proporcionaban a la estancia mucha luminosidad.

El mayordomo les hizo el llamado para sentarse a comer, y de inmediato el marqués se puso en pie y ayudó a su hermana a hacer lo propio. Por el modo en que la trataba, él parecía pensar que en cualquier momento ella podía romperse como alguna de las frágiles esfinges cercanas. Lilian los siguió a la mesa, sonriendo enternecida con aquel gesto protector de lord Harrow para con su esposa embarazada. Estaba tan ensimismada que no se percató, hasta que todos se hubieron sentado, de que en la larga mesa rectangular, había un puesto libre para un comensal más..

La mesa estaba precedida por el marqués, tal y como dictaban las reglas de etiqueta. Felicity, que debía estar ocupando el extremo contrario, al no ser una cena formal, sino privada, se hallaba ubicada a la derecha de su esposo. A la izquierda se encontraba la marquesa viuda; a su lado, su padre, seguido de Georgiana, y en el puesto del frente, su madre y ella. Preocupada, miró la silla vacía, ubicada a su derecha, y lamentó no haber podido escoger el puesto junto a su padre, debido a que le correspondía el último lugar por ser la menor.

Temía que conocía la identidad de la persona a la que estaba destinado el sitio vacío, y no quería tenerlo a esa escasa e inconveniente distancia. Estando tan próximos, no le quedaría más remedio que entablar conversación con el exasperante caballero; de lo contrario, llamaría la atención de los demás y levantaría sospechas. Tal vez el menor de los Rochester no apareciera y ella podría llevar la cena en relativa tranquilidad. Así lo había decretado, cuando los lacayos hicieron su entrada llevando las bandejas tapadas que contenían la cena, y procedieron a servir el primer plato y a rellenar las copas.

Lilian miró cómo o el vino se derramaba en su copa, deseando poder decirle al criado que no lo rebajara con demasiada agua, tal y como se acostumbraba hacer con las damas, porque necesitaba un poco de licor para calmar sus nervios, aunque, por supuesto, no lo dijo.

Lord Harrow propuso un brindis por su esposa y su futuro vástago. Todos tomaron sus copas y se pusieron de pie.

El marqués carraspeó y fijó la vista sobre una sonrojada Felicity.

—Brindo por la llegada de mi esposa a mi vida, por su sonrisa y el brillo encantador de su mirada, porque este nunca se apague. Y por el regalo que Dios nos envió para terminar de hacer todo perfecto. Brindo por el amor.

Lady Arabela y Agatha celebraron encantadas y su padre asintió hacia el marqués, como

agradecimiento. Todos alzaron sus copas y las acercaron al centro de la mesa, sellando el brindis. Felicity sonrió y apretó la mano de su esposo, mirándolo conmovida, y fue allí que Harrow los sorprendió tirando de su mano hacía él para estamparle un beso en los labios. Georgiana y ella observaron el rápido intercambio disimulando apenas el asombro.

Cuando se disponían a sentarse, y Lilian estaba riendo por la expresión asqueada de Georgiana, se oyó una voz de barítono interrumpiendo los murmullos de conversación.

—Buenas noches. Parece que llego justo a tiempo.

Lilian aterrizó en la silla y borró la sonrisa de su cara.

El recién llegado se acercó a la marquesa viuda y la saludó con un beso en la mano. Repitió la acción con Felicity y la condesa, desplegando una galantería y encanto envidiables. Después, saludó a los hombres y a ellas con un educado asentimiento de su cabeza.

—Hijo, más bien llegas tarde. Anda, siéntate. Se está enfriando la comida —lo regañó lady Arabela, indiferente al hecho de que hubiera más personas.

Lilian se concentró en la sopa de espárragos que acababan de servirle y evitó elevar la mirada para no delatar su nerviosismo. No había tenido suerte, él estaba allí, y no había escapatoria alguna, tendría que soportar su presencia.

—Mis disculpas. Debía ocuparme de unos asuntos impostergables, pero Weiss me relevó al final. Y como dice el dicho, lo bueno se hace esperar —respondió, haciendo énfasis en las últimas palabras cuando estaba pasando por detrás de Lilian.

Ella se tensó al sentir que el hombre tomaba asiento a su lado y la invadía con su aroma masculino y su corpulencia.

La condesa, bendita fuera, le hizo una pregunta a lady Arabela sobre la boda, y eso ocasionó que los demás dejarán de observar para su lado y la conversación se desviara lejos de ellos.

Lilian tragó el líquido caliente y volvió a rellenar la cuchara de oro bruñido, intentando no temblar para no derramar nada. Fingió estar muy interesada en los ingredientes de la preparación de la sopa, haciéndole preguntas innecesarias a Georgiana. Su hermana la miraba como si se hubiera vuelto loca, porque nunca había preparado ni tan solo una taza de té, mucho menos una sopa.

Para mortificación de su madre, que no dejaba de parlotear sobre los detalles del enlace de sus hijos, el padre de ellas le preguntó a Georgiana sobre una yegua que estaba a punto de parir. El rostro de su hermana, quien hasta el momento no había emitido palabra, se iluminó, y se lanzó a responder, olvidándose de que ella existía.

Lilian apretó la cuchara con más fuerza de la necesaria y suspiró. Al instante oyó que lord Eric carraspeaba.

—¿Acaso no me piensa saludar, *milady*? —murmuró con sorna el caballero.

—Claro. Buenas noches, *milord* —contestó sucinta, evitando su mirada.

—Buenas noches, Lily —le respondió con tono divertido, tomándola desprevenida.

Lilian lo miró con rapidez. Él la estaba viendo con un brillo sardónico.

Iba vestido de negro de pies a cabeza, y por más irónico que pareciera, eso hacia destellar con mas intensidad a sus orbes esmeralda. Aunque su vestimenta era formal, su pelo seguía

estando en desorden, como si el viento lo hubiera despeinado y él no hubiese hecho nada para acomodarlo, lo que decía mucho de su carácter. Un verdadero caballero no se habría despeinado porque no se aventuraría al aire nocturno sin el debido sombrero.

Lilian apartó la vista y apoyó la cuchara sobre el plato. Ya no tenía hambre.

—No me llame así. Para usted soy lady Lilian —le espetó en un murmullo colérico.

Él chasqueó la lengua.

—Creí que ya habíamos traspasado la línea del trato formal hace rato.

Lilian detestó el deje irónico en sus palabras.

—Pues creyó mal. Soy una dama, y me debe el respeto pertinente. Solo mis allegados me llaman así.

El caballero no contestó de inmediato.

Pasaron unos minutos en incómodo silencio. Los criados retiraron los platos, para de inmediato servir el siguiente, que consistía en pastel de papas con pescado a la zanahoria.

Lilian creía que Rochester la dejaría en paz, no obstante, su tranquilidad no duró demasiado.

—No lo había pensado, y tiene razón. Yo no pertenezco a su círculo próximo, pero tampoco soy un completo desconocido, ¿no es así?

Lilian cortó un trozo de pastel, ignorándolo. Ese desplante no lo afectó para nada.

—Digamos que no soy su amigo ni de su familia directa. Aunque eso no sería del todo cierto, porque somos familia política.

—Exacto, solo es un mero conocido a quien estoy forzada a tratar —lo interrumpió con sequedad, pero él prosiguió como si no la hubiera oído.

—Sin embargo, ¿cómo llamaría a una persona que sabe más de usted que sus seres queridos?

Aquella afirmación provocó que abandonara su actitud distante.

—Usted no me conoce más que mi familia. No sabe nada de mí —rebatió con brío, en otro murmullo.

Él elevó las comisuras de su boca con visible diversión.

—Bueno, le confieso que no soy adepto a llevar la contraria a una dama pero, voy a tener que hacer una excepción y contradecirla.

Dicho esto, apartó la mirada y empezó a dar cuenta de su plato, como si no tuviera prisa por explicar lo que había dicho.

Lilian reprimió el impulso de lanzarle el tenedor que estaba sosteniendo. En su lugar, lo dejó a un costado, y sujetó la copa para beber casi todo el contenido.

—¿Qué está queriendo insinuar? —inquirió, llevándose la copa a los labios.

El hombre podría hacer perder la paciencia a un santo.

Lord Eric se acercó, y como si estuviera diciéndole algún comentario banal, le murmuró con tono cómplice:

—Digo que no sé demasiado de usted, pero sí que conozco su verdadera personalidad,

porque, a diferencia de su familia, sé su secreto. Sé sobre sus escapadas nocturnas y de que mantiene engañados a todos con su fachada sumisa y tímida. Soy consciente de que oculta al mundo su verdadera naturaleza debido al qué dirán, cuando dentro de usted hay una fiera salvaje y aventurera buscando ser liberada.

Lilian abrió los ojos al oír su descarada declaración, temerosa de que alguien hubiese podido oírlos, y escandalizada con su irreverencia inexcusable, se atragantó con el vino que estaba tomando, justo cuando él terminaba su discurso. La vista se le puso roja, al igual que la cara, y procedió a toser, intentando aclararse la garganta en vano. De inmediato sintió unas palmaditas en la parte superior de la espalda, las cuales subieron de intensidad cuando ella no consiguió recomponerse.

La familia entera estaba mirándola con preocupación, y ella, que tenía la servilleta de seda cubriendo su boca, les hizo una seña tranquilizadora. La tos cesó, y los demás volvieron la atención a sus platos y conversaciones.

Fue entonces que Lilian se percató de que la enorme mano del caballero continuaba en su espalda y estaba trazando círculos lánguidos sobre esta. Aturdida, se tensó y percibió que él lo notaba; y en lugar de quitarle la mano de encima, sin ningún miramiento dejó que esta descendiera despacio hasta apoyarse en su cintura. Lilian jadeó abrumada por el calor que invadió su cuerpo ante esa mera acción, y se puso en pie con brusquedad para alejarse de aquel tacto indiscreto.

Los hombres se levantaron, como dictaba el protocolo.

—¿Estás bien, hija? —preguntó extrañada su madre, volviéndose hacia ella.

Todos la observaban, pero ella no quería mirar a la cara a nadie, temerosa de que alguno se hubiera percatado de lo que había hecho lord Eric.

—Sí, por supuesto. Retomen su cena, caballeros, por favor.

Ellos se sentaron de nuevo.

—Me arde un poco la garganta, ¿podría retirarme unos minutos? —continuó con voz ronca, dirigiendo la pregunta a su hermana mayor.

—Sí claro, ve por el vestíbulo y encontrarás un tocador antes de las escaleras.

Lilian asintió.

—¿Quieres que te acompañe? —intervino Georgiana, mirándola con sospecha.

—No, no. Sigue con tu cena, enseguida vuelvo —respondió sabiendo que sus mejillas estaban todavía sonrojadas.

Su hermana que no parecía haber advertido el comportamiento incorrecto de lord Eric, asintió hacia ella, y miró con el ceño fruncido al caballero que estaba comiendo como si nada hubiera sucedido.

Salió del salón, para tener esos minutos de tranquilidad, y caminó por el vestíbulo siguiendo las instrucciones de su hermana. Vio la puerta que le había indicado, pero de solo pensar en encerrarse, sintió un mareo repentino. Por lo que se desvió hacia la derecha, y siguió el pasillo que terminaba en una enorme galería de retratos. Aunque como el lugar estaba apenas iluminado por la luz crepuscular que dejaba colar las cortinas de lino blanco, no pudo más que suponer que se trataban de pinturas al óleo de los antepasados de los Rochester.

Ella se acercó al rincón más alejado donde había una ventana abierta y respiró aliviada el aire nocturno.

Sus pensamientos regresaron a lo que había sucedido en el comedor. No podía acreditar el atrevimiento de aquel hombre, que la había tocado en las narices de toda su familia, sin ningún tipo de remilgo. Con la intención de importunarla y desquitarse por el trato recibido días atrás.

Lilian todavía podía sentir el calor de su mano en la espalda, como si la hubiera marcado con un hierro caliente. No obstante, lo más apabullante es que aún podía percibir la sensación ardiente que la había recorrido en ese momento. Había sido como una corriente extraña que había puesto en tensión cada músculo de su cuerpo.

No entendía qué le estaba ocurriendo, y no quería descubrirlo tampoco. Sabía que Rochester solo tenía intención de provocarla, que su objetivo era importunarla y sacarla de quicio para ponerla en evidencia frente a sus familiares. Aun así, y de una manera inexplicable para ella, había podido percibir en esa caricia un deje de anhelo y posesión. Él la había tocado de manera íntima y lenta, como si no quisiera detenerse nunca. El solo recuerdo le provocó un nudo en el vientre, y tuvo que reconocer que lo que le preocupaba en realidad era que no estaba furiosa por su atrevimiento, sino con ella misma por la reacción de su cuerpo ante una mera caricia fugaz.

De pronto, ya no sentía exasperación al pensar en el caballero, solo un extraño aleteo en el centro del estómago, y esa sensación no le gustaba nada.

Sofocada, se acercó más a la ventana y asomó la cabeza fuera. Estaba a nivel del suelo y delante tenía la entrada lateral de la casa, la que se debía tomar para rodear la propiedad y así salir a la parte trasera de la misma.

Lilian tomó aire, decidiendo que ya era hora de regresar a la cena, en donde pondría en su lugar al atrevido caballero y le dejaría en claro que no permitiría en un futuro, tamaño desaire. Él no tenía razones para molestarla, ya que, nada sabía acerca de sus descubrimientos, ni de su conocimiento sobre el contrabando. Si lo que quería era vengarse por la mentira que le había dicho al hacerse pasar por una criada, le diría que se había extralimitado.

Decidida, se enderezó, y fue cuando escuchó el sonido de voces acercándose por el lado externo de la casa, las cuales venían en su dirección, pues oía la conversación con mayor claridad a cada paso que daban.

—Por aquí, sígueme —dijo una voz que reconoció de inmediato.

—¿Por qué tanto secretismo? —renegó otra persona.

Ellos llegaron a su altura, justo cuando Lilian se corría hacia atrás con rapidez y pegaba la espalda a la pared junto a la ventana, logrando ocultarse de la vista a tiempo.

—Porque tenemos invitados en la casa. No podemos arriesgarnos a que alguien nos escuche. No tengo mucho tiempo, el mayordomo anunció tu llegada en medio de la cena —explicó Rochester en un murmullo bajo.

—De acuerdo. De todos modos, no tengo mucho que decirte, pero debía avisarte, no podía esperar —contestó el segundo con aquel acento extranjero, que ya sabía que pertenecía al capitán Weiss.

—Dime.

—El barco está llegando a su destino. Mis hombres ya están listos para interceptarlo en el

punto de encuentro y descargar la mercancía antes de que llegue al puerto. La acercarán a la cueva pasada la medianoche.

—Perfecto. Antes del amanecer la trasladaremos, la llevaremos con los compradores, y esperaremos a que la carnada muerda el anzuelo —declaró Rochester.

—Bien. Te veré allí, entonces —se despidió el americano.

—De acuerdo. Regresaré dentro.

Lilian, que oía boquiabierta el intercambio, cayó en cuenta de la frase final del caballero, y salió de su parálisis momentánea. Apurada, se alejó de la ventana y corrió hacia el vestíbulo para dirigirse al comedor y ocupar su puesto antes de que el hombre volviera y notara su ausencia. Si la veía en el salón, no sospecharía de que ella los hubiera podido espiar, como sí que lo haría si regresaba al lugar después de él, habiendo salido mucho antes.

Cuando ella llegó ya habían servido el postre, una tarta de arándanos y nueces caramelizadas, de los que dio cuenta gustosa. No podía decir lo mismo de su tranquilidad, pues le costó toda su fuerza de voluntad aparentar serenidad y compostura ante Rochester, quien se les unió a los pocos minutos.

Después de comer, pasaron al salón de música, una estancia no tan grande como las anteriores y muy bien equipada. Había un enorme piano a un costado del lugar y a su lado un arpa y un violín. Tanto el techo como las paredes eran de color blanco, y frente a los instrumentos había dispuestos varios sillones en color verde rodeando a una mesa de té de cristal y algunas butacas de terciopelo gris.

—Hijo, ¿por qué no tocas para nosotros? —propuso lady Arabela mirando a su hijo menor, que estaba apoyado contra el alféizar de una ventana.

Él pareció sorprenderse con el pedido impulsivo de la marquesa viuda y la miró con una ceja alzada, sin perder su posición relajada.

—Sabes que no me gusta tocar en público —respondió en tono monocorde.

—Solo una pieza corta.

—Madre, no.

La mujer que guardaba un gran parecido con él solo lo miró suplicante, pero él no cedió. Agatha depositó la taza de té que estaba bebiendo en la mesita auxiliar, y carraspeó incómoda.

Harrow no intervino para mediar en la discusión, solo se limitó a observarlos con seriedad. Los Lovelace intentaron conversar entre ellos para pasar del momento tenso.

Lady Arabela se puso en pie y se acercó hasta el caballero, que se enderezó al verla acercarse. Se desató entre ellos un diálogo inaudible para el resto, y al parecer ríspido.

—Hijo, creí que ya habías superado esa etapa —suspiró Arabela cuando llegó hasta su hijo menor.

Eric tuvo que reprimir la risa amarga que pugnaba por salir de su garganta.

—¿Qué etapa? —inquirió en su lugar.

—En la que vivías atormentado por el recuerdo de tu padre. Pensé… Te veía distinto desde que regresaste.

Estar lejos le hacía bien; no obstante, siempre que regresaba, los fantasmas lo hacían con

él. Lo cierto es que los llevaba a cuestas como una cruz, por más que quisiera creer lo contrario.

La sola mención de su progenitor fue suficiente para terminar de agriar el ánimo de Eric. Él arqueó las cejas.

—No creo que sea el momento adecuado para hablar de estos asuntos, madre.

—Eso es cierto. Sin embargo, nunca es momento oportuno para ti. Cada vez que intento hablar sobre tu padre, buscas la manera de evadirlo.

Eric soltó el aire con pesadez y lamentó no poder tener entre los dedos un buen vaso de coñac.

—¿Qué quieres que te diga, madre? Padre está muerto, y a los muertos hay que dejarlos donde están. No veo el sentido a desenterrar cadáveres.

—Aun así, es necesario que olvidemos para que ellos puedan quedarse donde pertenecen.

—¿Y recordar hará que lo olvide? Parece contradictorio, ¿no crees?

La dama asintió, y su lustroso cabello rubio oscuro, que apenas tenía signos de su edad madura, brilló bajo la luz de las velas. Sus ojos verdes lo miraron de esa manera maternal que solía conseguir de él cuánto quisiera, y Eric maldijo por dentro.

—Una pizca de remembranza es suficiente para poder aprender de los errores que cometieron nuestros predecesores y así no estar condenados a repetirlos.

—¿Acaso es posible evitar cometer los mismos pecados de nuestros padres? No estoy convencido de ello —comentó con sequedad.

—Es posible para los valientes, para los que tienen la suficiente entereza. Mira a tu hermano, él logró vencer a cada uno de sus fantasmas. Tú también puedes hacerlo —lo animó Arabela.

Eric negó. Miró hacia donde Benjamin se hallaba, él parecía cómodo, relajado y a gusto con su realidad. Y una vez más experimentó aquel recurrente sentimiento de soledad, de no pertenencia. La contradictoria sensación de estar de más, cuando se había criado en esas tierras y las había amado desde siempre. Esa no era su casa y esa no era su familia, sino la de su hermano. Todo lo que allí había le pertenecía a él, de hecho.

Como su padre se había encargado de demostrarle desde que tenía uso de razón, él no era un verdadero Rochester. Solo era un bastardo al que el marqués había tenido que reconocer para ahorrarse la humillación pública de haber sido engañado por su joven esposa.

Arabela no era consciente de que Eric conocía su precioso secreto, y él no tenía el valor para enfrentarla con aquella verdad. La dama continuaba ocultando su desliz, como había guardado bajo siete llaves la identidad de su verdadero padre. Esa mentira la había mantenido atada a merced de los caprichos de su esposo infiel que nunca la había querido ni mucho menos tratado como una esposa de verdad. Ella solo había sido para el viejo marqués una posesión que usaba para lograr un objetivo y poco más.

Eric no la juzgaba, ni ahora ni cuando lo había sabido por boca de su moribundo padre, quien estando en su lecho de muerte se lo había escupido así sin más al verlo de pie junto a su cama. En cierta manera aquella revelación había significado una liberación para Eric. Una respuesta a tantos porqués de una infancia de desprecios y desplantes continuos por parte de un hombre a un niño que solo había pretendido un poco de cariño y jamás lo había recibido. Saberlo lo había liberado de la culpa, de la responsabilidad de no ser suficiente para su padre, de nunca

estar a la altura de sus expectativas. No había nada que pudiera hacer para que él lo quisiera, porque nunca había tenido una oportunidad. El marqués despreciaba su sola existencia, y eso era algo que Eric no podía evitar hacer. Existía, y era para su padre un recordatorio constante del pecado de su esposa, de la deshonra.

—Eric… —susurró Arabela, tocando con suavidad su mano.

Él regresó al presente, y forzando una sonrisa la miró.

—No todos tienen la misma suerte mi hermano. Para eso tendría que encontrar a una santa que me aguante, como lo hace su esposa, y no creo que abunden.

Arabela suspiró, pero recordando que tenían compañía decidió que dejaría estar el tema por el momento.

Le extendió la mano a su hijo, para que este la guiara hacia los demás, y contestó a su chanza.

—Oh, no tienes que buscar demasiado lejos —le susurró con complicidad mientras caminaban—. Aquí tienes dos candidatas perfectas.

Eric gruñó.

—Sabes que no me casaré, madre—masculló.

—Eso no está decidido, la última palabra no la tienes tú —rebatió despreocupada.

—Ah, ¿no? ¿Y quién si no? —interrogó, sabiendo que no era buena idea seguirle el juego a su madre.

—Pues tu corazón, quién más.

Él se detuvo y la miró incrédulo.

—¿Mi corazón? Eso es ridículo.

La marquesa viuda se carcajeó, y retomando la marcha susurró:

—Eso mismo perjuraba tu hermano, y ya sabes lo que sucedió con él. Te has equivocado antes: no es la infinita paciencia de Felicity lo que liberó de sus sombras a Benjamin, sino el amor. Y no pierdo la esperanza de que haga lo mismo por ti.

—El amor es un invento de los poetas para justificar sus vidas promiscuas. No existe tal amor.

—Entonces, deja de actuar como si estuvieras encerrado en una jaula con leones y relájate con las damas presentes, después de todo, no tienes a qué temerle, ¿no?

Eric no contestó.

CAPITULO 8



Desde su posición en el sofá, Lilian observó con disimulo la conversación entre madre e hijo. Ellos intercambiaron palabras en voz baja en el rincón más alejado de la sala de música, después la dama se aferró al brazo del hijo y ambos caminaron en su dirección. Cuando estaban llegando hasta donde los demás hablaban, lady Arabela entre risas palmeó con afecto el brazo del caballero antes de soltarlo y regresar a su sitio junto a Felicity, donde miró a todos con una sonrisa expectante.

Rochester tomó asiento en una butaca ubicada a la izquierda de Lilian, pues era la única libre, y apenas le dedicó una mirada de soslayo. Ella creyó que retomaría su mal comportamiento previo, pero este parecía abstraído y apenas intervino en las conversaciones de los demás. Lilian supuso que tendría ya la cabeza puesta en lo que sucedería en unas horas y que solo estaba buscando una excusa elegante para poder marcharse del lugar.

Como ni Georgiana ni ella tenían el mínimo oído musical, se salvaron de pasar un bochorno al tener que ejecutar un instrumento. Aunque de todos modos lo pasaron, cuando su padre comentó que si sus hijas menores decidían dar un concierto, los animales de los alrededores huirían despavoridos y la temporada de caza sería un fracaso. Todos rieron divertidos, y ella solo deseó que la tierra se la tragara.

Su madre obligó a Felicity a cantar y lord Harrow la acompañó en el piano, haciendo alarde de un talento bastante aceptable.

Acababan de iniciar la primera interpretación, cuando lord Eric se disculpó y se retiró del salón. Ella no lo siguió con la vista por temor a delatarse frente a los demás. Tampoco hacía falta, sabía adónde se dirigía, y esta vez no pensaba desaprovechar la oportunidad que le habían servido en bandeja de plata.

Descubriría qué ocultaban Rochester y el americano, y terminaría con aquel juego.

Después de regresar a su hogar junto a sus padres y hermana, Lilian se retiró a su habitación y, en cuanto su doncella personal terminó de asistirla en la rutina nocturna y la dejó sola, se quitó el camisón y se puso con rapidez la ropa masculina de mozo de cuadras que ya había usado con anterioridad. Una vez estuvo acostada, trató de dormir en vano, y solo permaneció recostada, esperando a que el reloj avanzara hasta la hora que pretendía salir para ir hasta la cueva de los contrabandistas.

Al final dormitó de manera intermitente, y cuando el reloj dio la hora señalada, se despertó y se sentó en la cama como un resorte. El momento había llegado, por fin sabría con certeza en qué estaban metidos lord Eric Rochester y el capitán americano.

Se levantó de un salto, apagó la única vela que iluminaba el cuarto, y colocó las almohadas de manera que, si alguien abría la puerta, pudiera confundirlas con un cuerpo en reposo. Se puso la capa oscura y la capucha para cubrirse el pelo, y tras comprobar que llevaba el puñal, tomó los guantes y se escabulló del cuarto.

Como ya conocía el trayecto que debía trazar para cruzar la mansión a oscuras, salió de la casa con facilidad y, con sigilo, se dirigió hacia donde había dejado atada a su montura. En apenas unos minutos se alejó de las tierras de los Lovelace, sin percatarse de la figura que, asomada a una de las ventanas, la observaba alejarse con expresión funesta.



La noche envolvía a la pequeña cala apenas iluminada por la luz de la luna oculta entre las nubes. Siluetas furtivas, envueltas en abrigos negros y sombreros raídos, se desplazaban cargando cajas pesadas desde un bote hasta una gran carreta arriada por dos caballos, apostada a unos pocos pasos. El aire estaba impregnado con el olor salino del mar y el nerviosismo palpable de quienes se amparaban en la oscuridad, acompañados por el sonido de las olas rompiendo contra el muelle.

El reloj de una iglesia cercana sonaba, marcando los minutos que restaban para el alba, cuando la carga estuvo a bordo del transporte en su totalidad. La carreta inició el viaje traqueteando con lentitud por un camino escondido de la ruta principal, siguiendo a dos jinetes que abrían la marcha a paso rápido.

Eric sacudió la riendas de su caballo y, al mirar una vez más a su alrededor, no encontró nada más que árboles, sombras y penumbra. La operación ya estaba en marcha, y ahora solo restaba esperar a que todo saliera según lo planeado. A su lado, el capitán Weiss cabalgaba en silencio, con los sentidos alertas y los ojos puestos en el camino.

Después de unos minutos de viaje, llegaron al punto de reunión acordado, un claro del bosque aislado de la vía principal, el cual tenía una ruta de acceso directo a esta por donde escapar en caso de ser necesario.

Eric aminoró la marcha, y la carreta se detuvo ante la orden de su mano. Con rapidez se alejó, bajó del caballo y lo ató a unos pocos pasos para evitar que se viera desde el claro. Se ubicó tras un gran árbol desde donde podría ver toda la operación, y le hizo una seña al capitán.

Apenas habían llegado, cuando dos personas emergieron del otro lado del bosque, saludaron a los ocupantes de la carreta, y a Weiss con una inclinación rápida de sus cabezas. Este asintió en dirección a sus hombres que iban a bordo del pescante, los cuales saltaron a tierra, para comenzar a descargar con cuidado las cajas envueltas en lienzo y depositarlas en la segunda carreta, propiedad de los recién llegados. Allí, los comerciantes, un hombre mayor de aspecto demacrado y otro más joven que se mantenía cabizbajo y callado, inspeccionaban los productos con rapidez y destreza, asegurándose de su calidad.

La tensión en el aire era palpable mientras Weiss y él supervisaban el intercambio, mirando a su alrededor, vigilantes ante cualquier signo de peligro. La transacción se realizó en un silencio tenso, solo interrumpido por el crujido de las suelas de las botas sobre el camino de tierra.

Una vez completada la entrega, su amigo se acercó y recibió la bolsa de monedas en pago por la mercancía, la cual sería llevada al mercado de la ciudad al amanecer, para su posterior venta y distribución entre los demás comerciantes.

Una vez estuvo todo en orden, los compradores se preparaban para partir. Eric intercambió una mirada de preocupación con Weiss, quien meneó la cabeza en un gesto negativo. No podían retener a los hombres más tiempo, tendrían que dejar que se marchasen con la mercancía ilícita.

Eric estaba a punto de admitir que el plan había fallado y salir al claro, cuando, de pronto, cuatro hombres a caballo emergieron de entre las sombras, y le dieron la voz de alto.

De inmediato se desató el caos en cuanto los compradores advirtieron que se trataba de funcionarios de hacienda, armados y determinados a imponer la ley y a confiscar la mercancía ilegal.

Sabiendo que enfrentaban una inminente confiscación, todos bajaron a tierra y levantaron las manos en señal de rendición. Desde su posición, Eric advirtió que el comerciante de mayor edad estaba llevando la mano a su bolsillo con disimulo, de seguro planeando sacar un arma, para poder amenazar a los funcionarios e intentar escapar.

Sin embargo, antes de que la situación se agravara, un quinto hombre irrumpió en el lugar a lomos de un enorme corcel de pelaje claro. Vestía ropa de fina calidad, cubriendo un cuerpo grueso. El pelo rubio oscuro, que llevaba peinado a la perfección, era del mismo color que el bigote que adornaba una cara redonda.

—No intenten nada, señores. Mis hombres tienen orden de disparar a cualquier individuo que pretenda impedir la requisa.

El lugareño, que estaba muy delgado y miraba al recién llegado con gesto de desprecio, levantó en alto la mano que había llevado a su pantalón antes, como señal de rendición, mientras que su compañero no se había movido de su posición sumisa.

—Muy bien —prosiguió quien parecía ser el jefe de los oficiales—. Revisen ambas carretas y aten a los caballos de inmediato.

En cuanto habló, uno de los hombres corrió hacia la carreta cargada. El que daba las órdenes se bajó del caballo y se acercó hasta donde Weiss estaba.

—¿Qué tenemos aquí? —siguió con tono indolente. Miró al capitán con fijeza, arqueando una ceja cuando este no se amedrentó ante su escrutinio—. ¿Es usted el jefe de esta operación?

Weiss lo miró sin inmutarse durante unos segundos, asintió.

—Dígame su nombre y la procedencia de esta mercancía —demandó tras esbozar una mueca sardónica.

—Me llamo Logan Weiss. Deje ir a mis hombres —contestó el capitán con sequedad, bajando los brazos.

—No ha respondido lo que le pregunté, pero ya veo que es usted americano. Supongo que debe ser el capitán del barco procedente de las colonias que ancló al atardecer. Ya hemos revisado barcos de su propiedad con anterioridad.

Weiss no respondió, ni siquiera ante el insulto velado que había hecho al llamar así a su tierra natal.

—¿Sabe que descargar mercancía del barco antes de que este toque tierra y pueda ser revisado por los funcionarios de hacienda, es un delito que se paga con prisión? —inquirió el jefe con mal disimulada satisfacción.

—Deje ir a mis hombres —repitió Weiss en un gruñido hosco.

—Me temo que eso no será posible. Primero debemos asegurarnos de que aquí no se esté llevando a cabo un delito. Lawrence, deme el reporte —agregó, sin despegar la vista del americano.

—Las cajas contienen ron, señor. Ninguna lleva el sello del pago de hacienda —informó uno de sus hombres, que estaba subido en la carreta de los comerciantes, abriendo el contenido de la carga.

El jefe chasqueó la lengua.

—Qué desafortunado, capitán. Entonces le informo que estos pescadores, los demás y usted mismo quedan bajo arresto de la armada británica.

Los oficiales que habían permanecido a unos pasos con sus rifles apuntando en su dirección se prepararon para seguir las órdenes.

—No les toquen.

Weiss apretó los puños y se acercó dos pasos, ocasionando que el funcionario retrocediera nervioso.

—Está bien, no es necesario ponernos agresivos. después de todo, somos personas civilizadas… Tal vez, si cambia de actitud, puede que se me ocurra alguna solución alternativa a su terrible situación.

—¿A qué se refiere? —cuestionó Weiss.

—Bueno, resulta que está casi amaneciendo y mis hombres están cansados. Si los detenemos, tendremos que llevarlos hasta la prisión, trasladar la mercancía hasta el puerto principal, y seguir todos los protocolos pertinentes. Eso nos llevará mucho tiempo, ninguno de nosotros podrá dormir en lo que queda de noche.

Weiss emitió una risa sarcástica que pareció más bien un resoplido de desprecio.

—Usted no parece de los que se arremangan para hacer el trabajo duro. No mienta, de seguro dejará a estos peleles para que hagan todo el trabajo y se irá a su mansión a reposar su gordo trasero.

El jefe se puso rígido y su cara se crispó hasta ponerse de color granate cuando los hombres de Weiss y los comerciantes prorrumpieron en risas.

—No le conviene ser impertinente conmigo. Lo que yo haga a usted no le interesa. Lo que debe importarle es que de mí depende que su tobillo no termine encadenado a una pared de un mugriento calabozo —espetó airado.

Weiss se balanceó sobre sus tobillos y lo observó ladeando la cabeza.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso tengo manera de impedir ese destino? —inquirió después de un momento.

El funcionario asintió, y con tono cómplice murmuró:

—Siempre hay una manera, una alternativa.

—¿Cuánto costará que nos deje marchar? —preguntó Weiss con el mismo tono.

El otro se estiró, al parecer complacido con la pregunta.

—Trescientas libras, en billetes.

Weiss bufó.

—Eso es tres veces más de lo que gané por la mercancía.

—¿Cuántos peniques vale su libertad?

—Solo tengo dos mil peniques, no más —gruñó el capitán.

El jefe extendió la mano sin mediar más palabras. A regañadientes, Weiss sacó la bolsa que el comerciante le había entregado y se la lanzó al caballero. Este jadeó y la atrapó con dificultad, la abrió y asintió con una mueca de regocijo, se volvió hacia sus secuaces.

—Déjenlos ir, pero traigan la carreta con nosotros.

Weiss se envaró al tiempo que el comerciante miraba a su compañero con desesperación.

—Le he dado el dinero, deje que el comerciante se lleve las cajas.

El funcionario se volvió hacia él y lanzó una risa de diversión.

—Las monedas que me dio no valen esa cantidad de ron. Olvídelo, nos llevaremos la mercancía.

—¿Piensa entregarla a los oficiales portuarios? —replicó Weiss con tono irónico.

El funcionario lo miró con mofa.

—¿Para qué haría eso? Ustedes ya me ahorraron el trabajo de tener que pasar por la aduana.

Dicho esto, levantó un dedo. A su orden, los funcionarios intentaron subir a la carreta, pero los comerciantes se interpusieron y comenzó un forcejeo violento entre ellos.

—Oficiales procedan a… —empezó a decir el jefe, cuando fue interrumpido.

—Yo puedo responder su pregunta, capitán. Apostaría a que mandará que la lleven a sus propios almacenes, donde la venderá sin pagar el impuesto en cuestión —dijo de repente una voz desde algún punto al costado derecho de Weiss.

Al oírlo, los demás se asustaron y apuntaron con el arma hacia el rincón oscuro de dónde provenía la voz.

—¿Quién está ahí? ¡Salga ahora mismo con las manos en alto! —exigió molesto el jefe.

Nadie respondió.

—Salga, o le disparamos al capitán Weiss.

No tuvo que decir más: antes de que terminara la frase, emergió una figura alta de entre las sombras.

No llevaba las manos en alto, sino los brazos apretados contra los costados del cuerpo.

El funcionario se giró a mirarlo con sospecha.

—¿Usted quién es? Acérquese y no intenten nada —le ordenó, sacando un arma y apuntándole con esta.

Eric obedeció y, cuando la luz crepuscular alumbró sus rasgos, tuvo la satisfacción de ver cómo el rostro del jefe perdía color y su mirada evidenciaba el reconocimiento.

—Buenas noches, *sir* Miles —lo saludó con sorna.

—Rochester… —farfulló sin aliento el caballero, y el arma tembló entre sus dedos.

—Diría que es un placer volver a verlo, pero mentiría —siguió Eric, con una mueca sardónica.

—¿Qué está haciendo aquí? Por si no se ha dado cuenta, está interviniendo en una operación oficial de hacienda. Márchese.

Eric se posicionó junto a Weiss, y ambos observaron al caballero con diversión.

—¿Qué creé que estoy haciendo aquí? No pasaba cerca. El capitán y yo somos viejos amigos, y también socios. Me está robando, Miles, y eso no me agrada.

Al oírlo, el asombro de Miles fue evidente, a pesar de que intentó disimularlo. Una capa de sudor comenzó a cubrirle la frente, y este se apresuró a guardar el arma, para sacar un pañuelo de seda de su bolsillo y secarlo.

—El único que está cometiendo un delito es usted, Rochester. Está mercancía fue extraída del barco antes de anclar en el puerto. Mis informantes me avisaron de movimientos sospechosos provenientes del barco del hombre aquí presente, y no es la primera vez que sucede. Es evidente que están contrabandeando con la mitad de la carga y solo presentan ante hacienda la mitad restante. Es usted un delincuente, al igual que sus secuaces.

Eric se cruzó de brazos y sacudió la cabeza, riendo incrédulo.

—Es irónico que me acuse de delinquir, cuando todos los comerciantes, los puesteros del mercado, los trabajadores del puerto y los capitanes y marineros que llegan al puerto de Bristol saben de la red que ha montado para enriquecerse.

—No sé de qué está hablando —adujo el hombre, arrugando el pañuelo con nerviosismo mal disimulado.

—Hablo de que usted se aprovecha de sus conexiones con Hacienda para cobrar a los comerciantes que llegan a vender sus mercancías al puerto, los cuales no solo deben pagar los altos valores de los impuestos establecidos por la corona, sino a usted también, para poder entrar la mercancía a los almacenes. Aquellos que se niegan a pagar, pierden la mercancía, y es a su propio banco al que deben recurrir para cubrir sus deudas, teniendo que pagar intereses exorbitantes.

—Esta es mi ciudad. Todo el mundo me respeta aquí, y no hay familia que no haya recurrido por un préstamo a mi banco. Nadie se pondrá en mi contra ni dudará de mi palabra. Mi reputación es intachable, al igual que la de los Miles. No se puede decir lo mismo de la suya. Mucho menos de la reputación de su querido hermano y su reciente esposa —se jactó *sir* Miles, con mueca malévola.

Eric apretó los dientes.

—Cállese. Ni siquiera nombre a algún miembro de mi familia, o no respondo —le advirtió en un gruñido.

—Oh… sabe que no estoy mintiendo. Tengo pruebas de que ese matrimonio no es lo que parece, y pronto pienso hacerlas públicas. Cuando eso suceda, su hermano no tendrá más remedio que venderme Kings Harrow House, porque nadie más le prestará dinero y ambos sabemos lo caro que cuesta mantener esa propiedad. Las arcas de los Rochester no podrían con ello.

—Eso no sucederá. La propiedad nunca será suya. Mi hermano ya está al tanto de todo lo que hizo para perjudicarlo. Si intenta desatar rumores sobre su matrimonio, lo denunciaremos con las autoridades y con la Corona. Está robando de las arcas reales al quedarse con dinero de los impuestos. Pueden ahorcarlo por ello.

—No puede probar nada. Yo solo vine a impedir un delito. Los oficiales de Hacienda aquí presentes así lo testificaran.

—Acaba de sobornar al capitán para dejarlo ir. Eso prueba que no es usted inocente, sino un corrupto. Tiene el dinero en su poder, y todos saben lo que le hace a los comerciantes. Los ha empobrecido abusando de su poder por años.

Miles sonrió de manera pérfida, y con rapidez sacó la bolsa de monedas de su bolsillo y la arrojó a los pies de ellos.

—Es su palabra contra la mía, Rochester. ¿A quién piensa que le van a creer? ¿A mí, un honorable miembro de esta comunidad que tanto apoyo le ha dado a la ciudad? ¿O a usted, un renegado de la nobleza, despreciado por su padre, mal visto por sus pares aristócratas y por la sociedad de bien, y un juerguista y apostador devenido en contrabandista? Se atreve a juzgarme, cuando resulta que es usted el hombre que las autoridades están buscando hace meses. Se dedica a proveer de mercancía de sus barcos, a los comerciantes evasores. ¿Cómo cree que verá eso Hacienda?

Eric tomó aire para serenarse y refrenar el deseo de borrar la expresión jactanciosa del banquero. A su lado, Weiss meneó la cabeza, diciéndole sin palabras que era mejor dejarlo hablar. Era lo único que podían hacer, porque a pesar de que Miles no lo sabía, acababa de cavar su propia tumba. Lo habían desenmascarado.

Al ver que Eric no caía en sus provocaciones, Miles se pavoneó frente a los hombres y, abriendo los brazos, prosiguió:

—Qué tristeza y decepción sentiría el viejo marqués de usted. Por un lado, su primogénito, un hijo y heredero intachable, como lo es su hermano lord Harrow, y por otro la escoria, un segundo hijo infame. Alguien que sigue siendo ese joven incauto que recurría a mí para pagar sus deudas de juego. Usted no es más que un fracasado, a quien todos conocen como el bandido de Bristol.

Solo con oír aquel apodo, algo se activó en el interior de Eric, que sin poder frenar sus impulsos, se abalanzó sobre *sir* Miles, quien retrocedió a trompicones, aunque no a tiempo de esquivar el puño de Eric.

—No vuelva a llamarme así… —le advirtió con la respiración agitada, mirando a la figura derrumbada en el suelo.

Los oficiales corrieron para aprehender a Eric, pero no lograron llegar hasta él, porque el cuerpo de Weiss y de sus dos marineros se interpusieron para impedirlo.

—¡Se arrepentirá de esto! Mañana al mediodía todo Bristol sabrá de la decadencia de los Rochester —bramó con ira Miles, secando la sangre que salía de su labio partido con el reverso de su mano.

—Hágalo, y mi hermano se comunicará con el secretario real. El regente sabrá de sus malos manejos y de todo el dinero que ha robado a la corona.

—No puede probar nada —escupió Miles, que se había levantado con la ayuda de Lawrence.

—Pónganos a prueba. Llevamos meses investigando. El señor Morrison, el abogado de mi hermano, nos ha dado suficiente documentación para incriminarlo. Lo ahorcarán, Miles.

Sus palabras dichas con fría seguridad lograron el efecto deseado: el rostro del caballero empalideció al oír nombrar al letrado.

—Si se atreven a denunciarme, mostraré el acta matrimonial falsa que tengo en mi poder,

aunque deba huir—lo amenazó, comenzando a alejarse con prisas.

Ambos sabían que era una amenaza vacía. Y el tono agitado de su voz evidenciaba que Miles había comprendido que ya no podía chantajearlos.

—Haga lo que quiera. En pocas horas mi hermano estará casándose por segunda vez, y de nada servirá esa acta. Acéptelo, ha perdido.

Miles lo fulminó con la vista, y se acercó a su caballo dispuesto a montar.

—No crea que me han vencido. Tarde o temprano pagarán por esto.

—Me temo que ya está vencido —declaró Eric.

—Me marcho —adujo Miles cuando llegaba a su caballo.

—Craig, es todo suyo —acotó Weiss.

Entonces, como por arte de magia, aparecieron diez hombres uniformados y armados, apuntando a Miles, al funcionario y a los oficiales de Hacienda, quienes soltaron sus armas con pavor.

—Lamento comunicarle que no lo puede hacer, *sir* Miles —intervino uno de los comerciantes.

Eric sonrió triunfante y Weiss se cruzó de brazos con un brillo eufórico titilándole en las pupilas.

Miles se giró y miró confundido al hombre que se acercaba a paso tranquilo. Su ropa era la de un puestero humilde, pero la postura encorvada y el gesto temeroso se habían esfumado frente a sus ojos. Impresionados, lo vieron enderezarse en toda su estatura y detenerse junto a ellos con la postura recta de un militar.

—¿Quién es usted? —cuestionó incrédulo Miles.

—Damien Craig, comandante de la marina real, señor. Sus delitos han sido descubiertos; usted y sus hombres quedan bajo arresto.

Miles empalideció, y antes de que pudieran reaccionar, saltó a su caballo con inesperada destreza y tiró de las riendas, dispuesto a escapar.

Craig no se inmutó, alzó la mano derecha, y de inmediato uno de los oficiales disparó. Se oyó un grito desgarrador y el cuerpo del banquero cayó como un saco a tierra.

—¡Me han disparado en la pierna! ¡Pagarán con sus vidas por esto! —vociferó Miles, sosteniendo su muslo, que sangraba profusamente.

—Este será el menor de sus problemas, *sir* Miles —replicó el comandante—. Levántenlo y póngalo en la carreta junto a los demás.

La orden de Craig fue cumplida con celeridad, y con rapidez el banquero fue aprendido y lanzado a la carreta mientras vociferaba insultos y amenazas, las cuales se silenciaron cuando el vehículo se alejó custodiado por los oficiales armados.

Craig se acercó a ellos y los saludó con el clásico ademán militar.

—Capitán Weiss, *milord*. La marina real les agradece su encomiable colaboración. La corona les recompensará cuando se sepa que ayudaron a atrapar a *sir* Miles.

—Lo único que pedimos es que ayuden a los comerciantes de Bristol, los impuestos que les cobran son imposibles de pagar —contestó Eric.

—Por ahora nos conformamos con que dejen ir a este hombre con la mercancía —pidió Weiss señalando al comerciante que estaba observando incrédulo y asustado toda la situación.

Eric asintió, apoyando esa propuesta. Ya demasiado tenía el pobre puestero, que había estado contrabandeando aquella mercancía sin saber que quien creía era un colega y simple comerciante no era otra cosa que un oficial de la marina encubierto.

—El hombre puede irse —aceptó el comandante.

—¿Qué pasará con las cargas que estuvimos distribuyendo de manera ilegal para intentar atraer a Miles? —preguntó Eric.

El comandante torció la boca, y tras una inclinación de la cabeza se alejó hasta donde lo esperaba un subordinado con su caballo.

—Digamos que la marina desconocerá la existencia de esa mercancía. Eso sí, si sus barcos vuelven a evadir Hacienda, no puedo prometerles que haremos la vista gorda. Será mejor que, de ahora en adelante, se mantengan dentro de los márgenes de la ley.

—Lo intentaremos, comandante —se mofó Weiss.

Craig repitió el saludo, y azuzó a su montura después de decir:

—Caballeros, espero no tener que encontrarlos de nuevo. Mientras tanto, recuerden que toda esta operación no debe salir a la luz y que es confidencial. *Sir* Miles respondía a mandos superiores, quienes se beneficiaban de sus ganancias, y que no deben ser alertados hasta que podamos detenerlos también.

—Lo sabemos. Nadie más que nosotros está al tanto de que colaboramos con ustedes, salvo este comerciante, pero ya sabe que no puede abrir la boca —coincidió Eric.

—Mis hombres aquí presentes son de confianza. Nadie hablará —agregó Weiss, señalando a los dos marineros.

—Excelente. Será mejor que el mundo lo siga considerando un bandido, Rochester. Eso no ayudará a su reputación, pero sí a mantener su cabeza sobre el cuello —le advirtió Craig.

Eric asintió, y ambos le devolvieron el saludo.

Dicho esto, el comandante se alejó al galope, seguido por el otro oficial.

Después, fue el turno del comerciante de agradecerles su ayuda y de alejarse a toda prisa llevando la carreta repleta de cajas con él. Weiss y Eric lo observaron marcharse.

—Id a los botes, enseguida les alcanzo —ordenó Weiss a sus hombres.

—Sí, capitán —dijeron al unísono ellos y comenzaron a caminar en dirección a la cala.

Una vez se quedaron a solas, se miraron con satisfacción. Eric suspiró aliviado de que todo hubiese terminado por fin. Aunque todavía debía poner al tanto a su hermano de todos los detalles y rogar que no pusiera el grito en el cielo al enterarse de lo mucho que se había arriesgado para atrapar a Miles. A Harrow no le iba a gustar el hecho de que le ocultaran lo que estaban haciendo, pese a que había sido de vital importancia mantener en secreto la operación hasta que esta hubiese acabado con éxito. No obstante, dilataría un poco más la noticia, pues en pocas horas Benjamin se casaría y no quería arruinar el momento.

El silencio del bosque los envolvió.

Eric observó que la noche comenzaba a aclararse, aunque todavía quedaban un par de

horas para que el sol apareciera en el horizonte.

Ambos se dirigieron a sus caballos. Él se montó en el suyo mientras Weiss calmaba a su corcel, que parecía de repente nervioso.

De pronto se oyó un relincho proveniente del otro lado del claro, y ambos intercambiaron una mirada alarmada. Había alguien agazapado tras los árboles, alguien que había sido testigo de todo lo sucedido y que podía perjudicar la operación si decidía hablar.

Weiss se agachó y comenzó a acercarse con sigilo hacia el sitio desde donde provenía el sonido, usando los árboles como escudo.

Se oyó a una rama quebrarse y una maldición susurrada.

—¿Quién anda ahí? —exigió saber Eric.

Nadie respondió, aunque no fue necesario, porque justo cuando Weiss casi llegaba al punto en donde debía estar escondido el intruso, un animal grande de color blanco apareció al galope y atravesó el claro como si fuera un rayo.

Logan se lanzó al suelo y se cubrió la cabeza, esquivando justo a tiempo las largas patas del corcel. Su jinete tiró de las riendas con fuerza y saltó sobre el cuerpo del capitán sin detenerse.

—¡Maldición! Deténgase ahora mismo —bramó Weiss, levantándose con dificultad—. Rochester, se escapa. Maldito...

Eric no se quedó a oír la retahíla de insultos que emitió el americano, sino que tras clavar los talones en los costados de su montura, siguió al sujeto sin pérdida de tiempo.

No era un intruso desconocido. Había bastado una fracción de segundo, para que él pudiera reconocer esa capa y la silueta juvenil.

Tenía en la mira al individuo que había atrapado merodeando en la cueva semanas atrás, y esta vez no pensaba dejarlo huir sin saber su identidad real y sus verdaderas intenciones.

CAPITULO 9



Lilian despertó, sintiendo como si su cuerpo hubiese sido apaleado. Además tenía un dolor agudo en la zona baja de la espalda y en las sienes.

A pesar de que no pudo reunir la fuerza necesaria para abrir los párpados, de algún modo supo que no se encontraba en la seguridad de su habitación, sino en un lugar desconocido. Sentía bajo su cuerpo la suavidad de un asiento mullido y el olor salado del mar colándose a través de sus fosas nasales. Cuando su cabeza dejó de martillar, también oyó el sonido de las olas rompiendo contra la orilla en algún punto próximo.

No tuvo que hacer demasiado esfuerzo para recordar cómo había terminado en aquella situación, puesto que las imágenes de lo sucedido se agolparon en su cerebro, trayendo la comprensión.

La angustia la embargó, y se dijo que debía salir de allí de inmediato.

—No intente moverse —le advirtió una voz grave desde algún lugar a su izquierda.

Lilian abrió los ojos y vio el rostro de lord Eric frente a ella. Él estaba sentado en un sillón puesto junto a la otomana en la que la había recostado, la cual estaba ubicada bajo un gran ventanal abierto con vistas al enorme estuario del Severn. El caballero la estaba mirando con severidad, casi como si fuera a ahorcarla de un momento a otro. Las velas encendidas iluminaban su cara, pues aún no había amanecido.

—Lleva poco tiempo desvanecida. Y no tiene ningún hueso roto —le aclaró, adivinando sus pensamientos.

—¿Por... por qué estoy aquí? —balbuceó, sintiendo la garganta seca.

Bajó la vista para comprobar que su ropa estuviera en su lugar. Llevaba la casaca marrón, la camisa, el chaleco, y las calzas masculinas, pero no la capa negra. Le lanzó una mirada acusatoria. Él había tenido el atrevimiento de tocarla, aunque claro, no podía reprocharle ese hecho porque le había salvado la vida una vez más. Ya le debía un favor, y ahora se le sumaba otro. Era injusto.

Rochester arqueó las cejas, y respondió:

—El caballo la tiró cuando intentó saltar sobre un leño caído. Perdió la conciencia cuando su cuerpo aterrizó sobre una montaña de hojas, y si no hubiese sido por estas, no estaríamos hablando ahora mismo. Al parecer lo suyo es de familia, recuerdo que a su hermana le sucedió algo similar cuando dejó a mi hermano.

Ella se ruborizó, pero no quiso amilanarse ante su tono acusador, ni mucho menos dejaría que hablara de su familia con aquel retintín exasperante.

—Eso ya lo sé. Lo que le estoy preguntando es por qué me trajo aquí.

Él se encogió de hombros.

—La otra opción era dejarla tirada en el bosque. O, llevarla a su casa y tener que explicarle a sus padres que su amada hija estaba fisgoneando asuntos ajenos en medio de la noche, disfrazada de mozo de cuadras.

—No es necesario el sarcasmo —espetó, elevando la barbilla.

—Ya lo creo que sí —replicó el insufrible caballero.

Lilian suspiró, y decidida a marcharse, comenzó a incorporarse con dificultad. Para su mala fortuna, sus brazos no parecían dispuestos a colaborar con ella, y su cuerpo volvió a caer sin fuerzas sobre la otomana.

—Será mejor que se quede quieta unos minutos más. No exagero cuando le digo que se ha dado un golpe terrible. Si hubiese sido en la cabeza, estaría muerta —comentó con acritud, viéndola hacer.

Lilian reprimió un escalofrío. No sabía qué se había apoderado de ella para haber cometido tamaña imprudencia, solo recordaba que había querido huir del lugar al verse descubierta. Tan asustada ante la posibilidad de que ellos supieran que estaba al tanto de sus secretos, que no midió las consecuencias y obligó a su caballo a correr como si huyera del fuego.

Rochester no le dio tregua: se inclinó hacia adelante y señaló su vestimenta.

—Entonces era usted a quién atrapé fisgoneando aquella noche en la cueva antes de viajar a Londres. Regresó allí después de que nos viéramos por primera vez en el acantilado. No sé cómo no lo adiviné antes. El disfraz que lleva puesto apenas oculta lo evidente...

Lilian percibió que el caballero hacía un minucioso repaso de su cuerpo, y se erizó bajo su escrutinio como si la estuviera tocando. Aun así, no quiso darle la satisfacción de cubrirse con los brazos, así que, dejó que el chaleco rasgado enseñara su modesto busto bajo la camisa blanca, fingiendo serenidad.

—¿Se da cuenta de que cuando la perseguí esa noche disparé mi arma, y antes de eso estuve a punto de darle una paliza? —agregó, incapaz de ocultar su malhumor.

—No fue a propósito. Creía que me encontraría con un joven trabajador del puerto que me había citado a medianoche, y en su lugar me encontré con una banda de contrabandistas —alegó a la defensiva.

—Entonces cuando volví de la capital y me topé con usted en la cueva vestida otra vez como criada, no fue para tener una cita clandestina, ¿verdad? Sino para husmear en la cueva. Su audacia me deja perplejo.

—¿Qué creía? ¿Que dejaría que un grupo de piratas usaran las tierras del esposo de mi hermana sin averiguar nada más? No podía permitir que involucraran a mi cuñado en contrabando, ¡tenía que hacer algo!

Rochester se cruzó de brazos con expresión airada.

—Usted está más loca de lo que creí en un principio. Si de verdad hubiésemos sido contrabandistas, podría haber acabado con el cuello roto. Nunca tendría que haber metido las narices en este asunto.

Lilian no lo contradijo. Era cierto que desde que se había encontrado con aquel joven en medio del bosque, el buen juicio y la prudencia que siempre la habían caracterizado se habían esfumado por completo. Ni ella misma se reconocía.

—Bueno, por fortuna eso no sucedió, y usted no es un delincuente. Ya puedo estar tranquila —se excusó, desviando la vista.

No quería ruborizarse como una inexperta, aunque sabía que estaba por hacerlo.

—¿Cuánto escuchó ahí afuera? —preguntó él con los ojos entrecerrados.

Lilian no quería responder a eso, dejó que su mirada vagara por el sitio. Era un salón bastante grande. Las paredes eran de piedra revestidas con tapetes de fina calidad. El piso era de lustrosa madera, y del techo que era espejado, colgaban dos arañas de gran tamaño. Tenía además una pared entera vidriada, y unas puertas ventanas que salían a un balcón.

Los muebles eran escasos, de algarrobo y vidrio. Había una larga mesa, varias sillas, una cómoda sobre la que había un candelabro, y pequeñas esfinges con forma de delfines.

—Le hice una pregunta. ¿Estuvo husmeando?, ¿cuánto alcanzó a oír, *milady*?

Él la estaba contemplando con un gesto indescifrable, que no dejaba entrever si de verdad le importaba o no que ella ya supiera casi todos sus secretos.

—Lo suficiente —respondió, intentando parecer indiferente—. Sé que no es usted un bandido. Y que *sir* Miles es un hombre horrible.

No le dijo que también se sentía aliviada de que él no fuera un contrabandista como había creído y que había estado a punto de acusarlo con lord Harrow. Tampoco que había oído las cosas horribles que *sir* Miles le había dicho y que, a pesar de sentirse atemorizada por estar siendo testigo de esa situación peligrosa, había sentido compasión por el niño y el joven que había crecido siendo despreciado y juzgado por casi todos a su alrededor. Incluso ella lo había juzgado.

—¿Conocen a *sir* Miles?

—Sí. Lo solíamos encontrar en la iglesia y en alguna que otra vista social. En una ocasión, él… Él manifestó a mi padre la intención de cortejarme.

El rostro de Rochester se crispó.

—¡¿A usted?!

Lilian se encogió ante su tono airado e hizo un ademán con la mano, minimizando el asunto.

—Sí, pero mi padre rechazó su oferta porque yo aún no había sido presentada en sociedad y porque *sir* Miles me dobla la edad.

Él se relajó.

—¿No volvió a insistir o acercarse a usted con alguna propuesta?

—No, no. Se sintió desairado, desde entonces, cuando nos encontramos en público, solo me dedica una mirada agria —contestó divertida—. Me alegra que ya esté entre rejas. Felicity nos advirtió que no confiáramos en él. Ya no puede hacerle daño a nuestros hermanos, y eso me alivia.

—El peligro no ha pasado, lady Lilian. Miles no trabajaba solo, hay peces más gordos que aún están allí afuera sueltos. Personas con mucho poder que se beneficiaban de los delitos que él cometía, y que no estarán nada contentos con el hecho de perder ese dinero ilegal. Es por eso que nadie puede saber que usted se involucró en este asunto.

Lilian notó que su preocupación por ella era genuina, y un calor desconocido le calentó el pecho.

No pudo evitar que sus mejillas enrojecieran, y para que él no lo notara, se incorporó y apoyó los pies en el suelo, bajando la cabeza. Al menos ya su cuerpo no dolía como antes, solo se sentía muy cansada. No quería que él adivinara lo que estaba pensando, y por eso no se atrevió a mirarlo cuando respondió:

—No diré nada, ni siquiera a mis hermanas. Lo prometo.

—Es importante que sepa que sus vidas correrán peligro si no cumple esa promesa —murmuró Eric con seriedad—. No quiero que nada malo le suceda.

Ella asintió. Sus miradas se entrelazaron y no puedo evitar quedarse prendada del brillo cálido de sus ojos.

Él carraspeó cuando el silencio se extendió entre ellos.

—¿Qué es este lugar? —inquirió para romper el extraño mutismo.

El caballero se echó hacia atrás, y después de unos segundos de escrutinio que le parecieron eternos respondió con la voz ronca:

—Es una sala de desayunos, construida sobre un arco que hace a la vez de mirador. Por encima del techo hay un gran faro que se puede ver desde mar abierto.

Ella lo escuchó asombrada. Sabía de cuál edificio estaba hablando, y no podía creer que estuviera en su interior. Aquel mirador que estaba dentro de los terrenos de la familia Rochester era muy antiguo y de gran renombre en Bristol.

—Queda cerca de las tierras de mi padre, ¿cierto?

Lord Eric asintió.

—La cueva está no muy lejos hacia el oeste.

—Es un lugar hermoso —comentó ella, incapaz de despegar la vista del rostro del caballero.

Él volvió a asentir.

Después de unos segundos de mutua contemplación, Lilian vio que la luz del alba estaba entrando de a poco a través de los ventanales, y se levantó con precipitación, cayendo en cuenta de que pronto amanecería y ella no estaría en su cama. Tenía que marcharse con presteza. Aquel movimiento brusco ocasionó que la cabeza le diera vueltas y perdiera el equilibrio.

—¡Ay! —exclamó tambaleándose.

No fue necesario que lamentara una caída, pues con rapidez se vio envuelta entre los fuertes brazos de lord Eric.

—La tengo —murmuró él, ayudándola a enderezarse.

Lilian contuvo el aliento y levantó la cabeza. Él tenía la cara tan cerca de la suya, que podía ver las pequeñas arrugas que rodeaban las orillas de sus párpados. Quiso abrir la boca para decirle que ya podía soltarla, pero de esta no salió más que un resuello agitado.

Rochester tensó el abrazo en torno a su cintura, y bajó la vista hasta posarla sobre sus labios entreabiertos. Ella emitió un suspiro tembloroso al sentir que sus entrañas se derretían bajo el calor de su mirada, dejando que su vista se posara en la boca masculina.

No supo si fue ella que, como si se tratara de un hechizo, se vio atraída hacia esa fuente de desconocidos deseos, o si fue él quien cedió ante el impulso de tomar sus labios.

Lo cierto es que sus bocas se juntaron y se rozaron en una caricia suave que subyugó cada uno de sus sentidos. Lilian gimió, y dejó que esos labios acariciaran los suyos una y otra vez, hasta robarle el aliento y hacer que sus rodillas se doblaran sin remedio.

El caballero no dio tregua a su cuerpo asaltado por un repentino anhelo desconocido, y usando sus brazos la mantuvo apretada contra su poderoso torso, instándola a recibir los embates de su lengua y a abrir más la boca, como si esta fuese una flor recibiendo la luz solar. El beso se extendió por tantos minutos, que pareció que el momento se eternizaba y se grababa a fuego en su corazón.

Lilian no quería que se terminara aquel intercambio de sensaciones nunca, y se aseguró de ello subiendo sus brazos para cerrarlos alrededor del cuello masculino y poniéndose de puntillas para ahondar en su boca firme y fresca. Tan fragante como los pinos del bosque y la brisa marina. Tan sabrosa como el más rico manjar que había probado. Y tan adictiva que, si fuese un néctar, los humanos pagarían fortunas por esta.

Tuvo que ser él quien, tras emitir un gruñido grave, deshiciera aquel embrujo y rompiera el contacto de manera brusca.

Lilian no se movió, sino que permaneció en la misma posición, con los párpados cerrados y la respiración agitada, sintiendo todavía la caricia íntima quemando la piel de sus labios. El caballero la soltó despacio y carraspeó, regresando a Lilian a la realidad de forma abrupta. Ella abrió los párpados y se encontró con la tensa espalda del hombre a unos pasos de ella.

El primer sentimiento que la embargó tras la euforia anterior fue la humillación. Se sentía consternada y avergonzada por haberle permitido esas libertades a un hombre, pero, sobre todo, estaba molesta con él, porque parecía querer salir huyendo de su lado.

Ninguno emitió palabras que rompieran el denso silencio que se había instalado entre ellos. Y después de unos minutos en los que ella se abrazó a sí misma y él siguió envarado con los brazos pegados a su cuerpo y las manos cerradas en sendos puños, ella se armó de valor y pasó por su lado para encaminarse hacia la salida.

En el exterior, encontró a su caballo pastando cerca del corcel de lord Eric y, sin cerciorarse de que él estuviera detrás de ella, montó al animal y se alejó del mirador sin mirar atrás. Cabalgó a la mayor velocidad que pudo a través de la costa del canal, y no se detuvo hasta que vio el lindero del camino que llevaba a los terrenos de su padre.

Supo que él la estaba siguiendo a una distancia prudente, porque oía el sonido de los cascos de su caballo golpeando contra la tierra. No obstante, no tuvo el arrojo para girarse a mirarlo. En su lugar, azuzó a su caballo y tomó el camino que terminaba en las caballerizas de Hampton Manor, conteniendo las ganas de llorar y de regresar hasta donde él se había detenido para verla alejarse y decirle unas cuantas verdades.

Acababa de recibir su primer beso, un beso que había superado sus más secretas fantasías, pero que gracias al caballero parecía que había cometido un pecado, un error terrible. Sin embargo, no lamentaba haber cedido ante el deseo que él le inspiraba.

Sabía que estaba arrepentido de su arrebato pasional y que no debía esperar nada de él. Lo único que sacaría de ese momento sería un recuerdo agridulce para atesorar durante las noches de desvelo. Por el momento, tendría que conformarse con eso.

La incertidumbre la sobrecogió, pues al pensar en el caballero ya no sentía mera curiosidad o molestia, sino algo muy diferente, un sentimiento extraño que no era capaz de definir en ese instante y que hacía encoger a su corazón.

Su caballo cruzó la tranquera al galope y, entonces, Lilian fue capaz de mirar hacia atrás, e indefectiblemente su corazón se saltó un latido.

Lord Eric estaba sobre su montura, al final del camino, y la observaba con fijeza.

A esa distancia no pudo ver con claridad su expresión; aun así, supo que él no se marcharía hasta que ella traspasara las puertas de las cuadras, por lo que giró la cabeza y siguió adelante, reprimiendo una sonrisa.

El destino la había cruzado con un hombre que parecía empecinado en parecer un bandido irreverente y desalmado, pero Lilian había descubierto otro secreto más. Sabía que, en realidad, él solo era un caballero honorable con un corazón herido.

El amanecer estaba en su esplendor cuando ella bajó del caballo, lo guardó en las cuadras y corrió con frenesí a través de la entrada trasera de la mansión. Apurada, se precipitó por las escaleras del servicio, rogando que todavía estuviera a tiempo de evitar la hecatombe que se produciría si la condesa de Hampton descubría su escapada nocturna.

La puerta de su habitación estaba abierta y la cruzó dando un traspiés en el umbral temiendo encontrar a su madre esperándola en el interior. Para su alivio, solo estaba su hermana Georgiana sentada bajo la ventana con un libro grueso encima de sus piernas, el cual leía con avidez. El aliento saliendo por su boca con la fuerza de un suspiro de alivio llamó la atención de la joven, quien levantó la cabeza y la miró con el ceño fruncido.

—Llegas tarde.

Lilian no contestó hasta asegurarse de que la puerta estuviese bien cerrada y ella detrás del biombo, aseándose con rapidez.

—Diría que llego justo a tiempo —rebatió.

—Ya ha despuntado el sol. Madre aparecerá con un arsenal de doncellas en cualquier momento.

Lilian tomó nota del tono de reproche en su voz y se encogió de hombros, aunque la otra no pudiera verla.

—El asunto se complicó más de lo normal. Lo importante es que ya estoy aquí y ni siquiera una reprimenda de lady Agatha podría empañar mi humor.

—¿El asunto, dices? ¿Ese asunto que te hace dejar la seguridad de tu hogar por las noches, exponiéndote a sabe Dios cuántos peligros, y del que te niegas a hablarme? ¿De qué tienes miedo, Lily? Sabes que sin importar lo que estás haciendo, yo te apoyaré.

Lilian salió al cuarto luciendo el camisón, se sentó en la cama y, dándole la espalda, le extendió el cepillo de pelo. Oyó su bufido y sintió el peso del cuerpo de su hermana en el colchón de plumas. Las hebras largas de su cabello comenzaron a caer hasta terminar en una gruesa cortina que le llegaba hasta la cintura, mientras la otra comenzaba a deshacer los nudos del moño apretado que sus excursiones le obligaban a llevar.

—Ya hablamos de esto, Gigi —suspiró, sintiendo al agotamiento haciendo mella en su cuerpo—. Han sido solo unas pocas veces, no me escapo todas las noches.

Georgiana gruñó de un modo muy poco femenino, y pasó el cepillo de manera enérgica.

—Sabes más que nadie que nunca me opondría a que mi hermana viviera una aventura, pero me preocupa que puedas ponerte en peligro. No me quedo tranquila dejándote ir sola, mientras que yo debo estar aquí, fingiendo dormir junto al cuerpo de almohadones que armaste para engañar a nuestra madre. ¿Por qué no puedo ir contigo?

Lilian se volvió a mirarla con calidez en sus ojos azules iguales a los suyos, salvo que en el caso de la mayor podían verse de una tonalidad verdosa, dependiendo de su estado de ánimo, su ropa o el entorno en el que estuviera. El color era el único rasgo que compartían, ya que, de las tres hermanas Lovelace, Lilian era la única que había heredado el parecido a su madre. Tenía el color de pelo, el porte y la misma complexión delgada de la condesa; no obstante, carecía de la belleza brillante de sus rasgos faciales. Su aspecto era bastante común. Era alta, no tanto como Georgiana, y mucho menos voluptuosa que su hermana mayor, Felicity. Sus curvas eran modestas, en el mejor de los casos, e inexistentes si se miraba en el espejo durante el tiempo suficiente. Al menos su pelo era bonito, con sedosas ondas y de una brillante tonalidad oro claro.

No sabía qué había visto en ella Lord Eric para haberla besado de esa manera pasional, pero era evidente que se sentía tan atraído como ella por él.

El mero pensamiento de parecer atractiva a un hombre tan varonil como era el menor de los Rochester le causó un sofoco que estuvo a punto de delatarla frente a su hermana.

Georgiana la estaba mirando exasperada con sus continuas evasiones mentales, así que, se apresuró a contestarle antes de que su molestia se convirtiera en uno de sus frecuentes ataques de malhumor.

—Ya lo hemos hablado. Nadie puede saber de mis escapadas, y he dado mi palabra a las personas con las que me involucro. Nunca he estado en peligro. Lo más cercano a una situación riesgosa en la que me he encontrado ha sido toparme con unos animales salvajes.

Eso era lo más cercano a la verdad que le podía decir, si tenía en cuenta lo que le había sucedido con aquellos jóvenes que la habían atacado y de los que Eric la había salvado.

—¿Cómo? —exclamó horrorizada la mayor.

—No pasó nada. Logré ahuyentarlos con la ayuda de un... un lugareño —se apresuró a añadir, reprendiéndose para sus adentros. Por poco mete la pata.

—¿Sabes que ya la servidumbre murmura sobre tus escapadas? Aunque nadie se atreve a esparcir el rumor. Creen que solo paseas por las cercanías debido a tu insomnio —dijo con diversión Georgiana, dándose por vencida, pues sabía que no lograría hacerla cambiar de opinión.

No era la primera discusión que tenían al respecto. Lilian quería hacer lo que fuese que estuviera haciendo sin la intervención de nadie de la familia, y esta podía ser cuando quería, a pesar de su temperamento conciliatorio y carácter afable, de una terquedad extrema y una voluntad de hierro.

—Eso no está muy lejos de la verdad. No me he aventurado demasiado lejos de casa. Y si alguien me viese, no me reconocería como la hija del conde de Hampton. Voy bien disfrazada —rebatió, metiéndose bajo las mantas con un suspiro de regocijo.

—Da igual, ambas sabemos quién está detrás de ese disfraz que ocultas bajo las tablas del piso. Aunque, claro, nadie sospecharía que la dulce, tranquila y delicada lady Lilian tiene aventuras por las noches y se arriesga a múltiples peligros. Si hasta parece que no rompes ni un plato.

Lilian estuvo a punto de golpear a su hermana con la almohada, pero otorgando la razón a su burlesca chanza no se atrevió a hacerlo.

—Quizás si alguien logra descubrirme pueda defenderme alegando que tú me obligaste a hacerlo. Nadie dudaría que la rebelde y alocada lady Georgiana es la mente maestra tras la tímida hermana menor.

—¡Me harías un favor! Nadie querría casarse conmigo, entonces. Si pensaran que soy así de escandalosa, pasaría a convertirme en una solterona afortunada. Madre no cede en su empeño de endilgarme a lord Temper como futuro esposo. No parece importarle que el pobre tenga más barriga que cerebro en esa cabeza apenas poblada.

Lilian reprimió la risa a duras penas.

—El conde es bastante amable y sabe mucho de caballos, tienen eso en común —dijo, viendo la mueca contrariada en el rostro de la otra.

Lilian era incapaz de reprimir la mala costumbre de encontrar algo bueno que decir de cualquier ser que la rodeara. En lo que a lord Temper concernía, no pudo añadir nada más ante la escasez de cualidades que convirtieran al conde en un candidato meramente atractivo.

—Prefiero buscar mi propia ruina antes que casarme con el conde de Temper —aseguró Georgiana, estremeciéndose.

Ella desvió la vista hacia el alto dosel de la cama que estaba revestido en seda marfil, del mismo tono que el papel de tapiz que decoraba las paredes, así como el de las largas cortinas que cubrían las ventanas, y chasqueó la lengua con reprobación.

—No digas eso ni en broma. Sabes lo mucho que sufrió Felicity con su exilio social.

Su hermana mayor había sido repudiada por la buena sociedad en su primera temporada en Londres y se vio obligada a pasar seis años de encierro en aquella casa, apartada de todo el mundo, salvo de su familia.

—Bueno, no le fue tan mal, después de todo. Está por casarse por segunda vez en un par de horas. No obstante, creo que la vida de Felicity sería más sencilla sino hubiera permitido que sus sentimientos se entrometieran en su matrimonio. Creo que, cuando permites eso, todo se vuelve complicado.

Lilian no pudo discutirle ese punto. Ambas habían sido testigos del sufrimiento de la mayor, cuando abandonó a su esposo debido a sus diferencias. Y ella misma estaba hecha un lío en ese momento.

—Es cierto. Sin embargo, si no hubiese tomado ese riesgo, tampoco sabría lo que se siente ser amada. Creo que eso merece el sacrificio, ¿no crees?

Georgiana bufó, poco convencida. Después suspiró resignada.

—No puedo negar que Felicity se veía feliz cuando la visitamos en su casa. Solo espero que de verdad el marqués haga durar esa dicha y ella pueda tener todo lo que desea a su lado.

Lilian palmeó su mano, para infundirle tranquilidad.

—Lo hará, ya verás. Se cuidarán el uno al otro.

Georgiana bostezó, y ella miró el dosel de la cama, recordando por enésima vez el beso que había compartido con lord Eric. Y de nuevo se obligó a pensar en otra cosa, como en lo feliz que era su hermana junto a su esposo. Si le preguntaban, estaba claro que Felicity diría que había valido cada momento de su exilio si con eso terminaba al lado del marqués. Ambos besaban el suelo que el otro pisaba. Solo era cuestión de que su dulce hermana apareciese frente a los ojos de su esposo, para que la dura fachada de noble frío y distante que su cuñado se había encargado de labrar durante más de tres décadas quedara desmoronada sin remedio.

Encontrar a una pareja que se quisiera como lo hacían su hermana y lord Harrow era algo tan poco usual que ella no dejaba de maravillarse.

En su círculo era común que las uniones fuesen un mero acuerdo entre las partes. Las damas eran educadas y criadas para ser esposas dóciles y obedientes. Mujeres que acataban sin rechistar los deseos de sus maridos y no esperaban más a cambio que la seguridad de un hogar propio y la totalidad de sus necesidades cubiertas. Estaban entrenadas para no preguntar cuando no debían y para hacer la vista gorda ante cualquier desliz amatorio de su consorte, siempre y cuando este fuese discreto.

Lilian aspiraba a mucho más, pues desde niña había presenciado la devoción mutua que se tenían sus padres. A pesar de su posición, en lo secreto de su corazón, quería un esposo que la valorara, que respetara y tuviera en cuenta sus opiniones y, sobre todo, que la viera como algo más que un accesorio en su casa.

Incluso deseaba tener aquella tácita complicidad de la que había sido testigo existía en el matrimonio de Felicity. Ese misterioso sentimiento que hacía que un hombre se olvidara de todo a su alrededor cuando la mujer que amaba entraba en la habitación en la que él se encontraba. Un sentimiento que el beso que había compartido con lord Eric no había hecho más que crecer en su interior hasta hacerle doler el estómago.

Lilian anhelaba amor.

El caso era que, hasta el momento siempre que pensaba en un posible pretendiente, lo visualizaba como un hombre sin rostro, alguien anónimo que reuniría todas las cualidades que ella esperaba en un esposo y que estaría en alguna parte esperando a conocerla. Sin embargo, en algún momento entre aquel primer encuentro en el acantilado y el beso que había compartido, ese hombre ya no estaba desdibujado en su mente, sino que tenía rostro, cuerpo y nombre.

Horrorizada, miró el perfil de Georgiana, quien había caído en un sueño profundo, y se puso de costado para observar hacia la ventana como si así pudiera ver el lugar en el que el caballero que ocupaba sus pensamientos estaría acostándose también.

Molesta, silenció el juramento que pugnaba por salir de su boca. Tenía que aceptar que se estaba encaprichando de un caballero que no quería saber nada de ella más allá de un roce indiscreto. Lilian no podía, de ningún modo, aspirar a conquistar el corazón de un lord que solo vivía para satisfacer sus ansias de aventura y libertad. Estaba perdida. Nunca debió haber permitido que aquella obsesión por averiguar lo que tramaba el caballero, y la adictiva sensación de adrenalina al aventurarse fuera de los límites de Hampton Manor, la dominaran.

Eso la había llevado a aquella indeseable situación en la que se sentía impotente ante los sentimientos que comenzaban a despertarse en su interior. Inconvenientes anhelos que no la llevarían a nada más que a un corazón roto y a un sufrimiento inevitable.

Tan solo un beso había sido suficiente para terminar con toda la contención y la ilusión que tenía de asistir a la próxima temporada social en busca de un esposo adecuado.

El futuro se veía incierto para Lilian ahora que sabía que sus afectos estaban comprometidos por un caballero que nunca le había hecho ninguna promesa y que, por lo que sabía, podría embarcarse fuera de Inglaterra cualquier día.

Asustada, se dijo que estaba dejando que su inexperiencia la hiciera creer que sentía por lord Eric algo más que mera atracción. Lo más coherente sería alejar esos pensamientos irrisorios de su cabeza y limitarse a pensar en los partidos que le esperaban en Londres. En esos caballeros desconocidos que de seguro la cortejarían y la harían desterrar cualquier atisbo de sentimiento incipiente que albergase hacia lord Eric Rochester.

Solo tenía que soportar verlo una o dos veces más ese verano, y cuando llegara el otoño, se marcharía a Londres para seguir con sus planes y los sueños que desde niña había acariciado.

El futuro se veía ahora prometedor. Sin embargo, cuando Lilian al fin logró dormir, sus sueños estuvieron plagados de la presencia de cierto caballero al que, estando consciente, había jurado desterrar de su mente y corazón.

CAPITULO 10



El buen talante con el que Lilian había iniciado el día se vio disminuido ante la rotunda negativa de su padre a permitirles ir a casa de su hermana mayor para ayudarla a prepararse para la ceremonia. El conde se negaba a importunar a la pareja con su presencia, alegando que ya demasiado ajetreo debían de tener con los invitados que habían viajado desde Londres y otros condados lejanos para asistir a la gran boda y que se hospedarían en la casa de la pareja. Georgiana había protestado con vehemencia y llevado su queja a su madre, pero en las escasas oportunidades en las que su padre intervenía en una conversación era para terminar cualquier discusión de manera eficaz, y ni la condesa se atrevía a llevarle la contraria. La familia Lovelace esperaría a los novios en la Abadía de Bristol[8] y no había más que decir.

De todos modos, era lo más prudente, ya que, en realidad aquella era una boda que se estaba celebrando por segunda vez, y para el común de la gente y los invitados solo era una reafirmación de votos. Una celebración formal por todo lo alto, para compensar la unión informal y veloz que se había llevado a cabo cuando su hermana se había casado con lord Harrow unos meses atrás en una ceremonia por poderes. Pocos, por no decir solo el círculo familiar, estaban al tanto de lo que de verdad significaba aquella ceremonia religiosa para su hermana y el marqués. Y muchos menos conocían el secreto muy bien guardado sobre la legitimidad de tal unión, ni sobre el estado de buena esperanza de la marquesa.

Cuando arribaron a la enorme iglesia, las calles aledañas se encontraban a rebosar de curiosos y lugareños que habían venido a presenciar el casamiento del par del reino más importante del condado. Si a alguien le parecía extraño que un marqués se casara de nuevo en tan corto periodo de tiempo y para mayor escándalo con la misma mujer, nadie se atrevió a decirlo en voz alta. Después de todo, la familia Rochester era una de las más antiguas y poderosas de Inglaterra. Tampoco oyeron que alguien mencionara que la novia era una ex solterona exiliada de la sociedad, aunque se sabía que en la capital el matrimonio había sido la comidilla y el tema de burla en los bailes y eventos de la temporada social pasada.

Entre los invitados que estaban ya ocupando sus lugares en el interior se encontraban el abad, el obispo que oficiaría la ceremonia, los duques de Pemberton y la duquesa viuda de Pemberton, los condes de Alston, los duques de Berkeley, y gran parte de la nobleza más influyente.

Por dentro la catedral tenía una apariencia ancha y espaciosa. La luz interior llegaba desde las ventanas laterales que, en consecuencia, eran muy grandes. A la altura del coro, en la *Lady Chapel*[9], un gran ventanal recorría toda la parte superior de la pared del altar y bañaba de luz toda la capilla.

Ubicada en *College Green*, el edificio de arquitectura normanda tenía altas ventanas góticas y un horizonte con pináculos. En ella se podían ver unos paneles sobre arcos tallados con patrones geométricos y motivos florales y naturales. Gran parte de la iglesia había sido reconstruida en estilo gótico inglés de casi cinco siglos atrás y contaba con algunas de las

decoraciones más bonitas que se podían encontrar en la región.

El exterior del edificio de la catedral estaba cerrado por una preciosa fachada con un magnífico rosetón gótico y flanqueada por dos robustas torres. Había además hermosos jardines que antes eran un cementerio y del que quedaban lápidas aún en pie, y varios elementos exteriores que databan de la época de la otrora abadía agustina.

Las campanas habían sonado marcando las diez de la mañana cuando las grandes puertas se abrieron, dando paso al regio marqués de Harrow, el cual llevaba del brazo a la marquesa viuda. El alto y fornido caballero se veía elegante, ataviado con un traje de seda y terciopelo color gris, pañuelo plateado y gemelos de piedras preciosas.

A sus espaldas aparecieron dos figuras masculinas, las cuales después de pasear la vista entre los largos bancos, siguieron al marqués a través del ancho pasillo.

Desde su sitio en la segunda hilera de asientos, Lilian intentó en vano no quedarse prendada de la imagen que componían los apuestos recién llegados, pero como la mayoría de las damas presentes, no pudo apartar la vista. Solo atinó a utilizar el abanico decorado con perlas que hacía juego con su vestido de muselina color celeste, con pecho fruncido y mangas abullonadas, y se refugió tras el accesorio.

—El hermano menor es más engreído que el mayor; si el otro es arrogante, este lo supera por mucho. Y no hablemos del secuaz. Está mirando a las damas jóvenes de manera insolente. Ni siquiera bajo techo santo se priva de su mala vida. Mira su aspecto, parece un bárbaro.

Lilian se ruborizó más todavía al oír el murmullo sardónico de Georgiana en su oído izquierdo, y a punto estuvo de reír en voz alta. Se contuvo a tiempo, pues su madre estaba echándoles una mirada de advertencia desde su lugar en la primera fila, donde ya se hallaba conversando con la marquesa viuda de Harrow.

—No digas esas cosas. La murmuración es un pecado, y lord Eric no es el único arrogante que conozco —se apresuró a susurrar, pero cuando los caballeros pasaron por su lado guardó silencio, tratando de parecer indiferente.

Lord Eric Rochester lanzó una mirada curiosa en su dirección, la cual se demoró sobre ella unos segundos más de lo que se podría considerar correcto. Oyó que su hermana chasqueaba la lengua, aunque apenas pudo prestarle atención, atrapada como estaba en los ojos verdes que la observaron con un brillo indescifrable, antes de que, nerviosa, ella rompiera el contacto.

Era mejor así. No quería que alguna mirada indiscreta por su parte la dejara en vergüenza delante de nadie, y mucho menos del hombre en cuestión. Lo último que deseaba era que alguien adivinara en su cara que lord Eric no era solo el cuñado de su hermana, sino también su adversario en el amor.

—Los hermanos no se parecen demasiado, ¿no crees? —apuntó Georgiana, sin quitarle la vista hostil al trío de hombres, trayéndola de vuelta al presente.

Lilian asintió sin atreverse a mirar de nuevo en dirección al altar, donde los mencionados se hallaban conversando junto al capitán Logan Weiss.

Era cierto. Salvo por el porte elegante y la altura considerable, no había mayor parecido entre ellos. Mientras el marqués parecía un largo y fuerte roble, de pelo tan claro como el oro, facciones duras, mandíbula bien marcada y ojos fieros de un celeste cristalino; el menor era esbelto, de huesos delgados, finos, y cabello color miel, el cual llevaba un poco más largo en las puntas, reluciendo bajo la luz que se filtraba a través de los ventanales. Su rostro era alargado y

masculino, la barbilla un poco puntiaguda, y tenía pómulos altos que le daban una apariencia casi felina. Destacaba en sus facciones armoniosas una nariz delgada y unos rasgados ojos verdes. Sin embargo, lo que lo hacía más atractivo era la expresión indolente y relajada, y la sonrisa encantadora que esbozaba como arma en todo momento.

—No me digas que te gusta Rochester —bufó Georgiana, y ella la miró con los ojos abiertos y las mejillas rojas de culpabilidad.

—¿Qué? No. Yo... ¡Claro que no! Es decir... yo...

Georgiana se cruzó de brazos, evaluándola con una ceja arqueada, y ella tragó saliva y cerró la boca antes de seguir delatándose con sus balbuceos. Acababa de ser descubierta, y su hermana sabría de la absurda atracción que había sentido desde que viera por primera vez al caballero.

Ella nunca se había sentido atraída por un hombre, hasta que apareció en su vida lord Eric. Peor aún, no debía y no podía alimentar esa atracción, pues la unía al hombre un secreto que ni siquiera a su hermana había confiado y que de ninguna manera podía revelar.

Georgiana se aclaró la garganta y abrió la boca para lanzar un arsenal de preguntas, cuando las puertas de la abadía se abrieron, y se anunció que había llegado la novia. Felicity apareció bajo el umbral y los murmullos se extendieron por la iglesia.

Estaba preciosa. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza, adornado con una tiara de esmeraldas, y estaba ataviada con un vestido color crema de seda fina y organza plateada. La cola se extendía a su espalda por varios metros, y tanto el pecho como la falda del vestido estaban revestido con piedras preciosas.

Cuando la novia avanzó por el pasillo hasta donde la esperaba su padre para entregarla al marqués, la atención pasó del rostro sonriente y burbujeante de la marquesa a la cara sería del novio.

Lord Harrow destilaba poder y una belleza austera y señorial pocas veces vista, pero en sus ojos brillaba una calidez que lo hacía parecer menos intimidante. Cuando Felicity llegó a su lado, el caballero soltó el aire por la boca y la observó de manera profunda, como si no existiera otro ser vivo en la Tierra. Su expresión embelesada era de absoluta veneración.

La novia se estremeció bajo el intenso escrutinio, aunque lejos de sentirse apabullada, sonrió con regocijo, y aceptó el beso paternal en la frente por parte del conde de Hampton. En cuanto su padre posó la mano de su hija en la del marqués, ella la sujetó con fuerza y él se inclinó sobre esta para posar los labios en sus nudillos con una ardorosa e íntima caricia que sacó los colores a más de una dama experimentada. Extasiada, Felicity se dejó llevar hasta donde el obispo los esperaba.

La pareja escuchó las amonestaciones sin dejar de mirarse, y tras la bendición del clérigo, el marqués se inclinó y la besó en los labios con un fervoroso ardor que provocó susurros por todo el salón y un violento sonrojo en el rostro sonriente de la novia.

Lilian no pudo dejar de suspirar de anhelo por lo que duró la ceremonia. Sentía el corazón henchido de alegría por ver a su hermana tan feliz y esperanzada. Estaba agradecida de que Felicity hubiese obtenido la libertad y la dicha que merecía. Durante la ceremonia acudieron a su mente recuerdos de la infancia y adolescencia junto a sus hermanas en Hampton Manor, que la llenaron de melancolía por los tiempos que ya no volverían y causaron que apenas fuera consciente de que el carruaje en el que se habían marchado de la iglesia, empezaba a mermar la

velocidad. Ya se encontraban cruzando las puertas de hierro forjado de Kings Harrow House, en donde se llevaría a cabo un gran banquete en honor a los recién casados.

La marquesa viuda de Harrow había sido la encargada junto a Felicity de organizar la comida, para la que se había dispuesto la zona junto al precioso estanque que estaba ubicado en la zona trasera de la propiedad.

Por el camino sur, había una serie de jardines amurallados rodeando un estanque cuadrado que era mitad ornamental. Tenía una variedad de usos prácticos, incluido el mantenimiento de peces, el suministro constante de agua a los jardines, el hielo en el invierno y el lavado de caballos y carruajes mediante rampas de acceso al nivel del agua.

Toda la extensa zona de huertas, establos, pabellones de alojamiento de la servidumbre, y el gran estanque cuadrado se encontraban en un solo diseño unificado.

Sobre el estanque había un pintoresco puente de madera, en el que se podía subir para observar los peces y patos. Georgiana y ella se entretuvieron largo rato dándole migajas de pan a los animalitos.

En la entrada del jardín, se habían colocado hileras de mesas exquisitamente decoradas, revestidas con manteles de seda color marfil, coronas y grandes jarrones de cristal repletos de flores. Además de la vajilla, que era de oro fino y las copas, de cristal labrado, había lámparas de oro y vidrio preparadas para cuando el sol comenzara a caer.

La celebración duró hasta el atardecer, y nadie dejó de comentar lo dichosos que se veían los marqueses. Hubo abundante comida y bebida. La orquesta, dispuesta en un sector de los extensos jardines de la propiedad, deleitó a los invitados, y amenizó la velada después de que los novios inauguraron la pista con el primer baile.

Ella no esperaba recibir una propuesta de baile, pues los invitados eran en su mayoría familiares, matrimonios, y conocidos de edad mayor. Aunque la fiesta era perfecta, comenzaba a sentirse desdichada viendo a la pareja de recién casados moverse en la pista, riendo y conversando con absoluta complicidad.

—Lady Lilian —dijo una voz profunda a su derecha.

Giró la cabeza y se encontró con la perturbadora presencia de lord Eric frente a sus ojos.

Por unos segundos ninguno pudo articular una frase. Y ella lamentó que Georgiana se hubiese escabullido a las caballerizas en cuanto la condesa se había levantado para ir en busca de las demás matronas, y su padre partido a fumar y beber con los caballeros mayores presentes. Porque ahora se encontraba sola en la mesa sin ninguna excusa para escapar de la intimidante presencia de aquel hombre.

Abrumada, miró la plataforma de madera en la que las parejas estaban girando al ritmo de una cuadrilla, y regresó la vista al rostro atractivo del caballero.

Una de sus cejas castañas se elevó y una incipiente sonrisa se dibujó en sus labios finos y perversos al notar su consternación.

—Lord Eric —logró pronunciar, saliendo del estupor para ponerse en pie.

Él le sacaba más de una cabeza, por lo que no se sentía menos intimidada que antes.

—Tengo el permiso de su madre para poder solicitarle que me acompañe usted en la siguiente pieza —le informó con presunción.

Lilian lo miró perpleja.

¿Acaso no era consciente aquel hombre de que pedirle que sea su compañera en un baile estando ellos en la boda de sus hermanos podría producir especulaciones al respecto? ¿Se acercaba a ella como si fueran solo asistentes a un baile?

Parecía que de verdad él había borrado de su memoria lo sucedido entre ellos solo hacía unas cuantas horas. Era eso o estaba decidido a aparentar ser un extraño.

Lilian no tenía ánimos de seguir jugando a los rivales, su corazón estaba cansado.

—Me temo que no ha considerado usted las implicaciones de su petición.

Sus palabras teñidas de acusación no lograron el efecto deseado. Él apenas se inmutó y ni siquiera apartó la vista de su cara para mirar alrededor, donde ya varias personas estaban murmurando sobre su intercambio.

—No comprendo qué daño puede causar en nuestras reputaciones que le solicite un baile. Estamos en medio de un banquete, rodeados de decenas de personas. Además, ahora somos familia formal. Nadie se extrañaría de que entre nosotros haya cierta camaradería.

Su tono era relajado, incluso irreverente. Lilian se sonrojó más todavía y no pudo ocultar su incredulidad.

—¡Parece que lleva usted más tiempo de lo correcto lejos de la buena sociedad, *milord*! No estamos a bordo de un barco, ¿acaso no recuerda que si un caballero soltero se acerca a una dama en edad de merecer para pedirle un baile y para hablar con ella sin la adecuada carabina, está haciendo una declaración de interés ante todos?

Lord Eric bufó, encogiendo un hombro.

—Confieso que no había tenido en cuenta lo que menciona, pero no creo que sea un problema. Es de público conocimiento que yo no busco esposa. ¿O acaso me dirá que no ha oído ya sobre mi reputación de calavera?

Lilian sintió que sus mejillas se incendiaban y que ese fuego se extendía hasta muy por debajo del nacimiento de su escote cuando aquellas palabras dichas en tono travieso fueron acompañadas por una lenta y ardiente inspección de su persona. Las pupilas masculinas vagaron desde sus ojos hacia la boca entreabierta y hasta su pecho agitado, para volver a su rostro con marcada renuencia. Algo le dijo que él estaba recordando el beso que habían compartido, como lo estaba haciendo ella, y eso la envalentonó lo suficiente como para recordar que tenía mucho que reprocharle.

Con el común de las personas, Lilian solía dejar que su timidez la controlara, aunque con él no parecía poder contener sus impulsos, y no pensaba dejarse avasallar por aquel seductor irrespetuoso.

—Parece que también ha olvidado usted los buenos modales —lo acusó altanera, odiando que este pudiera verse tan arrebatador vestido con una simple levita de terciopelo azul con bordes color oro y una camisa acompañada por un elegante pañuelo blanco.

Su atuendo era similar al de la mayoría de los hombres presentes, no obstante, algo en él lo hacía sobresalir entre todos. Poseía la extraña combinación de parecer cómodo con lo que lo rodeaba y, al mismo tiempo, no encajar con el entorno. Como si fuera un forastero conviviendo en sincronía con los demás y no uno más de ellos.

Su cara se partió en una mueca indolente cuando le respondió:

—Ya sabe, demasiado tiempo en mar abierto hacen estragos en los modales de un hombre. Hasta en uno que es hijo de un marqués y un caballero inglés.

—Un verdadero caballero no hubiese mencionado su... su mala reputación frente a una dama.

Los ojos verdes del hombre brillaron con mal disimulada satisfacción al oír su tono reprobatorio. Disfrutaba sacándole los colores y poniéndola nerviosa. Lilian apretó las manos en puños para evitar cruzarse de brazos y delatar su aprehensión.

—*Touché*, pequeña. Está en lo cierto, porque hace tiempo dejé de ser un caballero. Prefiero ser un truhan, o, mejor dicho, un bandido, como me llaman a mis espaldas. Aunque la realidad sea mucho menos interesante, solo soy un navegante. Créame que ser infame es mucho más atrayente, divertido, y el doble de gratificante. A menudo imagino que mi difunto padre debe estar revolviéndose en su tumba.

Lilian lo miró boquiabierta.

Quería contestar, decir alguna frase elocuente, ser locuaz y amedrentar al noble para ponerlo en su sitio, pero solo fue capaz de abrir y cerrar la boca, pensando que a Georgiana difícilmente le pasaría lo mismo. Ella nunca se quedaba callada.

De cualquier forma, antes de que ella pudiera salir de su bochornoso aturdimiento, él se inclinó en una reverencia exagerada que hizo levantar las cejas a más de un invitado entrometido, y con tono pícaro pronunció:

—Entonces ¿qué dice? ¿Me concederá esta pieza, *milady*?

Era un vals.

Lilian pasó después de ese día muchas noches rememorando el preciso momento en el que percibió las manos grandes y delgadas del hombre tocando su cuerpo, aún a través de los guantes que ambos llevaban puestos. Él no tuvo que hacer más para que volviese a sentir el cosquilleo prohibido que había experimentado cuando la había besado.

Su mano tembló en la suya sin que pudiera reprimirlo, y por varios minutos fue incapaz de elevar la vista. Sentía su otra mano apoyada en su cintura, ejerciendo presión cuando la guiaba en un paso, quemando cada trozo de piel bajo su vestido. Y a pesar de intentar evadirse de aquel extraño momento, la consciencia de su inmediata proximidad se lo impedía. Él la invadía sin pretenderlo, con la preponderancia de su anatomía fuerte y masculina. Su singular aroma la emborrachaba; olía a madreselva, azahar, mar y a sol. Una fragancia natural que le provocaba con cada inspiración mariposas en el centro de su estómago.

Notaba su aliento agitado acariciándole la frente. Él la rodeaba y colmaba todos sus sentidos al mismo tiempo, haciendo desbocar su pulso y retener la respiración.

Sin saber la razón, tenía la certeza de que el joven estaba escondiendo una sonrisa, divertido con su fragante muestra de inexperiencia y timidez.

La melodía que la orquesta estaba interpretando comenzó a ir *in crescendo*, y ellos dieron algunos giros vertiginosos que hicieron a la falda de su vestido elevarse y rozar la tela de los pantalones del caballero. Sus pechos y piernas se rozaron, lo suficiente para que Lilian perdiera el paso y sintiera que el aliento se le cortaba. Él la estabilizó sin esfuerzo.

—La última vez que me miré en un espejo, pude comprobar que mi aspecto no es tan feo como para justificar que evite mirarme de manera tan efectiva. ¿O es que se siente obligada a ser

mi compañera de baile?

Lilian alzó la vista de inmediato al oír su tono contrito. Esa pregunta buscaba indagar en algo más que una conversación casual. Podía ser que él también hubiese llegado a la conclusión de que ella lamentaba haberle permitido besarla. La mera suposición acrecentó su nerviosismo. Aunque no pudo mirarlo a los ojos, sí vio su mandíbula, y a sus labios cincelados torcerse en una media sonrisa. El pequeño lunar que tenía sobre el labio superior fue el punto que la atrapó como si se tratara de un embrujo.

—No, claro que no, *milord*. Solo es que… es la primera vez que bailo un vals. No es común que las damas lo hagan, sin haber tenido aún una primera temporada. Se debe tener autorización de las matronas y encontrar la ocasión para ello.

El caballero no respondió de inmediato. Lilian supuso que su respuesta lo había engañado, y achacaría su actitud a un nerviosismo lógico. Rogaba que así fuera, porque si sus verdaderos pensamientos estaban siendo evidentes, se sentiría humillada sin remedio.

Él no parecía para nada afectado por su mutua proximidad. La guiaba en los pasos con la destreza de un bailarín experto.

—Entonces no es que mi cercanía le cause rechazo, sino que es la actividad que estamos realizando la responsable de su tensión —formuló con parsimonia.

Ella asintió. Siguieron moviéndose en perfecta sincronía. Rochester carraspeó, y la mano que la sostenía se crispó en su cintura.

—*Milady*..., yo... yo quería pedirle disculpas por lo sucedido en el mirador. No debí tomarme esa libertad con usted, y entiendo si se siente ultrajada y molesta conmigo. Le prometo que no volverá a suceder.

Lilian sintió un vuelco al corazón. Él le hablaba sobre el beso de manera abierta, ya no podría evadir el tema o hacer de cuenta que nunca había sucedido.

Después que se recuperó, la abrumó la decepción, y decidió que debía salir de esa situación con al menos su orgullo intacto. No se había equivocado, él estaba arrepentido.

—No es necesario que se disculpe, *milord*.

—Yo creo que sí. Aunque ya no formo parte activa de la nobleza, puedo ver que mi comportamiento es inexcusable. No sé qué se apoderó de...

Lilian lo interrumpió, incapaz de seguir escuchando sus lamentos.

—Le está dando más importancia de la que en realidad tuvo. Fue un simple beso, algo intrascendente. No pienso torturarme por ello, ni mucho menos montarle un escándalo. De hecho, ya había olvidado que sucedió. Las damas en edad casadera no somos tan impresionables como se piensa, *milord*. Hágase un favor, y olvídelo.

Cada palabra fue dicha con toda la dignidad que Lilian pudo reunir, y al parecer logró convencer al caballero, porque este casi perdió el paso. Se enderezó y la miró con absoluto pasmo.

—¿Ha... ha dicho que fue algo intrascendente?

Lilian reprimió la risa y bajó la cabeza antes de delatarse frente al hombre.

—Así es. Fue irrelevante, trivial, fútil, nimio, inane, vacuo, insigni...

—Ya la entendí —la cortó con tono exasperado—. No es necesario que se explaye. Me ha

quedado claro lo que piensa. Espero que a usted también. Lo cierto es que hemos dejado que esto llegue demasiado lejos.

Lilian levantó la cabeza, confundida con sus palabras finales.

En ese momento la música comenzó a mermar, y ella supo que su tiempo juntos llegaba a su fin. Una parte suya sintió decepción y otra, alivio. Se trataba de una extraña mezcla de sensaciones confusas. Deseaba salir corriendo tanto como perderse en sus brazos y no salir nunca más.

—Lady Lilian —la llamó él justo cuando daban el giro final.

Al fin ella tuvo el valor de buscar su mirada, y lo que allí encontró fue desconcertante. Vio reconocimiento.

Él parecía acongojado. Del todo afectado por alguna emoción que ella no pudo identificar. Sus ojos la veían sin subterfugio, de manera descarnada, abierta y carnal. Lilian se sintió subyugada por la intensidad con la que la contemplaba y asediada por la fuerza innata de su propia respuesta.

No pudo ocultar el conocimiento de aquella atracción que compartían, de aquel potente sentimiento que burbujeaba en su pecho, y supo sin lugar a dudas de que él tampoco podía hacerlo. De inmediato desaparecieron sus dudas sobre la posibilidad de que el caballero no le correspondiera en sus afectos. Que los considerara solo dos conocidos bailando entre decenas de parejas. Tuvo la absoluta certeza de que él sentía lo mismo por ella.

Ninguno fue capaz de emitir palabra ni de deshacer aquella burbuja en la que parecían atrapados, y ejecutaron los giros finales inmersos el uno en el otro. No obstante, poco a poco aquel brillo de su mirada se oscureció hasta tornarse en sombras profundas, y su mandíbula se apretó con fuerza.

Lilian apenas respiró bajo el examen intenso y exhaustivo que él hizo de cada fracción de su cara, el cual terminó sobre su boca, y allí pareció quedar prisionero. Le dio la impresión de que quería memorizar sus rasgos y que ni siquiera era consciente de ese anhelo.

Ella sintió cada terminación nerviosa de su cuerpo latir y a su piel erizarse. Si no lo creyera imposible, habría dicho que él estaba tan cerca suyo que hasta sus alientos parecieron tocarse, entrelazarse en una danza caótica que los dejó tan exhaustos como el vals que bailaban.

La última nota resonó entonces, dando fin a su íntimo interludio, y ellos se detuvieron sin soltarse ni despegar sus miradas.

Fue cuando el mundo dejó de girar a su alrededor, y recordó el lugar en el que estaban y a las personas que los rodeaban, que él aclaró la frase que antes le había dicho, murmurando con brusquedad una sola palabra.

—Olvídeme.

CAPITULO 11



Lilian sintió como si alguien le hubiera propinado un fuerte golpe. Lord Eric quería que olvidara, que borrara de su mente el beso y todo lo sucedido entre ellos. Él pensaba dejar que aquello muriera antes de haber florecido. Elegiría la salida fácil. Oírlo de su propia boca fue suficiente para apagar todo a su alrededor. Para que los colores se volvieran grises y el cielo pareciera oscurecer. Aquello resonó en el centro de su estómago, con la fuerza de un relámpago, y ella se soltó de su agarre dando un traspiés. Rochester bajó la vista y ejecutó la reverencia protocolaria; ella hizo la propia, apretando los dientes, para intentar disimular el caos interior que estaba experimentando.

Lo siguiente y correcto era que él la llevara fuera de la pista. Y eso se disponía a hacer, cuando se oyó cerca de la puerta trasera de la mansión un alboroto que llamó la atención de todos. La orquesta dejó de tocar abruptamente, y los murmullos se elevaron.

Lilian miró hacia el lugar, pero no pudo identificar la razón de la interrupción. Aunque sí alcanzó a ver a lord Harrow hablando con alguien.

Giró la cabeza para preguntar al caballero si podía ver algo, mas se encontró con el lugar vacío, y lo localizó alejándose con prisas hacia las puertas. Lilian lo siguió alzando el ruedo de su vestido, ignorando al resto de invitados, que estaban paralizados susurrando entre ellos.

Cuando llegó hasta el punto de la discordia, alcanzó a oír lo que un criado estaba diciendo.

—Sí, *milord*. Estoy seguro, me dijeron que les avisara sin demora.

—¿Hace cuánto le avisaron, Collins? —pregunto lord Eric, posicionándose junto a su hermano.

Georgiana estaba al lado de Felicity, y esta sostenía a la marquesa viuda con expresión preocupada.

—Me lo dijo el capitán Weiss antes de irse, *milord*. Hace unos diez minutos, uno de sus hombres vino desde el puerto —intervino el mayordomo.

—Entonces Weiss salió para allá. Debo irme —dijo con precipitación Eric.

—No puedes acercarte todavía, deja que la guardia del puerto lo haga —lo frenó Harrow, agarrando por el brazo a su hermano.

El otro negó con evidente angustia.

—No puedo dejar a Logan y a sus hombres solos, debo ayudarles.

—Hijo, no vayas. Espera a que el peligro haya pasado, o a que tu hermano te pueda acompañar con alguno de los criados —rogó lady Arabela.

—Eric... —insistió el marqués, consternado, porque sabía que no podrían retenerlo.

—Benjamin, suéltame. Iré. Le debo mi vida al capitán —declaró tajante.

Lord Harrow lo soltó con gesto sombrío, y todos lo observaron marcharse a la carrera, después de que él mirara en su dirección de forma fugaz, y apartara la vista enseguida.

—¿Qué está pasando? —cuestionó Lilian cuando la celebración se dio por terminada y quedaba solo la familia en el lugar.

—El barco del capitán Weiss se está incendiando —murmuró Georgiana, que caminaba junto a ella, detrás de su hermana y de los demás, hacia una de las salas de la casa.

—¿Incendiando? ¿Cómo es posible?

—No lo sé, pero al parecer alguien provocó el incendio de manera intencional.

Horrorizada, Lilian contuvo el aliento, y un solo nombre vino a su mente.

Sir Miles.

Lilian caminó detrás de la familia como una autómata, con la vista fija en la espalda del marqués de Harrow. Una y otra vez se repetía con culpabilidad que él no sabía nada de lo que estaba ocurriendo con su hermano. No tenía idea de que lo sucedido no era solo un desafortunado hecho, sino un verdadero atentado, y que la vida de Lord Eric estaba en ese momento en peligro.

Cuando llegaron al salón de visitas, Felicity pidió al mayordomo que trajera una infusión para ellas y los caballeros, pues ya se había pasado la hora del té. Lilian contuvo su deseo de decirle a su cuñado todo cuanto sabía. No podía hacerlo porque le había prometido al hermano menor que nadie más lo sabría. Había dado su palabra y ahora estaba atada a su propio juramento.

Agobiada, se removió en el sillón, fingiendo que oía el relato que estaba haciendo su hermana mayor sobre el incendio que habían tenido tiempo atrás en un edificio cercano a la casa. Tuvo que morderse la lengua para no interrumpir y decirles que en esta ocasión también era *sir* Miles el responsable de haber iniciado el fuego.

Estaba tan abrumada con el hilo de sus pensamientos, que no fue consciente de que el marqués había reparado en ella y la estaba observando con suspicacia.

—Lady Lilian, mi esposa me comentó que le apasiona leer sobre física. Tengo en mi biblioteca varios ejemplares sobre el tema que hace tiempo quería enseñarle.

Ella levantó la cabeza y lo miró perpleja. Su ofrecimiento desatinado dada la situación era una excusa demasiado obvia para alejarla de los presentes. Felicity estaba inmersa en una conversación con sus padres y la marquesa viuda y no escucharon las palabras del marqués.

Georgiana, quien también estaba inusitadamente callada, se atragantó con el té que estaba tomando y los miró confundida. Algo extraño, porque ella prefería el café o robarse el licor de huevo de su padre. Supuso que en esa situación necesitaba calmar sus nervios como todos.

Lilian se aclaró la garganta.

—Sí, claro, soy asidua a ese tipo de lectura. Me encantaría ver sus ejemplares, *milord*.

El marqués asintió, y disculpándose con su padre y los demás, se puso en pie y se acercó a ella para ofrecerle su brazo. Lilian lo aceptó, lanzándole una mirada de advertencia a Georgiana, quien parecía dispuesta a decir que Lilian en su vida había leído nada sobre aquel tipo de ciencia.

Ambos salieron del salón, y caminaron por el vestíbulo sin emitir palabra.

Lilian pasó delante de él cuando le hizo un ademán frente a las puertas de la biblioteca, y

traspasó el umbral conteniendo un suspiro nervioso. Harrow la invitó a sentarse en un asiento dispuesto frente a una chimenea apagada, y él hizo lo propio frente a ella.

—Ahora sí, *milady*, puede decirme lo que sea que la tiene tan preocupada. Estoy esperando que las damas se calmen para poder ir al puerto a ver si mi hermano necesita ayuda, pero no quisiera irme sin saber que usted está bien.

Lilian soltó el aire con pesadez.

—Dígame qué le inquieta. No he podido evitar notar la repentina palidez de su rostro y el temblor incesante de sus manos.

Ella bajó la vista a sus manos y constató que estaban temblando. Juntó sus dedos para intentar calmarse.

—*Milord*...

—Llámeme Harrow. Somos familia —le cortó con amabilidad.

Su tono era cálido y manso, muy opuesto al traslúcido brillo de sus ojos celestes, que eran como trozos de hielo, y a su mirada alerta.

—Harrow. Estoy preocupada por... por el bienestar de su hermano y del capitán Weiss.

El marqués asintió comprensivo.

—Algo lógico.

—Lilian —completó ella, con tono tembloroso.

—Lilian. La situación en la que están es de riesgo. Estoy seguro de que los trabajadores del puerto les están ayudando a sofocar el incendio, pero aun así les supondrá pérdidas económicas cuantiosas. Y esperemos que no haya heridos entre la tripulación.

Lilian tragó saliva.

—¿Cómo supieron que alguien provocó el incendio?—preguntó, dirimiendo para sus adentros cuánto podría decirle sin romper su promesa.

—Porque el capitán recibió el informe de que se había iniciado el fuego en la cubierta. Algo extraño, ya que, toda tripulación sabe que no puede haber cerca ningún material inflamable y que allí las medidas de seguridad son extremas. Lo normal de haberse tratado de un incendio natural, seria que el fuego se hubiera iniciado en la cocina o en la bodega.

Lilian asintió, y desviando la vista preguntó:

—¿Sospecha de alguien?

—¿Debería?

Su tono había sido casual y directo. Estaba sospechando de su actitud.

—Tal vez su hermano o el capitán tienen algún enemigo. Alguien que pudiera estar tan molesto como para hacer un acto semejante —insinuó con tono inocente.

No pudo engañar al marqués, que antes de que pudiera parpadear se había levantado y la estaba observando con el ceño fruncido.

—¿Sabe algo que yo no?

Lilian tragó saliva, comenzando a sonrojarse.

—Yo...

Harrow suspiró y se sentó de nuevo antes de decir con tono apremiado:

—Lilian, si sabe algo, tiene que decírmelo. Callarse en este momento podría ser peligroso para mí hermano y para el señor Weiss. Es de vital importancia que sea sincera. Cualquier sospecha que tenga, no puede ocultármela. No hay tiempo; hable, por favor.

Ella bajó la cabeza y retorció sus manos, indecisa. Había hecho una promesa, y siempre cumplía lo que prometía.

El marqués se acercó a ella, para que pudiera verlo a la cara, y con gesto mortificado dijo:

—Él podría morir.

Lilian cerró los ojos, acongojada. No fue necesario que él le aclarara de quién estaba hablando ni por qué a ella esas palabras le causaban un ramalazo de miedo y dolor. Fue evidente el hecho de que, de algún modo, lord Harrow había encontrado su talón de Aquiles, el único motivo que podía lograr que ella traicionara su propio honor.

Abrió los párpados y se topó con la mirada angustiada de su cuñado, que esperaba su respuesta en silencio. Ella asintió, tomó aire y se armó de valor, esperando que lo que dijera sirviera para poner a salvo al bandido de Bristol. Haría todo lo que estuviera a su alcance, porque lo cierto es que ella le debía su propia vida al caballero.

Por fortuna, no tuvo que confesar todo ni cómo lo había sabido, solo con escuchar lo que había sucedido con *sir* Miles en el bosque fue suficiente para que el marqués le agradeciera, se pusiera en pie y saliera de la habitación con premura. Lilian no se sintió mejor después de delatar a Lord Eric, pero al menos tuvo la tranquilidad de que había hecho lo correcto.

Los Lovelace no regresaron a casa; sus padres y ellas se quedaron junto a Felicity y la marquesa viuda, esperando noticias provenientes del puerto.

Su hermana mayor estaba muy angustiada, y debido a su estado de gravidez fue necesario que le dieran agua de rosas y la obligaran a recostarse en su habitación. Lady Arabela y su madre la acompañaron, esta última murmurando sobre la envidia de las malas personas; mientras que su padre decidió ir al estudio del marqués para abastecerse de licor y puros, pues la espera parecía que sería larga.

Lilian se quedó en la sala a solas con Georgiana, quien se había refugiado junto a una ventana y casi no había emitido palabra en el tiempo que llevaban allí.

—¿Qué crees que estará sucediendo en el puerto? —preguntó Lilian, relajándose en el sofá, ahora que ya la marquesa viuda no estaba.

La preocupación y el corsé no eran buena combinación. Necesitaba quitarse esa prenda y también el calzado.

Georgiana no se giró.

—No lo sé. Ya ha pasado una hora y no han enviado ningún mensaje. Eso no augura nada bueno.

Lilian estuvo de acuerdo. Sintiéndose abrumada, se puso en pie y comenzó a caminar por el salón, incapaz de seguir quieta por más tiempo. Era tan injusto que por ser mujeres se esperara de ellas que estuvieran ahí, sin poder hacer nada, solo aguardando una novedad. Si hubiesen nacido siendo hombres, podrían haber ido a acompañar a lord Harrow, y ser de utilidad. Hacer algo al menos.

—¡Me está matando la espera, Dios santo! —exclamó con frustración.

Georgiana se volvió a mirarla. Lilian alzó la vista y lo que vio en su cara la puso en alerta. Conocía esa expresión, y no quería confirmar sus sospechas.

—Gigi, no…

Su hermana se puso a su lado.

—¿Por qué no? No nos acercaremos tanto, solo lo suficiente para averiguar lo que está sucediendo, y regresaremos.

Lilian se debatió entre el deseo de ir a constatar que Lord Eric estuviera sano y salvo y la consciencia que le decía que se metería en un buen lío si se escapaban de la casa.

—El puerto no queda tan lejos si cabalgamos campo a través. Estaremos de nuevo en la mansión antes de que puedan darse cuenta de que nos fuimos —insistió su hermana con tono persuasivo, tomándola de la mano.

Lilian buscó su mirada.

—¿Tú por qué quieres ir? Creí que ninguno de ellos te caía en gracia.

Georgiana le soltó la mano, y bajó la vista antes de responder:

—Te seguí la última noche.

Lilian empalideció.

—¿Qué? —farfulló.

—Has escuchado bien. Te vi saliendo a una hora muy avanzada de la noche, y tuve miedo de que te sucediera algo malo. Así que, te seguí.

La miró incrédula.

—¿Viste todo lo que ocurrió?

Georgiana asintió y alzó la mirada.

—Sí, y lo oí también. Me di cuenta de que había prejuzgado muy mal a ambos hombres. Sobre todo al capitán Weiss.

Lilian notó que sus ojos se ensombrecieron al decir aquello, y quiso saber a qué se debía, pero ella no le dio tiempo a indagar.

—Te iba a avisar de mi presencia para que regresáramos a casa juntas, cuando ellos te descubrieron y saliste huyendo. Yo salí detrás de ti, pero te perdí de vista.

—¿Y volviste a Hampton Manor por tu cuenta?

Georgiana le dio la espalda, pareciendo incómoda.

—Sí. No tuve más opción. El capitán Weiss me obligó a volver, después de asegurarme que lord Eric se ocuparía de ti. Regresé y te esperé despierta.

—¿Por qué esperaste hasta ahora para decírmelo?

Ella suspiró y, con la vista puesta en el exterior de la casa, contestó:

—No quería presionarte. Además, comprendí que no podías decir nada para protegerme. Lo importante es que ellos cuidaron de ti, y les debemos eso, ¿no?

Que su hermana supiera lo que había sucedido, al igual que su cuñado, la hacía sentir un

gran alivio. La carga de guardar tantos secretos comenzaba a pesarle.

Por otra parte, no podía negar que estaba en deuda con Lord Eric. Lo que Georgiana proponía podría meterlas en un grave problema con sus padres, aunque hacía rato que ella había dejado de comportarse con racionalidad. Cometer una insensatez más no haría la diferencia.

—¿Cuál es tu plan?

Escapar de Kings Harrow House fue más sencillo de lo que ella había pensado. Solo tuvieron que decirle al mayordomo que necesitaban tomar aire y salir al enorme jardín. Si alguien decidía buscarlas, podrían tardar unos buenos minutos, pues el terreno que rodeaba la casa era inmenso.

Las caballerizas estaban muy cerca, y Georgiana ya se había familiarizado con estas, por lo que no le costó comprobar que el jefe de cuadras no estaba allí, ya que,, como todos los demás, debía estar en la casa de seguro comentando los acontecimientos.

Tomaron el caballo de Felicity, y otro corcel que tenía un hermoso pelaje color ébano, y murmurándoles palabras tranquilizadoras para evitar que relincharan, salieron del lugar.

Caminaron llevando de las riendas a los animales hasta alejarse lo suficiente de la vista de la casa. Una vez estuvieron seguras de que no las habían descubierto, se miraron triunfantes y amarraron las faldas a la cintura de sus vestidos.

Lilian montó la yegua que parecía ser más mansa, un regalo del marqués a su hermana. Georgiana hizo lo propio con el potro que parecía bastante salvaje, no obstante, como todos los jamelgos, cayó con rapidez bajo el embrujo de esta.

Galoparon a horcajadas por varios minutos, dejando que el viento les deshiciera los elaborados peinados que sus doncellas les habían hecho para la boda y que sus piernas se acomodaran sobre los caballos, libres del peso de las faldas.

A pesar de que el sol comenzaba a caer, no demoraron en ver la alta columna de humo en el horizonte, y sacudieron las riendas para apurar a los animales y llegar al puerto.

Se detuvieron en el callejón lateral de una casa humilde cercana a la zona portuaria, y ataron allí a los caballos. Subieron las capuchas de las capas para cubrir sus cabezas y no delatar su procedencia, y salieron a la calle por la que pasaban corriendo muchas personas.

Nadie se percató de su presencia, y pudieron mezclarse entre el caos que las rodeaba. Los lugareños con los que se cruzaban gritaban y comentaban que el fuego era incontrolable.

Ellas intercambiaron una mirada, y siguieron a la marea de personas, que se dirigían hacia la zona del incendio.

El humo negro se elevaba desde el barco de madera, oscureciendo el cielo azul del puerto. Los marineros que aún estaban a bordo, con rostros angustiados, corrían de un lado a otro con cubos de agua, intentando apagar las voraces llamas que devoraban el navío. Sin embargo, el fuego parecía imparable, consumiendo todo a su paso.

La multitud que se había reunido en el muelle observaba horrorizada; algunos con lágrimas en los ojos, mientras otros murmuraban entre sí, impotentes ante la tragedia que se desarrollaba ante ellos.

El barco había sido soltado del amarre. de seguro para intentar alejarlo de las rampas y así evitar que el fuego alcanzara a otros barcos anclados.

Lilian buscó a alguno de los caballeros tratando de ver a través del humo, pero no avistó a ninguno. Tampoco había señas de lord Harrow por ningún lado.

La embarcación era más grande de lo que ella había imaginado, ya que, tenía cuatro mástiles, y enormes velas cuadradas. El casco que estaba ya alcanzado por las llamas era de madera. La cubierta estaba todavía abarrotada de cajas de madera, barriles y sacos, muchos ya arruinados, y otros siendo lanzados a un bote, donde varios hombres los recibían con la intención de salvar algo. El contenido de estos debía ser alimentos básicos, como granos y carne salada. Provisiones necesarias para soportar las largas travesías en alta mar.

Lilian recordó oírles decir que aún no habían descargado la mitad de la mercancía, y supuso que Rochester y Weiss debían estar en la bodega, tratando de salvar las cajas de ron y la demás carga valiosa; bienes de lujo, como seda, especias y porcelana.

Con preocupación, pensó que debían sacar las botellas de inmediato, porque, de lo contrario, podían causar un estallido que tendría consecuencias mortíferas.

La tripulación continuaba su lucha contra las llamaradas, y no parecían estar ganando. Cuando se levantó un fuerte viento, el fuego se avivó, y el casco comenzó a derrumbarse, ocasionando que el barco se inclinara y la multitud gritara.

Entonces sucedió lo peor: el fuego avanzó con voracidad y alcanzó la quilla, una viga larga y afilada, la cual corría a lo largo del fondo del casco y proporcionaba la estabilidad para mantener la dirección del barco.

La viga se quebró y cayó con estrépito sobre la proa, hundiendo el piso y causando estragos. El barco se descontroló, sacudiéndose con fuerza. Los gritos de los marineros y los crujidos de la madera rompiéndose se oían hasta donde ellas estaban, que, horrorizadas, vieron a los hombres lanzarse desde el barco hacia el agua en afán de salvar sus vidas.

Lilian sofocó su propio grito, y salió corriendo en dirección al muelle, olvidando que nadie debía descubrir su presencia. Oyó que Georgiana la llamaba, pero siguió adelante, incapaz de refrenar su angustia. Necesitaba cerciorarse de que Lord Eric no estuviera todavía dentro de ese infierno flotante.

Cuando llegó hasta el final de la rampa, se topó con varios hombres vestidos con uniformes de la marina real. Lilian reconoció a uno de ellos, aunque él no sabía quién era ella, y se dirigió a él con precipitación.

—¡Señor! ¿Dónde están lord Eric, lord Harrow y el capitán?

El oficial que tenía el pelo muy corto de color castaño y unos serios ojos grises, la miró unos segundos, y levantó una mano cuando uno de sus subordinados intentó apartarla de él.

—*Milady*, soy el comandante Craig.

Ella asintió, desviando la vista al barco para buscar a los hombres una vez más. Solo veía humo y fuego. No le sorprendió que él supiera que ellas eran damas, pues debía haberlas delatado la calidad de su vestimenta y su manera de hablar.

—El marqués está a bordo de nuestro barco, allí.

Lilian siguió la dirección en la que señalaba y vio a un pequeño barco que no había notado antes ubicado a una distancia prudente del que se incendiaba, y reconoció la figura de su cuñado en la popa.

—Están esperando a que su hermano y el capitán terminen de descargar la mercancía para

traerlos hasta aquí. El capitán se negó a dejar su barco hasta que no estuviera hasta el último de su tripulación a salvo.

—¿Es que todavía hay hombres dentro? —intervino Georgiana con espanto.

Craig asintió.

—Me temo que el cocinero y uno de los grumetes no han salido. El resto acaban de lanzarse al mar y ya han sido rescatados.

Lilian miró de nuevo hacia el barco y notó que este ya empezaba a hundirse por la proa.

Eric tenía que salir, lo tenía que hacer ya, o moriría.

Georgiana lanzó un juramento y la sujetó con fuerza de la mano. Lilian lo agradeció, porque su cuerpo estaba temblando de auténtico pavor.

Impotente, empezó a rezar con todas sus fuerzas, recordando el rostro sonriente del caballero y el vals que habían bailado apenas hace unas horas. También su gesto de cariño cuando hablaba de su hermano y cómo bromeaba con su madre. Su expresión solemne cuando dijo que debía ayudar al capitán y su mirada apagada al nombrar a su padre.

Recordó cómo se había enfrentado a tres hombres para salvarla y como se ocupó de ella en el mirador, y no pudo contener el llanto.

Él no podía morir, el mundo le debía demasiado. Todavía no había experimentado una auténtica dicha, y ella quería ser quien le enseñara. Quien le animara a creer en esos incipientes sentimientos que sabía sentía por ella. Quería amarlo y que, algún día, él la amara en plenitud y libertad.

De repente, un estruendo ensordecedor llenó el aire cuando una explosión sacudió el barco, enviando escombros ardientes por los aires y provocando el pánico entre los presentes. Lilian se vio aplastada contra la tarima de madera junto a su hermana, cubierta por el cuerpo del oficial Craig.

Gritos desgarradores se mezclaron con el sonido del crujir de la madera y el estrépito de las olas. En medio del caos, algunos valientes intentaban rescatar a los heridos que habían sido alcanzados por los fragmentos voladores, mientras otros solo huían en busca de seguridad.

Lilian se tapó los oídos durante la explosión y dejó que el comandante la ayudara a ponerse en pie.

El barco, ahora envuelto por completo en llamas, amenazaba con hundirse en el mar en cualquier momento. La escena era dantesca, un cuadro de desesperación y tragedia imposible de mirar.

De pronto vio aparecer en cubierta al capitán Weiss trayendo a rastras a un joven herido. Él vociferaba, y saltó al agua, llevando con él al tripulante justo cuando el casco terminaba de hundirse.

—¡Noo! —gritó ella con desolación cuando vio que la masa de fuego se hundía sin retorno.

Rompió a llorar, y su vista se oscureció de súbito.

Eric no había salido, no lo había visto salir. Estaba muerto.

No había podido decirle lo que sentía por él. Que había empezado a admirarlo y a respetarlo. Que quería conocerlo más. Lo había perdido antes de poder soñar con un futuro a su

lado.

No pudo seguir pensando, los párpados le pesaban y sentía que las piernas ya no la sostenían. Después solo hubo oscuridad.



—Lily, Lily..., ¿me escuchas? Despierta. Por favor, abre los ojos —repetía una y otra vez una voz, colándose entre la bruma de su inconsciencia.

Lilian percibió la congoja en su tono, e hizo el esfuerzo de separar los párpados.

Lo primero que sucedió fue que la luz del día la cegó.

—¡Gracias a Dios! Temía que nunca despertaras. Estaba a punto de confesar todo a nuestros padres para que un médico pudiera revisarte.

El rostro de Georgiana estaba sobre ella, y parecía que no había pegado ojo en toda la noche.

Ella quitó la mano que se había llevado la cabeza y miró a su alrededor. No estaban en Hampton Manor, sino en una elegante habitación decorada en color celeste y dorado. El mobiliario era blanco, al igual que el dosel de la cama y el papel tapiz de las paredes. No reconocía el lugar.

—¿Qué hora es? —graznó con dificultad.

Georgiana se echó hacia atrás y la ayudó a incorporarse, apoyándola sobre las almohadas.

—Cerca de las doce. Llevas durmiendo desde ayer.

Lilian frunció el ceño. Se sentía mareada y confundida.

—¿Dónde estamos?

—En casa de Felicity.

—¿Qué ha sucedido?

—Te desmayaste. El comandante Craig me asignó a dos de sus hombres y ellos me ayudaron a traerte aquí de nuevo, sin que nadie descubriera nuestras identidades.

—Yo nunca me había desmayado —murmuró.

Nunca había sido de las que se desvanecía con facilidad, y ya llevaba dos vahídos en pocos días.

—Creo que fue un cúmulo de factores. La noche anterior no habías dormido y estuviste en una situación peligrosa. Estuvimos todo el día en la boda con las emociones que eso conlleva. No habías comido nada desde el banquete de la mañana, y después... el incendio y la fatalidad de lo sucedido. Es que... ¿No recuerdas nada? —preguntó preocupada.

¿Recordar?

La respiración se le cortó cuando una sucesión de imágenes impactó en su cerebro. La angustia la sobrecogió.

Sintió un escalofrío y el miedo subir por su garganta hasta hacerle sentir náuseas.

—¡El barco! El capitán Weiss logró salir, lo vi. Lo vi tambaleándose sobre la cubierta inundada y destruida, y después…la explosión.

Su hermana asintió y se dejó caer en una silla que había colocado junto a la cama.

—El capitán está bien. Solo tiene unos rasguños y algunas quemaduras leves en las manos. De hecho, está en el puerto colaborando con la recolección de los restos de su barco.

Lilian no quería hacer la pregunta, no se atrevía a formular la frase que le confirmaría sus peores temores, que hundiría sus esperanzas. Consternada, cerró los ojos, y se dijo que mientras no preguntara, podría fingir que todo estaría bien. Era una actitud muy cobarde, y hasta bochornosa. De hecho, era un sin sentido. No podía huir de la realidad.

Al final, suspiró temblorosa y enfocó de nuevo a su hermana, que no le había quitado la vista de encima.

—¿Y... y lord Eric? Él... ¿Él... está? ¿Pudieron rescatarlo a tiempo?

Georgiana se inclinó y sujetó sus manos. Lilian se percató de que sus dedos estaban apretando el borde de la cobija hasta ponerse morados. Liberó la tela y contuvo el aliento, a la espera de la respuesta.

—Lord Eric salió por sus propios medios, cuando ya lo creíamos perdido. Además, emergió llevando a un pequeño de once años con él, un niño que es grumete del capitán y a quien había bajado a buscar a los camarotes.

Lilian volvió a respirar, su labio inferior tembló y, para su humillación, sus ojos se anegaron en lágrimas. Sentía alivio, felicidad y múltiples emociones colisionando en su interior. Aunque de todas ellas prevalecía el orgullo y la admiración por saber que el hombre que todos juzgaban como una escoria, un bandido y un truhan, era en realidad un caballero valiente, honorable y un héroe.

—Lilian..., ¿acaso sientes algo por ese hombre?

Al oír la pregunta, su corazón dio un vuelco, y las gotas que inundaban sus ojos resbalaron por sus mejillas, dejando un surco sobre la piel.

—Me temo que, inesperadamente, sí. No lo sé todo de él, pero lo que sé me hace quererle.

CAPITULO 12



Georgiana asintió con los labios apretados y la soltó.

Lilian suponía que se estaba reprimiendo para no juzgarla ni decirle lo que ella misma estaba pensando. Que no podía estar enamorada en tan poco tiempo, que apenas lo conocía y que estaba dejando que su juicio se nublara al dejarse llevar por su naturaleza romántica. Mas no dijo nada y ella agradeció que no la condenara.

La realidad era que podía hacer una lista de motivos por los que amar a lord Eric sería una pésima idea, pero todos ellos palidecerían en comparación a la fuerza de ese sentimiento que, al igual que la hiedra, había comenzado a crecer sin freno en su corazón. Nada podía detenerlo, y colmaba sus sentidos, sus emociones y su ser por completo. Si llegaría a amar al caballero del todo era todavía un misterio, una incógnita que solo estando a su lado podría develar.

—Necesito verlo, Gigi. Tienes que ayudarme —suplicó, secándose las mejillas.

—Antes debo decirte algo —murmuró su hermana.

—¿Qué? ¿Nuestros padres saben que estuvimos en el puerto o sobre mis escapadas?

—No, no. Ni siquiera advirtieron que salimos, y nunca sospecharían de ti.

—Mejor. Lo último que deseo es que obliguen a lord Eric a desposarme. Él me dejó claro que no quiere casarse, y no seré yo quien se lo imponga. Si él me quiere o no, tendrá que decidirlo por sí mismo.

—En este momento lo veo complicado. Y tampoco podría ser presionado por nuestro padre, porque sería inoportuno.

—No comprendo.

Georgiana suspiró.

—Lord Eric se encuentra convaleciente.

—¿Está herido? ¿Es grave?

—Aún no lo sé. Solo escuché que una estaca se clavó en su muslo izquierdo y le causó una herida muy profunda. El médico lo atendió y lo cosió, y dijo que deben esperar a que no se infecte, que la inflamación ceda y que no vaya a tener fiebre. Si se gangrena, puede correr riesgo de perder la pierna o hasta la vida. También sufrió una quemadura en el pecho que no tiene buena pinta, por lo que le escuché decir a lady Arabela.

—¿Dónde está? ¿Alguien lo está cuidando?

—Está aquí. Todavía no ha despertado desde anoche. Le suministraron láudano para el dolor y para que pudieran cerrar la herida. Su madre y lord Harrow han estado con él. Madre decidió que nos quedáramos para acompañar a Felicity, pero padre ya ha vuelto a Hampton Manor.

Lilian tragó saliva y trató de imaginar al fuerte caballero tendido en una cama, inmóvil y débil. Era una imagen que no concebía y que le causaba desazón.

—¿La herida no le dejará secuelas?

—En el caso de que salga todo bien y cicatrice sin mayores problemas, puede que quede con una cojera. Eso no lo sabremos por el momento.

Lilian recordó cómo él la había guiado en la pista de baile, y su corazón se encogió de pena. Dejó salir el aire con fuerza.

—¿Qué excusa has dado para justificar que no me haya levantado aún?

—Que te dolía la cabeza y que algún alimento te había sentado mal.

Lilian asintió. No sería raro que su madre hubiese aceptado esa excusa, pues la familia sabía que ella solía ser delicada del estómago.

—Eso servirá. Podré mantenerme aquí dentro, y así tendré más posibilidades de poder ver a Lord Eric. Te suplico que me ayudes —repitió juntando las manos.

Georgiana torció el gesto.

—No es tan fácil. Lady Arabela apenas se separa de su lado, y cuando no está ella, lo acompaña el marqués.

—En algún momento tendrán que hacerlo, y tú estarás cerca para avisarme. ¿Al menos sabes en qué cuarto lo alojan?

—Sí. La mansión está dividida en cuatro alas. Una para Harrow y Felicity, otra para la familia del marqués, y la última para los invitados. Todavía hay gente que estaba invitada a la boda, hospedada aquí. Aunque muchos partieron temprano.

—¿Cuál es la de la familia? —inquirió pensativa.

—La sur. Nosotros estamos en el este. El ala norte es de los marqueses y la oeste, para los futuros herederos y sus cuidadores.

—¿Y ese sonido?

—Son las campanas de la pequeña capilla que está al otro lado del río, cerca del risco que colinda con las tierras de nuestro padre.

Lilian contó en su mente las campanadas.

—Pronto servirán el almuerzo. Tienes que estar atenta, y si la marquesa viuda baja a comer con sus invitados, me avisas de inmediato.

—Lilian. Una cosa es ver al joven en algún lugar solitario, y otra muy distinta es meterse en una habitación rodeada de decenas de personas que en cualquier momento podrían descubrirte. ¡Hay un batallón de sirvientes en este museo al que llaman casa!

—Lo sé, lo sé—admitió compungida—. Solo es que necesito verlo, necesito estar a su lado, aunque sea unos minutos. Prometo que será rápido, solo quiero cerciorarme con mis propios ojos de que está bien y regresaré al cuarto.

Georgiana bufó y la miró como si estuviera frente a alguna clase de fenómeno imposible de analizar.

—Sabes que, si te atrapan, tu reputación quedará mancillada sin remedio. ¿Qué tiene ese caballero que te empuja a arriesgarlo todo una y otra vez? Desde que lo conociste, eres alguien

irreconocible. La Lilian que yo conozco tenía miedo hasta de poner el caballo a galopar.

Ella desvió la vista, sonrojada. No podía contradecir sus observaciones, ni mucho menos explicarle qué la impulsaba a olvidarse de todas las reglas y normas sociales, porque ni ella misma tenía la respuesta. Solo sabía que desde que el caballero se había cruzado en su camino, ella había perdido toda inhibición y se sentía más viva que nunca.

Poner un nombre al sentimiento detrás de su cambio, no era algo que pudiera hacer en ese momento.

—No lo sé—suspiró—. No creo que deba responsabilizar a lord Eric por mis acciones irresponsables. Me parece que hacía tiempo que para mí la vida era solo una sucesión de días, horas y minutos interminables y grises. No hallaba una motivación, una razón para abrir los ojos cada mañana. Estaba cansada de ser un mueble más de Hampton Manor, y la llegada del caballero cambió eso sin que él lo pretendiera.

—¿Crees que él te corresponde? Temo que estés idealizando a este hombre y termines con el corazón roto. No creo en eso de sufrir en nombre del amor. Tampoco que haya un hombre que merezca semejante sacrificio.

Lilian tragó saliva, y sonrió con pesar.

—La cuestión es que cuando se ama, uno no lo hace evaluando los riesgos, lo bueno y lo malo. No sé si el caballero pueda corresponderme, puede que sí termine herida y sola. Tampoco creo que él sea perfecto; he visto sus defectos, sus demonios y sus fantasmas. y tengo claro que ganarme su afecto no será tarea fácil. Pese a eso, no tengo duda de que, sin importar cuál sea el final de nuestra historia, arriesgarse por lo que uno siente siempre valdrá la pena.

Su hermana aceptó la mano que ella extendió para darle un apretón afectuoso y, de paso, agradecer en silencio que fuera su compañera y confidente. Sabía que estaba preocupada por ella y que en lo que al amor se refería tenía sus prejuicios muy arraigados. En general, Georgiana solía sentir recelo ante el sexo opuesto, y no parecía simpatizarle ningún hombre, salvo su padre, y su primo Derek, el heredero del condado de Hampton. Lilian desconocía el origen de su comportamiento, ya que, de las tres hermanas, era la más reservada.

Cuando el momento de confesiones pasó, la morena le dio una palmada y, echándose hacia atrás con gesto sardónico, dijo:

—De todos modos, si Rochester te hace sufrir, haré que se arrepienta mucho. Lo patearé en sus partes nobles.

Lilian se horrorizó con solo imaginar la escena, y ambas prorrumpieron en risas. Por un segundo olvidó que, no muy lejos de allí, el caballero que ocupaba sus pensamientos estaba herido. Cuando lo recordó, su ánimo decayó con rapidez, y se dedicó a mirar el reloj, esperando que los minutos avanzaran y ella pudiera ir a su encuentro.



La habitación de lord Eric reflejaba la misma opulencia y elegancia que el resto de la mansión. Las paredes estaban adornadas con paneles de madera tallada, rematadas con molduras ornamentales. Grandes ventanales permitían que la luz del sol entrase, iluminando el espacio. Una chimenea de mármol negro adornaba una de las paredes y sostenía una colección de exóticos objetos. Sobre esta había un espejo de marco dorado, que daba al espacio una sensación

de amplitud añadiendo un toque de luz.

En una esquina, había un tocador decorado con elaborados detalles en plata. El suelo estaba cubierto con una alfombra persa tejida, que añadía calidez y color al ambiente. En las paredes, había pinturas al óleo de paisajes desconocidos para ella.

En el centro de la habitación, un hermoso dosel dorado cubría la cama, vestida con sábanas de lino bordadas a mano y una colcha de seda multicolor que no se parecía a ninguna que hubiera visto antes. Alrededor de la cama de caoba maciza, había muebles del mismo material finamente tallados y pulidos, así como un escritorio abarrotado de libros y mapas.

La habitación estaba impregnada del aroma a madera antigua y velas de cera derretida. El reloj de péndulo que estaba sobre una cómoda marcaba el paso del tiempo con un suave tictac. Todo el lugar era cálido y masculino, y daba una sensación de intimidad que sobrecogía. No obstante, lo único que había captado la atención de Lilian por completo era la persona que yacía inmóvil sobre la cama.

Su cuerpo envuelto en sábanas blancas estaba iluminado por la luz del sol que se filtraba con suavidad a través de las cortinas de lino. Su rostro se veía sereno, aunque con múltiples raspaduras. Varios mechones de cabellos rubios le caían sobre la frente. Él parecía estar dormido y no herido de gravedad, como había esperado encontrarlo.

Con el pulso acelerado y el corazón en un puño, se acercó a la cama como si un hilo invisible la estuviera atrayendo hacia esta. Corrió una de las cortinas, y se acercó lo suficiente para sentir su respiración, la cual era imperceptible, un susurro apenas audible en la quietud de la habitación. Le alivió constatar que no parecía tener dificultades para respirar.

Su torso desnudo, que se veía en las partes en donde la sábana no lo cubría, estaba envuelto en vendas de lino. Sus músculos eran fuertes y su cuerpo delgado pero fibroso. Los brazos no se asemejaban a los que había avistado, ni en pinturas ni en los mozos de cuadras de su casa: eran grandes y parecían macizos, tal vez debido a sus viajes en barco.

Las mejillas de Lilian estaban ardiendo cuando dejó que su vista se desplazara y llegara hasta sus miembros inferiores. Entonces tuvo que contener la respiración, pues uno de sus muslos, que también habían vendado, no tenía tan buen aspecto y la sangre traspasaba la tela de las sábanas.

Acongojada, extendió una mano temblorosa y se atrevió a acomodarle el pelo para apartarlo de la frente. La tranquilizó comprobar que no estaba ardiendo; al contrario, su piel se sentía fría bajo su tacto.

Lilian acarició su rostro con cuidado, y él se removió y murmuró algo ininteligible. Su cara se partió en un gesto de profundo dolor, y gimió entre sueños.

—Tranquilo. Estoy aquí. Todo va a estar bien —le susurró una y otra vez, retomando la caricia hasta que él se calmó bajo su toque.

Una vez que su cuerpo volvió a quedar inmóvil, ella acercó una silla y se sentó. Se dijo que se quedaría solo un instante hasta que Georgiana tocara la puerta como habían acordado, y fijó la vista en el hombre durmiente, rezando para que él pudiera despertar y sanara bien.

No supo cuándo el cansancio la venció, y dejó que sus párpados se cerraran. Cuando despertó, notó que estaba apoyada sobre una superficie blanda y mullida, y que su mano estaba atrapada bajo algo pesado.

Confundida, separó los párpados y se percató de que seguía en la silla, pero su cabeza y su torso estaban apoyados sobre una cama.

Por un momento se desorientó, hasta que recordó dónde y por qué estaba en ese cuarto, y se incorporó con rapidez, con la vista puesta en la mano grande y masculina que aferraba la suya.

—Por fin despierta —dijo con voz ronca el propietario de esos finos y largos dedos varoniles.

Lilian giró la cabeza y se encontró con la mirada capciosa de lord Eric fija en ella. Él había despertado y no parecía estar moribundo ni mucho menos.

—*Milord*. Disculpe que me haya dormido. No sé en qué momento... —balbuceó sonrojada y nerviosa.

—No se preocupe, se ve que necesitaba esa siesta —interrumpió con sorna, y ella imaginó que debía tener un aspecto desaliñado, pálido y ojeroso—. Aun así debe saber que me despertó con sus ronquidos.

Lilian abrió los ojos como platos.

—¡Yo no hago eso! —protestó ofendida.

La mirada de él titilaba con un brillo travieso.

—¿Cómo lo sabe si está dormida? Créame que ronca igual o más que un marinero borracho.

Ella contuvo el aliento.

—No es posible que acabe de decir eso. Ni siquiera estando convaleciente puede comportarse como es debido. Creí que lo encontraría muy herido, aunque ya veo que sigue siendo tan exasperante como siempre.

Él encogió un hombro. Lilian recordó que estaba desnudo debajo de esas sábanas y se sonrojó. De súbito tuvo deseos de salir corriendo de esa habitación.

—No me estoy muriendo. He tenido heridas más graves, de hecho. Solo es que a mí madre le gusta exagerar. Por eso le he dicho que no regresara hasta la noche y que me dejara dormir.

Lilian notó que cuando movió la pierna hizo una mueca de dolor que no pudo disimular lo suficiente, y se dio cuenta de que, si bien no estaba grave, a él le costaba recibir atenciones y sentirse vulnerable.

—No parece una herida menor. Debe seguir las indicaciones del médico; si se infecta, las consecuencias pueden ser graves —le advirtió con el ceño fruncido.

—Bien. De todos modos, no pensaba salir a cabalgar por el momento —bromeó, mirándola con repentino interés que la incomodó e hizo remover en la silla.

—Mejor. Ya que, he comprobado que está usted bien, creo que debería retirarme.

Lilian hizo el ademán de levantarse, pero él la retuvo por la mano que aún tenían enlazadas y que había olvidado soltar. Lo miró interrogante. Por su mente pasó el recuerdo de su beso y de lo sucedido durante el baile, y pensó en confrontarlo para que aclarasen lo sucedido. Para que confesara sus verdaderos sentimientos por ella.

Él dudó unos segundos y su expresión se tornó especulativa.

—Un momento. Antes de que se vaya, necesito que me diga quién es usted, amable dama.

Lilian empalideció y lo miró aturdida.

—¿No... no sabe quién soy?

Él negó despacio y empezó a usar el pulgar izquierdo para trazar círculos sobre los nudillos de ella, causándole un sobresalto y un estremecimiento. La risa bailaba en sus pupilas.

—Su rostro de duende me es familiar.

—¿Cómo me ha dicho?

Él ignoró su tono de incredulidad. Sonrió de lado y siguió:

—Creo que ya sé quién es. Es usted mi dulce y maravillosa esposa.

Lilian sintió que su cabeza giraba varias veces.

—¿Su-su esposa? —tartamudeó pasmada.

—Yo digo que sí. Apuesto a que es mi mujer, porque si es una criada, creo que tendré serios problemas con mi hermano.

Lilian lo observó sin entender.

—Benjamin no acepta que los miembros de la familia se involucren con el personal. Mi padre solía intimar con las sirvientas sin ninguna consideración hacia mi madre y Harrow detesta ese comportamiento inmoral.

Lilian lo oyó boquiabierta. Él suponía que entre ellos había relaciones carnales, cuando Lilian apenas si sabía cómo era un acto de apareamiento, y solo lo había visto en animales. Además, acababa de ventilar asuntos privados de su padre sin parpadear.

—¿Es que no recuerda de dónde me conoce?

Él negó otra vez.

—Lo último que recuerdo es estar llegando al puerto de Bristol después de mucho tiempo fuera para conocer a mi reciente cuñada. Mi madre dijo que esta herida me la hice porque el barco del capitán Weiss se incendió, pero no recuerdo nada de eso. Me dijo que me pondría al corriente, pero que hacerlo ahora podría ser contraproducente para mi recuperación.

Ella cerró la boca y se soltó de su agarre con brusquedad, ganándose una mirada confundida por su parte. ¿Qué podía decirle? Él no recordaba quién era ella, ni su nombre ni lo sucedido entre ellos. Tampoco a *sir* Miles o al asunto del contrabando.

—Al menos dime tu nombre. Pienso y pienso, y no viene a mi mente. ¡Espera, creo que lo tengo! Eres... Lauren. ¿Lisbeth? ¿Lydia?

—Me llamo Lilian —le cortó impaciente, comenzando a imaginar que lo ahogaba con la almohada.

—Lilian... Sí, ese nombre te calza perfecto. Es elegante, dulce y puro —ronroneó con tono seductor.

Lilian tembló y apartó la vista de su mirada ardiente como si la hubiera quemado.

Estaba claro que él había asumido que ella era su esposa, porque se encontraba en su habitación a solas con un hombre en paños menores, le hablaba con descaro y lo había tocado. Ninguna criada se atrevería a tanto sin temer ser despedida. Mucho menos lo haría una joven soltera, que, además, ni siquiera era oficialmente pretendida por él.

—No te preocupes, sé que recordaré todo tarde o temprano. Por ahora, ¿por qué no vuelves aquí y te acuestas conmigo un ratito? —pidió con un brillo cálido y cegador en sus ojos verdes que la estaban examinando de arriba abajo.

Ella se puso de pie de un salto, y por poco vuelca la silla. Fue su turno de negar con la cabeza.

—No, no... Tengo que bajar a... a hacer unos recados —tartamudeó, comenzando a retroceder con prisa. Su espalda chocó contra un mueble y estuvo a punto de caer de espalda—. Du-duerma un rato, yo... yo volveré más tarde.

Él compuso una mueca de decepción y ella giró hacia la puerta, incapaz de seguir mirándolo.

—De acuerdo. Aquí te esperaré para que me hagas compañía. Me aburro y, además, esta noche quiero dormir contigo, bien pegaditos.

Lilian salió corriendo de la habitación sin responder a su descarada invitación, tan rápido que no alcanzó a oír la potente carcajada que él emitió.

Una vez Eric estuvo solo, borró la sonrisa de su rostro poco a poco. Se incorporó despacio y se refregó la cara, sintiéndose cansado y alterado. No soportaba estar confinado en una cama, quería salir ya mismo de esa habitación y ocuparse de los asuntos importantes.

La pierna le dolía como un infierno y la quemadura del pecho le ardía. Así y todo, no pensaba quedarse echado como si fuera un enfermo, ni mucho menos dejaría que su pierna se atrofiara y quedara rígida. En cuanto pudiera, la pondría a ejercitarse.

—Así que, no estás moribundo —dijo una voz de pronto, sorprendiéndolo.

Él bajó las manos y se encontró con la figura de Weiss detenida a unos pasos.

—No —masculló, sintiéndose gruñón—. ¿No lo sabes? Mala hierba nunca muere.

El capitán no tenía mejor aspecto que él, sino más cortaduras en la cara, y llevaba los brazos y una mano vendada.

Al oír su respuesta hosca, sonrió y se acercó para dejarse caer en la silla que había ocupado antes la dama.

—Creí que te encontraría de mejor humor, dadas las circunstancias.

Eric lo miró confuso.

—Antes de entrar, vi a la joven saliendo a hurtadillas de aquí.

Eric carraspeó y fingió acomodarse el vendaje del pecho.

—Estaba dormido. No vi a Lady Lilian entrar —se excusó, encogiendo un hombro.

Logan lanzó una carcajada ronca.

—Nunca dije que se tratara de lady Lilian.

Eric masculló una maldición y miró al americano, que lo estaba observando con expresión sardónica.

—Está bien. La dama estuvo aquí y hablamos. No hay más que decir —sentenció.

—¿Y por qué el humor de perros?

—Tal vez porque acabo de sobrevivir a un naufragio y ahora estoy confinado en esta

habitación. ¿Te parece poco?

Weiss estiró las piernas y cruzó los tobillos. Eric reprimió un juramento; se estaba poniendo cómodo, y eso solo lo hacía cuando pensaba empezar con sus charlas existenciales.

—Yo creo que estás así porque la dama te gusta, y más que eso, porque la quieres para ti.

Eric se atragantó. Pensó en escupir una negativa, pero eso solo serviría para alimentar la hipótesis del americano. Si perdía los papeles intentando negarlo, no haría más que reafirmar lo que estaba suponiendo. Así que, negó despacio, y disimulando la desazón que sus palabras le causaban en el centro del pecho, suspiró fingiendo hastío.

—Mira, Weiss. La jovencita no me interesa. Sabes que no es el estilo de mujer que me atrae. No tengo la culpa de que ella se sienta atraída por mí y no se atenga a razones. Solo es una muchacha aburrida y con mucha imaginación.

El otro lo miró con sospecha.

—No me diste esa impresión cuando la sacaste a bailar en el banquete de bodas, tampoco cuando la obligaste a hablar contigo en su jardín.

—Lo único que he intentado una y otra vez es sacármela de encima, y no lo he conseguido, ella aparece en todas partes. Se involucró en el asunto con Miles, descubrió la cueva, y sabes que nos siguió hasta el bosque. La he intentado disuadir, y hasta he llegado a tratarla de manera soez para intentar espantarla y nada ha funcionado. Ella regresa, siempre regresa.

Weiss lo escuchó poco convencido, confundido con su evidente fastidio. Se rascó la cabeza e insistió:

—Entonces, ¿ella no te atrae? Creí que la pretendías.

Eric cerró los ojos, hastiado. No quería seguir hablando de la joven ni tener que agrandar la mentira. Había intentado advertirle en el banquete que se mantuviera alejada, que lo olvidara, pese a que él no había podido arrancarla de sus pensamientos.

Desde el primer momento en que la había visto, había sabido que ella era especial, y también demasiado pura para él. Quiso alejarla de varias maneras, tratando de seducirla, amenazándola y, fingiendo que no la recordaba. Y todo para protegerla de Miles y de los peligros que lo rodeaban a él, y que como había resultado todo no era algo descabellado de pensar. Miles se había vengado como había prometido, y todos los que estaban cerca de él en ese momento corrían peligro mortal.

Eric deseaba protegerla de sí mismo, de su desidia y su oscuridad. Él no era bueno para la dama, no era suficiente y no era merecedor. Lo cierto es que ella tenía la vida por delante, y con un poco de suerte ahora que su hermana mayor había recuperado su buen nombre, tendría el mundo a sus pies; mientras que Eric era un don nadie, un renegado, un hijo segundo y un bastardo. Un hombre que no tenía ni posesiones ni fortuna propias, nada que ofrecerle a un ser tan único y perfecto como lady Lilian.

Lo mejor era que ella se desencantara de él, y rápido, para que pudiera encontrar a un caballero digno que la mereciera de verdad. Y tendría que ser ella la que se alejara de él, la que tomara esa decisión por su cuenta, ya que, él nunca podría hacerlo. Si de él dependiera, la hubiese hecho ya su mujer y estaría arrastrándola a su mundo errático de barco en barco en busca de peligros y fortuna.

El capitán Weiss carraspeó y Eric recordó que estaba junto a su cama y que esperaba una

respuesta.

¿Si lady Lilian le atraía? Casi se deja llevar por una carcajada histérica.

La palabra «atracción» era minúscula al lado de lo que ella le inspiraba. Ella lo subyugada y poseía en cuerpo y alma. El beso que habían compartido se había grabado en él como un sello ardiente. De día no hacía otra cosa que pensarla y de noche la soñaba siendo suya.

La única verdad era que ella era la única dueña de su ser, aunque eso no podía decirlo, así que, en su lugar, dijo otra mentira.

—Lady Lilian no me atrae para nada. Es una mujer simple y poco atractiva. Carece de mundo y de sofisticación. Si tuviera que estar con ella carnalmente, creo que me aburriría de ella al instante y lamentaría haberla mirado dos veces. Ya te lo dije, si me acerqué solo fue para dejarle claro que no se metiera más en mis asuntos.

Weiss arqueó las cejas a medida que él hablaba y no dijo nada para contradecir sus dichos. Al parecer lo había convencido, porque se limitó a alzar las manos y a cambiar con brusquedad de tema.

—No hemos podido recuperar el barco. La destrucción ha sido completa.

Eric se relajó y, a pesar de que su pulso seguía alterado, se obligó a centrarse en lo que su amigo le estaba diciendo, agradeciendo el cambio de tema. Tenía los nervios de punta.

—¿Y la mercancía?

—Logramos sacar el ochenta por ciento de las cajas, pero de las que sacamos se habían dañado la mitad. Por lo que solo tenemos cuarenta por ciento del contenido.

Él pronunció un juramento.

—¿Las pérdidas son muy grandes?

—Exorbitantes, cuantiosas, monumentales. No podremos recuperarnos en años. Ni siquiera manteniendo los dos barcos que nos quedan.

Eric se lamentó en silencio.

—Tendremos que buscar un tercer socio. Es la única idea que se me ocurre. Es eso o que te cases con una heredera poseedora de una dote inmensa.

Weiss gruñó.

—Es más fácil lo primero, no creo que una heredera se quiera rebajar a casarse con un americano si puede elegir entre los petimetres ingleses.

Eric se rio entre dientes.

—También podrías casarte tú. A ti no te rechazarían como a mí. Llevas su preciada sangre noble en las venas y eres un Rochester.

Él se puso serio con rapidez.

—Sabes que no me casaré nunca.

El americano encogió un hombro.

—Entonces no nos queda más remedio que buscar a alguien que quiera invertir en una empresa casi acabada. Regresaré a América, allí será más fácil encontrar a gente nadando en oro sin saber en qué gastarlo.

Eric asintió y comenzó a pensar las alternativas.

—¿Cuándo te vas?

—En cuanto llegue el barco que estaba en camino con la nueva carga. Estimamos que llegará en pocos días. No es aconsejable que esté mucho tiempo en puerto, si no queremos arriesgarnos de nuevo. Debemos descargar la mercancía para que sea requisada y partir de inmediato.

Él asintió.

—¿Qué dijo el comandante Craig?

—Que tienen identificado al cómplice de *sir* Miles. Es uno de los terratenientes más ricos de Bristol, un hombre que se beneficiaba hacía años del contrabando prestando sus tierras con salida al mar para facilitar el mismo. Como muchos nobles de Inglaterra, se hizo rico contrabandeando; en su caso, con la ayuda de Miles y la conveniente incompetencia aduanera. Es cuestión de horas para que lo encarcelen.

—¿Eso quiere decir que el peligro ha pasado?

—Nunca se sabe. Por el momento, no han identificado a nadie más, no al menos a alguien con el poder y el dinero suficiente como para significar un peligro importante. Aun así, Craig dijo que no nos relajemos y estemos alertas.

Eric asintió y dejó caer con pesar los hombros. Su presencia en Bristol no hacía más que poner en riesgo a toda la familia y a las personas que quería.

—Hablaré con Benjamin. Todavía no hemos conversado sobre lo sucedido. Le diré que esté atento y duplique la vigilancia en sus tierras y en las demás propiedades de la familia. Al menos durante unos meses, hasta que estemos seguros de que no hay de qué preocuparse.

—Me parece bien. Bueno, ya que, te veo en buen estado, regresaré al puerto.

—¿Por qué no has vuelto desde la boda? Es más cómodo que te alojes aquí.

Weiss se puso en pie y negó con la cabeza.

—Prefiero estar con mi tripulación. Ellos me necesitan y están ansiosos por volver a casa. Lo sucedido también ha sido mi culpa, estuve demasiado distraído y no me ocupé de mis responsabilidades como debía.

—No podríamos haberlo previsto, Logan

—Aun así, soy el capitán. Las vidas de mis hombres dependen de mí. Debo poner todo a punto para partir.

Eric asintió y de súbito dijo en voz baja antes de arrepentirse:

—Regresaré contigo. Me voy de Bristol.

El otro se frenó y lo miró con seriedad.

—Siempre eres bienvenido a bordo. Solo espero que otra vez no te vayas huyendo.

Eric no dijo nada y Weiss se marchó.

Él se reclinó sobre la cama para intentar descansar. La conversación con Benjamin no sería fácil y quería estar lo más repuesto posible.

Pronto cayó en un sueño profundo, sin percatarse de que del otro lado del pasillo una

puerta se abría despacio y una silueta delgada salía del interior, se precipitaba por el vestíbulo, tambaleándose, y se alejaba sin mirar atrás.

CAPITULO 13



Tiempo después…

El mes de diciembre llegó a los prados de Bristol dejando atrás el otoño, y a un verano en el que las temperaturas habían sido más altas que años anteriores. Con la llegada de la pronta época invernal, la actividad en el mercado principal de la ciudad, tanto como en el canal y puerto de Bristol era caótica.

Eric y el capitán Weiss, descendieron del carruaje que los había traído desde el puerto, esperando encontrar a su hermano sumergido en su libro de cuentas, puesto que en dos semanas iniciaría el invierno y debía dejar todos los asuntos del marquesado en orden antes de que llegara el receso invernal.

El tiempo que habían estado alejados había sido más de lo previsto, ya que, recuperar el dinero que habían perdido cuando el barco del capitán Weiss había explotado con toda la mercancía a bordo les había supuesto una tarea titánica. Consiguieron el financiamiento necesario para comenzar a fabricar un nuevo barco, pero no el suficiente como para recuperar el poder adquisitivo que tenían antes del naufragio.

La idea de regresar a Inglaterra no era otra que conseguir por fin que Weiss hiciera un matrimonio con una dama aristócrata que le permitiera hacer las alianzas necesarias para reflotar la compañía.

El americano había perdido la oportunidad de asistir a la temporada corta que se desarrollaba en la capital durante el otoño, por lo que Eric no tenía más alternativa que recurrir a su hermano para que este, valiéndose de sus conexiones sociales, les ayudara a organizar algunos encuentros con las familias más importantes de la zona a fin de que pudieran encontrar a una candidata adecuada.

Eric no sabía si las hermanas Lovelace habían triunfado en Londres como la condesa de Hampton había perjurado que harían, y tampoco deseaba descubrirlo. Se temía que lady Lilian ya debía estar casada y no quería lidiar con el nudo de angustia que esa perspectiva provocaba en su estómago. Él le había dicho que olvidara todo lo que había sucedido entre ellos, y esperaba que la joven hubiese tenido el buen tino de obedecerla. Ella estaba mejor lejos de su persona, pues él no tenía nada bueno que ofrecerle, menos ahora que el negocio con Weiss estaba de nuevo en pañales. Se merecía mucho más.

Estando en América, habían llegado las noticias de que el embarazo de su cuñada estaba muy avanzado y que el doctor creía que podía dar a luz antes del tiempo previsto que era a finales del invierno. Eric sabía que su hermano estaba muy preocupado por esa situación, y no quiso posponer su regreso a casa, que había sido fijado para después de la temporada invernal. Se embarcó rumbo a Inglaterra, y Weiss decidió acompañarlo.

Aún con estos antecedentes, nada lo preparó para la entrañable imagen que los recibió en

cuanto traspasaron las puertas de entrada, y el mayordomo tras tomar sus abrigos y sombreros los guio hasta la gran sala principal de la casa.

La marquesa se encontraba recostada en una otomana leyendo un libro, mientras su hermano se hallaba en el suelo sobre una alfombra prístina masajeando los pies hinchados de su esposa.

La escena parecía sacada de alguna clase de parodia. Nadie que hubiese conocido al frío marqués de Harrow alguna vez podría haber imaginado que uno de los nobles más importantes de Inglaterra, se dedicaría a pasar las tardes ocupado en aliviar los calambres de su marquesa. Benjamin lucía irreconocible, sentado sobre el piso luciendo nada más que una camisa y los pantalones. El hecho era del todo inaudito.

Eric carraspeó, llamando de inmediato la atención de la pareja.

Benjamin notó su presencia y se enderezó rápido. Estaba contrariado, pero no se movió del sitio. Al parecer en aquella casa ya no prestaban atención a las debidas reglas protocolares.

A Eric le encantaba. Recibía con los brazos abiertos aquella milagrosa transformación en la vida de su hermano, y estaba agradecido con su cuñada, a quien se debía aquel cambio. En el pasado ellos apenas se habían podido entender; su relación era tirante, ya que, Harrow no comprendía su necesidad de aventura, su personalidad relajada y su falta de arraigo. Para el otro eran señales de libertinaje, irresponsabilidad e irreverencia. Su hermano era correcto hasta lo intolerable, exigente y estirado. Llevaba el peso de las responsabilidades familiares y el deber para con su título al extremo, y exigía que todos a su alrededor se comportaran como esclavos de las reglas de etiqueta. Eric no lo había tolerado y, apenas había tenido la edad suficiente, se había embarcado en busca de libertad.

El hombre que lo invitó a entrar con una sonrisa era la antítesis de aquel, y él no podía estar más feliz con el nuevo Harrow.

La marquesa se levantó acomodando su falda avergonzada y fue hacia ellos, quienes la saludaron con sendos besos en su mano. Ella lucía un vientre abultado que hacía a su figura parecer más suave y curvilínea.

—Lord Eric, capitán Weiss, bienvenidos. No se queden ahí en la puerta. Pasen, por favor. Estamos a punto de tomar el té.

—Bienvenidos a casa —agregó Harrow.

Ambos correspondieron el saludo, y se sentaron donde ella les indicó. La marquesa se dispuso a hacer lo propio, pero no lo logró debido al enorme vientre que le impedía moverse, así que, su hermano estiró su mano y la asistió.

—De verdad ha crecido la criatura ahí dentro. Parece que en cualquier momento se comerá a la madre —bromeó Eric.

—He pasado un otoño agradable, pero ahora siento que voy a explotar y todavía falta para el alumbramiento—suspiró Felicity, aunque el brillo de sus ojos, contradecía su tono quejumbroso.

—Será un Rochester sin duda. Mandad hacer una cuna extra grande —comentó él divertido.

—Ya lo creo, si es como su… ¡Oh, se está moviendo! —exclamó su cuñada con el rostro sonrojado de dicha.

La cara de su hermano se iluminó, y de inmediato apoyó su mano grande en el vientre de su esposa. Ambos se quedaron en silencio e inmóviles, entonces Felicity se sobresaltó y Benjamin sonrió ampliamente.

Eric y el capitán se miraron incómodos.

—Creo que ha usado su puño otra vez —comentó Benjamin con emoción.

—Está confirmado entonces, será un niño, y le gustará el boxeo también —comentó Eric.

Benjamin emitió una risotada y se puso en pie, sacudiendo la tela de sus pantalones.

—Si es una niña, de todos modos, le enseñaré a usar los puños—gruñó Harrow—. Pide que sirvan el té, cariño; mientras, iré a cambiarme y volveré para que me pongan al día de su viaje.

La pareja se divirtió escuchando sus anécdotas sobre los infortunios que solía sufrir el capitán Weiss. El robusto hombre se limitaba a escuchar las chanzas de Eric sacudiendo la cabeza y gruñendo de vez en cuando.

—Así que, intentaron socializar con la clase alta de Boston y no tuvieron suerte. No creía que las mujeres americanas fueran también exigentes —comentó Benjamin con sorna.

—Weiss encontró una pega a cada una. Y las que eran lo suficiente ricas aspiran a cazar partidos aristócratas de este lado del charco —explicó Eric.

—No puedo creer que cuando estuvo en Londres hace unos meses, no haya habido entre todas las damas casaderas alguna que aceptase ser cortejada por usted, capitán —comentó la marquesa durante la merienda.

Weiss suspiró.

—No se ofenda, *milady*, pero debo decir que las féminas inglesas son en exceso impresionables y estiradas. Solo es ver un poco de barba y salen corriendo en dirección contraria.

Felicity asintió, mirando poco convencida la mata espesa de pelos que cubría su cara. Harrow escondió una sonrisa tras su taza.

—Entonces ¿no ha dejado a ninguna dama esperando ser cortejada en América? —intervino el marqués con hilaridad.

Eric bufó y tragó el té para evitar lanzar un juramento. Su hermano apenas podía disimular la burla; este le había apostado una vez que el capitán fracasaría en su primera excursión social, y él todavía le debía cien libras. Harrow no lo había olvidado.

—Lamento tener que decir que no, *milord*. Por eso decidimos regresar a Bristol para la temporada navideña.

—Confiamos en que pudierais organizar algunos eventos con el fin de presentarle las damas locales al capitán —pidió Eric.

—En mi primer viaje solo conocí damas en la ciudad, y ya saben que no fue un buen debut para mí —agregó Weiss.

El matrimonio se miró dudoso.

—Aún no hemos organizado ninguna reunión social en la casa, salvo el banquete de bodas —explicó poco convencido Benjamin.

—Sobre todo porque en mi estado no puedo ejercer de anfitriona. Si desean recibir visitas, deberemos pedirle a lady Arabela que adelante su viaje. Ella pensaba venir para Nochebuena.

—¿No participarán de la temporada de caza? —inquirió Weiss.

—No pensábamos hacer ninguna fiesta, sobre todo porque en esta propiedad no se harán prácticas de caza —alegó la marquesa, depositando su taza en el plato con expresión severa.

Eric arqueó las cejas, desviando la vista hacia su hermano, que no negó aquella afirmación descabellada, solo se limitó a encoger un hombro, mirándolo con un brillo sardónico.

Eric abrió los ojos, incrédulo. Era sabido que su hermano era un diestro cazador y que el pabellón de caza de Kings Harrow House era uno de los más grandes de Bristol. Al parecer muchas más cosas cambiarían desde la llegada de la nueva marquesa,

El capitán abrió la boca, dispuesto a recordar estos hechos a la anfitriona, pero Eric se lo impidió callándole con un disimulado puntapié bajo la mesa. De ningún modo quería contrariar a la esposa de su hermano y menos con aquel tema en particular. Era sabido que la dama era férrea opositora de cualquier maltrato animal y, de hecho, no consumía ninguno para alimento propio tampoco. Incluso tenía en la casa a un gato callejero horripilante y hasta una coneja mutilada que vagaba por la mansión como si fuera la dueña.

—Entendemos. Aun así, teníamos la esperanza de que pudierais ejercer de anfitriones en algunas veladas no muy concurridas. Si Weiss no encuentra una candidata adecuada antes de que termine el invierno, nos veremos obligados a permanecer más tiempo del necesario en Inglaterra —comentó con pesar Eric.

Weiss empalideció. Al parecer no había considerado aquella alternativa horrorosa. Estaban perdiendo no solo tiempo, también dinero, con cada día que pasaban varados fuera del mar.

Harrow depositó la taza vacía sobre la mesa, y al tiempo que un lacayo se acercaba a rellenarla, espetó clavando su aguda vista en el hermano menor:

—¿No habéis pensado que sería mucho más rápido y sencillo que fueses tú, Eric, quien contrajera matrimonio? Sé que no es financiamiento lo que necesitáis, sino conexiones y prestigio, y eso solo se obtiene haciendo un matrimonio con una dama de buena familia, si no es por nacimiento. A falta de un título, Eric, puedes sentar la cabeza de una vez y llevar tu negocio desde tierra firme.

Todas las miradas cayeron sobre él, que se tomó su tiempo para contestar. Vació su taza y observó al mayor con una ceja arqueada.

—Que tu estés felizmente casado no quiere decir que todos estemos dispuestos a atarnos la soga al cuello —afirmó con desenfado, y entrecerró los ojos cuando el marqués lo miró como si no le creyera en absoluto.

Su hermano sabía que él no quería casarse, ni entonces ni nunca, y había sacado el tema a propósito para molestarle.

—No puedes culparme de querer que mi único hermano goce de la misma dicha que la mía —argumentó con fingida inocencia.

—No todos tenemos la suerte que tu has tenido de encontrar a una esposa como la tuya. Dudo que existan muchas damas como lady Harrow ahí afuera. La mayoría de las damitas pretenderán un esposo presente y no verían con buen ojo que las dejara largos períodos en casa para emprender mis viajes. Me coartarían cualquier libertad desde el momento en el que les pusiera el anillo en el dedo. No tengo la fortuna del capitán Weiss para comprar a una esposa que haga la vista gorda y me permita vivir como quiera.

Weiss murmuró una imprecación que, por suerte, la marquesa no escuchó, molesto de seguro por su sinceridad descarnada.

Benjamin no lo negó.

—Te concedo ese punto. Sin embargo, se me ocurre al menos una dama que podrías desposar y que no te impediría seguir malgastando tu vida con aquel pasatiempo al que llamas ciencia. Aunque has evitado preguntar, ella sigue soltera —apuntó, haciendo alusión a las tareas de investigación geológicas que Eric realizaba cuando viajaba con Weiss.

Eric endureció sus rasgos, eliminando todo rastro de diversión de su cara. El ambiente de camaradería se esfumó de repente.

—Benjamin —susurró la marquesa.

El capitán se movió en su silla, incómodo.

Los hermanos se estudiaron con fijeza y creciente tensión.

—¿Quién te ha hablado sobre ella? —espetó con rigidez

Ignoró con deliberación el fragante insulto a lo que Eric llamaba profesión. No discutiría de nuevo con el mayor lo que significa la geografía oceánica para él.

Harrow soltó la mano de su esposa y dejó la taza en la mesita, en señal de que la merienda había terminado.

Lady Harrow se puso en pie con solo una mirada de su esposo, dando lugar a que ellos pudieran también apartar sus asientos.

—Bueno…, los dejaré para que puedan continuar con esta conversación en el despacho. Con su permiso, caballeros —se apresuró a decir ella, dedicándoles una venía que ellos correspondieron con un asentimiento.

Weiss carraspeó, mirando la rápida huida de la dama.

—Saldré a fum... a tomar aire fresco. Con permiso —se excusó, rompiendo varias reglas de protocolo que en ese momento tenso a nadie le importaron.

Eric siguió a su hermano hasta su estudio, donde el mayor le señaló el aparador, ofreciéndole un trago con un ademán. Él asintió y lo observó sacar una botella de oporto y derramar el líquido en un vaso que le extendió.

Esperó hasta que ambos estuvieron sentados con sus bebidas en mano para repetir la pregunta que la había hecho con anterioridad.

—¿Cómo supiste sobre ella?

—¿Te refieres a cómo sé que saliste huyendo de aquí hace unos meses después de bailar con lady Lilian Lovelace en mi boda?

Eric cerró los ojos, rememorando aquel instante en que había tenido a la joven entre sus brazos durante el único baile que compartieron. Después de eso, había salido con pies de pólvora de Bristol. La excusa había sido reunirse con Weiss para ayudarle a reflotar la empresa, pero en el fondo solo quería poner todo el mar que pudiera entre Lady Lilian y él. De forma inconsciente, acarició su muslo, en donde lucía una larga cicatriz que era un recordatorio de sus motivos para alejarse. No debía olvidar ese asunto.

Él era peligroso para la dama y su bienestar, y en contraposición, ella era peligrosa para su

cordura, para su contención y para su fuerza de voluntad.

Dudaba de que Benjamin supiera sobre los secretos que ellos compartían. Si estaba interrogándole con respecto a la dama, sería porque los había visto interactuar aquel día y sacado sus propias conclusiones.

Eric intentó tranquilizarse y aparentar que su corazón no se había acelerado y su pulso desbocado al oír que ella no era la esposa de ningún bastardo afortunado, aunque bien podría ser la prometida de algún otro como se había imaginado.

Se había alterado tanto ante la insinuación del mayor que por poco se auto incriminó. Solo se debía a que lo había cogido con la guardia baja o a que estaba con los nervios de punta desde que no les había quedado más remedio que volver a Bristol.

—Dime que no ilusionaste a mi joven cuñada de algún modo, Eric. Ella es una dama respetable y demasiado inocente para su propio bien —le advirtió con expresión dura.

Él apretó los labios.

—No entiendo a qué viene todo esto. Apenas conozco a la muchacha. Sabes que no necesito seducir a una dama de campo, me sobran féminas mucho más mundanas e interesantes. Ella no es lo suficiente atractiva como para que valga la pena —alegó, y se sintió vil por emitir aquella mentira.

Su hermano no se dejó engañar ni lo liberó del intenso escrutinio. Él evitó apretar los puños. No podía delatarse frente a Harrow ni que este descubriera que lo unía a la joven secretos que podían arruinarla a los ojos de la buena sociedad.

—Vi cómo la mirabas en mi boda, Eric. Y no me refiero a cómo sueles observar a una mujer que te gusta, te he visto seduciendo a mujeres demasiadas veces. Esto era diferente. Parecías encandilado, embrujado por ella. No dejaste que nadie más se le acercara en toda la tarde, la rondabas, no le quitabas la vista de encima. ¿Crees que los demás caballeros no se percataron de tu actitud posesiva ese día? Te faltó orinar a su alrededor.

Eric a punto estuvo de escupir el líquido que había bebido con el fin de escapar de la mirada inquisidora del marqués.

—Has perdido el juicio —arguyó casi sin aliento, tosiendo.

—¿También me equivoco al suponer que hay algo entre ustedes cuando ella estuvo involucrada en tu trampa a *sir* Miles y fue por su boca que me enteré de lo que estaba sucediendo en primer lugar? No me digas que no has transgredido alguna regla con ella, porque no te creeré. Si mi esposa o el mismo lord Hampton se enteran...

—Ya te lo he dicho, ella no me interesa. Solo pasé un buen rato en tu boda campestre. De ningún modo me ataría a una pueblerina tan cándida y simplona. Con toda seguridad, ella ya ha aceptado la propuesta de algún caballero y se casará pronto. Ya debe estar prometida.

Lo último lo dijo con todo el esfuerzo posible, decidido a proteger a la dama a como fuera lugar. Su reputación no podía ponerse en entredicho ni siquiera por su hermano. Maldecía el arrebato que había tenido en esa oportunidad al acercarse a lady Lilian delante de todo el mundo. Se había delatado de manera vergonzante. No había podido mantenerse alejado, pese a que lo había intentado con todas sus fuerzas.

—Lady Lilian sigue soltera, Eric —anunció Benjamin, sacándolo de su ensimismamiento.

Él se levantó de un salto y simuló mirar por la ventana sin ver nada en realidad,

reprimiendo el impulso de salir corriendo de ese cuarto.

No podía creer que nadie la hubiese desposado ya.

¿Es que acaso todos los solteros de aquel país eran estúpidos?

Sí él no hubiese jurado sobre la tumba de su funesto progenitor que nunca se casaría ni perpetuaría el linaje de un hombre que lo había rechazado desde su nacimiento, la habría hecho suya hacía meses. Si él no fuera un pobre diablo y alguien que podía poner en riesgo su seguridad, no habría manera de que lo alejaran de su lado.

De todas maneras, eso nunca sucedería, y no era asunto suyo el estado civil de la dama en cuestión, no le incumbía en absoluto. Aun así, sentía una molesta voz interior susurrándole que aquella noticia le causaba un inmenso alivio.

—Viajó a Londres junto a su hermana para la temporada social otoñal, y aunque tuvieron mejor recibimiento, no obtuvieron propuestas buenas. Ambas regresaron antes de que finalizara la temporada y sus padres están decepcionados.

—¿Y a mí por qué debería importarme esa información? —cuestionó Eric con tono aburrido.

A su espalda, Benjamin esbozó una sonrisa de medio lado, se echó hacia atrás y juntó las manos sobre su cuerpo.

—Porque ya que, la joven está muy lejos de interesarte, y descartado ese punto en concreto, creo que sería la candidata perfecta para el capitán Weiss.

Eric estuvo a punto de soltar el vaso de cristal que sostenía en la mano derecha.

¿Lady Lilian con Weiss?

No.

—No —repitió esta vez en voz alta de manera mucho más tajante de la que pretendía.

—¿Has dicho que no? —se burló Harrow.

Él giró para verlo, simulando desinterés.

—No creo que ella lo acepte. Weiss es demasiado tosco para una dama de su talante. No harían buena pareja.

—Es cierto que ella es delicada y tímida, pero creo que justo por sus diferencias, es que podrían sentirse atraídos mutuamente. Lo digo por experiencia, claro está. Lady Lilian necesita alguien que la haga vivir, conocer el mundo. Estoy seguro de que el encanto desenfadado del capitán le gustará, será como una brizna de aire fresco. Ha conocido a muchos caballeros locales y citadinos y no se casó con ninguno de ellos. Resulta obvio que no encontró lo que buscaba o ya estaría casada.

Eric apretó la mandíbula.

—Weiss la asustará, la abrumará sin duda. Además, ella está muy unida a su familia; dudo que quiera ser la esposa de un capitán de barco, por muy rico que este sea.

—Parece que la conoces bastante bien —apuntó Benjamin con sarcasmo.

Él se encogió por dentro.

—No he dicho nada que no pueda ver cualquiera. Resulta obvio que Weiss no pega con ella —se intentó excusar.

—Bueno, me has pedido que hagamos de anfitriones para que tu amigo encuentre una mujer. He decidido que ya que, tengo dos cuñadas en edad casadera empezaremos presentándole a una de ellas. Podremos organizar algunos almuerzos, tentempiés y picnics con más damas de la zona, pero para eso tendremos que esperar la llegada de nuestra madre.

—¿Y por qué no lady Georgiana? Es mayor, después de todo. ¿Cuántas temporadas ha permanecido soltera? ¿Dos? Pronto la considerarán una solterona —soltó antes de poder morderse la lengua, irritado al ver el brillo sardónico en la mirada del otro.

Benjamin sospechaba que no le hacía ninguna gracia que emparejara a la menor con el americano.

—Mi suegra le envió una carta a Felicity en donde le pedía que hospedara a lady Lilian hasta que ella y su marido pudieran alcanzarla aquí. Lady Georgiana se quedó en Londres con lord Hampton para supervisar la compra de unos caballos. Estarán unas semanas fuera. Así que, eso nos deja a lady Lilian como primera opción. Dejemos que sean ellos quienes decidan si se sienten a gusto estando juntos o no —propuso con seriedad Harrow.

Eric se tragó el bufido a tiempo, y fingiendo un bostezo, depositó el vaso vacío en el escritorio de su hermano y asintió con brusquedad antes de encaminarse a la salida.

—Bueno, suena perfecto. Pondré al tanto al capitán de los nuevos planes. ¿Quién diría que harías de casamentero con tanto esmero? De haberlo sabido, habríamos regresado mucho antes, y ya estaríamos de nuevo en alta mar.

Dicho esto, abandonó el estudio sin esperar contestación y sin llegar a ver la sonrisa que esbozó el marqués en cuanto la puerta se cerró.

Eric se dijo que él no estaba interesado en los asuntos del corazón, mucho menos en sentar cabeza y someterse al sagrado matrimonio. Tenía claro que nunca pasaría por el altar, y que su lugar era sobre el agua, a bordo de algún barco. Se lo repitió una y otra vez como si fuera un mantra que alejaría los malos pensamientos de su cabeza.

En el pasado su vida en Bristol alejado del desprecio de su padre lo había mantenido cuerdo. Podía decir que esa había sido su salvación, y por eso no le interesaba cumplir con sus deberes de hijo. Se negaba a darle un heredero de repuesto al marquesado de Harrow y a perpetrar el único verdadero amor de su padre, aquel linaje y el apellido Rochester que no le pertenecían.

Unas horas más tarde, decidió buscar a Weiss para comunicarle las intenciones de su hermano. El mayordomo le dijo con tono agrio que el americano había salido al jardín a fumar un puro. Eric palmeó la espalda de un crispado Parker, que parecía muy contrariado por el hecho de que su amigo no hiciera uso del salón para fumar y llevara a cabo esa práctica a la vista de todos. Divertido, salió al exterior.

Caminó unos minutos a través del jardín amurallado, preguntándose si llegaría a encontrar al capitán antes de que se sirviera la cena, cuando su pregunta fue respondida por un coro de carcajadas que llegó desde el sector más alejado del jardín.

Reconoció la voz ronca de Logan pero no llegó a escuchar lo que estaba diciendo. Siguió la dirección desde donde provenían los sonidos y se topó con una imagen que lo hizo detenerse con brusquedad.

Su amigo no estaba conversando con algún criado como había supuesto o con lady Harrow, a quien le encantaba enseñar sus progresos en el huerto. Se encontraba con uno de sus

pies apoyados sobre un banco de piedra, en el que se hallaba sentada una dama joven riendo en aparente complicidad.

Eric retrocedió con rapidez para evitar que la pareja lo viera, y escudándose detrás de un alto seto, miró de nuevo en su dirección.

No había visto mal. Era ella. Lady Lilian Lovelace.

¿Cómo era posible que ya hubiera llegado de Londres? Debía haber estado ya en la mansión antes de su llegada y su hermano había omitido decírselo a propósito.

Él creía que tendría al menos una semana de tranquilidad antes de tener que tolerar su presencia, y que solo le restaría otros siete días para soportar antes de que iniciara el receso invernal y él partiera a América de nuevo.

Tragándose un juramento, notó que ella no parecía para nada intimidada en compañía del americano, sino muy cómoda, aunque era más bien él quien hablaba y ella escuchaba sonriente. Algo que no terminó de agradarle tampoco, ya que, Weiss no era muy dado a la conversación, y si estaba en ese momento hablando tanto era porque creía interesante a su interlocutor.

Su mirada quedó prendada en el rostro de la dama. Había algo distinto en ella. Ya no se veía tan inocente y animada. A pesar de estar riendo, sus ojos parecían apagados, más oscuros. Su brillo juvenil se había esfumado. Aun así, estaba muy pendiente de todo lo que Weiss le estaba diciendo, y se notaba encantada con el americano.

Consternado, se alejó del lugar y se encaminó con rapidez hacia el interior de la mansión. En cuanto entró, se dirigió al estudio de Harrow que, por fortuna , se encontraba vacío, y sin importarle que fuera media tarde, llenó un vaso con el whisky de su hermano.

Con el vaso en la mano, se acercó a las ventanas del escritorio y miró hacia el jardín, localizando con rapidez los dos jóvenes. Su vista recorrió la silueta de la dama, y se embebió de su grácil figura. Ella continuaba siendo hermosa para él, como una sirena seductora y tramposa.

Atormentado, se alejó de la ventana, y fue al aparador a rellenar el vaso.

Al parecer ya no era necesario que comentara al capitán sobre las intenciones casamenteras de su hermano, porque el americano se había metido en la trampa por voluntad propia.

Tal vez sí sería pertinente aclararle a su amigo que la dama que estaba camelando, con muy poco disimulo, no era una heredera. Su dote sería bastante generosa, mas no lo suficiente cuantiosa como para cumplir con los requisitos que este buscaba. Le dejaría claro que ella no era adecuada.

Atormentado maldijo un par de veces más, y apretó la mandíbula tan fuerte que sintió a sus dientes castañear. Los remordimientos lo torturaron sin piedad.

Si Logan quería encapricharse con la pequeña de los Lovelace, no sería él quien lo impidiera. Aunque eso terminara con su sociedad y negocio, así como con su paz y su cordura.

Eric podría ser el más grande imbécil de Inglaterra, no obstante, no se entrometería entre la pareja. Después de todo, su amigo tenía mucho más para ofrecerle a lady Lilian. Era rico y un buen partido. Alguien mucho más honorable que él.

No se sintió culpable cuando procedió a rellenar el tercer vaso, y con la botella a cuestas se dirigió a su habitación. Se presentaría en la cena, pero con las emociones amortiguadas o podría cometer la locura de arruinar las posibilidades de la dama, levantándola sobre un hombro y secuestrándola ante la vista de todos.

Como no había peligro de que cogiera una borrachera porque tenía una alta tolerancia al alcohol, subió las escaleras, sin percatarse de la silueta alta que se asomaba desde la sala principal y lo miraba con una sonrisa sabedora en el rostro.

CAPITULO 14



Lilian observó su reflejo en el espejo y, emitiendo un sonoro suspiro, se acomodó el moño alto que llevaba por enésima vez.

Su aspecto era inmejorable. Había vuelto loca a su doncella haciéndole sacar todos los vestidos que habían traído en sus baúles, y después de hacer tres pruebas, se quedó con el atuendo de muselina aguamarina revestido en tul, con un corpiño fruncido que hacía resaltar su modesto busto. Llevaba unos pendientes en forma de gota de agua que su madre le había comprado en la capital y guantes de seda decorados con perlas blancas y encaje.

No hacía falta que se preguntara el motivo de su nerviosismo extremo, pues este tenía nombre y apellido propio: Eric Rochester. La razón de su decepción, de su tristeza y de la melancolía que la había acompañado desde aquella tarde de verano en la que lo vio por última vez, había regresado a Bristol después de largos meses.

En aquella oportunidad, no hubo una despedida, ni una conversación para concluir aquella historia incipiente. Sino que tras unos días de no verle y de suponer que él seguiría haciendo el reposo pertinente, se levantó y bajó a desayunar. Fue entonces que estando en compañía de Felicity, quien en ese momento seguía manifestando los malestares matutinos debido a su gravidez, se enteró de que el caballero había partido hacia América.

Comprendió que cuando lo había visitado en su habitación después del atentado contra el barco, él había fingido no saber quién era ella para evitar tener que hablar sobre ellos y sus sentimientos, y alejarla de su lado una vez más. Para hacerlo más efectivo, decidió escapar y poner toda la distancia posible entre ambos, y así evitarla de forma definitiva.

El joven se marchó sin mirar atrás. Huyó como un cobarde, arrebatándole la posibilidad de decirle todo lo que tenía atragantado entre el corazón y la lengua. Lilian sintió como si le hubiera arrancado una parte vital de su cuerpo, como si la hubiera mutilado y dejado incompleta para que intentara seguir viviendo a medias. Más bien, subsistiendo.

Él le había dicho que lo olvidara y ella, avivada por las llamas de su resentimiento, lo intentó con todas sus fuerzas.

Al principio, y después de llorar su decepción una noche entera, lo logró. Si acaso pensaba en el caballero, lo hacía para dedicarle sus pensamientos más funestos, para defenestrarlo en su mente e imaginarle horribles destinos.

Después llegó el momento de partir hacia su primera temporada social en Londres, y el calvario comenzó tan pronto el entusiasmo de lo novedoso se escurrió como agua entre los dedos.

Cada baile era tortuoso; cada velada, un castigo. No era capaz de encontrarle sentido a las palabrerías de los caballeros que se acercaban a pedirle un baile, ni manera de mirarlos y no

compararlos con el infame hombre que la había abandonado. Si alguno llegaba a parecerle meramente atractivo, no tardaba en encontrarle un defecto imperdonable.

Pronto se hizo entre la nobleza la fama de ser una debutante abstraída, tímida e inaccesible, y las invitaciones comenzaron a escasear.

Tanto Georgiana como ella, habían fracasado en el intento de hacer un buen matrimonio, a pesar de que ambas habían recibido propuestas, las cuales no habían convencido a su padre por el momento.

Su único consuelo había sido que la temporada de otoño era muy corta, y pudieron huir de la ciudad para prepararse para el receso invernal y la semana navideña. Sabía que su madre no se rendiría en su afán de verlas bien casadas y que solo estaban posponiendo lo inevitable, aunque se alegró de poder tomarse un respiro antes de tener que ser arrastrada a la temporada oficial de primavera.

Sin embargo, no pudo librarse de la debida conversación maternal en la que la condesa intentó sonsacarle el motivo por el que Lilian había perdido el entusiasmo, y más tarde su padre había insistido al respecto. Lilian les había asegurado que se trataba solo de cansancio y prometido que su ánimo mejoraría.

Los primeros días en Kings Harrow House fueron un deleite: pasó largas tardes acompañando a su hermana en sus paseos por el río, y en sus actividades en el huerto. Conversaron largo y tendido sobre su futura maternidad y la ayudó a montar el cuarto del bebé.

Lilian sintió que su corazón se encogía hasta volverse algo diminuto cuando ingresó a la habitación que sería del niño o niña, y vio al marqués sentado en la mecedora y a su hermana sobre su regazo. Él estaba acariciando el vientre de Felicity con expresión embelesada, y ambos parecían colmados de pura alegría. Quería algo así también, deseaba eso para ella, pero para tenerlo tendría que deshacerse del baúl de sentimientos que solo un hombre le había inspirado y aceptar la propuesta de matrimonio que le habían hecho.

Si quería casarse y tener sus propios hijos, no podía permitirse hacer el papel de Penélope[10] que nadie le había asignado. Eric no le había prometido nada; más bien lo contrario, la había rechazado, y era hora que lo comprendiera y tomara las riendas de su vida.

Con eso en mente, estuvo de acuerdo con la idea de Agatha, quien le había pedido a su hija mayor que la enviara a algunas reuniones organizadas por otras anfitrionas, con el fin de que Lilian pudiera departir con los partidos solteros disponibles de la zona. Aquella era su última esperanza para encontrar a un caballero que llamara su atención y no le inspirase mera cortesía.

Sabía que acudiría también un caballero a quien había tratado en Londres y le había manifestado a su padre la intención de desposarla. Si no lo había aceptado, era porque su padre consideraba que antes debía tener en cuenta a candidatos con títulos nobiliarios o de familias importantes, ya que, el hombre era solo el tercer hijo de lord Kent, un noble local.

Lilian estaba preparada para hacer una elección y así evitar tener que soportar otra temporada más en sociedad siendo exhibida y ofrecida a los nobles solteros. O eso había creído hasta que su hermana le dijo que su cuñado y el capitán Weiss habían llegado al puerto de Bristol, adelantando su regreso que estaba previsto para después del invierno.

Solo de saber que estaba respirando el mismo aire que lord Eric fue suficiente para que su pulso se acelerara en sus venas, para que todas las imágenes de lo que habían vivido juntos se amontonaran en su mente y tuviera que huir al jardín para poder volver a respirar sin sentir que

se ahogaba. Allí se refugió buscando una salida para el caos emocional que la sola noticia le había provocado. Al parecer de nada habían servido esos meses de separación y de rumiar su rencor, porque lord Eric no necesitaba siquiera estar presente para volver a destruir su tranquilidad.

Tenía que reponerse y seguir adelante con su plan para conseguir un esposo, un hogar y su propia familia. Ignorar al caballero no iba a ser tarea fácil, pero tenía que hacerlo, aunque muriera en el intento. Ya bastante se había dejado humillar por aquel hombre ruin y cobarde.

Lilian terminó de colocarse el perfume que siempre llevaba con aroma a rosas y se enderezó componiendo la imagen más digna que logró reunir frente al espejo.

Cuando llamaron a la puerta para anunciarle que la cena ya estaba lista, se sintió preparada para hacerle frente al bandido de Bristol sin delatarse ni armar una escena penosa.

Mientras descendía hacia el comedor, se dijo que serían solo dos semanas, pocos días para tener que soportar la cercanía del caballero, y las pensaba transcurrir evitando su compañía en todo momento.

Sí salía airosa de aquella indeseada convivencia, para la Nochebuena ella estaría comprometida con algún excelente partido y, cuando llegara la primavera, tendría su boda tan esperada, e iniciaría una nueva vida muy lejos del caballero errante que tanto la había herido.

Para su mala fortuna, no contaba con la molesta capacidad del hombre para hacerse notar en todo momento y la facilidad con la que lograba ser el centro de atención.

Para empezar, apareció justo en el momento en que se disponían a entrar en el comedor.

Harrow y su hermana estaban a la cabeza de la fila y le habría correspondido a él hacer su entrada llevándola a ella del brazo, detalle para el que se había intentado preparar, pero como el caballero no estaba, un incómodo capitán Weiss, a quien habían acicalado lo suficiente para domar su salvaje aspecto, estiró el brazo en su dirección de manera torpe.

Lilian lo aceptó dedicándole una sonrisa amable. Había conversado con él por primera vez unas horas antes en el jardín y le había parecido un hombre de modales toscos, aunque de buen corazón. Resultaba obvio que se sentía inseguro siguiendo los intrincados protocolos ingleses, y eso le resultaba enternecedor y le provocaba una inmediata simpatía. Por lo que le hizo un gesto para que avanzaran y apretó con disimulo el brazo bajo el que reposaba su mano para mostrarle la posición que debía tener, ya que, lo había subido tanto que ella sentía a su hombro tirar por la posición incómoda.

—Disculpe, *milady*. Siempre olvido esta parte.—No se preocupe. En realidad, ni yo sé por qué lo hacemos —le tranquilizó divertida.

—No creo que las mujeres necesiten que alguien las guíe hasta sus sillas. No al menos que sean estúpidas —alegó el capitán.

Lilian lo miró entre perpleja y horrorizada, y no pudo evitar lanzar una carcajada en el momento que estaban traspasando las grandes puertas del salón flanqueadas por dos lacayos.

—Está usted en lo cierto. Lo que me hace pensar en cómo es en su tierra la manera de entrar en el comedor.

Weiss abrió la boca para responder, cuando fue interrumpido por una voz masculina con patente tono ríspido.

—Veo que ya han empezado a divertirse sin mí.

Lilian no giró, todas sus terminaciones nerviosas se pusieron alerta. Sabía que era él, y no tuvo valor para mirarlo de frente.

El capitán, bendito fuera, aceleró el paso y la llevó hasta el asiento que le habían asignado a la izquierda del marqués.

—Eric, llegas tarde. Entra —ordenó Harrow, que estaba ya instalado en su silla a la cabecera de la mesa.

El menor, que se había plantado bajo el umbral, no contestó de inmediato, lo que ocasionó que no tuvieran más remedio que mirarlo. Lilian alzó los ojos hacia la entrada con renuencia, dado que si lo ignoraba sería extraño para los demás.

El capitán se sentó a su lado y carraspeó, mirando a su amigo con expresión seria.

Felicity le lanzó a ella una mirada inquieta y después la enfocó con extrañeza en su cuñado.

—Buenas noches a todos. No debieron tomarse la molestia de esperarme —comentó Eric con patente ironía.

Eric vio que las cejas de su hermano se juntaban en señal de impaciencia. De seguro sospechaba que había estado bebiendo, y eso solo incrementó su propio mal humor. Pese a que deseaba maldecir en voz alta y romper algo, se limitó a pasear la mirada por los presentes antes de dirigirse al puesto libre junto a su cuñada.

La noche había empezado con mal pie, ya que, después de dormir unas horas se había despertado con dolor de cabeza y gritando un par de veces al pobre ayuda de cámara de Harrow que lo asistía también a él cuando visitaba Bristol, pues no contaba con uno propio.

No había querido bajar ni tener que ver tan rápido a la joven, pero sabía que no tenía alternativa, y al final abandonó el cuarto dejando la botella casi vacía a regañadientes. Había bajado orgulloso de su paso firme y el apenas ínfimo mareo que lo acompañaba, solo para encontrarla del brazo de su amigo y riendo como nunca la había visto reír con él.

Era la segunda vez que se topaba con ese cuadro, y no parecía acostumbrarse.

¿Por qué, por un maldito demonio, ella nunca se había reído así en su compañía?

Con esos pensamientos agrios, se dejó caer en la silla y evitó mirar a la protagonista de sus malos deseos. Más bien, de todos sus deseos.

A la señal de su hermano, los lacayos procedieron a servir la entrada, una sopa bastante poco atractiva a la vista. Eric extrañaba las entradas que se servían antes en la mansión, unos buenos fiambres o los emparedados de carne de res. Suspirando, apartó el plato, hecho que no pasó desapercibido para Harrow, quien frunció más el ceño.

—Lilian, recibí una carta de nuestra madre —comentó la marquesa para romper el silencio.

Eric se permitió enfocar a la menor, quien estaba sentada en diagonal a él y, por lo tanto, podía mirarla de frente.

Ella se veía despampanante, diferente; proyectaba un aplomo del que antes carecía. Era ahora como una flor que había florecido en su ausencia hasta volverse algo maravilloso.

Su boca se secó mientras la veía mover los labios para responder a lo que sea que le estaba diciendo lady Harrow. Él no estaba escuchando, sus oídos chillaban y su corazón estaba palpitando con un andar errático. Habían sido largos meses lejos, muchos días con sus

consecuentes noches, y en todas ellas Eric la había recordado, la había añorado y deseado entre sueños y desvelos.

Cuando se dio cuenta de que se había quedado mirándola como si fuera un perro hambriento frente a un hueso, desvió la vista y sujetó la copa para tomar de esta como si le fuera la vida en ello.

Nada estaba saliendo como lo había pensado. No soportaba verla conversar en aparente camaradería con el capitán Weiss, y toleraba aún menos que ella lo ignorara con intención.

Aun así, se mordió la lengua y no intervino en su conversación sobre costumbres americanas diciéndose que no tenía que hacerlo, que debía dejarla libre porque, de otra manera, sería alguien ruin y egoísta. Si no la tendría para él, entonces debía dejarla libre para ser de otro.

Perjuró para sus adentros por... Ya había perdido la cuenta de cuántas veces había maldecido en una noche.

La cena se le estaba haciendo eterna, y justo cuando estaba cavilando la posibilidad de excusarse inventando algún malestar, Benjamin se dignó a interrumpir su estúpido embobamiento hacia su linda esposa para dar la señal de que sirvieran el plato principal.

Eric atacó el cordero asado en cuanto se lo pusieron delante, agradecido de que su buena cuñada no les obligara a prescindir de aquella delicia.

—Madre llegará en dos días, en cuanto lo haga, tendremos una velada musical —anunció Harrow.

—¿Quién tocará? ¿Tú? —se burló él.

Harrow lo miró mal.

—No. Ya sabes que carezco de talento instrumental. Hemos contratado a un pianista que es bastante conocido en Londres.

—¿Henry Wallace[11]? —inquirió más animado.

Wallace era un buen amigo. Se dedicaba al estudio de los manuscritos antiguos junto a otros nobles y, en ocasiones, habían colaborado juntos. Además, habían compartido tiempo practicando música.

—Así es. El heredero del marqués de Garden ha aceptado venir a darnos un concierto, acompañado de una soprano. Si quieres, puedes acompañarlo. Me preguntó si todavía tocas.

Eric se crispó. Otra vez lo fastidiaban con ese tema. Él había dejado de ejecutar aquel instrumento hacía mucho tiempo y no había manera de que su familia lo dejara estar.

El ambiente a su alrededor se enrareció, y sintió la mirada de todos encima.

—Ya sabes que no lo hago —contestó, haciéndole un gesto al lacayo para que no le sirviera postre.

—Está bien, no tiene que hacerlo si no quiere. ¿No es cierto, cariño? —intervino Felicity con una sonrisa nerviosa.

Su esposo no contestó, se limitó a beber de su copa. Eric tampoco añadió nada.

—Además, tendremos invitados de la zona. Será una velada magnífica.

—¿Cuántos serán? —preguntó Lilian, compadeciéndose de su hermana.

A duras penas evitó mirar de mala manera al caballero que tenía enfrente. Desde que había

aparecido se estaba comportando de manera extraña y grosera. No había intervenido en las conversaciones, y cuando lo había hecho, había sido para lanzar algún comentario sarcástico. Su buen humor, galantería y alegre personalidad de las que siempre presumía brillaban por su ausencia.

—Yo creo que por lo menos una docena. Es una lástima que no pueda participar—contestó Felicity.

—Todos comprenderán que en tu estado no puedes exigirte demasiado—la animó, y tragó un pedazo de pastel de crema y frutilla gustosa. Era su postre favorito.

—¿Usted no puede atender a los invitados? —preguntó confundido el capitán Weiss—. Se la ve radiante.

—Gracias, señor Weiss. No es que yo no pueda, ninguna mujer en estado de embarazo puede mostrarse en actos sociales. Se considera de mal gusto que nos dejemos ver en público antes de que nazca el bebé —le explicó Felicity, sonriendo divertida con el gesto incrédulo del americano.

—Eso es absurdo y ridículo. El embarazo es algo natural— contestó Weiss tratando de digerir esa información.

—A quién inventó esa regla, no le parecía muy hermoso —se encogió de hombros su hermana.

—Nunca me dejan de sorprender sus protocolos. A veces los nobles me parecen esclavos, más que hombres libres —dijo Weiss pensativo.

—En cierto modo lo somos, capitán—intervino Lilian, después se dirigió a su hermana. —¿Ayudarás a lady Arabela con la velada musical?

Felicity asintió y empezó a relatar lo que tenían planeado hacer junto a su suegra, y ella la escuchó dando cuenta del postre. Prefería eso que mirar hacia el lugar en el que aquel indeseable hombre seguía sentado.

Eric se echó hacia atrás en la silla, oyendo la charla de las mujeres, y sonrió con amargura. Era evidente que la joven lo estaba ignorando a posta, ya que, solo lo había mirado un par de veces, y solo para dedicarle un ceño mal disimulado. Él prefería eso, porque de tener su atención, no sabía cómo podía reaccionar. Tal vez lanzándola sobre la mesa para saborear de sus propios labios el postre que estaba comiendo con tanto gusto.

Sus pensamientos comenzaron a desviarse por derroteros poco aconsejables, y cuando empezó a sentir un calor subiendo por sus piernas, se dijo que debía salir de ese lugar. Y ya.

—Benjamin, ¿tomamos una copa? —arguyó, aclarándose la garganta.

Ya no podía pedir que le rellenaran la suya, o avergonzaría a su hermano.

Harrow arqueó una ceja, pero por alguna razón, no lo contradijo ni se negó. Dio por terminada la cena, y se disculpó con su esposa para dirigirse a su estudio después de que ellas se pusieran en pie y se marcharan tras hacerles una reverencia.

Eric solo pudo respirar con tranquilidad una vez perdió de vista a lady Lilian. Solo entonces logró relajarse, y dejó de sentir a Weiss como un molesto americano.

Los tres conversaron durante un rato largo. Benjamin le dijo al capitán que entre los invitados habría damas solteras, a lo que Weiss respondió que esperaba no delatar su falta de

conocimiento musical frente a ellas.

Eric miró sorprendido a su hermano, elevando las cejas. ¿A él le decía que quería emparejar al americano con su cuñada, pero al susodicho le informaba que le estaba buscando candidatas? No comprendía a qué estaba jugando su hermano. No obstante, en algún momento lo averiguaría.



Horas más tarde, Lilian se sentó en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Lo había intentado y había fracasado, ya que, cada vez que cerraba los ojos, recordaba la varonil apariencia que lord Eric tenía cuando había aparecido en el comedor. Llevaba un traje formal color verde oscuro, y un pañuelo gris plata que destellaba bajo la luz de las velas cada vez que se movía. Ya no se veía tan delgado, había ganado peso en esos meses lejos de casa. Su espalda se veía más robusta, y sus ojos claros destacaban en su cara mucho más tostada, al igual que su pelo se había vuelto más dorado y tenía muchos mechones tan rubios que parecían blancos. De hecho, ya no parecía un caballero inglés al uso, sino un pirata. Un renegado tan hermoso como traicionero. Y tuvo que repetirse que debía despreciarlo y de ningún modo rebajarse a buscar su compañía.

Ofuscada por esos pensamientos, apartó las sábanas a patadas y salió de la cama. Como ya había apagado la lámpara, dejó que la escasa luz de la luna la guiara por la habitación, hasta encontrar una bata de color durazno para ponérsela sobre su largo camisón.

Una vez estuvo calzada, salió al pasillo que permanecía a oscuras.

Se dirigió a la biblioteca del piso inferior, donde tomaría un ejemplar prestado, el más aburrido que encontrara, y así lograría que el sueño la alcanzara. La luz crepuscular que se colaba a través de los ventanales de la casa le sirvió de iluminación para no caerse y romperse la crisma.

Cuando llegó a la biblioteca, entró y cerró detrás de ella, respirando gustosa el aroma a libros que tanto le gustaba.

Como esa estancia tampoco estaba iluminada, salvo por el fuego en la chimenea, se dirigió hacia la ventana y corrió una cortina para dejar entrar la luz exterior. Satisfecha, giró y comenzó a revisar el estante próximo.

Los tomos eran de naturaleza, y había decenas. De hecho, el lugar tenía estantes en cada una de las paredes del suelo al techo, y un piso intermedio en donde podían verse más estantes y al que se accedía por una escalera en forma de caracol.

Lilian pensó que aquellos tomos sobre vida silvestre serían lo suficiente entretenidos para desvelarla más, tendría que buscar otro tipo de lectura. Así que, giró para cruzar la habitación e ir al estante contrario y se topó con la larga figura que estaba sentada en el diván frente a la chimenea y a la que no había visto, pues el juego de sillones se ubicaba al fondo de la habitación bajo el piso superior.

—Lady Lilian, ¿le parece una hora decente para buscar entretenimiento? —dijo con voz pastosa el caballero.

—Lord Eric.

Ella se tensó y se paralizó en el acto. Juntó sus manos frente a su cuerpo, recordando que

estaba con su ropa de cama. El caballero se había percatado de ello, y le echó un rápido vistazo que no le pasó desapercibido. Lilian evitó decirle que en realidad venía a buscar algo para lograr conciliar el sueño. No quería que él supiera que no podía dormir. Mucho menos que él era la causa de su desvelo.

—Lamento interrumpirlo —fue lo único que pudo decir.

—No lo ha hecho. Claro que no. Usted nunca podría interrumpirme.

Lilian frunció el ceño al detectar que su manera de hablar era extraña, parecía que arrastraba las palabras.

Entonces vio la botella que había junto a la mesita a su lado y un vaso que no había advertido antes. Sin embargo, no parecía borracho, y se espabiló aclarando su garganta.

—Creo que debo marcharme —musitó, comenzando a retroceder.

—¡Espere! —exclamó él cuando ya le había dado la espalda—. Antes de que se vaya deje que le enseñe algo.

Lilian dudó unos segundos, sintiendo su pulso todavía desbocado, respirando con dificultad cedió a la curiosidad, y se volvió a mirarlo.

El caballero se levantó despacio y se dirigió al piso superior con bastante agilidad, dado que ella creía que había bebido bastante. Lo escuchó remover libros y regresó llevando un libro grande entre las manos. Ella frunció el ceño.

—¿Quiere recomendarme un libro? —preguntó, incapaz de disimular la incredulidad.

La confusión la embargaba, ya que, después de no verlo por meses, se encontraban a solas en medio de la noche, ¿y él quería darle algo con qué entretenerse? Lilian deseó ponerle el libro como sombrero, y se cruzó de brazos.

—Esto no es un simple libro. —Chasqueó la lengua él cuando se detuvo frente a ella.

Lilian lo miró impaciente.

—Yo veo un tomo bastante antiguo, aunque un libro al fin y al cabo.

Lord Eric sonrió de manera tal que su corazón pareció saltarse varios latidos. Negó con la cabeza, y la sorprendió tomando su mano de improviso para llevarla hasta los sillones. Allí prendió una lámpara con una luz tenue, y ella lamentó que lo hiciera porque se percataría de sus mejillas rojas.

—A simple vista puede parecer un simple manuscrito, pero es mucho más. Contiene mucho más que páginas y letras.

Ella elevó una ceja, mirando el entusiasmo casi infantil que se había apoderado de sus gestos mientras acariciaba el libro.

Él se sentó a su lado, guardando una distancia prudente, y se lo pasó. Ella lo aceptó a regañadientes.

Era pesado y la encuadernación artesanal medieval era muy antigua. La cubierta era de suave piel de animal. Pasó la mano por la tapa y leyó el título que estaba escrito en lo que parecía un francés distinto al que ella había aprendido.

Con curiosidad lo abrió, y vio que en el interior estaba decorado con piedras preciosas y esmalte. Las páginas eran pergaminos ya amarillos y el lomo dorado era de madera y metal. Las

ilustraciones eran a color. Ella se quedó mirando la que contenía enormes elefantes que transportaban mercancía y a personas con apariencia extraña. Llevaban turbantes en las cabezas, ropajes largos y alhajas brillantes en la cara.

Alzó la vista para mirar asombrada al caballero. Él le sonrió.

—¿De qué trata? No reconozco del todo el idioma.

—Es una variante franco-italiana. Este manuscrito es el único que se conserva del original. Lo adquirí a un precio muy alto en uno de mis viajes. Aunque ya lo había leído cuando tenía trece años en su versión italiana.

—¿Cuál es el título y el autor?

—*Divisament dou monde*[12], también conocido como *Libro de las maravillas del mundo* o simplemente *Libro de Marco Polo*[13].

Lilian admiró su dominio de la lengua, y ya olvidado su nerviosismo, se acomodó en el diván y ojeó el libro, intrigada.

—Me parece que he oído sobre él. Pese a que no es un libro que nos permitan leer a las señoritas. Creo que recordar que relata los viajes de mercader veneciano.

—Es una lástima que no se les permita. Gracias a este libro supe que existía un mundo real y muy diferente, fuera de estás paredes —murmuró él, bajando la vista.

—¿Así supo que quería dedicarse a ser comerciante? Es un extraño oficio para el hijo de un marqués.

Eric rio entre dientes.

—Bueno, yo no soy el típico caballero noble, eso se ya lo sabe. De todos modos, no me dedico al comercio, solo invierto en él. Lo que en realidad hago es estudiar la geología marina. Olvidemos eso por el momento, lo que le quería enseñar es esta maravilla, que en realidad no la escribió Marco Polo, solo se la dictó a un italiano estando ambos en prisión.

—¿Explica sobre el comercio en tierras orientales? —preguntó mirando extrañada las imágenes.

En una de ellas había un hombre con el rostro curtido y arrugado, inclinándose sobre la pierna descubierta de una mujer hermosa. Lilian abrió los ojos como platos y sintió que sus mejillas se incendiaban.

—No con exactitud —contestó el otro, ajeno a su estado escandalizado—. Es como una proyección de los temores, pero también de los deseos, de ciertas libertades negadas al occidente cristiano-medieval.

¿*Libertades*? Ya lo veía. Esa mujer aparecía enseñando la pierna. Lilian no era capaz de concebirse replicando tamaño acto inmoral. Si ni siquiera se les permitía mostrar los tobillos con las medias puestas.

—Creí que era un relato de un mercader y sus compras —graznó tras encontrar su voz.

Él emitió una carcajada ronca que le hizo erizar la piel. Observó su cara enrojecida y, al parecer, adivinó que había visto la imagen impúdica, porque la miró divertido y con tono cómplice dijo:

—El comercio solo es una excusa para sumergirnos en el nuevo mundo que Marco nos enseña. Es, en realidad, un anecdotario de magias, hechizos, encantamientos, sortilegios, y

milagros que lidian con lo diabólico.

Lilian abrió la boca, asombrada.

Sin intención buscó leer las letras debajo de la imagen, de las que no pudo más que entender algunas palabras sueltas.

—¿Quiere que le lea una parte? —se ofreció él con tono suave.

Ella asintió avergonzada con su propia curiosidad. Le pasó el libro, sintiendo como si estuvieran cometiendo un pecado, un acto prohibido. Lo más grave del asunto era que, en lugar de experimentar miedo, lo que sentía era emoción.

Lord Eric se reclinó en el asiento, y tras aclarar su garganta comenzó a leer.

CAPITULO 15



La voz del caballero era a sus oídos grave y rítmica, y su modo de recitar, tan cálido que pronto se encontró imaginando lo que relataba, abducida por la cadencia de su timbre.

»*Señores emperadores, reyes, duques y marqueses, condes, hijosdalgos y burgueses y gentes que deseáis saber las diferentes generaciones humanas y las diversidades de las regiones del mundo, tomad este libro y mandad que os lo lean, y encontraréis en él todas las grandes maravillas y curiosidades de la gran Armenia y de la Persia, de los tártaros y de la India y varias otras provincias…*»

Lord Eric la miró para cerciorarse de que estaba siguiendo la lectura y ella le animó a continuar con un gesto de sus manos.

Él continuó leyendo y pasó las páginas de manera ágil, y llegó hasta donde ella había visto la ilustración de la mujer exhibicionista. Lilian se estiró con disimulo para mirar de nuevo el dibujo y, entonces, el caballero alzó la vista y ella se echó hacia atrás con rapidez.

»Queremos relatar una gran maravilla que sucedió entre Bagdad y Mosul. Hubo en 1275 de la Encarnación de Cristo un califa de Bagdad que odiaba a los cristianos, y día y noche pensaba el modo de convertir a estos en sarracenos o hacerlos perecer si no lo conseguía. El caso es que el califa y los sabios que le rodeaban encontraron que en el Evangelio está escrito: "Si un cristiano tiene tanta fe como un grano de anís, obtendrá de Dios con su oración que se junten dos montañas".

El califa mandó entonces reunir a todos los cristianos de su reino, y cuando se hallaron en su presencia les enseñó el Evangelio y les hizo leer el texto.

"¿Decís, pues —replicó el califa—, que un cristiano que tiene fe, por las oraciones hechas a su Dios es capaz de juntar dos montañas?"

"Esto es", respondieron los cristianos.

"Os ofrezco una alternativa —dijo el califa—; puesto que sois cristianos, debe de haber entre vosotros quien tenga un poco de fe; de modo que haréis mover esa montaña que veis desde aquí, o si no, os haré morir de mala muerte, pues si no la hacéis mover es que no tenéis fe. Os doy, pues, diez días de tiempo para conseguir esto. Si en tal término no lo habéis hecho, os condenaré a todos a muerte".»

Lilian, que había oído con atención el relato, con cada vez más asombro, sofocó un grito.

—¡Cuanta crueldad! ¿Y qué sucedió?

Lord Eric la miró con ojos brillantes, y prosiguió con el relato.

»*Cuando esto oyeron los cristianos, tuvieron gran miedo de morir. Sin embargo, confiaban en su Creador que los sacaría de tan duro trance. Día y noche se hallaban en oración*

y rezaban devotamente al salvador Dios del cielo y de la tierra para que les auxiliara en el duro trance en que se veían. Y sucedió que un ángel del Señor se apareció a un obispo, que era hombre de vida santa e inmaculada, y le dijo: "Ve a un zapatero que no tiene más que un ojo y le dirás que rece para que la montaña se mueva, y la montaña cambiará de sitio".

Lilian se enderezó, atenta; intuía que era el hombre de la ilustración.

»Os contaré cuál era la vida de este zapatero. En verdad os digo que era un hombre honrado y casto. Tenía maneras tan gentiles y una vida tan ejemplar, que no había otro mejor a cien leguas a la redonda. Un día llegó a su casa una bella señora a comprarse zapatos. El maestro quiso verle el pie y la pierna para saber qué zapatos pudiera calzar. Y se hizo enseñar la pierna y el pie, que eran tan hermosos que jamás hubo otros más bellos. Cuando el maestro vio las piernas de esta mujer, fue tentado, porque sus ojos se deleitaban en ellas. Entonces dejó marchar a la dama y no quiso vender los zapatos. Y cuando se alejó, el zapatero se dijo:

"Ah, desleal y ladino, ¿en qué piensas? Tomaré gran venganza en mis ojos, que me escandalizan".

Y cogiendo una lezna, se dio un corte en el ojo, de tal suerte que se le reventó y no vio más con él. Así, este buen zapatero se vació el ojo, y ciertamente era un santo varón».

—¡Oh! —exclamó estupefacta y azorada por el pecaminoso relato. Nunca en su corta vida había leído algo semejante. Ya quería contarle a Georgiana sobre aquel maravilloso libro. Cuando se recuperó de la impresión, tuvo que reprimir un bostezo—. ¿Y qué sucedió con los cristianos que el obispo había aconsejado?

Lord Eric sonrió de manera enigmática antes de seguir.

»Cuando el zapatero se hubo enterado de lo que los cristianos pretendían de él, contestó que no era tan santo para que el Señor le escuchase en tan gran milagro. Los cristianos le instaron fervorosamente de interceder por ellos, hasta que pudieron persuadirle de cumplir su voluntad y de elevar a su Creador esta proeza.…»

—Pobres santos, mori… —balbuceó Lilian, sintiendo que los párpados comenzaban a pesarle, y de súbito no pudo articular más palabras.

Eric levantó la cabeza y encontró a la dama con la barbilla caída sobre el pecho y las manos debajo de las piernas, dobladas en una posición que debía ser muy incómoda. Se había quedado dormida.

La contempló durante unos instantes y dejó que sus ojos admiraran sus rasgos suaves en reposo y su delgada figura. La admiró con libertad , y se sintió bien al poder hacerlo sin tener que reprimirse. A diferencia del zapatero, él no era ningún santo. De hecho, su cuerpo estaba respondiendo como el pecador que era, con tan solo tener a la joven así de cerca y a su merced.

Suspiró y dejó el libro a un costado. Se levantó e hizo lo único por hacer en aquella circunstancia, inclinarse y tomar a la muchacha en sus brazos. Pensando que pesaba menos que un remo del barco de Weiss, se encaminó al piso superior, agradecido de no haber sucumbido al impulso de beber esa última botella de licor, pues, de otra manera, no habría podido guardar el equilibrio necesario para trasladar aquella preciada carga.

Era irónico que lo único que había intentado hacer desde que se había enterado de la identidad de esa mujer era mantenerla alejada de él y de sus problemas, y una y otra vez no solo había obtenido a cambio un estrepitoso fracaso, sino que terminaba enredado con ella en las circunstancias más inverosímiles. A veces la tentación de rendirse ante la dama y ante lo que

sentía era tan fuerte, que estaba a punto de mandar todo al diablo y dejarse llevar, pero entonces sus demonios regresaban justo a tiempo para hacerlo recapacitar y recordarle que debía protegerla de él mismo al precio que fuera. Aunque para lograrlo se condenara a una vida sin ella.



—El señor Wallace toca como los dioses —comentó con entusiasmo lady Arabela, que estaba sentada junto a Lilian.

Ella asintió y se unió a la decena de aplausos cuando la pieza que estaba ejecutando el músico llegó al final.

De inmediato, le siguió otra melodía, y la bella cantante que debía tener al menos el doble de su edad, comenzó a emitir un canto de sirena que la subyugó.

Lilian sentía la mirada de lord Eric justo en la nuca, pues él se había sentado en la hilera de asientos que seguía a la suya.

A pesar de que trataba de concentrarse en el número, venían a su mente los recuerdos de lo sucedido dos noches atrás, y con rapidez comenzaba a sonrojarse.

No lo había soñado, ellos habían estado a solas en la biblioteca y él le había relatado aquella fantástica historia. Para su mala fortuna, el cansancio había hecho mella en el momento menos indicado, y pasó de estar oyendo la voz profunda de lord Eric a despertar en su habitación, sintiéndose perdida. Se acaloró solo de pensar en que el caballero la había llevado a su aposento y la había metido en la cama. Un acto tan íntimo, que ni siquiera recordaba que su padre lo hubiera hecho, y que le resultaba tan perturbador como prohibido.

En ese momento sus emociones estaban hechas un auténtico lío, y no tenía claro si debía sentirse molesta por el hecho de que él se hubiera tomado esas libertades o agradecida por su caballerosidad.

Al margen de lo mucho que la confundía sus constantes cambios de actitud, no entendía las acciones del joven, y estaba perdiendo la paciencia. Se había jurado que no mendigaría su cariño ni mucho menos su compañía, y lo había olvidado esa noche en la biblioteca. No obstante, en cuanto despertó, se dijo que no debía permitir que él volviera a enredarla con exóticas historias blasfemas. Los siguientes dos días evitó la presencia del caballero. Se mantuvo en su ala de la mansión y pidió que le sirvieran allí las comidas, alegando dolor de cabeza.

Así logró recuperar la cordura y la determinación que la mantendría firme para poder seguir con el plan de encontrar a un buen marido. Lo único que lamentaba era que se quedaría con las ganas de conocer el final del relato, y no sabría si aquellos cristianos inocentes habían logrado el milagro de mover esa montaña. Lilian lo creía imposible, tan improbable como que el bandido de Bristol y ella terminaran felizmente casados. Para lograr tamaña hazaña sí que haría falta un verdadero milagro, y ella era incrédula en lo que a Rochester se refería.

Desde la primera fila, sentada junto al marqués y a su madre, se reprendió a sí misma, y se propuso olvidar la cercanía del caballero y en su lugar dejarse llevar por la música.

Más tranquila, se enfocó en la preciosa ejecución que estaba haciendo el pianista, y siguió el movimiento de sus manos con fascinación.

Antes del inicio del concierto, le había llamado la atención que el señor Wallace fuera tan

alto como el marqués de Harrow pero muy delgado. Su nariz era prominente y tenía un brillo melancólico en sus ojos marrones verdosos.

Sus dedos se movían con increíble ligereza sobre las teclas del piano, y ella admiró su talento al igual que todos los presentes.

Cuando la presentación terminó, la marquesa viuda invitó a todos los presentes a pasar a la sala de visitas donde se les serviría un tentempié.

Lilian notó que lord Eric se acercaba al señor Wallace y ambos se saludaban con gran afecto.

—Buenas noches, *milady* —dijo una voz a su derecha, y ella giró la cabeza con rapidez.

—Señor Craig —le correspondió con una reverencia cuando se hubo recuperado de la sorpresa.

—Me alegra verla de nuevo en Bristol. Creí que estaría aún en Londres.

Ella negó, notando que el hombre estaba impecablemente vestido para la ocasión y que parecía mezclarse entre los invitados con comodidad. Su pelo castaño estaba peinado con pulcritud, y el traje gris oscuro que llevaba hacía juego con sus ojos rasgados. Era considerado apuesto, según había escuchado murmurar a las otras debutantes que, como ella, habían departido con él en la ciudad. Por su parte, no negaba que el caballero tenía una apariencia muy agradable. De hecho, su mirada era tan profunda que la hacía poner nerviosa y se volvía muy tímida en su compañía.

Lilian no esperaba ver tan pronto al caballero, y tuvo que respirar hondo para mantener la calma. Felicity lo debía de haber invitado, y a pesar de que sabía lo había hecho con buena intención, podría ahorcarla con uno de sus guantes en ese momento.

—Regresé un poco antes de que la temporada terminara. Estoy alojándome aquí con mi hermana y su marido, hasta que mis padres regresen.

—Bueno, le confieso que no sabía que la vería aquí, pero ahora me alegra haber aceptado está invitación —contestó Craig, mirándola con un brillo cálido.

Lilian se sonrojó sin saber qué decir ante aquel cumplido. Apartó la vista de él para intentar reunir confianza, y por accidente se topó con la mirada seria de lord Eric puesta sobre ella. Aturdida, regresó la vista a su acompañante.

—¿Se-seguimos a los demás al salón de vistas? —tartamudeó cuando vio que ya casi todos habían abandonado la sala de música.

Craig asintió, y le ofreció el brazo. Lilian se aferró a él, y se dejó guiar, reprimiendo las ganas de salir corriendo, sobre todo porque todavía podía sentir el escrutinio de Rochester quemándole la espalda.

Eric aceptó la copa de champán que le ofreció uno de los lacayos, y se dirigió al rincón más alejado del salón, en donde estaba el capitán Weiss bebiendo y mirando al exterior a través de la ventana.

—¿Ya se ha ido tu amigo? —preguntó el americano en cuanto se ubicó a su lado.

—Sí. Tiene un compromiso en Londres, al parecer un nacimiento.

—¿Acaso eso no es un acontecimiento íntimo?

—No si eres como parte de la familia —murmuró distraído.

Paseó la mirada por el lugar hasta que encontró lo que estaba buscando, y sintió que las tripas se le retorcían. Tal vez se debiera al exceso de ingesta de alcohol del día anterior.

Weiss giró sobre sus talones.

—¿Ves algo que te agrade? Lady Harrow resultó tener muy buen gusto. Ha invitado a tres jovencitas solteras, muy agradables a la vista. Lástima que también parezcan bastantes tímidas, aún no me han sido presentadas.

A regañadientes, Eric apartó la vista de la pareja que conversaba sentada frente a la chimenea, y notó que las tres restantes damas estaban lanzando miradas mal disimuladas en su dirección. Dos de ellas eran hermanas, la restante era una de las jóvenes más hermosa de la zona. Acababa de ser presentada en sociedad y se rumoreaba que estaba en busca de un partido de oro. Es decir, alguien con un título importante, y una riqueza aún mayor. El resto de damas eran las madres de los jóvenes solteros presentes.

—Debes concentrarte en cualquiera de las damas rubias. Las dos hermanas llevan más de una temporada en el mercado matrimonial, pero son melindrosas. La morena está por encima de tus posibilidades, sería una pérdida de tiempo —le informó, y sus ojos volvieron a una rubia en particular sin que pudiera evitarlo.

—¿Qué sucede con las morenas de tu tierra? Escasean y, además, son altivas e intransigentes. Es una lástima… —murmuró Weiss con sorna.

Eric se encogió de hombros. No comprendió del todo su comentario , no conocía a la dama de pelo oscuro lo suficiente como para dar un juicio sobre su personalidad. Aunque también lo lamentaría, si tuviera que prescindir de una dama tan bella. La cuestión era que no entendía por qué su amigo no estaba aprovechando para conquistar a la menor de los Lovelace y la había dejado a merced de aquel recién aparecido.

—De todos modos, tú no me entenderías; las prefieres rubias, claro está —se burló el capitán, y él se atragantó con el líquido que estaba tomando.

—¿C-cómo…? ¿Cómo? —dijo una vez recobró la voz.

—No puedes disimularlo, viejo amigo. Mientras más lo intentas, más fracasas.

Él frunció el ceño.

—¿Qué tendría que disimular?

Weiss chasqueó la lengua y se apoyó en la pared sin importarle la falta protocolar de ese acto, que era probable no conociera.

—Tu embobamiento con lady Lilian. Tu absoluta obsesión por ella. O tu encaprichamiento colosal hacia la dama. Como prefieras llamarlo.

Eric lo miró intentando disimular que el pulso se le había acelerado.

—No sé de qué diablos estás hablando —masculló.

—Habló de que, si las miradas mataran, tú ya habrías destripado al pobre comandante.

Él se quedó mirando perplejo a su amigo, entonces quiso golpearse.

¿Cómo no había reconocido al maldito militar? ¿Por qué demonios no llevaba él su

uniforme puesto?

Parecía muy diferente vestido como un noble más. Por otra parte, él le había negado dos veces a Weiss sentir cualquier tipo de atracción hacia la dama, y estaba claro que no le había creído en ninguna de ellas. Su hermano tampoco, y solo había estado provocándole para que se pusiera en evidencia frente a la dama en cuestión.

Ahora sabía que su amigo no estaba interesado en lady Lilian.

¿Cómo era eso posible?

Él ya había decidido que Weiss era adecuado para la dama, que la cuidaría tanto como él lo haría, solo por eso había dado un paso al costado por segunda vez. Bueno, y también porque Eric era todo lo que a ella no le convenía, pero si su amigo no la quería, ni ella a él, ¿con quién diablos casarían a la joven, entonces?

¿Sería con el comandante Craig?

No. De ningún modo.

—¿Qué está haciendo aquí Craig? —casi gruñó, evitando responder a los demás comentarios del insufrible americano.

—¿Además de arriesgar su vida sin saberlo? —contestó Weiss con tono sardónico.

Eric lo miró exasperado.

—De acuerdo… —El americano alzó las palmas, pidiéndole calma—. La verdad, estoy tan sorprendido como tú de verlo aquí. No sabía que perteneciera a tu círculo. Aunque parece que ya eligió a una presa, y no me gustaría tenerlo de rival.

Eric gruñó de nuevo, y miró alrededor. Su hermano estaba conversando con lord Temper y lord Howard, ambos caballeros locales importantes, mientras que su madre entretenía al resto de mujeres: lady Livingston, lady Kent, la condesa viuda de Temper, y la baronesa de Benlliure. Una de las matronas guardaba parecido con Craig, era la condesa de Kent. Entonces recordó que el difunto conde tenía cuatro hijos, tres de ellos eran varones. El tercero, que era menor que él, se había enlistado para alguna fuerza militar, y claro, resultó ser Craig. No le gustaba. No le agradaba nada esa situación. El oficial no era mejor partido que él. De hecho, podía ser el triple de peligroso para lady Lilian ser su esposa. Y, además, dudaba de que lo duplicara en fortuna como no lo hacía en altura.

—Si los sigues observando así, te saldrá fuego por los ojos y nos quemaremos vivos antes de parpadear. Ya no quiero saber nada del fuego —se mofó el capitán.

Eric se terminó la copa de champán, y la depositó en la bandeja de uno de los criados que pasaba por delante.

—Mejor concéntrate en camelar a alguna de las damas jóvenes. El padre de las hermanas Barret es un barón acaudalado y les ha triplicado la dote a sus hijas, por lo que son buenas candidatas para ti. Te recuerdo que, si estamos en esta maldita circunstancia, es porque no has sido capaz de granjearte cualquier dama. Y, por si no lo has notado, hay aquí dos caballeros solteros más aparte de ti y de Craig, y ambos tienen título. Mientras más rápido lo hagas, antes podremos largarnos de aquí —le espetó molesto, señalando a lord Temper y al lord Howard.

Weiss se enderezó y, tras vaciar su propia copa, le dijo con su acostumbrado tono serio, aunque con un rastro de burla bailando en sus pupilas:

—Creí que estábamos de regreso en esta tortura, solo porque te apresuraste a buscar una excusa para volver a Bristol tan pronto como pudieras.

Eric alzó una ceja.

—Estamos aquí para encontrarte a la mujer que buscas.

Weiss asintió y, tras darle una palmada en el hombro, pasó por su lado mientras le murmuraba:

—Entonces deja de comportarte como si intentaran arrebatarte a la tuya.

Eric lo vio alejarse y se tragó una maldición.

En ese momento, lady Lilian miró en su dirección y él se paralizó por un segundo, después salió del trance para dedicarle un saludo con la cabeza. Ella se sonrojó y de inmediato volvió la vista a su interlocutor. Craig ni siquiera se molestó en girarse para ver a quién había mirado su acompañante. Al parecer estaba muy seguro de sí mismo y del interés que generaba en la dama. Él no iba a quedarse de brazos cruzados. Averiguaría las intenciones de Craig con la joven. Y le haría saber a su hermano que el comandante no era el candidato adecuado para esta. Benjamin no debía estar al tanto del peligroso trabajo que tenía el caballero y lo poco conveniente que resultaba para casarse con su cuñada. De hecho, casarla con Craig era riesgoso para toda la familia.

Desesperado por tomar aire, abandonó el salón usando una de las puertas ventanas laterales, y se alejó con rumbo al estanque.

No quiso oír a su propia voz interior que le decía que sus razones para alejar a Craig de lady Lilian no eran tan altruistas como quería hacer creer y que, en realidad, no soportaba la idea de que otro hombre pudiera tocarla, mucho menos llamarla suya.

Atormentado, se sentó sobre el puente que cruzaba el estanque, y sacó uno de los puros que llevaba en el bolsillo interior de la levita. No quería pensar, estaba cansado de sentirse miserable. Se disponía a encender el cigarro, cuando oyó un carraspeo a su espalda.

—Buenas noches, *milord*.

Eric se puso en pie con rapidez y la dama le hizo una reverencia.

—Lady Elsie —la saludó extrañado por verla allí.

Miró a su alrededor, incómodo.

¿Ella lo había seguido?

Si alguien los descubría, sería un escándalo y arruinaría la reputación de la dama. La madre exigiría que reparara el daño. Sin hablar de que el hermano, el vizconde Howard, era compañero de boxeo de Benjamin y, por lo que le había comentado su hermano, letal con los puños.

—Sé que no es conveniente mi presencia aquí, pero necesito hablar con usted.

—Lo siento, *milady*, no comprendo.

La morena no se acercó, aunque tampoco hizo nada para regresar al salón. Sus ojos verdes esmeraldas brillaban bajo la luz crepuscular, y su pelo, que era tan oscuro como la pluma de un cuervo, destelló cuando ella asintió comprensiva. De cerca era aún más hermosa, de estatura media, y poseía una silueta sinuosa.

—Disculpe. Lamento tener que abordarlo así, pero no sé cuándo podremos coincidir de

nuevo, y no podía dejar pasar esta oportunidad.

Él se rascó la cabeza y comprobó otra vez que no estuviera dirigiéndose hacia ellos una horda de mujeres casamenteras. Sobre todo, que no apareciera su madre, quien no dudaría en hacer de celestina si creía que a él le interesaba la dama.

—Sigo sin entenderla, lady Elsie.

—Le explicaré. Desde que nací, se me ha dejado claro que haré un matrimonio con algún partido escogido por mis padres. El conde no aceptará ningún candidato que no cumpla todos sus requisitos. Hasta el momento, ha rechazado a un sinnúmero de pretendientes.

Eric asintió, pese a que por dentro estaba más confundido todavía. Dudaba de que él diera con la talla para ser considerado su pretendiente. El conde de Livingston era conocido por su severidad y esnobismo. De ningún modo aceptaría a un segundo hijo, sin título propio ni fortuna, por más que fuera un Rochester.

—¿Y me dice esto por…? —insinuó intrigado.

—Porque quiero que me ayude.

—¿Ayudarla? ¿A convencer a su padre para que acepte a alguno de sus pretendientes?

La joven negó y dio un paso en su dirección con gesto suplicante.

—No. A impedir que el hombre que amo cometa el error de desposar a la mujer que ama usted.

Eric desencajó la mandíbula.

—No…no… ¿Q-qué ha dicho? —tartamudeó boquiabierto.

—Lo que ha oído. He visto como mira a lady Lilian. Reconozco ese brillo de anhelo y deseo en su mirada. Si quiere, niéguelo, pero no me convencerá de que, si no la ama, al menos no desea a lady Lilian para usted.

—No lo negaré. Sin embargo, que no lo haga no cambia en nada su situación. Si el hombre que usted quiere no la corresponde, ¿qué puedo hacer yo?

La dama se envaró y alzó la barbilla.

—Oh, claro que lo hace. Solo es que es tan cabeza dura, y casi igual de obtuso que usted, y no atiende a razones. Está empecinado en mantenerse alejado de mí, y ha llegado al extremo de pedir la mano de lady Lilian para lograrlo.

Eric sintió que el puente de madera de sacudía bajo sus pies, y tuvo que aferrarse a la baranda con una mano.

—¿Él le pidió la mano? —demandó saber, obviando sus insultantes observaciones.

El comandante la pretendía…

Su hermano había dicho que la joven no había recibido propuestas de matrimonio. No debía estar al tanto de esa petición. O tal vez sí, porque habían invitado al comandante y a su madre. Era evidente que ella tenía una propuesta, y no era nada desechable.

Ella asintió con gesto enfurruñado.

—Así es. Lo hizo en Londres, en el debut social de ambas. Prefiere desposar a esa joven tan simple, con tal de no asumir que soy yo a quien quiere. No obstante, no pienso dejar que se salga con la suya, y por estoy aquí.

Eric se tensó.

—Ella no es simple, no sabe lo que dice. Ella es…. —repuso molesto, pero se interrumpió; y, sacudiendo la cabeza, comenzó a alejarse de la dama.

Ella era absolutamente maravillosa.

Recordó su sonrisa luminosa, su arrojo y valentía, su risa y sus gestos cuando le leía el libro al que le debía cuanto él era. Le había revelado algo que nadie más sabía, su razón para decidir una vida diferente a la que estaba destinado, y ella sin saberlo había reaccionado comprendiendo su fascinación.

Entonces cruzó un pensamiento revelador por su mente, y se detuvo de sopetón.

Todo el tiempo había estado equivocado. Había creído estar haciendo un enorme sacrificio por el bienestar de lady Lilian, y solo le había hecho daño. Había decidido por ella y no para ella.

Entendió que la verdad era que había estado escapando desde… desde que era un niño. Huir era lo único que sabía hacer bien, pues era más fácil aferrarse a la vida que había inventado y así mantener a resguardo a su corazón.

Miró hacia atrás, y vio que la dama no lo había seguido, y que parecía estar esperando una respuesta.

—Creo que pierde usted su energía y su tiempo en luchar una batalla equivocada.

No es a mí a quien tiene que recurrir, sino al mismo Craig. Solo él puede decidir sobre su futuro y sobre su corazón. Nadie más.

La joven se tensó, y cerrando las manos en puños, rebatió con enojo:

—Entonces, ¿dejará que se case con él o con cualquier otro? ¿Se rendirá así sin más?

Eric sonrió con tristeza. Podía reconocerse a sí mismo en la mirada tormentosa de la dama.

—No. No me rendiré, pero tampoco le arrebataré la posibilidad de escoger por ella misma. Le diré algo, a veces solo es necesario dejar libre alguien para saber con certeza si de verdad es suyo. Si lo deja ir y él vuelve, entonces le pertenecerá para siempre.

La dama no respondió, y él notó que estaba intentando retener las lágrimas.

—Le deseo suerte, *milady*. La necesitará tanto como yo.

Dicho esto, se marchó y ya no regresó al salón. Tenía mucho en qué pensar y una larga noche en vela por delante.

CAPITULO 16



A pesar de estar tan cerca del invierno, a la mañana siguiente el cielo amaneció despejado y coronado por un sol brillante. Lilian tuvo que bajar a desayunar con el resto de la familia, pues su hermana, que solía despertar con malestares matutinos debido al embarazo, apareció en su habitación para invitarla. Ella no pudo negarse, ya que, el marqués madrugaba y ya estaría ocupado en sus deberes. Llegaron al comedor cuando el desayuno ya había sido servido, y en cuanto entraron, el capitán y un taciturno lord Eric se pusieron en pie. Lady Arabela les comentó que habían organizado un almuerzo a la orilla del río, y que vendrían algunos invitados.

—He invitado al señor Craig y a las hermanas Barret —le murmuró al oído su hermana cuando estaban abandonando la sala de desayunos.

Lilian la miró nerviosa. No había pensado que vería al comandante también ese día. La noche del concierto habían hablando mucho y él se había comportado de manera excepcional. Le había hecho preguntas acerca de todo y escuchado como si de verdad le interesaran sus respuestas. Además le había contado anécdotas divertidas y no se dedicaba a alabarse a sí mismo como era costumbre de muchos caballeros. El hombre sabía de su atractivo, mas no lo usaba como arma, ni presumía de ello, como sí lo hacía el menor de los Rochester, que había abandonado el comedor en cuanto tuvo la posibilidad, y apenas le dedicó una mirada durante el desayuno. Allí estaba el problema. Sin importar cómo ni por qué, siempre terminaba comparando a todo caballero con lord Eric. Sacarlo de su cabeza y de su corazón estaba resultando una tarea imposible para Lilian, que apenas había podido pegar ojo la noche anterior.

Ofuscada, se disculpó con su hermana, y se dirigió a su habitación para prepararse para el picnic. Tenía que recordar que su misión era hallar un buen partido, no perseguir a un soltero empedernido.

El señor Damien Craig era el candidato perfecto para ser su esposo. Un poco intimidante y serio, e inmejorable aun así. Pertenecía a una excelente familia local; la propiedad de su padre, el conde de Kent, quedaba bastante cerca. Craig le había dicho que poseía su propia casa y que su trabajo era más bien en Bristol y rara vez lo comisionaban en otro destino. Lilian estaba segura de que, si se casaba con él, no nadarían en lujos, pero tendrían una vida plácida y cómoda. No necesitaría nada más, pues tendría su propio hogar e hijos para cuidar.

Para su desilusión, aquel cuadro mental que se había hecho no le generaba ningún tipo de emoción, parecía más bien como si estuviera imaginando la vida de una desconocida muy diferente a ella.

Lo cierto era que cuando intentaba imaginar al comandante siendo su esposo y el hombre a quien sus ojos verían cada mañana al despertar, su cabeza no podía recrear otro rostro que el de Eric Rochester. Lo veía sentado junto a su cama, dándole los buenos días y sonriéndole de aquella manera íntima que la hacía sentir un enjambre de abejas en el estómago. Lo veía besándola de forma escandalosa y prohibida, y molestándola con sus comentarios provocadores

que solían sacarla de sus casillas, haciéndole olvidar su frecuente timidez. También lo imaginaba leyendo para ella en la biblioteca en una tarde de lluvia y llevándola de viaje a decenas de destinos lejanos. No sería una vida tranquila, ni lo esperable para una dama bien educada. De hecho, desconocía si el poseía algo más que aquellos barcos. Ser hijo segundo significaba no heredar la fortuna familiar y tener que depender de la caridad y generosidad del hermano mayor. Dudaba que el difunto marqués le hubiera heredado algo aparte, ya que,, por lo que había escuchado, el caballero no apreciaba demasiado a su hijo menor. Si recordaba lo que sabía por las malas lenguas, y lo que había escuchado decir aquella noche a *sir* Miles, lord Eric se había dedicado al juego y a las apuestas, y a embarcarse de puerto en puerto, y no tenía un lugar propio donde sentar cabeza.

Eric Rochester era un muy mal partido y poco recomendable para ella. Lilian lo sabía, pero a su corazón no parecía importarle esos argumentos, porque insistía en acelerarse y saltar en su pecho como si estuviera bailando cuando pensaba en llevar una vida a su lado. La única verdad era que ella quería casarse con él, no con Craig u otro más, a pesar de que la había rechazado y lastimado varias veces.

Al parecer Lilian tenía alma de mártir y no lo había sabido.

Sin embargo, no haría nada para intentar convencer al caballero, ya había hecho suficiente y se negaba a perder la poca dignidad que conservaba.

No esperaría nada de él, porque desde que había regresado parecía rehuirla y se limitaba a mirarla de mala manera.

Consideraría la propuesta del señor Craig, aunque no lo aceptaría si no lograba sentir algo más que simpatía por él. Si así era, no le quedaría más remedio que regresar en primavera a los salones londinenses y soportar otra temporada social.

Suspirando abatida, tiró del cordón para llamar a su doncella. Se acercó al espejo y observó su imagen. Tenía que cambiarse para bajar a almorzar, y se esmeraría en su apariencia, porque podía estar triste, pero lo estaría llevando el mejor aspecto posible. Su madre no le perdonaría que apareciera viéndose desaliñada, y ella coincidía en que la imagen era importante.

Se quitó el vestido de día que había usado para ir a desayunar y se pasó las manos por el torso cubierto por la camisola. Se veía delgada y con falta de curvas; su piel era bonita, sus ojos estaban demasiados separados uno del otro, y su nariz era chata. Lilian no era hermosa ni de las que llamaban la atención de los caballeros por más que se pusiera el vestido más caro, como sí lo hacían otras mujeres.

Se apartó del espejo en el momento que su doncella apareció en el cuarto.

Mientras escogían el atuendo que se pondría, cruzó por su mente un pensamiento que la inquietó. Había visto a lady Elsie mirando con insistencia a lord Eric. Incluso le había parecido que, en un momento de la noche, ambos se habían ausentado del salón al mismo tiempo.

El señor Craig se había puesto tenso cuando vio que la joven se levantaba, y después, él perdió interés en la conversación que estaban teniendo y terminó disculpándose y marchándose de la mansión junto a su madre. Lilian advirtió que esto había sucedido en el instante en que la joven abandonaba la sala, pero como él no le había dedicado ni una mirada antes, creyó que era simple coincidencia.

De seguro la había mirado como todos los hombres presentes, pues eso sucedía con las mujeres que poseían ese tipo de belleza llamativa. Lo que resultó ser preocupante para ella en

otro sentido, pues en lugar de sentirse mal porque el señor Craig se hubiera distraído observando a la joven Elsie, le escocieron los ojos solo de pensar que lord Eric pudiera haberse citado con ella en el jardín. Lilian había pasado la noche especulando sobre los motivos por los que, después de un rato largo, solo la dama había regresado a la casa, mientras que lord Eric no lo había hecho. Fue un milagro que nadie más hubiera notado la escapada de la joven, porque podría haber provocado un escándalo. No tenía la certeza de que se habían visto afuera, aunque se inclinaba a creerlo así y a suponer que, por alguna razón, lord Eric había hecho un desplante a lady Elsie, pues ella había aparecido con el rostro pálido y un gesto contrariado, y había lanzado una mirada hostil en dirección hacia donde ella estaba sentada antes de acercarse a su hermano y susurrarle algo. Después, ellos y su madre partieron.

Lilian dudaba de que volviera a ver a la hermosa joven, y sintió lástima por ella, porque se sabía que su padre era un hombre cruel y demandante. Lady Elsie no era libre para elegir, como sí lo era ella, y no podía imaginar lo difícil que podía ser saber que no tendría ni voz ni voto en la elección del hombre con quien pasaría el resto de sus días.

Cuando salió al exterior, se encontró con que los invitados ya habían llegado.

El señor Craig la saludó con una sonrisa cálida. Su madre, la condesa de Kent, le dedicó una reverencia que ella correspondió. También la saludaron las señoritas Meg y Mary Barret, quienes estaban acicaladas y vestidas con pomposidad. Llevaban sendos sombreros de fieltro adornados con plumas de faisán y cintas de color púrpura, **redingotes**[14] y vestidos del mismo color, pero en una tonalidad más clara en el caso de la menor de ellas.

Lilian miró su sencillo atuendo de muselina color amarillo, y se preguntó si no había hecho una mala elección. Le había pedido a su doncella que le recogiera el pelo en una sencilla trenza en lo alto de su cabeza.

Se acomodó la capota blanca, la cual llevaba una fina cinta haciendo juego con el vestido y el spencer[15] forrado en terciopelo y suspiró.

Además de ellos, estaban la madre de las mellizas Barret y lady Arabela, que estaba conversando con el capitán Weiss.

—Buenos días, lady Lilian —la saludó el comandante Craig, quien se había acercado sin que ella se percatara.

—Buenos días, señor Craig —dijo, sonrojándose bajo su mirada.

—Me alegra verla tan pronto. Está usted radiante, sin duda alguna —siguió el comandante, ofreciéndole el brazo cuando el grupo comenzó la caminata.

Lilian aceptó su invitación, y agachó la cabeza para ocultar su rubor. Le sorprendía la capacidad de observación del caballero, que había notado su inseguridad e intentado disiparla con ese halago.

Apenas habían dado un paso, cuando una voz de barítono resonó a sus espaldas, haciéndoles frenar la marcha.

—Radiante está el sol, la dama se ve preciosa —dijo con sarcasmo lord Eric y los saludó con una inclinación de cabeza antes de pasar por su lado como si nada hubiera ocurrido.

Ella lo siguió con la vista, deseando poder lanzarle alguna de las piedras que había bordeando el camino hacia el río.

A su lado el comandante, la instó a seguir la marcha, y carraspeó.

—¿Me equivoco al suponer que usted y lord Eric no se llevan del todo bien?

Lilian lo enfocó, y sintió que se ruborizaba más todavía. A ese paso, su cara terminaría como uno de los tomates del huerto de Felicity.

—No nos llevamos. No tenemos más relación que la de parientes lejanos —adujo, intentando aparentar serenidad.

Craig asintió con la cabeza y no insistió al respecto.

Caminaron por unos minutos en un cómodo silencio.

—¿Le gusta el campo? —le preguntó él.

Lilian asintió.

—Sí, claro. Crecí aquí, no conozco otra cosa. Aunque, en los últimos años, Bristol se ha transformado en una ciudad muy concurrida.

—Es muy diferente a la vida en Londres, la temporada social en la que coincidimos fue divertida. Nada rivaliza con los entretenimientos de la capital.

—A mí hermana mayor le encanta ir al centro y pasear por las tiendas. Yo prefiero la tranquilidad de Hampton Manor.

No le dijo que las multitudes la agobiaban, ni que estando en Londres, en algunos de los grandes bailes a los que había asistido, ella había tenido que encerrarse en el tocador para evitar entrar en pánico.

—Le confieso que, a mí llega a aburrirme el aislamiento de vivir por estos lares. Estando en servicio pasamos mucho tiempo en soledad o con escasa compañía, y por eso cuando no estoy trabajando me gusta rodearme de personas y socializar —contestó el caballero.

—Entiendo. Debe ser difícil trabajar en la marina.

Craig la miró con una sonrisa enigmática.

—Tan difícil como entretenido.

Lilian recordó la noche de la emboscada a *sir* Miles y de la explosión en el puerto, y tuvo que coincidir. El comandante sabía que ella había estado presente la noche en la que el barco se había hundido, pero no había sacado nunca a relucir ese tema. Ella creía que era porque su ética no le permitía mezclar los asuntos de trabajo con los personales.

—No le discutiré ese punto. Es cierto que muchas veces cuesta encontrar algo con lo que divertirse viviendo aquí —afirmó Lilian.

Si se ponía a pensar, ella había cometido más de una locura en nombre del hastío, y mejor no lo hacía.

—Me temo que el aburrimiento es muy mal consejero. ¿En qué ocupa su tiempo una dama como usted? —preguntó el comandante cuando ya habían alcanzado al grupo.

Los sirvientes que se habían adelantado estaban extendiendo los manteles, acomodando la comida que sacaban de grandes canastos, y clavando las grandes sombrillas.

—¿Una dama como yo? —cuestionó Lilian, volviendo la vista al rostro atractivo del militar.

Sus ojos grises la examinaron con intensidad, y ella no puedo evitar sentirse acalorada bajo su escrutinio.

—Una dama tan dulce, la imagino pintando con acuarelas y dando largos paseos.

Lilian se sonrojó y abrió la boca para responder, y no pudo hacerlo. Era cierto que ninguno de sus últimos pasatiempos entraba en ese tipo de actividad.

—Se equivoca usted. Ella cabalga con silla de hombre y hace carreras con su hermana. Por las noches le gusta explorar cuevas de la zona y merodear por el bosque —interrumpió de pronto una voz a su costado.

Craig abrió los ojos, atónito ante esa información.

Lilian giró la cabeza y encontró a Rochester apoyado en un árbol. Tenía una ramita entre los labios, y los estaba observando con parsimonia.

—Rochester —le saludó el comandante.

—Craig.

—¿No tiene nada más útil que hacer? —espetó Lilian, fulminándolo con la vista, aprovechando que el militar no veía su rostro.

Ella creía que no se presentaría al picnic; después de todo, él no tenía ninguna obligación de asistir ni interés alguno en compartir con las damas invitadas. El interesado era el capitán Weiss, y ya estaba entretenido con las mellizas Barret, bajo la vigilancia de las tres matronas presentes.

—Mi hermano se ha quedado cuidando a su esposa y me ha pedido que lo reemplace. Por si no se ha dado cuenta, son ustedes tres damas —contestó con altivez enervante.

Lilian reprimió el juramento. Era cierto: si había tres mujeres, se necesitaría la compañía de tres caballeros, para que formaran un grupo homogéneo.

—¿Se encuentra bien, Felicity? —preguntó cuando cayó en cuenta de su respuesta.

—Oh, sí. Me dio la impresión de que más que acompañarla, lo que Benjamin quería era retozar con su mujer y endilgarme sus responsabilidades. Pero quién puede culparlo; de estar en su lugar, haría lo mismo.

Lilian lo miró boquiabierta ante su comentario descarado. No quería imaginar lo que estaba insinuando. Ya bastante tenía con soportar su presencia insufrible.

¿Por qué no se iba con su amigo a entretener a lady Mary? La melliza mas delgada, que parecía no ser la elegida del americano.

Suspirando, le dio la espalda y se dirigió con una sonrisa al comandante, quien no había intervenido en su conversación y, gracias a Dios, tampoco le había cuestionado acerca de sus supuestas actividades excéntricas.

—Señor Craig, ¿le apetece caminar hasta la orilla? Todavía no tengo hambre.

—Por supuesto, será un placer. A decir verdad, solo me hace falta su compañía para sentirme satisfecho.

—Yo iré a comer una pata de cerdo, las patas de pollo no me llenan. Y… traigo aquí el ron —acotó Rochester sin que nadie le preguntara, palmeando el bolsillo de su gabán.

Lilian lo miró de mala manera. Él sonrió malicioso. Si él pensaba beber a plena luz del día y comportarse como un patán, ella no le daría el gusto de seguirle el juego.

—Con su permiso —se despidió, aceptando el brazo del comandante.

—Rochester —lo saludó el comandante.

—Craig… —respondió lord Eric, siguiendo su marcha con los ojos entrecerrados.

Eric no lo soportaba. Se había propuesto no intervenir para nada en la vida de lady Lilian, dejarla que fuese feliz y encontrara un partido adecuado, pero no era capaz de hacerlo.

Primero había tenido que tolerar su cercanía en el desayuno y verla después de dos días en los que ella había desaparecido. Él no había preguntado por su ausencia, puesto que llamaría la atención si de repente preguntaba por la dama, aunque tampoco fue necesario, ya que, su cuñada les había informado que su hermana se encontraba indispuesta.

Eric no lo había creído ni por un minuto. Lo que en realidad tenía la joven era aversión por su persona y estaba evadiéndolo. Él se dijo que era lo mejor, que mientras menos la viera, más sencillo sería mantener su intención de dejarla tranquila.

El problema era que ella no lo dejaba a él. Pensaba en lady Lilian de día y de noche. No se podía sacar de la cabeza el beso que se habían dado, y menos todavía la idea de repetirlo. Ya habían pasado meses desde que había probado aquellos labios por primera vez, y su cuerpo le gritaba que necesitaba volver a hacerlo.

No lo haría. No la besaría ni arruinaría su posibilidad de tener una vida mejor. Eso era lo que se repetía mientras la observaba hablar con el comandante Craig. Todavía no se habían unido al grupo que estaba comiendo.

Eric intentaba tragar el sándwich de pavo, pero le sabía a tierra.

Le escocía verla riendo y hablando con el militar. Sobre todo, porque este no era una mejor opción para ella. Era incluso peor candidato que él mismo.

Craig no tenía una fortuna para vestirla con las mejores sedas ni llenarla de finas joyas. Tampoco poseía una mansión para darle las comodidades que necesitaba. Además, su trabajo era peligroso; podía dejarla viuda en cualquier momento, y ¿en qué posición quedaría ella si enviudaba y tenían hijos que mantener?

Un momento. ¿Hijos? Ellos tendrían bebés, y para eso él tendría que tocarla que hacerla suya.

De ningún modo. No.

Abrumado, se puso en pie, y casi tiró la bandeja de carne que estaba a su lado.

Todos lo observaron con curiosidad.

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó Arabela con el ceño fruncido.

Eric la miró, con la mente en blanco y la visión enrojecida.

—Yo… eh…

—¿Te vas? ¿Tan pronto? Tenemos un juego, y necesitan ser pares para jugarlo—se lamentó la marquesa viuda.

El miró en dirección de su amigo, pero el americano, que casi había devorado el almuerzo como si fuese la última comida de su existencia, se limitó a mirarlo con expresión sardónica. El muy patán sabía que estaba deseando largarse del lugar y las razones para querer hacerlo.

—No se vaya, *milord* —suplicó lady Mary, a quien apenas había escuchado mientras le hablaba de su experiencia en la temporada social.

Eric reprimió un gruñido.

—¿Qué juego es, madre?

—Ah, ¡uno que te encantará!

Desvió la vista hacia la pareja que estaba acercándose hablando con entusiasmo, se encogió de hombros y asintió. No tenía más remedio; si se iba, despertaría la sospecha de los demás. Una vez que todos los jóvenes estuvieron reunidos en un círculo, Arabela explicó las reglas a Logan, que era quien nunca había participado de ese juego.

El hilo de Ariadna[16] se jugaba en parejas. Todos se vendarían antes de empezar. Después a los hombres se les ataría una cuerda a la muñeca y el extremo libre caería hasta el centro del círculo. En silencio, las damas tomarían una cuerda cada una y se dejarían guiar por su pareja hasta un árbol, en el cual, usando el canto de un lápiz de cera, ambos debían inscribir sus iniciales, y se llevarían un pedazo de la corteza del árbol. Para terminar, todos volverían al círculo y, una vez libre de las vendas, las mujeres deberían encontrar al árbol en el que escribieron y así descubrirían quién había sido su pareja secreta. La dama que primero encontrara el árbol usando su sentido de orientación ganaría junto a su compañero.

Eric evitó mirar a lady Lilian, quien estaba en el extremo más alejado de él, y se ocupó de atar él mismo la cuerda a su muñeca derecha. Después dejó que su madre le colocara la venda de seda y que la ajustara bien. Oyó que las damas reían nerviosas y expectantes, y dejó caer el largo de su cuerda hacia el centro del círculo. Cuando Arabela les dio la señal, las mujeres que ya estaban también vendadas y a quienes las había hecho dar cinco vueltas sobre sí mismas para marearlas un poco y hacer el juego más entretenido, gritaron y, entre risas, empezaron a buscar a ciegas las puntas de las cuerdas.

Eric sintió que tiraban de la suya, y dejó que lo acercaran en la dirección de quien le había tocado como compañera. La dama tiró con fuerza y él trastabilló. Oyó una risita y suspiró impaciente. Ya no tenía edad para esos juegos, y no estaba de buen humor, aunque rara vez no lo estaba.

Puso las palmas en alto para evitar colisionar contra su pareja y rozó algo blando bajo sus manos. Después oyó un grito indignado y a ella alejarse, dándole otro tirón brusco a la cuerda.

¿Acababa de rozar sus pechos?

Emitió una carcajada, y quiso disculparse, pero recordó que no podían hablar. Así que, la acercó tirando del hilo, se dio vuelta y empezó a caminar. Como no sabía dónde estaba yendo, decidió seguir sus instintos. Él había estado parado al sur de la hilera de árboles, por lo que solo debía volverse hacia el norte en línea recta y llegarían. Caminaron despacio, y tuvieron que detenerse una vez porque la joven trastabilló y susurró algo que él no llegó a entender. Eric, que tenía estirado hacia adelante el brazo izquierdo para evitar chocar contra algo, notaba la respiración agitada de ella muy cerca y sus pasos dubitativos. Cuando sintió el crujido de las hojas siendo pisadas bajo sus pies, supo que habían caminado en la dirección correcta, y sonrió triunfante. No creía que ganarían, pues Weiss, siendo capitán de barco, tenía un excelente sentido de la orientación, y Craig tenía formación militar. Pensándolo bien, era una competencia desleal. De todos modos, tanteó lo que tenía adelante, y siguió caminando por unos minutos, hasta que sus dedos rozaron una superficie rasposa.

Su compañera se detuvo a su espalda, y cuando notó que él ya no avanzaba, se movió hasta quedar a su derecha. Eric giró en su dirección, y la rozó con su cuerpo. Le pareció que estaban

frente a frente, tan próximos que podía oler su aroma a rosas.

A su alrededor resonaban los sonidos de risas y corridas, aunque Eric solo podía concentrarse en la dama, a la que oía respirar de manera agitada.

Con lentitud, estiró la mano libre y la posicionó en el brazo derecho de ella, pues tenía que tomar el lápiz y no podía pedírselo en voz alta, porque la reglas les impedían emitir palabras. En cuanto tocó su extremidad, percibió que ella se ponía tensa. Llevaba un abrigo con mangas largas y guantes, y aun así podía sentir la calidez que su piel transmitía a través de la tela. No tenía manera de saber la identidad de su compañera; su altura parecía ser mucho menor a la suya, pero las tres damas presentes eran más bajas que él.

Curioso, se acercó un paso más, y la sintió estremecerse. Aspiró su perfume y reconoció esa fragancia dulce, la cual tenía un toque de azahar que solo alguien que conocía llevaba. Complacido, sonrió con pereza.

Su ánimo mejoró en cuestión de segundos.

Con dificultad, Lilian aspiró aire por la boca. Aquel juego, del que había participado otras veces con sus familiares en época navideña, la estaba poniendo nerviosa. No podía ver nada, y además el caballero que le había tocado parecía estarse tomando su tiempo para continuar. Antes le había rozado los senos, quería creer sin querer, y eso la había distraído lo suficiente como para seguirlo a trompicones.

Sabía que él era alto, porque percibía su aliento cálido rozándole la piel de la frente, por lo que tuvo que descartar al comandante Craig que no la rebasaba por tanta diferencia. Pensó que tenía que tratarse del capitán Weiss… o de Rochester. Tembló solo de pensar que fuera él. Casi no había respirado desde que se habían detenido. Cuando él se volvió hacia ella y colocó su mano grande en su brazo, Lilian se paralizó. El caballero dio un paso adelante y ella se estremeció por su cercanía. Aspiró con fuerza y su olor amaderado colmó sus fosas nasales, era una esencia marina que le recordaba a una sola persona y que la hizo erizar y esperar expectante su siguiente movimiento.

A su alrededor ya no se oían risas ni pisadas pasando cerca, parecían estar solos en medio del bosque; pero en lugar de sentir miedo, Lilian sentía una emoción extraña.

El caballero dejó que sus dedos descendieran por su brazo hasta llegar a su muñeca, donde uno de ellos se coló por el interior del guante de seda y acarició la piel desnuda. Lilian contuvo el aliento y levantó la cabeza. El aliento masculino acarició ahora su nariz, y después, como si fuera una caricia ardiente, sopló sobre su boca. Entonces sucedió lo que en el fondo quería que pasara, el hombre cubrió sus labios con los suyos y la besó con abrasadora intensidad.

Él tiró de su mano para pegarla a su torso, y sus cuerpos se juntaron, haciéndola temblar de un deseo desconocido para ella. Lilian se puso de puntillas para permitirle ahondar en su boca; él aceptó esa ofrenda, y llegó muy lejos en su interior, como si fuera un saqueador en busca de un botín prohibido. Ambos gimieron cuando los dientes de ella lo rozaron, y Lilian se vio apretada contra el tronco del árbol y devorada con apremio y desbordante anhelo. Cada terminación de su cuerpo se activó, y al tiempo que sus labios la recorrían robándole el aliento y la cordura, Lilian se estiró para exigir más de aquel elixir adictivo. Sin dejar de besarla, una de las piernas masculinas se abrió camino entre sus muslos, separándolos para permitir que él se pegara a su cuerpo, y ella se dejó hacer atrapada en aquella burbuja de placer. Jadeó cuando él se apretó contra ella y pudo sentir su hombría rozarla, y lo besó con renovado fervor.

Entonces, cuando estaba abducida por sus labios que la tomaron una y otra vez, él separó sus bocas de un tirón brusco, y se alejó de ella con rapidez. Desorientada por la interrupción inesperada, Lilian permaneció apoyada contra el árbol, pues apenas sentía las piernas, e intentó recuperar el aliento.

Oyó que lady Arabela llamaba a todos los jugadores y las corridas que de nuevo se acercaban. Su compañero gruñó y, usando la cuerda, la instó a moverse tirando de esta con insistencia. Lilian salió de su estupor, y recordó que debía usar el lápiz que aún llevaba en la mano para inscribir su inicial. A tientas lo giró, y con el canto del mismo trazo una L; Después se lo pasó al caballero, acercándolo a su pecho. Él lo sujetó, y apartó con rapidez la mano cuando sus dedos se rozaron. Oyó que raspaba el tronco, que caían trozos de corteza. Él había arrancado el pedazo que identificaría al árbol en el que habían sellado sus iniciales. Todavía aturdida, Lilian se dejó llevar otra vez hasta el claro, tratando de no tropezar y caer de bruces, algo difícil porque sus rodillas temblaban debido al intercambio pasional en el que acababa de participar.

CAPITULO 17



Una vez estuvieron de nuevo con los demás, Lilian soltó la cuerda y movió la cabeza para los lados, percibiendo que el caballero y su olor se alejaban de ella. Desorientada, aguardó hasta que alguien le quitara la venda, y se cubrió los ojos para evitar que la luz del sol la cegara.

Las hermanas Barret comenzaron a murmurar entre risas. Lilian no quiso mirar a los caballeros. Sabía que tenía las mejillas rojas, y no quería delatar su nerviosismo.

—Bien. Una pareja fue la última en llegar, pero si la dama encuentra el árbol primero, podrían ser ganadores de todos modos. ¡Adelante, jóvenes! —las animó lady Arabela.

Lilian se giró y caminó en línea recta, percibiendo la mirada de lord Eric sobre ella. No quiso cerciorarse de que él la estaba observando, demasiado avergonzada con su comportamiento promiscuo. Aunque no tenía la certeza de que él la había besado, su corazón le decía que así era.

Con aprensión, siguió adelante, haciendo el mismo camino recto por él que la había guiado; esquivó una piedra que estaba a mitad del paso, que era con la que había tropezado antes, y se internó en la arbolada perdiéndose de la vista de los otros, entonces vio el alto pino justo delante. Temblorosa, se acercó, y pasó la vista por el tronco. Allí estaban las iníciales una bastante cerca de la otra.

«L y E»

Lilian sintió un vuelco en el estómago, y se cubrió la boca con las manos.

No podía culpar a lord Eric de haberse aprovechado, ya que, sería una vil mentira. Ella era tan culpable como él del arrebato que habían tenido. De hecho, lo había deseado tanto que sus entrañas parecían haberse derretido.

No quiso alertar a los demás de que ya había encontrado el árbol en cuestión; se quedó allí, intentando recobrar la calma. Oyó que la señorita Meg gritaba, y sin ganas fue a reunirse con el resto. Cuando llegó, la dama rubia y el señor Craig estaban siendo felicitados. Eran los ganadores.

Lilian reunió el valor suficiente para levantar la cabeza y mirar a su alrededor, y fue cuando se percató de que él ya no estaba.



Esa noche, lord Eric, no bajó a cenar. Por supuesto, Lilian no hizo ningún intento de averiguar la razón de su ausencia. Una parte de ella se sintió aliviada de no tener que enfrentarlo tan rápido, otra experimentó una intensa agonía. No sabía cómo afrontar el sinnúmero de sentimientos que la confundían y abrumaban desde que se habían besado en el bosque.

Lilian se había intentado convencer de que era posible olvidar al caballero y considerar a

otros candidatos como el comandante Craig. De verdad había hecho el esfuerzo de conocerlo y de dejarse cortejar por él, pero había sido suficiente solo un momento en brazos del bandido de Bristol para arruinar todos sus avances. Él la había arruinado en más de un sentido. No solo comprometiendo su virtud, sino arrebatándole la paz, invadiendo sus pensamientos y tomando prisionero a su corazón.

Después de aquel beso perfecto, no podía seguir engañándose. Debía admitir que sus afectos no cambiarían; que, a pesar de lo determinada que estuviera a borrar de su mente al caballero, su corazón ya había escogido. Amaba a Eric Rochester y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Lilian estaba recostada en su cama intentando conciliar el sueño sin éxito.

Ofuscada, se levantó, y decidió aventurarse a la cocina para robar un vaso de leche, o tal vez podría escabullirse hasta la biblioteca y llevarse el ejemplar de Marco Polo. Se cubrió con la bata de terciopelo, pues la noche estaba fría, y dejó la habitación dispuesta a combatir su insomnio.

La casa estaba desierta y a oscuras. Ella deambuló por el vestíbulo sintiéndose miserable. Estaba llegando al pasillo que llevaba a la cocina, cuando le pareció oír una suave melodía. Se detuvo y aguzó el oído. Hubo unos segundos de silencio, y otra vez resonó la melodía ligera.

Intrigada, cambió de rumbo, y siguió la dirección desde donde provenía el sonido, de la sala de música. Hacia allí se dirigió, ayudándose de las paredes para no tropezar en la oscuridad.

Cuando llegó hasta las grandes puertas, se detuvo, y escuchó sintiendo que su pulso se aceleraba. El sonido era triste y melancólico, y parecía atraerla como si fuera el hilo de Ariadna tirando de su mano. Entonces se percató de que no era un piano lo que estaba oyendo, y se olvidó de la discreción y empujó la puerta.

La habitación estaba iluminada de manera tenue. Había una vela encendida sobre una mesa auxiliar, en la que había apoyados también una copa y una botella vacía. La chimenea estaba encendida y las cortinas cerradas.

Lilian se paralizó viendo a la figura sostener el instrumento entre sus manos. Él estaba de cara a ella, pero no había advertido su entrada, pues permanecía con la barbilla inclinada sobre el instrumento y los ojos cerrados.

Tocaba el violín, y lo hacía de una manera asombrosa.

Lilian se acercó despacio y sintió que su corazón se hacía pequeño en su pecho con cada paso que daba. Nunca había visto algo más hermoso en toda su vida.

Eric tenía el pelo desordenado cayéndole sobre un lado de la cara, los pies descalzos descansando sobre la alfombra y el torso apenas cubierto por una camisa de dormir. Su brazo izquierdo mantenía firme el mango del instrumento sobre su hombro mientras su mano derecha sostenía la vara y la deslizaba sobre las cuerdas con extrema suavidad.

Se detuvo a pocos pasos de él, y observó hechizada la expresión de sufrimiento de su rostro al tiempo que aquella melodía desgarradora la envolvía y conmovía como nada lo había hecho antes. Podía percibir la desolación en cada nota; y a medida que el ritmo se convertía en una vorágine de notas y el movimiento de sus manos se volvía frenético, la desesperación parecía traspasarle hasta la piel de sus huesos y llegar hasta el mismo centro de su alma.

Cuando la última nota resonó, Lilian soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo, y

tragó saliva apretando las manos en puños. Sintiendo que los ojos le picaban, los cerró y las lágrimas desbordaron sus mejillas.

—¿Qué hace aquí? —dijo con voz ronca el caballero dejando de lado los formalismos, y ella abrió los párpados para mirarlo.

No pudo responder.

—Vete. Vete y déjame solo —espetó, soltando el violín y mirándola con ira—. Márchate de aquí.

Lilian se dio cuenta de que había bebido demasiado, y retrocedió hasta la puerta, avergonzada por su desplante y la dureza de su tono. Puso la mano en el picaporte y, de repente, se frenó. Antes de irse necesitaba comprender, tenía que conseguir al menos alguna respuesta. No se volvió, pero alzó la voz lo suficiente para que la oyera.

—¿Por qué nunca tocas?

Él no contestó de inmediato. Ella aguardó con el pulso desbocado y el cuerpo en tensión.

—Porque me recuerda a él.

—¿A quién?

Eric emitió una risa amarga.

—A mi maldito padre. Él se oponía a que tocara. Mi madre contrataba profesores a su espalda, y él siempre lo descubría y los despedía.

Lilian sintió la tristeza en su voz.

—Entonces ¿No tocas porque él no quería?

—No. No lo hago porque él se encargó de que nunca pudiera dedicarme a ello de la manera en que yo anhelaba.

Lilian contuvo el aliento. El marqués le había hecho más daño del que ella había supuesto. Además, le había arrebatado su sueño.

—¿Destruyó tu instrumento?

Él volvió a reír.

—Eso hubiese sido un castigo nimio. Él llegó a la casa sin avisar. Mi madre había salido a hacer unas visitas. Me encontró practicando y montó en cólera. Le reclamé que no me permitiera usar el violín, le dije que no era justo, que era mi deseo convertirme un día en un gran violinista.

Lilian apretó el picaporte para poder sostenerse en pie, pues temía que había adivinado el resto de la historia. Él se aclaró la garganta y continuó con el relato.

—Entonces me miró de una manera tan fría que todavía puedo sentir el escalofrío que me recorrió. Me dijo que no permitiría que lo humillara convirtiéndome en la réplica del infeliz que me había engendrado.

Ella dejó de respirar y giró la cabeza para mirarlo. Él se había puesto en pie y estaba en el centro de la sala. La veía de manera descarnada y sombría, sin ningún tipo de artilugio, tan vulnerable que ella casi pudo ver al niño, al joven y al hombre que convergían en él y que lo habían convertido en lo que era.

Lilian se apoyó contra la puerta, necesitando un sostén extra.

—¿Q-qué te hizo? —balbuceó a duras penas.

—Me quebró los cinco dedos de la mano derecha, y así se aseguró de que nunca pudiera tocar sin sentir un dolor horrible.

Lilian sollozó y él apretó la mandíbula con fuerza.

—¿Y tu madre? ¿Ella lo supo?

Él bajó la vista a su mano y solo negó.

Ella se separó de la puerta y corrió hasta él, se lanzó a sus brazos y lo abrazó como si pudiera así ahuyentar todos los fantasmas que lo atormentaban, como si pudiera sanar las heridas de su alma, así como habían curado las de su cuerpo. Eric la apretó fuerte y la mantuvo pegada a su cuerpo, dejando su cara apoyada en su pelo.

Se mantuvieron así por largos minutos, aferrados uno al otro, respirando agitados.

Lilian se apartó renuente, y vio las sombras oscureciendo su mirada, y también el anhelo y la pasión contenidas batiéndose en una lucha encarnizada.

—Oí lo que dijiste al capitán Weiss esa mañana que acudí a tu habitación —confesó en un murmullo débil.

Él tragó saliva, pero no sé apresuró a negar nada o a intentar justificar sus crueles palabras de entonces. Lilian no necesitaba que lo hiciera, porque ya no podía engañarla; algo le decía que lo había hecho para convencerse de que debía alejarla de su lado, para ahuyentarla de forma definitiva aún de sus mismos pensamientos. No obstante, después de lo que habían compartido, ella podía reconocer a un hombre que deseaba a una mujer, y sabía que, con toda seguridad, Eric Rochester la deseaba, que ella le atraía en todos los sentidos y, sobre todo, en los carnales.

En ese momento se había sentido humillada, burlada y menospreciada, tan afectada que había sentido ganas de vomitar y no había podido oír nada más, solo esperar a que el capitán Weiss abandonara la habitación del joven para ella poder salir de su escondite. Había decidido volver para preguntarle si necesitaba que le subieran algo de comer, arrepentida de haberse ido de esa manera inmadura , y resultó ser su peor decisión. Después, él se había marchado, la había dejado atrás sin siquiera una mera despedida, y ella había pensado que era lo mejor. De ese instante al presente había transcurrido mucho tiempo, y Lilian ya no se sentía de la misma forma, su dolor había mutado en simple decepción.

El otoño había pasado. La esperanza se había marchitado en su interior como las hojas de los árboles, y Lilian se obligó a aceptar que ya nada tendría que ver ese hombre en su vida, hasta que él había regresado y puesto de nuevo su mundo del revés.

El problema era que ya no le era suficiente el saber que la deseaba, necesitaba además, tenerla absoluta certeza de que además la quería. Que la amaba como ella a él.

—Sé que mentiste, ahora lo sé.

—Lilian… —murmuró con voz ronca.

—Solo dime, dime que no me equivoco. Habla y termina con este juego tortuoso.

Él la miró con gesto desencajado, y retrocedió a trompicones.

—¿Es que no me has oído? De nada importa que te desee, ¡soy un bastardo, Lilian! No tengo nada para ofrecerte, solo a mí mismo y a un apellido que no me pertenece. Mi mundo es errático y oscuro. Te terminará consumiendo como lo ha hecho conmigo.

Ella se acercó y negó con la cabeza.

—Eso no me interesa. No importa si no eres su hijo. No tienes que seguir huyendo, estoy aquí y no quiero a nadie más.

—Es que no lo has comprendido. A mí lado no tendrás nada. Tú puedes escoger algo mejor, mereces a alguien que pueda darte el mundo entero.

Lilian tragó un sollozo, traspasada por el dolor que destilaban sus palabras.

—Tú no lo has entendido. Solo quiero una cosa. Di que me quieres y será suficiente para que nunca me aleje de tu lado.

Eric cerró los ojos con expresión devastada. Bajó la cabeza y le dio la espalda, provocando que Lilian sintiera a su corazón hacerse añicos.

—No tengo nada para ofrecerte. No puedo darte lo que mereces. No he hecho más que lastimarte, porque es para lo único que soy bueno. Te he dicho que soy un bastardo para que sepas que no valgo la pena, que no tengo derecho a quererte. Aléjate de mí y busca la felicidad en otra parte.

Lilian avanzó un paso, conteniendo los sollozos que pugnaban por salir de su boca, pero él se alejó con la espalda tensa. Ella asintió, aunque Eric no pudiera verla, y abandonó la habitación con prisas.

Estaba todo dicho entre ellos. Ese era el final.



Lilian apenas pudo dormir esa noche. Lloró mucho, y evitó bajar al piso inferior durante unos días. Después se dijo que no podía dejarse derrumbar, que había muchas razones por las que llorar, y un corazón roto no parecía una lo suficiente importante. Sintiéndose más repuesta, una mañana se levantó y bajó a desayunar para demostrarle a Rochester que su rechazo no la destruiría. Salvo que él no estaba en la mesa, y por lo que escuchó decir a la marquesa viuda, tampoco había pernoctado en la mansión desde la tarde del picnic. Lilian comió muy poco. Subió a su cuarto a buscar una capa, porque saldría con su hermana a trabajar en el huerto, y cuando llegó al piso inferior un poco antes de que sirvieran el almuerzo, se encontró con una imagen curiosa: su hermana estaba pegada a la puerta del estudio de su esposo.

—¿Felicity?

—Shh… Ven… —la apremió ella, despegando la oreja de la puerta para hacerle una seña.

Lilian se acercó intrigada.

—¿Qué está sucediendo?

Felicity la miró animada y la alejó de la puerta lo suficiente para que quien estuviera dentro no las oyera.

—Ha venido el comandante Craig.

Lilian la miró conteniendo el aliento.

—¿A qué ha venido?

—Le ha dicho a Benjamin que ya había hablado con nuestro padre para manifestarle su intención de cortejarte. Nuestros padres llegaron ayer a Bristol.

—Sí, eso lo sé. Padre le dijo que esperara un tiempo prudencial y que, si después de eso él seguía interesado, lo tendría en consideración como pretendiente oficial.

—No solo sigue interesado, Lily, es más que eso. Acaba de decirle a mi esposo que le avisaron que debe partir en un mes.

—¿Irse? ¿Adónde?

—Lo comisionaron a Liverpool. Estará por lo menos un año allí.

—¡Oh! —exclamo Lilian confundida—. ¿Desea iniciar un cortejo a la distancia? ¿Por correspondencia?

—No, cariño. Tiene una licencia especial, y desea que se marchen juntos como marido y mujer.

Lilian abrió los ojos, sorprendida.

—Ha venido a pedirte que te cases con él.

Eric soltó el pesado cajón que estaba cargando y sacudió la tierra que tenía en las manos, ignorando el dolor que sentía en su pierna todavía sensible por la herida que se había hecho, como silenciaba sus emociones a duras penas. Llevaba desde muy temprano trasladando la carga del barco hasta uno de los almacenes cercanos al muelle y no se había querido mover del lugar, empecinado en mantenerse lejos de Kings Harrow House.

Había sido débil, otra vez lo había vencido el deseo y las ansias que le provocaban Lilian Lovelace. Se sentía miserable y ruin, malvado y detestable. La había besado como si no hubiera un mañana, y por poco no había llegado más lejos todavía. A punto había estado de seducirla allí mismo, contra un árbol y con media docena de testigos a poca distancia. Después le había permitido conocer sus demonios, y la había lastimado de nuevo. Jamás se borraría de su mente su mirada dolida al oírle decir que se alejara. Aun así, sabía que había hecho lo correcto. Que su amor por ella era tan grande que prefería apartarla de su lado para que no terminara sufriendo más todavía. Estaba claro que haber regresado había sido un pésimo error. No podía confiar en su autocontrol y en su fuerza de voluntad en lo que a la dama se refería. Llevaba demasiado tiempo deseándola, adorándola, y ya no podía estar cerca sin intentar hacerla suya y coartarle esa libertad que él tanto defendía para sí mismo. Sabía que ella lo deseaba, y que era cándida y apasionada, que bastaría que él moviera los hilos indicados y la tendría, arruinándole toda posibilidad de elegir un buen futuro.

Eric prefería terminar él mismo con su vida antes que hacer algo que la dañara, y por eso ni bien había podido, se había dirigido al barco de Weiss. Ocupaba los días colaborando con el traslado de la mercancía desde el amanecer hasta que caía el sol y el cansancio lo hacía caer rendido, buscando cualquier cosa que lo distrajera de sus tormentosos pensamientos. Así evitaba tener que recordar el sabor de los labios de lady Lilian, la suavidad de su piel, la dulzura de su aroma, y su repuesta desinhibida ante su toque. Tenía que parar, terminar con todo antes de que ella fuera perjudicada y acabara odiándole, despreciándolo como lo había hecho su padre.

—*Milord*.

Eric levantó la cabeza y vio al primer oficial de Weiss detenido a unos pasos.

—Lo busca una dama.

Él se tensó. No podía haber cometido la locura de buscarlo allí. El puerto no era lugar para una dama como ella; de hecho, no era sitio para ninguna mujer.

—¿Dónde está? —preguntó, dejando la caja a sus pies.

—Dentro del carruaje. Le dije que no era conveniente que lo esperara fuera.

—Gracias. Manda alguien que me reemplace aquí —dijo Eric, y se encaminó hacia donde se solían estacionar los carruajes.

Reconoció el blasón de su familia y al coche también. El cochero estaba junto a la puerta, custodiándola, y él le hizo un asentimiento para agradecerle antes de que el criado le abriera la puerta.

Eric subió y miró a la dama, conteniendo un suspiro de alivio.

—Me alegra verte bien. Me tenías preocupada —exclamó su madre en cuanto Eric se sentó frente a ella y la puerta se cerró.

—No hacía falta que vinieras, madre.

—Claro que sí. No has regresado a la casa. Quería cerciorarme de que te encontrabas en buen estado.

Eric no la contradijo. Se temía que la marquesa viuda había pensado que se tiraría a beber sin parar.

—Estoy trabajando —murmuró incómodo.

—Está bien, no quiero importunar. Sabía que no irías si te mandaba llamar, así que, decidí venir. Lo que tengo que decirte no puede esperar.

—¿Qué sucede? ¿Está bien Felicity? ¿Es el embarazo?

—Sí, sí, Felicity está perfecta.

—¿Entonces? ¿Qué es tan urgente?

—Ha venido el señor Craig y pidió hablar con Benjamin.

Eric se echó hacia atrás, sintiendo que un nudo se le atravesaba en la garganta.

—¿Y qué tiene de importante eso? —cuestionó, aparentando la mayor tranquilidad que pudo.

Arabela elevó una ceja y lo miró de aquel modo que de niño lo hacía estremecer y confesarle todos sus delitos.

—Ha venido a pedirle matrimonio a lady Lilian. Habló con la joven y al parecer ella lo aceptó.

Eric cerró los ojos, y el mundo se derrumbó a sus pies. Ya no intentó fingir que no le importaban esas noticias. Dolía demasiado como para poder lograrlo. Ni el mejor actor de Drury lane[17] podría hacerlo.

—¿No dirás nada? —insistió Arabela.

A Eric no le pasó desapercibido que en su mirada brillaba la compasión. Ella sentía lástima de su miserable hijo.

—¿Qué quieres que te diga? Lady Lilian es libre de casarse con quien elija —repuso con tono sombrío.

Arabela suspiró y bajó la vista. Durante unos segundos guardaron silencio, y la dama retorció sus dedos con nerviosismo.

—Esto es por él, ¿no? —murmuró con voz quebradiza.

Eric la miró con expresión interrogante.

—Es por tu padre, ¿no es así? Él te lastimó a tal punto que te hizo creer que no mereces nada, que no puedes ser amado ni amar a su vez.

Él tragó saliva. No quería hablar de su padre ni tener esa conversación que tanto tiempo habían postergado. Sería la gota que colmaría el vaso de su desolación.

—Madre, eso ya no importa.

La marquesa asintió con expresión amarga.

—Sí, sí importa. Porque los desprecios que sufriste en tu niñez han causado todo esto. Tu padre tiene la culpa, y yo también. Debí hacer algo más para cuidarte, para mantenerte a salvo de su crueldad.

—No podías hacer nada, él tenía sus razones, y yo sobreviví a sus desplantes. Es agua pasada.

—No es pasado cuando afecta a tu presente. Desde el día en que dejaste de tocar el violín, supe que él había hecho algo que terminó de romperte, que te robó la alegría.

Eric sonrió con tristeza. Los recuerdos del pasado se acumularon en su interior y trató de ahuyentarlos.

—Dime, hijo. Dime qué causó que te resignaras a tu pasión por la música, que huyeras de aquí en cuanto tuviste la edad suficiente. Qué hizo para que te prohibieras la felicidad.

—Nada, madre. Solo me dijo la verdad.

Arabela abrió los ojos y los labios le temblaron.

—¿Cuál verdad?

Él soltó el aire con pesadez. Ya no podía continuar callando, llevando el peso de ese secreto.

—Fui a verlo a su habitación cuando tuvo la primera recaída, un año antes de que muriera. Estaba bajo el efecto del láudano, y cuando me vio comenzó a gritar…

Arabela se cubrió la boca con las manos y empezó a sollozar.

—¿Qué te dijo? Apenas eras un niño.

—Que era un bastardo, una vergüenza, el fruto del pecado. Que me sacaran de su presencia o me escupiría, y que viviría siendo un músico muerto de hambre como mi padre porque tocaba tan mal como él. Que no era ni sería nunca un Rochester y se encargaría de que no heredara nada suyo.

Su madre empalideció y lloró con fuerza. Eric no soportó verla sufrir, y se inclinó para abrazarla.

—No puedo creerlo. Nunca entenderé cómo alguien puede ser tan ruin —dijo entre sollozos—. Lo siento tanto, hijo, lo lamento demasiado.

—Ya madre, tranquila… Ya es pasado. Sus palabras solo sirvieron para liberarme de él,

del deber de complacerlo y lograr que me aceptara. Después de ese día, fui libre.

Arabela jadeó, contuvo el llanto, y se separó de él para tomar su barbilla y mirarlo con seriedad.

—Hijo, escúchame. Él te mintió, te hirió para vengarse de mí porque sabía cuán importante eres para mí. Tú eres un Rochester, eres su hijo. Puedo jurártelo por lo más sagrado, por la vida de mis hijos, y que me muera yo ahora mismo si estoy mintiendo.

Eric se tensó y la escrutó atónito.

—El marqués, él me…

—Él era un hombre despreciable y cruel y, sobre todo, demasiado terco. Me dejaba largas temporadas sola aquí en Bristol. Un día regresó y me encontró aprendiendo un instrumento con un joven profesor, y se le puso entre ceja y ceja que lo había engañado. Echó al pobre hombre y le hizo propinar una paliza.

Eric alzó ambas cejas.

—¿El profesor había intentado seducirte? ¿Tú le correspondías?

Arabela soltó su barbilla y se sonrojó. Se limpió las mejillas usando un pañuelo de seda que él le extendió.

—En cierto modo le dejé que coqueteara conmigo. Era joven y me sentía sola, pero jamás, óyeme bien, jamás engañé a tu padre. Lo cierto es que, a pesar de todos sus maltratos, yo amaba a William. Era mi esposo.

—¿Y qué sucedió?

—Supe que estaba embarazada de ti, y fui feliz. Creí que eso nos uniría al fin, que serviría para que se quedara más tiempo en casa con Benjamin y conmigo.

—Y él no lo tomó bien…

—No, se volvió loco del todo. Insistió en que solo habíamos intimado una vez antes de que volviera a marcharse y que yo no podía estar encinta de él. A partir de ese momento me abandonó aquí, y se llevó a Benjamin con él, volvía esporádicamente, pero no quería saber de mí.

Eric oyó el relato sintiendo que el dolor en su corazón que siempre lo había acompañado empezaba a desaparecer. Había crecido pensando que no poseía nada, ni siquiera un apellido real, ni una identidad, y resultó que eso era solo la imaginación de un padre paranoico y celoso.

Él era un Rochester.

Abatido, se llevó las manos a la cabeza y deseó poder dormir para no tener que seguir pensando.

—Él no te quiso por su ceguera, pese a que no tenía razones justas. Y así no hubieses sido su hijo, nunca debió pagar contigo su odio.

—No obstante, lo hizo. Aun así, me alivia pensar cuán equivocado estaba, ya que, el niño que tanto despreció lleva su sangre.

—No puedes permitir que su maldad te arruine, hijo. Que te convierta en alguien incapaz de amar, en alguien parecido a él.

Era demasiado tarde para eso, él amaba y mucho. Lo que no lo libraba de parecerse a su

padre porque había dañado a las personas que quería, tal y como el marqués lo había hecho.

—Es mejor así, madre. Aunque sea un Rochester, no tengo nada para ofrecerle a lady Lilian. Ella merece más.

Su madre tomo una de sus manos y la apretó con afecto.

—¿Y por qué no dejas que sea ella quien lo decida?

—Eso es lo que he intentado hacer. Lo único que he querido es que ella fuese libre para elegir a quien amar y con quien pasar su vida. No era justo pedirle que me eligiera a mí, ni mucho menos usar mi experiencia amatoria para influir en su juicio.

—Me enorgulleces, hijo, no muchos hombres están dispuestos a dejar que la mujer que aman se aleje de ellos. O a no usar la seducción para manipularlas. Tu padre me obligó a casarme con él de cierto modo, y me mantuvo atada a su lado hasta el día de su muerte. No te pareces a él en eso, al igual que no lo hace tu hermano. Pese a que sí eres tan terco como él, y un poco ciego también.

Eric liberó su mano y se la pasó por la cara.

—¿A qué te refieres?

—¿Es que acaso no ves que la dama ya ha elegido hace mucho? Ella te ama a ti, hijo, y es contigo con quien quiere casarse. Todos nos hemos percatado de ello, menos tú.

—El amor no lo es todo. Yo no soy lo suficiente bueno, algún día lamentará haberme elegido y yo…

—No podrás soportar su desprecio. Lo sé. Lo que no has pensado es que las riquezas, las posesiones y lo material no aseguran la felicidad. Sabes que siempre hemos sido ricos, yo lo tenía todo, todo cuanto el dinero podía comprar, y aun así era miserable.

Él asintió pensativo. Era testigo de que la vida de ellos había sido semejante a vivir en una jaula de oro. Rodeados de opulencia, pero faltos de afecto. Pese a eso, temía que pedirle a Lilian que se quedara a su lado fuera esperar demasiado. Pretender un sacrificio demasiado grande.

Su madre palmeó su brazo, y como si estuviera adivinando sus pensamientos, dijo:

—Lady Lilian solo necesita una cosa para ser la mujer más dichosa. Aquel que pueda brindarle eso será el candidato que de verdad la merezca.

El pulso de Eric se aceleró, y de a poco la esperanza empezó a emerger en su interior.

—¿Qué debería darle?

Arabela sonrió con ternura y respondió:

—Amor verdadero.

La marquesa viuda, estudió la expresión pensativa de Eric, y sonrió para sus adentros. Había sembrado la semilla en el corazón de su hijo, y solo quedaba esperar a que esta germinara y él pudiera ser libre como lo era su hermano.

CAPITULO 18



A la mañana siguiente, Lilian bajó las escaleras de la mansión de su hermana y caminó hasta donde el carruaje la esperaba ya con la escalerilla extendida para ella.

—¿Estás segura de esto? —preguntó preocupada Felicity.

Ella apretó la mano de la mayor, y se volvió a mirarla.

—Sí, es la decisión correcta.

Felicity la examinó con mirada maternal, pues para ella siempre había sido más una hija que una hermana.

—Lily, sé que no me has hablado del tema, y yo respeto eso, no obstante, debo preguntarte…

Lilian suspiró. Sabía que llegaría ese momento.

—¿No es al comandante Craig a quien quieres? ¿No es así? Hay alguien más.

Ella dudó unos segundos, pues era demasiado doloroso el solo hecho de hablar sobre sus sentimientos hacia el hombre que amaba y que había decidido rechazarla.

—El señor Craig es un buen hombre. Es honorable, amable y me gusta. Nos entendemos. Estaré bien, no te preocupes.

Felicity no pareció convencida, y acercándose para que solo ella la oyera, pues los criados estaban cerca, murmuró:

—Lilian, sé que amas a mi cuñado. Todos hemos podido percatarnos de ello. Él te corresponde, lo sabemos bien. Solo es que… él ha sufrido, y… tal vez, si hablas con él…

—No hay más que hablar —la interrumpió, tragando saliva con dificultad—. Él ha escogido vivir su vida lejos de mí, me insistió para que yo haga lo mismo, y es lo que haré. Me marcho.

Felicity la miró entristecida, y asintió.

—Os espero en Navidad —se despidió, y tras abrazarla, la soltó para que pudiera abordar el carruaje.

Lilian tomó aire con fuerza y aceptó la mano del lacayo. La decisión estaba tomada, dejaría el pasado atrás, así tuviera que morir y renacer mil veces para lograrlo. Eric Rochester era parte de aquel adiós, y no había marcha atrás.

La puerta del coche se cerró, y ella se asomó apenas para saludar a Felicity con la mano. Cuando el carruaje cruzó las rejas de la enorme propiedad, Lilian miró al frente y dejó que las lágrimas que había estado reteniendo fluyeran libres.

Una parte de su corazón siempre estaría prisionera en Kings Harrow House, porque, aunque le pesara, un trozo de su alma no dejaría de pertenecerle a ese hombre. El resto de ella

viviría muy lejos de allí, y lucharía hasta su último aliento para ser feliz.



—Así que, aquí te escondes…

Eric, que estaba ocupado con las velas del barco de Weiss, se volvió hacia la voz que había irrumpido la maraña de pensamientos que lo atormentaban, y encontró a su hermano detenido a pocos pasos.

Por la expresión de su cara, no venía en son de paz.

Eric bufó y volvió a sus tareas.

—¿Qué trae al excelso marqués de Harrow por aquí? —preguntó con sorna.

Benjamin ignoró su burla, y se acercó despacio. Se apoyó en la baranda de la cubierta y lo observó trabajar.

Sabía que su hermano esperaría a que fuese él quien rompiera el silencio. Eric no quiso darle con el gusto y permaneció en un terco mutismo.

Al final, el otro suspiró.

—Sabes que estás cometiendo un grave error, ¿verdad? Te arrepentirás de dejarla marchar.

Eric apretó con más fuerzas las cuerdas, como si con esa acción pudiera evitar que el pecho le doliera menos.

—No sé de qué hablas —gruñó sin mirar al mayor.

—¡Con un demonio! —exclamó airado Benjamin—. ¡Mírame! Vamos, maldito cobarde, hazlo.

Eric se tensó y, soltando la cuerda con ira contenida, enfrentó a su hermano. Acababa de insultarlo de manera grave, y si la afrenta hubiese provenido de otro hombre, ya habría golpeado su cara. Sin embargo, sabía que buscaba sacarlo de quicio para tener una excusa y barrer el suelo con él. Por lo que se limitó a observarlo con la mandíbula apretada.

—Eric… Ella se va a casar con Craig, ¿lo entiendes? La vas a perder.

Él cerró los ojos con fuerza.

—¿No dices nada?

—Si es su decisión, no importa lo que yo pueda decir.

Benjamin lo escrutó con patente incredulidad. Acto seguido, lo sorprendió tomándolo por el cuello del abrigo de lana y sacudiéndolo dos veces.

—¡Eres un idiota! ¿Acaso no ves que no es ella quien lo ha decidido, sino que tú la has empujado a hacerlo? Eres tú quien os niega la felicidad. Deja de justificarte, de esconderte detrás del pasado para evitar vivir el presente. Solo os condenareis a una vida de amargura.

Eric se sacudió hasta liberarse de su agarre, y se alejó tambaleante. Le dolía el alma, y le faltaba el aire solo con saber que ella se alejaba de su vida y jamás podría tenerla. Aturdido, se aferró al barandal y miró sin ver en realidad las oscuras aguas del canal.

—Ella estará mejor sin mí, yo no tengo nada, soy…

—Eres un buen hombre. Eres honrado, trabajador y valiente, eres generoso y

desinteresado. Eres mi hermano, mi sangre, sin importar nada.

El nudo en la garganta se le acrecentó y tuvo que apretar el metal bajo las manos para mantenerse recto. Benjamin jamás sabría cuán importante eran para Eric las palabras que acababa de decir. La emoción lo embargó.

—¿Qué te hace pensar que ella vivirá mejor lejos de ti? ¿Quién más podrá quererla como lo haces tú? Yo sé a ciencia cierta que no existe un hombre que pueda querer a mi esposa como yo lo hago.

Eric sonrió con tristeza. Nadie, ningún alma sobre la tierra ni fuera de ella. Nadie podría amar a esa mujer como él la quería. Porque la amaba tanto que dolía, que sentía que le habían arrancado el corazón del pecho y solo lo recuperaría si la tenía junto a él.

Su voz sonó rota y débil cuando dijo:

—Yo… la lastimé demasiado. Si la dejo ir, ella podrá…

—Será tan miserable como lo eres tú lejos de ella —intervino Logan desde algún punto a su espalda—. Podrá seguir adelante tanto como tú lo harás, vivirá feliz en la misma medida que tú lo hagas. ¿Eres feliz?

Eric negó con la cabeza y emitió un sonido mitad risa mitad llanto. Imaginó a la joven sufriendo tanto como él lo hacía, y se dobló hacia adelante, incapaz de sostener el peso de su cuerpo, y menos de tolerar la idea de que Lilian fuera miserable, y por su culpa, además.

—Si en realidad la quieres, debes hacer algo rápido.

Él se enderezó y miró hacia el rostro serio de su hermano.

—¿A qué te refieres?

—Lady Lilian fue invitada a la propiedad de los Kent. Va a conocer a su familia y oficializar el compromiso.

—¿Cuándo? ¿Cuándo se va?

Benjamin bajó los hombros.

—Hoy. Quizá ya esté por abandonar la casa mientras hablamos.

Eric empalideció y sintió que la ira lo invadía. Su madre le había dicho de la propuesta apenas hacía unas horas.

¿Tan rápido ella había decidido con quién pasaría el resto de sus días? Si todavía tenía el sabor de sus besos en los labios, si el amor que se tenían no hacía más que arder como una llama voraz.

—¿Cómo aceptaste a ese hombre? Él tiene un trabajo muy peligroso. Todo lo que hice fue para cuidarla, para no exponerla a peligros y a una vida austera, ¿y todo para que le concedas su mano a un mediocre como Craig?

—Tú mismo lo has dicho. Su padre ya lo había autorizado. Ella es quien ha elegido. No hay nada que yo hubiese podido hacer, más que venir a recordarte que eres un redomado idiota.

Eric gruñó. Era cierto, él le había dicho que eligiera, casi la había obligado. No podía culpar a nadie más que a él mismo de las consecuencias de sus actos.

—¿Qué harás, Rochester? ¿Preparo mi traje formal? Eso sí, no me pidas que me afeite —dijo Weiss para terminar con el duelo de miradas de los hermanos.

Ambos se volvieron hacia él con similares gestos airados. Weiss alzó las manos en señal de paz, y se alejó para dar las órdenes pertinentes a la tripulación. Estaba seguro de que no irían a ningún lado hasta después del invierno.



Eric regresó a Kings Harrow House, sin pérdida de tiempo. En cuanto el coche se estacionó, abrió la puerta y se bajó sin esperar a que el lacayo se acercara. Subió la escalinata a gran velocidad, y ni siquiera se detuvo cuando el mayordomo apareció a darle la bienvenida. Encontró a su cuñada en su salón matinal. Su madre estaba con ella, revisando retazos de tela en colores claros que debían ser para la criatura que estaba por nacer.

—¡Eric! —Se sobresaltó la marquesa viuda.

—¿Dónde está? —preguntó frenético, mirando alrededor.

Felicity levantó la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está quién? —rebatió, cruzándose de brazos.

Eric, que respiraba agitado por la carrera, esbozó un gesto de súplica. A su espalda sintió que se detenía su hermano.

—¿Dónde está lady Lilian? Necesito… Yo… tengo que verla.

Felicity lo estudió unos segundos, y él no ocultó la desesperación que sentía y que estaba matándolo.

—Se fue, ya no está en la casa.

—¿Hace cuánto? —interrogó consternado.

—Hará un cuarto de hora. Dijo que no volvería, que…

—Lo sé, y lo siento tanto… —murmuró Eric, llevándose las manos a la cabeza.

Había llegado tarde, la había perdido. Angustiado, se dejó caer en una silla y apretó los dedos temblorosos contra sus párpados para evitar que las lágrimas se derramaran.

—Bueno… —murmuró Arabela después de unos segundos de tenso silencio—. Aún puedes alcanzarla. ¿Verdad, Felicity?

Eric apartó las manos de la cara. Su cuñada dejó salir el aire con frustración, y en su rostro apareció una sonrisa.

—La propiedad de los condes de Kent queda a una media hora de aquí. Si te apuras y vas campo a través, puede que la alcances antes de que llegue a su destino.

Eric se puso en pie. Miró a su familia y al capitán Weiss con un gesto de agradecimiento, demasiado afectado como para decir algo más.

—¡Ve, corre! —lo urgió Arabela, limpiando una lágrima de su mejilla.

Eric les saludó con la cabeza, y salió corriendo en dirección a las caballerizas.

—¿Cuánto apuesta a que lady Lilian lo lanza del carruaje de una patada? —bromeó Weiss, cruzando el umbral y sentándose frente a la marquesa viuda.

Harrow emitió una risa y fue a tomar asiento al lado de su esposa. Sabía que su cuñada no se lo podría fácil a Eric, pero confiaba en que lo que ambos sentían les ayudaría a salvar sus

diferencias.

Benjamin sujetó la mano de Felicity, depositó un beso en su palma, y miró al capitán, que esperaba su respuesta.

—Me temo que perderá usted esa apuesta, Weiss. Créame que cuando existe un sentimiento tan poderoso y real entre dos personas, nada puede vencerlo.

—Entonces, ¿apuesta en ello?

El marqués miró al rostro emocionado de Felicity y asintió con seguridad.

—Apuesto al amor.



Lilian guardó el pequeño espejuelo que guardaba en su ridículo, y suspiró con pesadez. Había hecho lo que estaba en su mano para recomponer su aspecto, aunque, de todos modos, no se veía como una futura prometida debía verse. Acongojada, cerró los ojos, y se repitió que estaba tomando la decisión correcta y que, con el tiempo, sus heridas sanarían. Podría olvidar, lucharía por hacerlo. Más tranquila, acomodó la falda aguamarina de su vestido de viaje, retocó el moño flojo que la doncella le había hecho, y se preparó para llegar a su destino que debía estar muy próximo.

Lo siguiente que supo fue que estaba con la cara aplastada contra el cuero del asiento vacío y la falda del vestido enrollada en la cintura.

—¡Por todos los cielos! ¿Qué ha pasado? —exclamó aturdida, usando las manos para levantarse y poder sentarse de nuevo.

El carruaje había frenado de golpe, lanzándola hacia adelante. Despeinada y con el rostro encendido, Lilian abrió la puerta del coche, y asomó la cabeza para investigar qué había causado que se detuvieran. Pensó que con su mala suerte, sería una rueda rota.

—¿Qué sucede, James? —preguntó cuando vio la cara del cochero asomar por el costado del pescante.

Miró alrededor y se dio cuenta de que estaban muy cerca del camino que llevaba al risco en donde se ubicaba la cueva de Rochester y sus secuaces. De hecho, estaban justo en el claro donde había visto por primera vez al caballero.

La sospecha la invadió.

—Lo siento, *milady*, hay un tronco muy grande en medio del camino. Tendré que quitarlo para seguir viaje.

Lilian miró hacia donde le señalaba y, en efecto, lo vio cruzado, impidiendo el paso.

—¿Puede moverlo? —inquirió dudosa, se veía de verdad muy grande y pesado para que el sirviente que tenía una edad avanzada pudiera hacerlo solo.

James bajó del coche y se inclinó para intentar levantar el tronco. Lo intentó tres veces.

—Lo siento, *milady*. Tendré que ir a por ayuda. Pero no puedo dejarla aquí sola. Creo que lo mejor será que regresemos y tomemos otro camino.

Lilian suspiró cansada. Eso les llevaría mucho tiempo, y ella solo quería irse de allí, alejarse antes de que su fuerza de voluntad se quebrara y terminara cometiendo alguna

imprudencia. Como podía ser la de ir en busca de lord Eric y obligarlo a aceptar lo que sentía.

—Eso no será necesario, James —intervino una voz de barítono desde algún punto cercano.

Lilian alzó la cabeza de inmediato, y se asomó, pero no encontró a la vista al dueño de esa voz. Tampoco lo necesitaba, sabía de quién se trataba.

Regresó al interior del carruaje, sintiendo que los latidos de su corazón se aceleraban en su pecho.

—Yo puedo acompañar a la dama hasta su destino.

Esta vez lo escuchó del otro lado de la puerta.

Ella no respondió. Escuchó que el criado aceptaba aliviado el ofrecimiento y después que alguien abría la puerta del coche.

Lilian mantuvo la vista al frente.

—¿Qué haces aquí? —masculló cuando no pudo soportar más el silencio.

—Vine a por ti.

Ella negó con la cabeza y quiso reír con histeria.

—Es demasiado tarde.

Silencio. Un denso silencio los envolvió.

Él se estiró y depositó sobre sus piernas un objeto. Ella lo sujetó y, conmocionada, se dio cuenta de que era un corazón, hecho con el trozo de corteza que él había arrancado el día del juego.

—¿Tú qué haces aquí? —murmuró él con suavidad.

Lilian lo enfocó, sintiéndose traspasada por diversas emociones. Primaban sobre todas la confusión y el enojo. Él no llevaba sombrero, iba abrigado con un gabán color negro y guantes de cuero.

—Voy camino a comprometerme en matrimonio. Mi madre me está esperando. Mi hermana y mi padre vendrán después.

Él asintió.

—Puedo llevarte. Baja.

Lilian lo estudió confundida. Después la ira la cegó.

—¿Me llevarás con el comandante? ¿También quieres ser uno de los testigos de la boda? Porque me casaré con él. A diferencia de ti, él sí está dispuesto a ofrecerme lo que tiene y a intentar ser feliz.

Él apretó los dientes y se alejó.

Lilian lo siguió con la vista, y cuando pensó que él no se detendría, lo hizo. Giró sobre sus talones, estiró los brazos a los costados, y espetó con fiereza:

—¡Si eso es lo único que precisas para ser mi esposa, entonces aquí está! Esto es todo cuanto poseo y todo lo que soy. No hay nada más. No tengo fortuna, posesiones ni demasiadas ambiciones. Tan solo soy esto.

Lilian bajó del carruaje con dificultad, se envolvió en la gruesa capa de terciopelo que la

cubría del viento frio, y se acercó hasta donde él se había detenido; ya las lágrimas inundaban sus mejillas y todo su ser temblaba bajo su mirada tormentosa.

—No necesito dinero, nada de lo que deseo puede pagarse con él —murmuró.

—Entonces, acepta lo único que puedo darte y lo más valioso que tengo. Te ofrezco mi corazón, para que hagas con él cuanto quieras y mi profundo arrepentimiento. Te ofrezco mi ser, por entero.

Lilian contuvo el aliento y dio un paso más. La alegría la sobrecogió y a punto estuvo de gritar de dicha, pero se contuvo a duras penas, y con una sonrisa conmovida le preguntó:

—¿Qué puede hacer el corazón del bandido de Bristol?

Eric cerró los ojos, y cuando los abrió, ella pudo vislumbrar en ellos todo cuanto él sentía.

—Amarte durante el resto de sus días.

Lilian suspiró, cerró la distancia que los separaba, y sonrió ampliamente. Sus ojos brillaron con lágrimas de felicidad y también travesura.

—Creí que no eras un comerciante.

Eric frunció el ceño.

—Y no lo soy. Espero que puedas perdonar el dolor que te causé. Si algo te consuela, te diré que yo sufrí como un condenado cada segundo —aseveró y, de un tirón, la pegó a su cuerpo.

Ella contuvo el aliento.

—Dime que me aceptas, dime que te casarás conmigo, Lilian. Si te quedas a mi lado, prometo que serás la motivación de mis días, serás el sol en mi firmamento y mi luna en las noches oscuras.

Ella se puso puntillas, y acercó sus labios a los suyos.

—Para no ser un comerciante, haces las mejores ofertas. No me quedará más remedio que aceptarlo todo. Me quedo contigo; con el bandido y el caballero, con el navegante y el violinista. Me quedo con el hombre que me impulsó a superar mis miedos, mi timidez y mis límites. Que me demostró que nadie puede decidir por ti y que la libertad es amar sin condiciones. Me quedo con Eric Rochester, el dueño de mi amor.

Él sonrió y sujetó su cabeza para mantener sus frentes unidas, y con sus pupilas brillantes dijo:

—Te amo, Lilian Lovelace. Amo a la dama tímida y pensante que vio en mí algo más que a un truhan sin corazón, y amo a la mujer irreverente e indómita que se atrevió a conquistar a este lord.

Lilian se abrazó a él emocionada, entonces tuvo un pensamiento inquietante.

—Creo que tendremos otro escándalo en la familia. Se armará un gran revuelo cuando se den cuenta de que no llegaré a la mansión de los Kent. ¡Oh…mi madre pedirá mi cabeza!

Eric le dio un beso en la frente para tranquilizarla.

—Nada de eso. Ahora mismo iremos Hampton Manor, y hablaré con tu padre. Él se ocupará de avisar al conde de Kent de que no seguirás con el cortejo.

—Sí, es buena idea, pero…

—No hay compromiso aún, no habrá tal escándalo. Confía en mí.

Lilian suspiró y asintió.

—De todos modos, mis padres estarán más contentos si es contigo con quién me caso.

Él sonrió con petulancia.

—Hablando de boda. ¿Prefieres que tengamos un cortejo usual, y fijemos la fecha de boda para la primavera?

Ella lo pensó y negó con la cabeza.

—No quiero esperar todo el invierno. Siento que ya hemos esperado demasiado. ¿Nos podemos casar antes? ¿La semana que viene? ¿Mañana? ¿Ahora?

Eric lanzó un grito de alegría y la levantó para hacerla girar en volandas, hasta que ella chilló y tuvo que aferrarse a él para no caer.

—¿*Milady*, me está haciendo una propuesta indecente? Porque si es así, acepto. Recuperaremos el tiempo perdido, mi amor. Si es necesario le robaremos al tiempo las horas que hemos pasado separados.

—¡Yo no te lo propuse! —balbuceó sonrojada Lilian—. ¡Tú me preguntaste si…!

Él sonrió, la calló besándola con fuerza y le hizo una seña disimulada al cochero, para que se marchara.

El sirviente tocó su sombrero y obedeció con premura. El carruaje se puso en marcha, y James apuró a los caballos, ansioso de llegar pronto a la casa y ser quien tuviera la primicia. Les contaría a los criados las buenas nuevas. Habría pronto otra boda en Kings Harrow House, y si se guiaba por el apasionado comportamiento de su señor, en un futuro no muy lejano, también puede que llegara otro vástago de los Rochester a la familia.

Como no era frecuente que se celebrara una boda en Navidad, no fue sencillo para Eric conseguir la licencia especial que necesitarían para poder casarse sin tener que esperar a las amonestaciones pertinentes. Tuvo que recurrir a la ayuda de los contactos de Benjamin quien le aseguró que el cura no le pondría pegas, porque estaba en deuda con él. Además, el padre de la novia se había ocupado de enviar una misiva al comandante Craig, en la que le comunicaba que su propuesta de matrimonio había sido rechazada. Por lo que Eric supo, no obtuvo respuesta, pero no tardaron en llegar los rumores de que, al parecer, el buen militar se había fugado con la hija del conde de Livingston.

Lilian y Eric se casaron la mañana de Navidad en la pequeña capilla de Kings Harrow House, en una ceremonia sencilla y acompañados de un variopinto grupo de invitados. Por un lado, estaba el capitán Weiss y su tripulación de toscos marineros, y por el otro, sus familiares nobles.

Como en aquella época la mayoría de las personas se trasladaban a sus casas de campo para pasar las fiestas navideñas, y lady Felicity tenía un embarazo avanzado, solo los miembros más cercanos estaban allí presentes.

Eric esperó junto al altar, vestido con una levita de terciopelo color beige y pantalón de ante del mismo tono, acompañadas de una camisa blanca y pañuelo azul. Se había cortado el pelo

para la ocasión y obligado al americano que se afeitara la barba, pero no logró que la rebajara demasiado.

Su hermano y Logan no se privaron de burlarse de su expresión de nerviosismo, y él soportó en silencio sus chanzas, sintiendo un nudo en el estómago. No fue hasta que vio aparecer bajo el umbral a la novia que pudo respirar con relativa tranquilidad, aunque el nudo subió a su garganta, y tuvo que tragar saliva para no delatar su emoción.

Lilian parecía un ángel. Su delgada silueta estaba cubierta por un vestido de mangas largas de seda y organza color crema, y tanto la falda como el corpiño estaban bordados con hilos de oro y pequeñas piedras preciosas. Sobre este llevaba una capa de la misma tela que el vestido, con mangas de terciopelo y bordes del mismo hilo. Su pelo estaba recogido de forma parcial, caía por su espalda como una cortina dorada, y mantenía despejada la frente con una diadema.

Cuando llegó al altar, el conde de Hampton se adelantó y, tomando su mano enguantada, la colocó sobre la mano abierta de Eric. Él la envolvió en la suya, y sin poder mirar nada más que no fuera sus grandes ojos azules que lo miraban con lágrimas contenidas, le besó los nudillos y la ayudó a acomodarse frente al cura.

El ritual no duró demasiado; antes de que pudieran darse cuenta, ya le había puesto el anillo y eran oficialmente marido y mujer. Eric la besó con pasión frente a todos los testigos de su unión, provocando que ella se sonrojara.

Al separarse, miró su rostro y sintió que el corazón se le podía salir del pecho; la alegría brotaba de él, también una profunda gratitud a Dios y a la vida por haber cruzado a Lilian en su camino. Ambos giraron hacia los invitados, que estaban aplaudiendo emocionados. Observó a su madre que, junto a Felicity y a la madre de las hermanas, se enjugaban las lágrimas, y asintió en dirección a su hermano, que lo observaba intentado disimular su emoción. Ambos habían encontrado la redención y podían decir que eran por fin libres del dolor y los fantasmas del pasado.

Lady Georgiana se acercó a su esposa y ambas se abrazaron. Lilian susurró unas palabras en el oído de ella, y la dama asintió y se apartó diciendo algo que provocó que la menor riera.

Eric aceptó la mano del americano y lo miró con agradecimiento. Logan era un buen amigo y un mejor compañero de aventuras, y ahora que él conocía la plenitud, deseaba que su amigo algún día pudiera alcanzar la misma dicha. Después de que todos hubieron felicitado a los novios, se trasladaron hasta la mansión, en donde ya había preparado un almuerzo, y también disfrutaron de la comida y la celebración navideña. En las puertas, chimeneas y mesas se habían colocado coronas. Estas estaban hechas de plantas que mantenían su color verde durante todo el año como pino, acebo y hiedra. El color verde de las hojas durante el invierno simbolizaba la eternidad de la vida; era algo bonito de ver, y llenaba de luz y vitalidad el ambiente. Bajo los umbrales se habían colgado ramitas de muérdago como en cada Navidad inglesa. Eric arrastró a su esposa bajo varios de estos y le robó ardorosos besos que los dejaron jadeantes y deseosos.

No faltó el pudin de Navidad, una deliciosa masa con embriagador aroma a fruta, cáscara confitada, especias y licores que se colocaba en un plato y se adornaba con una ramita de acebo roja y verde, que contrastaba con el color oscuro del pastel.

Justo antes de servirlo se empapaba en brandy y se flambeaba para que llegara en llamas a la mesa, como cierre espectacular del festín navideño. Para acompañarlo se servía vino dulce de Oporto, queso, frutas frescas y confitadas, castañas asadas, frutos secos y trufas de chocolate.

Cuando el sol cayó, llegó el momento de partir hacia el inicio de su nueva vida, y el grupo los siguió entre vítores de los criados que se habían acomodado en una larga hilera de cada lado del vestíbulo para despedirlos.

Lilian fue rodeada por su madre y hermanas, y él soltó su mano para dejarle ese momento de intimidad. Arabela se acercó y lo besó con afecto, y se apartó para dejarle el turno de saludarlo al marqués.

—Nunca creí que te vería casado —bromeó Benjamin.

—Yo tampoco lo hacía, pero no pude escapar, como no pudiste hacerlo tú.

Su hermano asintió sonriendo apenas y se metió la mano en el bolsillo de su gabán, después sacó un rollo de papel y se lo entregó. Eric se quedó mirando sin entender lo que le había dado.

—Ábrelo —murmuró el marqués.

Eric elevó las cejas, intrigado, y desenrolló despacio el papel. Era un documento legal, con sus debidos sellos y firmas. Tenía el sello de su hermano, y la fecha no era reciente.

Levantó la cabeza y lo miró atónito, en busca de una explicación. Su nombre estaba allí, y no entendía el porqué.

—¿Qué es esto?

—Tu propiedad y tierras, ¿qué más?

Eric no parpadeó. En la cara de Benjamin apareció una sonrisa.

—No puedes. Son los terrenos más importantes de Kings Harrow…

El marqués encogió un hombro.

—Lo sé. Son las tierras que incluyen al faro, al mirador, y a la entrada norte que tiene el muelle y la cueva. Todos los terrenos del norte te pertenecen. Mandé hacer este documento cuando cumpliste la mayoría de edad. Quería que, si llegara a pasarme algo, aunque ya hubiera un heredero de mi matrimonio, tú quedaras bien cubierto y también tus posibles hijos.

Eric estaba aturdido.

—No puedes hacerlo; es tu herencia, no la mía. Bien sabes que nuestro padre dejó explícito que no se me cediera nada. Él no quería que yo heredara ni una parcela. —Eric bajó la vista y agregó—: Sabes que él no me aceptó nunca como a un hijo. Bastante generoso has sido estipulando que reciba una asignación mensual todos estos años.

El gesto de su hermano de endureció, y con tono inflexible espetó:

—Me importa un comino. Esta tierra es tan tuya como mía. Incluso más tuya, porque siempre la amaste y te criaste aquí, a diferencia de mí, que estuve en internados y en Green Hill. Si no te cedo la mansión y las tierras que la colindan es porque mi esposa también ama este lugar y quiere que nuestros hijos nazcan y crezcan aquí. Lo que no quita, que en realidad siempre he pensado que tú deberías haber heredado todo esto.

—Benjamin, él me consideraba un bastardo… Nunca te lo dije porque yo…

—Ya lo sabía, padre me lo dijo cuando era niño. Nunca lo creí así, ni me importó saber cuán cierto es. Eric, sin importar qué, eres mi hermano. Para mí siempre fuiste y serás mi sangre, mi familia.

Eric tragó saliva y, para su vergüenza, sintió que las lágrimas quemaban sus ojos.

—Hermano… No puedo aceptarlo…

Benjamin se enderezó y su gesto se torció de esa manera en la que solía usar cuando daba una orden a sus subordinados, y estas eran obedecidas sin demora.

—No tienes opción. Es mi herencia. Y no está anexada al título como el resto de las propiedades, como bien lo sabes, lo que significa que, si quiero cedértela, puedo hacerlo. Padre está muerto y ya no tiene parte en nuestras vidas ni elecciones. Toda esa tierra es tuya ahora. Si decides establecerte en Bristol, puedes construir una casa en donde está en el mirador y ayudarme a gestionar la propiedad los meses en los que debo viajar a Londres, si es que no estás navegando.

Eric lo estudió boquiabierto. Era cierto que si se establecía allí, sería mucho más fácil llevar su empresa con el capitán. Podría tener su propio hogar para Lilian y la familia que formarían. Era demasiado bueno para ser cierto. Mucho más de lo que merecía.

Conmovido, se aclaró la garganta, intentando encontrar la voz para poder agradecer a su hermano, pero él se adelantó.

—No tienes que perder el tiempo con agradecimientos, estoy deseando que todos se larguen para disfrutar de mi esposa a solas —aseveró con sorna.

Eric emitió una carcajada y lo abrazó con fuerza. El marqués se puso rígido, pero al final le devolvió el apretón.

Felicity y Benjamin acompañaron a los novios hasta el carruaje que los esperaba. Viajarían hasta la propiedad que la familia tenía en Bath para pasar su luna de miel, y después se instalarían con la pareja de marqueses hasta que su nueva casa estuviera lista; de seguro, pasado el invierno.

—Volveremos para el nacimiento de tu hijo —le dijo entre risas Eric.

—O hija, por qué no —acotó lady Georgiana desde la escalinata en donde el resto de la familia estaba, logrando que todos rieran.

—Volveré a casa. No tiene sentido que siga aquí si mi cómplice se marcha —le informó Logan, posicionándose junto a Benjamin.

Eric ayudó a Lilian a montarse en el coche, subió por la escalerilla y se giró hacia su amigo con una mueca sardónica.

—Si me he casado yo, significa que quedan esperanzas para ti. Prepárate para la temporada de primavera, encontraremos a alguna incauta necesitada de un americano rebelde.

Logan gruñó y se cruzó de brazos.

—Disfruta tu buena fortuna; yo seguiré haciendo tu trabajo y el mío. Me has embaucado, inglés, que lo sepas.

—Si miras alrededor, verás que lo que buscas está justo en tus narices —dijo Eric; rio ante la expresión desencajada del capitán y se metió en el carruaje.

El coche se puso en marcha, y se alejaron dejando atrás las exclamaciones de despedida de la familia.

Eric suspiró feliz, y miró a su esposa que estaba asomada por la ventana saludando a todos con la mano. Él sonrió con languidez y tiró de ella hasta que la joven se sentó y lo estudió con

los ojos abiertos y las mejillas encendidas. Ambos sabían lo que seguía; por fin se entregarían al placer, y él no podía esperar. El viaje hasta su destino era muy largo, de más de tres días, y la noche se avecinaba, no obstante, Eric tenía un as bajo la manga, como buen jugador de cartas que era. Ella abrió la boca para decir algo, pero él la hizo callar al tomar su mano y de un solo tirón hacerla aterrizar sentada sobre sus rodillas. Una vez que la tuvo donde quería, le acarició el pelo, y le dijo en un murmullo ronco:

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Sorpresa?

—Así es, la preparé yo mismo. Espero que sea de tu agrado.

Ella entrecerró los ojos y dijo con sospecha:

—No implicará nada peligroso, ¿no?

Eric rio.

—Bueno, eso depende.

—¿De qué?

—De tu concepto del peligro.

Lilian le dio un golpecito en la mejilla, y él atrapó su dedo para darle un beso y después morderlo con suavidad, arrancándole un grito ligero.

—¿Será tan peligroso como el bandido de Bristol lo es? —inquirió ella con gesto pícaro.

Eric tomó su barbilla y la acercó hasta que sus labios se rozaron.

—Oh, sí. Absolutamente riesgoso. Sobre todo, para una joven tan inocente como tú. Me temo que estás a mi merced, y pienso ser muy malo contigo.

Lilian contuvo el aire, y él aprovechó para tomar su boca con ardor. Aquella sería la primera de todas las noches que pasarían amándose y entregándose el uno al otro. Y ¿por qué no?, también de los días en los que secuestraría a su esposa para enseñarle los secretos del placer; después de todo, un bandido siempre será bandido.

EPILOGO

El carruaje que llevaba a los recién casados traqueteaba por los fríos prados de Bristol, y en su interior los ocupantes, ajenos a todo, se besaban con ansias y desparpajo, tan sumergidos en su deseo mutuo que no se percataron de que el coche se había detenido, hasta que un incómodo cochero les avisó golpeando el techo, y tras emitir un carraspeo, volvió a golpear.

Eric liberó a regañadientes los labios de su esposa, y bajó con ella a cuestas, divertido por la timidez de la joven, quien se aferraba a su cuello escondiendo la cara en su pecho. Debido a esto, no fue hasta que estuvieron arriba y bajo techo que Lilian se percató de dónde estaban.

—Oh, por Dios… —musitó con alborozo.

Eric la depositó sobre un conjunto de mullidos cojines, tomó la capa de ella, se quitó también la suya, y fue a cerrar la puerta.

Estaban en el mirador sobre el arco, pero este no se veía como antes, ya que, él mismo se había encargado de decorarlo para su noche de bodas.

La chimenea estaba encendida, aportando el calor que habían perdido durante el trayecto. Él había apagado los candelabros del techo y las paredes, y en su lugar había puesto decenas de velas. Cubriendo el piso de madera había una enorme y espesa alfombra persa y, sobre esta, cojines revestidos en seda de gran tamaño. En un costado, sobre una mesa rectangular a nivel del suelo, había queso, pan, frutas y sidra caliente, y un cuenco del que brotaba aroma de incienso y mirra. A su alrededor colgaban cortinas de tul blanco que daban una impresión de exótica intimidad.

Lilian observó todo, alucinada, pues nunca había visto algo semejante, y se imaginó que así vivirían esas mujeres de tierras lejanas que se describía en el libro de Marco Polo.

—Es… Es impresionante.

Eric se acercó a ella y se quitó la levita, el chaleco y el pañuelo, ante la mirada atenta de la dama. Después, se arrodilló a su lado y le tomó la mano para depositar un beso en la palma.

—No más que tú.

Lilian se sonrojó y bajó la vista.

—Yo no soy hermosa, no es necesario un halago tan exagerado.

Eric abrió los ojos sin dar crédito a sus palabras. Pensó que estaba bromeando, y cuando advirtió que estaba siendo sincera y que ella de verdad creía aquello, chasqueó la lengua, contrariado. Le levantó la barbilla para que pudiera mirarlo a la cara y viera en su mirada cuanto él sentía.

—Lilian, he viajado desde que tengo veinte años. He conocido cientos de mujeres, de todos los colores, rasgos y orígenes. A algunas de ellas las conocí en la intimidad, no soy ningún monje.

Ella torció el gesto y liberó su barbilla.

—Lo sé, tienes fama de ser un libertino.

Eric sonrió apenas, enternecido con sus celos y complacido de que ella sintiera ese instinto de posesión que él también sentía hacia ella. Porque su deseo por Lilian ardía quemando sus venas, como nunca había sentido antes. Quería hacerla suya, marcarla y meterla debajo de su piel.

—No fueron tantas como crees, pero sí las suficientes para poder decirte con plena seguridad, que tú, mírame, tú eres lo más hermoso que he visto nunca. Eres tan bella a mis ojos, que siento mi pecho arder cada vez que te miro.

—Eric… —susurró ella, y se estiró para besarlo con ansias.

Eric le correspondió y cuando se separaron para recuperar el aliento, él le quitó la diadema y liberó los mechones de pelo del recogido que llevaba. Ella se dejó hacer y cerró los párpados, temblando de anticipación. Él empezó a desanudar las cuerdas que tenía la espalda de su vestido, una a una, susurrándole palabras tranquilizadoras. Fue sacándole cada una de las prendas que llevaba puesta, hasta dejarla solo con la camisola a través de la que se traslucían sus senos y su tersa piel.

Lilian respiraba tan agitada como él cuando se puso en pie y se quitó el resto de la ropa que lo cubrían hasta quedarse desnudo frente a ella. La joven lo examinó con genuina curiosidad y visible timidez. Eric volvió a arrodillarse, y esperó a que ella hiciera el siguiente movimiento. Sabía que ya su madre y su hermana la habrían instruido en los rudimentos básicos de la consumación, pero no quiso abrumarla con instrucciones o asustarla tocándola con brusquedad.

La espera fue similar a una tortura china; aguardó con el cuerpo convertido en piedra a que ella tomara la confianza necesaria para mostrarse ante él y permitirle tocarla.

Ella dejó salir por su boca un suspiro trémulo y quitó la vista del pecho masculino, para mirarlo a la cara y despacio levantar los brazos sobre la cabeza hasta quedar en esa posición expuesta.

Eric tragó saliva, y con rapidez obedeció su petición silenciosa. Se inclinó y la liberó de la última tela que separaba su inocencia de él. Se tomó su tiempo para admirar la belleza de su cuerpo desnudo, y se quedó sin aliento ante la visión de su nívea piel y sus suaves curvas.

No pudo resistir más la necesidad de tocarla, y así lo hizo, arrancando de ella más suspiros, que se convirtieron en jadeos y, cruzado el umbral del dolor virginal, al final, en gemidos de puro éxtasis. Eric trazó un mapa minucioso de cada trozo de su cuerpo esbelto y dulce, conoció sus secretos y la animó a abrirle las puertas de sus rincones más íntimos. Abrazó su vulnerabilidad y atesoró aquellos defectos que ella intentó ocultarle, hasta que Lilian olvidó toda reserva y se sumergió sin inhibiciones en aquel viaje hacia el placer.

Cuando traspasó la barrera final para conquistar su paraíso, lo hizo con cuidado y también fiera determinación. Fueron uno, y sus cuerpos se fundieron hasta completarse y convertirse en un solo ser.

Eric la amó más de lo que había imaginado que podría hacer, y cuando el sueño y el cansancio la hicieron caer en un sueño profundo, él la acomodó sobre su pecho y tuvo un último pensamiento, que más tarde se haría una confesión que ella merecía conocer. Había comprendido que ya no tenía que huir, que no era necesario vivir sin rumbo, como un barco sin timón ni destino. Porque Lilian era su lugar final, ella era su faro y su hogar.

Después de esa revelación, por fin, cerró los ojos y durmió con placidez.



NOTAS DE AUTORA

1 Arco de Arno: Arco triunfal de la corte de Arno, es un monumento del siglo XVIII en Junction Road, Brislington, Bristol, Inglaterra. El arco fue construido alrededor de 1760 por James Bridges, para William Reeve, un prominente cuáquero y hombre de negocios local. Está construido con piedra de Bath, de proporciones clásicas pero con detalles góticos y moriscos. En su posición actual, junto a la carretera principal A4, marcaba la entrada a la casa de baños de la corte de Arno (ya demolida). Una placa en el arco indica que se trasladó de su posición original, a la entrada del Castillo Negro, en 1912 y fue completamente renovado en 1995.

2 Estuario de Severn: El río nace a 610 m s. n. m. en la colina galesa de Plynlimon, en el condado de Ceredigion. Pasa por cuatro villas del condado vecino de Powys, antes de entrar en Inglaterra. En un corto espacio, el Severn marca la frontera entre Gales y el condado inglés de Shropshire. Desemboca en el canal de Bristol a través de su estuario en el suroeste de Inglaterra. El quinto río más largo del Reino Unido, el río Wye, desagua por la derecha en la boca del estuario del Severn, así como también lo hace el río Usk y, por la ribera izquierda, lo hace el río Avon (Avon de Bristol). Su principal afluente es el río Avon, el decimocuarto río más largo del Reino Unido.

3 Quinqué: O lámpara de Argand es un artilugio de mechero circular, inventado por el físico suizo Aimé Argand. Se llamó quinquet primero en Francia, por Antoine-Arnoult Quinquet, un farmacéutico de París que introdujo algunas mejoras (como el tubo o chimenea de vidrio) y lo popularizó. El quinqué desplazó rápidamente a todas las otras variedades de lámparas de aceite, y se fabricaron en una gran variedad de formas decorativas. Eran un poco más costosos que las lámparas de aceite debido a su mayor complejidad, por lo que fueron probados primero por la clase alta, pero pronto se extendió a la clase media y, finalmente, los menos acomodados también lo usaron. Era la iluminación normal hasta mediados del siglo xix, cuando se introdujo la lámpara de queroseno; ésta utilizaba una mecha plana, regulable en altura mediante una ruedecilla, con una pantalla de vidrio con un abultamiento. El queroseno era considerablemente más barato que el aceite de ballena, y muchas lámparas de Argand se adaptaron a quemar queroseno.

4 Rumbullion: El ron es una bebida alcohólica, elaborada de la fermentación y destilación de la melaza o el jugo de la caña de azúcar. La mayoría de su producción se encuentra en América, y concretamente el Caribe, aunque también se da en otros países como las Filipinas o la India. La primera destilación de ron en el Caribe tuvo lugar en las plantaciones de caña de azúcar en el siglo XVII. Los esclavos de las plantaciones descubrieron que la melaza, un subproducto líquido extraído del proceso de refinado del azúcar, podía fermentarse en alcohol. Luego, al destilarse se concentraba el alcohol y se eliminaban impurezas, produciéndose así los primeros rones modernos. La tradición sugiere que este tipo de ron se originó por primera vez en la isla de Nieves. Un documento de 1651 proveniente de Barbados decía: «El principal

aturdimiento que hacen en la isla es el rumbullion, alias kill-divil, y está hecho de cañas de azúcar destiladas, un licor picante, infernal y terrible». Sin embargo, en la década de 1620, la producción de ron también se registró en Brasil y muchos historiadores creen que el ron llegó a Barbados junto con la caña de azúcar y sus métodos de cultivo desde Brasil. Se ha encontrado un líquido identificado como ron en una botella de hojalata encontrada en el buque de guerra sueco Vasa, que se hundió en 1628. A fines del siglo XVII, el ron había reemplazado al brandy francés como el alcohol de intercambio preferido en el comercio triangular. Los comerciantes y patronos del lado africano del comercio, a quienes antes se les pagaba con brandy, se les comenzó a pagar con ron.

5 Kings Harrow House: Nombre modificado por la autora, para reemplazar a la verdadera propiedad conocida como Kings Weston House. Todas las descripciones y dependencias que se mencionan son fidedignas. Sir Robert Southwell compró la finca de Kings Weston a Humphrey Hooke, un comerciante de Bristol, en 1679. El edificio actual fue construido entre 1712 y 1719, diseñado por Sir John Vanbrugh para Edward Southwell en el sitio de la casa Tudor anterior. Bristol es la única ciudad del Reino Unido fuera de Londres que posee edificios diseñados por Vanbrugh La casa pasó por varias generaciones de la familia Southwell hasta que la propiedad se vendió en 1833 a Philip John Miles por 210.000 libras esterlinas y se convirtió en la sede de la familia (en la historia Sir Miles). Durante la Primera Guerra Mundial, la casa se convirtió en un hospital, aunque continuó como hogar familiar hasta 1935 cuando, a la muerte de Philip Napier Miles, fue subastada y comprada por Bristol Municipal Charities. Desde de abril de 2011, el contrato de arrendamiento de Kings Weston House se puso en el mercado por 2 millones de libras esterlinas. Tras un breve período de cierre al público, la casa se vendió a un nuevo arrendatario, el empresario local Norman Routledge en diciembre de 2012. Actualmente, la casa ha sido completamente renovada y ha vuelto a abrir como lugar de conferencias y bodas, así como como residencia comunitaria.

6 Hipermnestra: En mitología griega, una de las Danaides. Las 50 hijas de Dánao que, para evitar el matrimonio con los 50 hijos de Egipto, huyeron con su padre a Argos. Pero las siguieron, y, en la noche de bodas, Dánao les ordenó que mataran a los 50 hombres. Una de ellas no lo hizo, Hipermnestra, e instauró así la dinastía de Argos. Como castigo por tal terrible acto (por lo menos en la mitología romana) las chicas están condenadas a llenar un cántaro de agua en Hades, algo interminable, ya que, el cántaro está agujereado.

7 Dánao: En la mitología griega, Dánao (en griego Δαναός) era el hermano gemelo de Egipto. Ambos eran hijos del mítico rey egipcio Belo y de la hija del dios fluvial Nilo, la náyade Anquínoe. Por parte de su padre descendía de Poseidón y la ninfa Libia. O bien era hijo de Belo y Side, epónima de la fenincia Sidón. El mito de Dánao es una leyenda de fundación (o refundación) de Argos, una de las principales ciudades micénicas del Peloponeso.

En la Ilíada de Homero, se designa comúnmente como «dánaos» (‘tribu de Dánao’) y «argivos» a las fuerzas griegas enfrentadas a los troyanos.

8 Abadía de Bristol: El templo fue fundado como abadía de san Agustín en el año 1140 por Robert Fitzharding, terrateniente local y oficial real. La primera construcción de piedra en ese emplazamiento se levantó a lo largo del siglo XII. De esta época permanecen la sala capitular y la Great Gatehouse, que representan dos buenos ejemplos de la arquitectura normanda. En el siglo XIX con el nacimiento del movimiento neogótico, se completó la construcción del templo, añadiéndose una nave central, que se levantó entre 1868 y 1877, en armonía con el estilo existente de la parte oriental y que fue diseñada por George Edmund Street. La ceremonia de

inauguración fue el 23 de octubre de 1877. La fachada oeste, con sus torres gemelas, proyectada por John Loughborough Pearson, se terminó en 1888.

9 Lady Chapel: Una Lady Chapel es un término tradicional británico para una capilla dedicada a "Nuestra Señora", María, madre de Jesús , particularmente aquellas que se encuentran dentro de una catedral u otra iglesia grande . Las capillas también se conocen como capilla de María o capilla mariana , y tradicionalmente eran la capilla lateral más grande de una catedral, colocada hacia el este desde el altar mayor y formando una proyección del edificio principal, como en la catedral de Winchester. La mayoría de las catedrales católicas romanas, muchas anglicanas todavía tienen este tipo de capillas. En la abadía de Bristol una característica única es el hecho de que la catedral tiene dos Lady Chapels, la principal está debajo de la ventana este, detrás del altar mayor, mientras que otra capilla (una de las primeras partes de la iglesia) está adjunta al crucero norte.

10 Penélope: (Πηνελόπη) es un personaje de la Odisea: la esposa del principal en la obra, el rey de Ítaca Odiseo, al que espera durante veinte años tras la Guerra de Troya, por lo que se la considera un ejemplo paradigmático de la fidelidad conyugal. Como es fama el hijo de Penélope y Odiseo fue Telémaco.

11 Henry Wallace: Personaje ficticio que aparece mencionado en la serie El club de los malos partidos, de la autora Eva Benavidez.

12 Divisament dou monde10: La división del mundo, Los viajes de Marco Polo, o conocido también como El libro de las maravillas, es el título con el que suele traducirse al español el libro de viajes del mercader veneciano Marco Polo, conocido en italiano como Il Milione (El millón). El libro relata los viajes de Marco Polo a China, a la que él llama Catay (norte de China) y Mangi (sur de China). Polo supuestamente dictó su obra a un amanuense, Rustichello de Pisa, quien fue su auténtico autor, basándose en relatos de comerciantes italianos y en su fantasía mientras estuvo preso en Génova en 1298 y 1299; Marco Polo solo es el personaje novelesco protagonista. El libro se redactó originalmente en francovéneto, una lengua literaria que utilizaba un léxico francés en una sintaxis véneta; el manuscrito más antiguo conservado lleva por título Le divisament dou monde.

13 Marco Polo: (Venecia, c. 20 de septiembre de 1254-*ib.*, 8 o 9 de enero de 1324) fue un mercader y viajero italiano[(veneciano), famoso por los relatos que se le atribuyen sobre el viaje a Asia Oriental, manuscritos por Rustichello de Pisa con el título original de *Il Milione*, y conocido en español como *Los viajes de Marco Polo*, narración que dio a conocer en la Europa medieval las tierras y civilizaciones del Asia Central y China.

14 Redingote: Abrigo que se usaba en Inglaterra en periodo de regencia tardía 1818-1822. En los meses de invierno, se sumaba una capa más al conjunto. Las modalidades más habituales eran el redingote, fórmula existente también en la vestimenta masculina y que procede del traje inglés (riding coat).

15 Spencer: Una chaqueta corta estilo bolero que encajaba a la perfección con el vestido de corte Imperio o Regencia, y los chales de cachemira.

16 Hilo de Ariadna: Juego para jugar en bosques o campos, en el que se indica que cerca hay algo interesante de oler o tocar. Una vez preparado el itinerario, todos se vendan los ojos, y van recorriendo la cuerda por los diferentes lugares a que lleve. Es importante ir agarrándola todos por el mismo lado (izquierda o derecha), habiéndose tenido en cuenta esto a la hora de

planificar el recorrido. Las salidas se van dando de uno en uno, cada cierto tiempo, de forma que no se entorpezcan unos con otros. Al final se puede poner algún tipo de sorpresa, un animal que hay que
tocar, controlado por el monitor.

17 Drury Lane: Es el teatro más antiguo de los escenarios ingleses que aún sigue abierto y operativo. Se llama así por estar situado en Drury Lane, en Covent Garden, Londres. Fue construido a petición de Thomas Killigrew en 1663 bajo el nombre de Theatre Royal de Bridges Street o King's Playhouse, durante el reinado de Carlos II, en los primeros tiempos de la restauración monárquica. Entonces podían verse en él a comediantes de la talla de Nell Gwynne y Charles Hart. El edificio era una estructura de madera de tres niveles, de 34 metros de largo y 18 de ancho, que podía albergar una audiencia de 700 espectadores. Alejado de las grandes avenidas, para acceder al teatro había que hacerlo entre calles estrechas o pasadizos de los edificios circundantes. Fue consumido por el fuego en el gran incendio del 25 de enero de 1672. En 1674 un segundo teatro fue construido en su lugar por el arquitecto Christopher Wren. Desde 1747 hasta 1776 el gran actor shakespeariano David Garrick codirigió su actividad junto a James Lary. Pero más de un siglo después, en 1791, fue demolido y en 1794 reconstruido por Henry Holland con la ayuda del artista John Linell con mejoras contra incendios, a pesar de las cuales volvió a quemarse en 1809. De nuevo fue reconstruido en 1812. Esta última versión del teatro era gigantesca, con capacidad de albergar 3.600 espectadores. La nueva tecnología lo había facilitado por medio de columnas de hierro que reemplazaban a las voluminosas de madera y sostenían cinco niveles de galerías. El escenario también era grande: 25 metros de largo y 28 de profundidad. Holland comentó que este teatro era más grande que ningún otro de Europa. Y a excepción de las iglesias, era el edificio más alto de Londres.

ENAMORAR A UN PIRATA



Georgiana observó cómo se alejaba el marqués de Harrow, el reciente esposo de su hermana mayor, y deseó que el estirado noble encontrara el modo de sanar el corazón roto de Felicity, o ella se encargaría de hacerle pagar de algún modo.

Después de que el caballero se marchó en busca de su esposa con la que debía conversar largo y tendido para lograr salvar su matrimonio, ella se quedó viendo a los indeseables acompañantes del marqués.

Para sus adentros, tuvo que reconocer que ambos hombres eran apuestos, pese a que uno de ellos parecía sacado de alguna fábula de aventura. Llevaba el pelo rojizo bastante largo y su cara estaba cubierta por una espesa y abundante mata pelirroja. Apenas dejaba entrever bajo aquel enjambre de pelos, una mandíbula fuerte, y unos rasgos fieros y duros. Su apariencia se asemejaba más a alguna clase de vikingo que había llegado a saquear las tierras y a secuestrar mujeres.

Georgiana se cruzó de brazos mientras su hermana menor se enzarzaba en una discusión con el otro caballero, que era el hermano del marqués de Harrow.

Mientras tanto, ella le dedicó un examen despectivo al salvaje, dudando de que estuviera lo suficiente civilizado como para relacionarse con gente de bien. Jamás había visto a un hombre que se le pareciera, tampoco a uno que tuviera aquel extraño color de ojos, de una tonalidad dorada que destacaba en su cutis curtido y quemado por el sol. No por nada había creído cuando abrió la puerta que este era un criado de su cuñado. Desde que lo había llamado así, el hombre que tenía un marcado acento de las colonias, o como solían llamarla ellos, de América, la estaba mirando con un gesto hosco, y la había importunado con comentarios molestos. Ella no se inmutó, pues la antipatía era mutua y, a diferencia de su hermana, no se molestaría en fingir que eran damas hospitalarias.

En cuanto tuvo oportunidad los echó con cajas destempladas, y ayudó a Lilian a cerrarle la puerta en las narices al caballero que insistía en hablarle de manera impertinente y pretendía que los dejaran pasar. No dio crédito cuando, después de forcejear con la puerta, bajó la vista y vio la punta de la bota del joven bloqueando el umbral. Lilian suspiró airada, y abrió de un tirón impaciente. Ellos las observaron con similares muecas burlescas. Georgiana se llevó la mano al puñal al mismo tiempo que sentía la mano de su hermana rozándola para advertirle que no hiciera nada alocado. Ella no podía prometer que no atacaría a aquellos indeseables si era necesario, pero quitó la mano del bolsillo para no asustar a su hermana.

—Salga conmigo un momento —ordenó a Lilian, lord Eric.

Su hermana abrió los ojos de par en par, e hizo ademán de cerrar la puerta de nuevo.

—Yo no lo haría. Si lo hace, comenzaré a hablar aquí mismo. Usted elige.

El americano la miró con jactancia, y ella arqueó una ceja en respuesta. Si creía que su

hermana iba a ceder ante ese petimetre disfrazado de par del reino, estaba muy equivocado. Ellas eran Lovelace, y no claudicaban ante las banales amenazas de…

—Siga el camino lateral hasta el jardín trasero, iré en un momento.

¿Cómo había dicho?

Georgiana la miró atónita. Lilian cerró rápido la puerta y la enfrentó, a regañadientes.

—¿Por qué le has dicho que hablarás con él afuera? —exclamó incrédula.

—No me ha dejado más remedio, Gigi.

—¡Lilian, has perdido el juicio! No puedes salir al jardín con el. Nuestros padres no están, ¿qué dirán los sirvientes? ¡Es una locura!

Su hermana se mordió los labios y la tomó del brazo para intentar tranquilizarla.

—Averiguaré qué quiere y lo despediré. Los criados ni se enterarán, y si lo hacen no podrán decir mucho; estaremos a la vista de todos.

—Lilian, ¿qué me estás ocultando? Ese hombre te habló con demasiada confianza, como si te conociera de algún lado. Que yo sepa, nunca habíamos visto antes al menor de los Rochester.

Su hermana se sonrojó y ella maldijo para sus adentros. Estaba pensando lo peor.

—¿Es que con él te has visto cuando escapaste antes? —interrogó con sospecha.

—Hablaré rápido con él, y le diré que debe esperar a su hermano afuera. Tú no te preocupes, no es nada de lo que estás pensando.

—Pero ¿por qué a solas? Déjame que te… ¡Lilian! ¡Lilian, espera!

Ella no la escuchó, ignoró sus murmullos frenéticos y salió corriendo hacia la parte trasera de la mansión.

Georgiana bufó, y abrió la puerta a su espalda, para dirigirse a la caballerizas. Había dejado pendiente el cuidado de uno de los corceles, y eso no podía esperar, a diferencia de la conversación que de seguro tendría con Lilian más tarde. Iba a explicarle qué diablos estaba ocurriendo con el hermano del marqués, y si no se lo decía, como seguro pasaría, ella se encargaría de averiguar por su cuenta lo que ocultaba Lilian.

Por fortuna no se topó con ninguna compañía desagradable durante el trayecto, lo que ayudó a aliviar su tensión.

Cuando llegó a las cuadras, se encontró con la entrada vacía; al parecer Charlie, el jefe de cuadras, se había cansado de esperarla. Lo había dejado cuando vio llegar a lo lejos al esposo de Felicity y le había ordenado que terminara de cepillar a Relámpago, porque ella después se encargaría de curar la pezuña delantera del animal. Ofuscada por la interrupción, cerró las puertas de entrada para evitar que alguno de los criados pasara, y se acercó al rincón en donde solía dejar sus cosas antes de ponerse a trabajar.

Procedió a quitarse el disfraz de dama, como llamaba a los vestidos que se veía obligada a usar para no quebrantar las normas sociales que le imponían. Georgiana toleraba llevarlos cuando debía y no le quedaba más opción, el resto del tiempo su padre le permitía ponerse sus cómodos atuendos masculinos hechos a medida. Primero se quitó el chal de cachemira y lo dobló antes de dejarlo sobre el banco de madera agrietada, después fue el turno del cuello de encaje, y por último procedió a quitarse el vestido de muselina verde claro. Como Georgiana no llevaba corsé cuando estaba en la casa, no perdió el tiempo con esa prenda molesta que solía usar para

ajustar sus pechos, y se quitó las enaguas, quedando con la camisola que le llegaba a los muslos y bajo la que llevaba solo las medias y la ropa interior.

Suspiró aliviada, y se estiró para alcanzar los pantalones de montar, cuando escuchó un chasquido similar a un pie pisando un trozo de madera. De inmediato se puso en alerta, y se giró mirando en todas las direcciones. Las cuadras eran grandes, había por lo menos veinte cubículos, y más de la mitad estaban ocupados por hermosos ejemplares que ella misma junto a su padre había comprado. No por nada las cuadras de Hampton Manor eran las mejores de Bristol y sus alrededores.

Georgiana se agachó para recuperar el puñal del bolsillo cosido de su vestido, y se puso en pie armada con él y preparada para atacar al intruso si era necesario.

—Salga y dé la cara —ordenó ocultando su nerviosismo.

Nadie respondió, así que, avanzó hacia el lugar de donde sospechaba había provenido el sonido. Era de una de los cubículos cercanos, el que estaba frente a ella justo en donde comenzaba el pasillo.

—Déjese ver. Ya he tirado del cordón y están viniendo los criados —mintió por si el intruso pensaba que nadie la auxiliaría. Que era lo que sucedería, porque estaba sola y encerrada allí—. ¡Salga, condenado cobarde!

Georgiana pensó que se estaba arriesgando demasiado, y empezó a retroceder con prisa. Estaba a punto de alcanzar la puerta, cuando vio que una figura emergía del cubículo y se plantaba en medio de las cuadras.

Ella abrió los ojos como platos, y el puñal tembló en su mano.

El hombre no pareció amedrentado por su arma ni tampoco avergonzado por haber sido pillado fisgoneando. Más bien la estaba mirando de arriba abajo como si estuviera ante alguna clase de botín y él fuera el pirata que lo iba a saquear.

Georgiana recordó que estaba casi desnuda, y soltó un chillido de indignación, apretándose contra la puerta.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —bramó, y se movió para ir a taparse con la ropa.

Para su mala suerte, enganchó el ruedo de la camisola en un clavo de la puerta, esta se rajo de punta a punta y se desprendió de su cuerpo ante la mirada incrédula del intruso.

Georgiana gritó y soltó el puñal para agarrar los extremos de la tela justo antes de que sus pechos quedaran expuestos. Se cubrió con esta, apoyándola contra su cuerpo, y fulminó al hombre que no se había molestado en girarse, sino que estaba mirándola con fijeza.

—¡¿Qué está mirando?! ¡Dese la vuelta ya mismo!

—Si hubiera sabido que así es como las mujeres de esta tierra suelen andar dentro de casa, habría venido a buscar una mucho antes —contestó con voz ronca el robusto pelirrojo, bajando la mirada hasta posarla en sus piernas envueltas en algodón traslúcido.

—¡Dese la vuelta! Es usted un degenerado, un pervertido, un patán…

El americano lanzó una risotada desagradable y subió con visible renuencia la vista para mirarla a la cara, que estaba roja como un tomate.

—¿Yo soy el pervertido? Yo estoy vestido, la que se desnudó aquí es usted. No es mi culpa que le guste exhibirse ante cualquier forastero.

—¡Creí que estaba sola! Márchese, váyase ahora o grito —contestó, temblando de furia y vergüenza.

Él alzó las manos.

—Está bien. Me iré… —aceptó con aparente amabilidad, aunque lo arruinó cuando agregó con tono sardónico—: Pero si se aparta de la puerta.

Georgiana se miró. No podía apartarse, el pedazo de camisola la cubría solo por delante, y la pared estaba muy lejos. Si lo hacía, él vería su cuerpo desnudo por detrás cuan larga era. Antes muerta que mostrarle el trasero a aquel americano insufrible.

Lo miró con los ojos en rendijas, y apretó más fuerte la tela contra sus senos turgentes, que siempre le habían causado problemas.

—Más quisiera usted. No lo haré.

Él arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Qué propone, entonces? Si quiere, nos quedamos aquí a pasar la noche. Eso sí, si alguien nos encuentra, no piense que me casaré con usted. A leguas se ve que es una cabra loca.

Georgiana lo miró airada. Era cierto que si alguien entraba su reputación quedaría arruinada sin remedio y su padre exigiría a aquel salvaje que la desposara para reparar su nombre. Solo de pensarlo sentía el terror recorrerla.

—¡Antes de tener que casarme con usted, yo misma me arrojaría desde el risco más alto de Bristol! —le espetó, provocando que él riera de nuevo—. Ahora se dará media vuelta y se meterá de nuevo en el cubículo. Lo hará porque, si no, se arrepentirá. Le advierto que estoy instruida en tiro, boxeo y esgrima.

El hombre asintió conteniendo la risa, y retrocedió.

—Excelentes dotes femeninos… Está bien, está bien. Lo haré, porque si alguien aparece me las tendré que ver con los Rochester. No me conviene enfadar al marqués —murmuró, entrando en el cubículo vacío.

—¡Entre ya!

Él lo hizo y ella alzó la voz para advertirle:

—No se le ocurra asomarse ni salir hasta que yo se lo ordene.

—No lo haré —le aseguró, asomando la cabeza.

—¡No lo haga! —gritó Georgiana molesta.

La cabeza desapareció. Ella corrió hasta el banco, tomó rápido el vestido, se lo colocó con prisas y se lo abotonó con dedos temblorosos. Una vez que se aseguró de que estuviera bien cerrado, giró y sujetó de nuevo el puñal.

—Ahora, salga y no intente nada.

El americano le hizo caso. Salió con expresión seria y pasó por el frente de ella, manteniendo la distancia fue hasta la puerta y la abrió. Llevaba el sombrero en la mano, y se lo puso antes de volverse a mirarla.

Georgiana soltó el aire que estaba conteniendo, aliviada de que el intruso ya se marchara. Retrocedió hasta tener una distancia más que segura.

—Adiós, adiós. Váyase y nunca regrese —lo echó triunfante, bajando el puñal.

Él inclinó la cabeza y se tocó el ala del sombrero para despedirse como lo haría un caballero.

—Diría que ha sido un placer, pero ha arruinado usted las vistas cuando comenzó a cacarear como gallina.

—¡Que se marche!

—Justo así. Me voy. Antes déjeme felicitarla, me sorprende que una dama de campo como usted tenga tan avanzada concepción de la moda.

Georgiana lo observó perpleja. ¿Se burlaba de su vestido? No podría referirse a sus ropas masculinas, porque no la había visto con ellas puestas.

—Le propondré a Rochester su idea, creo que abarataría costos y sería furor entre las mujeres de dudosa reputación —siguió él.

—¿Qué está insinuando? —espetó ella impaciente.

—¿No lo sabe? —inquirió con fingida inocencia—. No insinúo nada, solo digo que uno así sería un buen negocio. Adiós.

Dicho esto se marchó. Ella soltó el aire aliviada, y entonces, vio aparecer de nuevo a aquel molesto hombre.

—¡Ah, olvidé decirle algo importante!

—¿Y bien? —resopló ella.

—Bonitos calzones.

Georgiana frunció el ceño y se estiró para ver a qué se refería. Entonces se dio cuenta de que el vestido se le había enredado en la tela de la camisola y ambas telas estaban subidas a la altura de su cintura, dejando ver sus pololos rosados.

Gritó tan fuerte que los caballos se asustaron y relincharon.

—¡Es usted un…! —comenzó a decir, volviendo la vista a la puerta, y encontrándose con que el rellano estaba vacío.

El americano se había marchado. Ella se bajó el vestido de un tirón brusco y escuchó a la tela rasgarse. Exasperada tomó los pantalones y comenzó a vestirse sin sacarse el vestido esta vez, no cometería el mismo error dos veces.

A su mente regresó la imagen del rostro del americano mirándola de esa manera que le ponía el vello de punta. No se había equivocado, aquel bruto nunca sería un caballero. No, era más bien un salvaje, un pirata sin modales ni corazón, y a pesar de que ya había admitido que era también un hombre atractivo, la impresión que se había hecho del tosco capitán, no había mejorado. Georgiana tenía como regla, el no confiar en los sujetos apuestos, con excepción de su primo Derek, quien era tan bello como granuja, pero familia al fin.

Una vez estuvo vestida, regresó a sus labores, pensando que esperaba no tener que volver a ver a aquel americano impertinente, por lo que le restaba de vida.

AGRADECIMIENTOS



Cuando pensé en escribir la historia de las hermanas Lovelace, lo hice deseando poder contar sobre unión, fortaleza, valentía y nuevos comienzos. Comenzar y terminar este libro fue un gran desafío para mí, tanto a nivel personal como profesional. No podría haberlo hecho sin el incondicional apoyo de mi familia, mi esposo y mis hijos, y sin aquellas personas que estuvieron ahí dándome ánimo y apoyándome en todo el proceso. Editoras, correctoras, maquetadora, lectoras, reseñadoras y toda esta hermosa comunidad que me cobija y hace sentir acompañada. A todos ustedes gracias, especialmente a Blanca, Patricia, Audry y Aida por ayudarme tanto. Y mi agradecimiento principal a Dios que me dio la fuerza para encontrar la paz en medio de la tormenta.

Nos volveremos a encontrar, seguramente entre letras y romance.

Con afecto, Eva.

SOBRE LA AUTORA



De Córdoba, Argentina, vive con su esposo y sus tres pequeños hijos.
Estudió Relaciones públicas, ceremonial y protocolo.

Amante del romance histórico, y la lectura. Su pasión es la escritura desde que a los doce años leyó un libro que marcó su vida: El diario de Ana Frank. Comprendió entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, serían el refugio y la constante en su vida.

Dios es la fuente de su inspiración y su sostén. Su motivación, su familia, y su vocación es poner en letras las voces de su alma.
Finalista del premio Planeta por “Una fea encantadora” y con varias novelas en el mercado.

En sus libros se combina el humor, el romance, el misterio, y personajes entrañables que sin duda enamoran.

Más libros de la autora en:
https://amzn.to/2s3WHwI

Novedades y próximas publicaciones en:
Página de Facebook: https://www.facebook.com/EvaBenavidezNovelas/
Grupo de Facebook:
https://www.facebook.com/groups/166719717189033/
Cuenta de Instagram:
https://instagram.com/evaabenavidez?utm_medium=copy_link

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA



- Precuela de "Serie Lovelace":

Enloquecer a un marqués: Serie "De amores y matrimonios" Libro 8.

- Serie "Hermandad de las Feas"

Una fea encantadora.
Una fea empedernida.
Una fea esplendorosa.
Una fea ensoñadora.

- Serie "Club de los malos partidos"

La perdición del caballero.